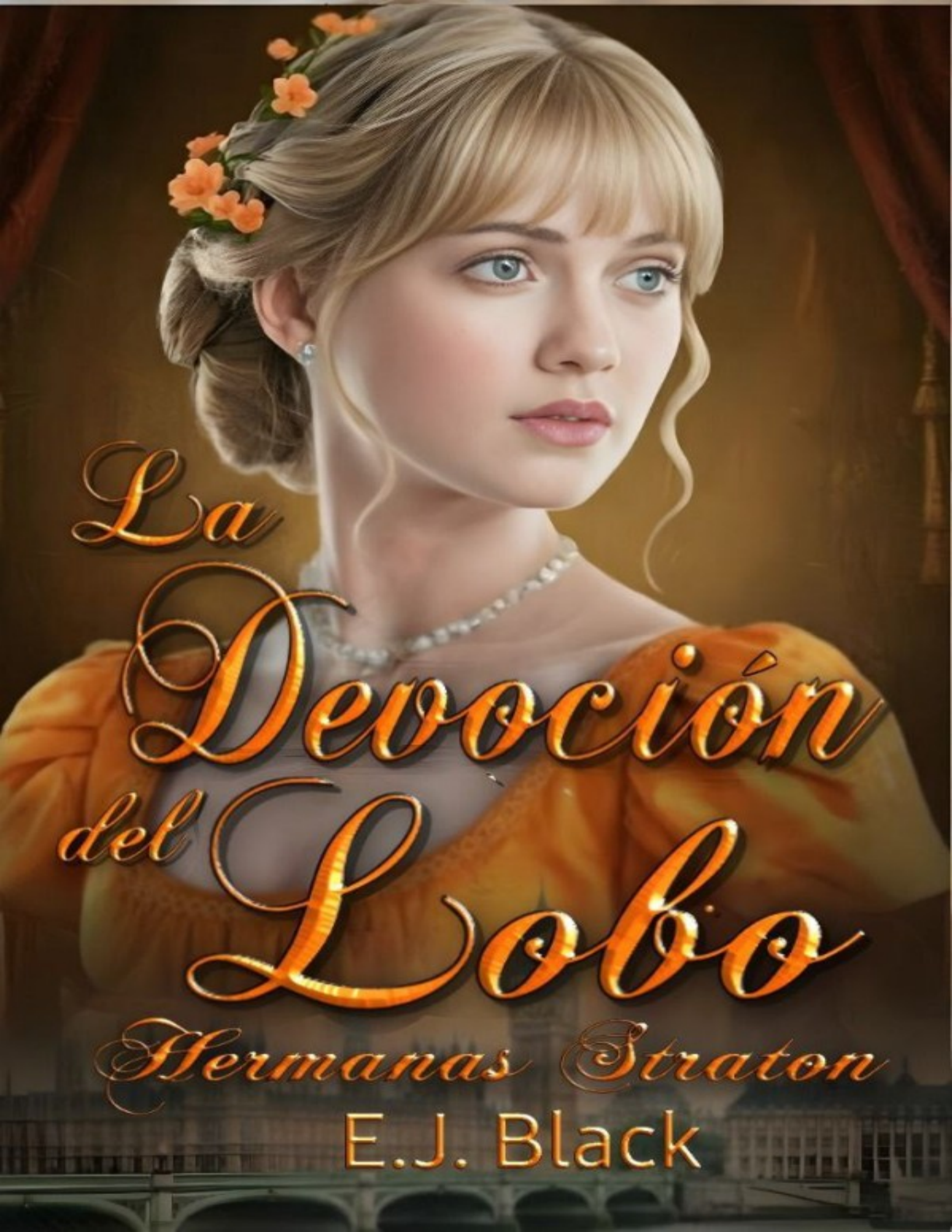

La Devoción del Lobo
Hermanas Straton
E.J. Black

# La Devoción Del Lobo.
Hermanas Straton II
Clariss

# Contenido.

La Devoción Del Lobo.
Contenido.
Advertencia para el lector.
Sinopsis.
Prólogo I
Pólogo II
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo Final
Epílogo
Nota de la autora.

© 2025 E.J. Black. Todos los derechos reservados.

Título original: La Devoción Del Lobo.
Trilogía Hermanas Straton II
1ª Edición: Diciembre 2025
Portada y Edición: Evia Jennifer.
Aviso Legal: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin autorización previa del autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# Advertencia para el lector.

Aquí encontrarás un protagonista moralmente cuestionable y totalmente obsesionado con su mujer. No diré más para evitar spoilers; pero les adelanto que este protagonista es muy diferente a los que acostumbro a escribir, pero de forma positiva. Espero que disfruten de este personaje tanto como yo disfruté creándolo.

Este es un romance histórico con un toque de *dark romance*; pero, en realidad, sólo quise alejarme de Londres y mostrar un poco cómo era la vida de los hombres que no tenían títulos, pero poseían poder. En otras palabras, aquellos que se dedicaban al contrabando/mafia.

Los datos históricos mencionados son reales. Aunque es un romance histórico, la narración está escrita con un estilo moderno, fresco y fácil de leer. Para una mejor comprensión, he dejado notas aclaratorias donde lo consideré necesario.

Si decides seguir adelante, bienvenida a esta trilogía de *dark romance* histórico, donde se demuestra que el género no tiene por qué girar siempre en torno a duques y marqueses.

# Sinopsis.

Él la vio, la deseó y la hizo suya.

Clariss Straton llegó a Nueva Orleans junto a sus hermanas con la ilusión de libertad, pero nunca imaginó que la vida lejos de Londres sería tan difícil.

Aun siendo una simple lavandera, es arrastrada a un matrimonio de conveniencia con Marco Fairfax, líder de una red clandestina de contrabando, conocido en los bajos fondos como el Lobo Negro.

Lo que debía ser una unión temporal para asegurar su futuro y ayudar a sus hermanas se convierte pronto en una tormenta emocional llena de pasión y peligro.

Mientras Clariss oculta un secreto que podría devolverla a la calle —está esperando un hijo del desconocido con quien perdió su virtud en un baile de máscaras—, Marco lucha contra un sentimiento que jamás debió permitir, y menos por la mujer de la que debía vengarse.

# Prólogo I

***Nueva Orleans, 17 de octubre de 1821.***

El club La Sirena Roja rebosaba de hombres aquella noche, a pesar de estar oculto entre pequeños almacenes y tabernas cercanos al muelle.

El humo de los cigarros formaba nubes bajas, espesando el aire junto con el olor a ron.

Detrás de la puerta que solo se abría para los miembros del *Consejo de las Sombras*, estaban Marco Fairfax y su padre, Fergus Fairfax, Gang Leader de Nueva Orleans.

La habitación era pequeña, pensada solo para una mesa y ocho sillas: las suficientes para los hombres que representaban a las familias del contrabando en la ciudad, y una más, reservada para el siguiente líder del puerto… Marco.

Sobre la mesa descansaban una botella de whisky y varios vasos medio vacíos, que ocultaban un poco el tallado sobre ella: la cabeza de un lobo negro, símbolo del Gang Leader de Nueva Orleans. Fergus hablaba con calma, determinación y el carácter imponente que le bastaba para hacerse escuchar sin necesidad de alzar la voz.

Frente a él, en la otra cabecera, Marco lo observaba en silencio. El joven aún no había cumplido los veintidós años, pero ya tenía esa mirada calculadora que pocos se atrevían a sostener.

—Entonces queda claro —indicó Fergus, rompiendo el murmullo del pequeño lugar—. Durante un tiempo, mantendremos los barcos anclados en la bahía norte. La guardia portuaria anda husmeando más de la cuenta.

Gaspard Petit asintió, girando el vaso entre los dedos.

—Mejor perder unas semanas de ganancia que atraer la atención de los federales.

—Exacto —respondió Fergus—. El silencio es nuestro mejor negocio.

La decisión estaba tomada. Fergus levantó su vaso, y los demás lo imitaron.

—Por el orden —expresó.

—Y por el poder —repitieron los hombres al unísono.

Marco no habló, pero sus ojos no se apartaron del rostro de su padre.

El orgullo y la admiración se reflejaban en su mirada; el deseo de algún día convertirse, aunque fuera un poco, en lo que era su padre, latía con fuerza en su pecho.

Fergus Fairfax era un hombre poderoso, respetado dentro y fuera de Nueva Orleans. Marco conocía su historia; la había escuchado innumerables veces de los labios de su padre, y con cada relato el impulso de seguir sus pasos crecía más en su interior. No solo quería ocupar su lugar como líder, quería obtener el mismo poder, el mismo reconocimiento y el respeto que su padre inspiraba.

Por ahora lo tenía solo por llevar su apellido, por ser su heredero y su legado. Pero nadie lo tomaba en serio. Para todos, él no era más que el hijo del Lobo, no un hombre con potencial para convertirse en el siguiente Gang Leader.

Los miembros del Consejo de las Sombras comenzaron a despedirse uno a uno, saliendo discretamente del club sin llamar la atención. Eran hombres respetables de la alta sociedad de Nueva Orleans, hombres con poder, incluso con títulos nobiliarios. Aun así, le debían cuentas y obediencia a Fergus Fairfax.

—Escuché que el *Atlantic Crown* amplió sus puertos a Nueva York —comentó Emerson Dankwroth, uno de los hombres que ostentaba un título inglés y había dejado su país para ganar más poder en América.

—Así es —respondió Fergus, llevando el tabaco a sus labios para dar una calada profunda antes de soltar el humo—. Mi plan es expandirme a todos los puertos de Estados Unidos.

Emerson asintió y bebió un trago de su whisky.

—Deberías hacer lo mismo con el *Black Tide* —añadió Fergus.

—Primero debo afianzarme en Nueva Orleans; luego pensaré en otros puertos —replicó Emerson.

Marco se limitó a escuchar la conversación. Si algo había aprendido en esas reuniones, era a mantenerse callado y observar. Su padre siempre decía que la mejor arma de un hombre era saber mirar y calcular a su enemigo: solo así conocería su debilidad.

—¿Has pensado en mi oferta, Fairfax? —intervino don Rafael Castañeda, un conde español dedicado al tráfico de vino y seda.

Fergus lo observó sin expresión alguna, luego desvió la mirada hacia Marco, que frunció el ceño imaginando lo que el español pretendía.

—Muy poco —respondió Fergus con frialdad.

—La alianza que te propongo es buena —insistió don Rafael—. Mi hija sería una excelente esposa para tu hijo.

Marco se tensó ligeramente.

*«¿Cuál de sus hijas me está ofreciendo?»,* pensó, mirando directamente a su padre.

Rafael tenía dos hijas. Teresa, la mayor, a quien Marco apreciaba y con gusto habría convertido en su esposa —eran amigos y se comprendían—, pero ella ya estaba comprometida. La otra opción era Diana, la menor, que apenas tenía trece años.

El solo pensamiento lo estremeció. No aceptaría tal cosa.

Fergus percibió la expresión de su hijo y comprendió de inmediato.

—Mi aceptación solo sería por su hija mayor —dijo con firmeza.

Marco lo miró y asintió en agradecimiento. Su padre siempre lo entendía, incluso sin necesidad de palabras.

—Pero… —balbuceó el español antes de recomponerse—. Teresa ya está comprometida.

—Entonces olvida la alianza. No casaré a mi hijo con una niña que apenas sabe comer sola —refutó Fergus. Su tono no dejaba espacio para la discusión.

Rafael asintió despacio.

—Muy bien… le entregaré a mi hija mayor —concedió al fin.

Fergus le dedicó una media sonrisa de aprobación.

Marco sintió su corazón latir con fuerza al escuchar esas palabras. Se casaría con Teresa, al fin.

Cuando Emerson y Rafael abandonaron la pequeña estancia, Marco bebió con cuidado un sorbo de su whisky.

—Gracias, padre —murmuró, casi en un susurro.

Fergus lo miró fijamente.

—Recuerda, hijo mío, nunca debes agradecer por nada que no sea un plato de comida o tu salud. Y creo que no lo necesitas. Un Fairfax sabe su lugar, y el nuestro está en la cima; son ellos quienes deben agradecerte. Recuérdalo.

Marco asintió, grabando cada una de las palabras como hacía con cada consejo que le daba su padre.

—Sé que tienes sentimientos por la hija de Castañeda, pero eso no debe alejarte de tus objetivos —expuso Fergus—. Si la quieres, mantenla a distancia; no la involucres más de lo necesario en tu vida. Así la mantendrás a salvo de los enemigos.

Marco frunció el ceño; era la primera vez que su padre le hablaba de sentimientos hacia una mujer.

—Por eso mantienes alejada a mi madre —afirmó, comprendiendo la frialdad con la que su padre siempre la había tratado.

—Así es. Yo amo a Elaine más de lo que imaginas, hijo, y ella lo sabe porque se lo demuestro en el dormitorio —dijo Fergus—. Pero nuestro mundo no es solo lujos y dinero, es traición y peligro. Mientras no muestre que mi debilidad es ella, nadie la notará.

—Ahora entiendo por qué aceptaste a Cecilia en nuestra familia —comentó Marco con una sonrisa. Eso solo hizo que admirara más a su padre. Él sabía lo que hacía y lo demostraba.

—Cuando naciste, Elaine tuvo complicaciones en el parto; el médico dijo que no podría volver a quedar encinta. Sé que eso la destrozó, y no quise que sufriera atormentada.

«*¿Algún día podré tener tanto control y conocimiento como tú?*», pensó Marco, mirando a su padre con admiración.

En ese momento tocaron la puerta. Fergus dio la orden de pasar y un lacayo del club se acercó a él y le susurró algo que Marco no llegó a escuchar, aunque notó el ceño fruncido de su padre y la tensión en sus hombros. Eso puso a Marco en alerta: su padre rara vez se tensaba, y solo lo hacía cuando algo se le iba de las manos o cuando un enemigo estaba cerca.

—Quédate aquí, Marco. No salgas hasta que regrese —indicó Fergus, levantándose de su silla.

Marco se incorporó también.

—Iré contigo, padre —determinó, mirándolo a los ojos, los mismos ojos verdes que había heredado de él.

—Quédate aquí. Es una orden, Marco.

—Al menos dime quién es.

Su padre no respondió; solo lo miró una última vez antes de salir del lugar.

Marco respiró con frustración mientras se sentaba de nuevo. Apretó los puños. Quería estar al lado de su padre, conocer más de lo que hacía, no solo asistir a reuniones aburridas. Quería ver cómo enfrentaba el peligro, verlo actuar ante situaciones complicadas y… peligrosas.

Su piel se erizó; no debía temer por su padre. Fergus era un hombre que sabía defenderse. Él mismo le había enseñado a disparar y a pelear cuerpo a cuerpo.

Pasaron diez minutos y Marco empezó a desesperarse. El bullicio de los hombres en el club, fuera de la pequeña habitación, comenzó a molestarle, hasta que de pronto sintió varios disparos y el ruido decayó, todo en cuestión de segundos.

Su corazón dio un vuelco y, sin pensarlo, salió disparado fuera de la estancia y del club. Sacó su arma de detrás de la chaqueta en cuanto abrió las puertas; el aire de la noche le golpeó el rostro. Detrás de él, varios hombres del club lo siguieron con sus armas.

Caminó unos metros buscando a su padre entre la oscuridad. Un jadeo de dolor lo hizo volver la cabeza; se paralizó por unos segundos al reconocer a Fergus tirado en el suelo. Su cuerpo reaccionó y corrió hacia él, esquivando otros cuerpos inertes; solo le importaba su padre.

—¡Padre! —gritó mientras se lanzaba al suelo para sostener el cuerpo de Fergus—. ¿Qué pasó?

Su voz era desesperada; buscó alguna herida hasta que vio la sangre manchando las ropas de Fergus. El disparo le había alcanzado el costado derecho, cerca del abdomen, y otro en el pecho. La tela del chaleco estaba empapada, y la sangre seguía brotando entre sus dedos.

Marco presionó las heridas con las manos, intentando detener el sangrado, mientras el calor de la sangre le calaba la piel. Sentía

cómo el cuerpo de su padre temblaba y su respiración se volvía errática.

—Marco... —murmuró Fergus con voz débil.

—Tranquilo, no hables —pidió Marco, tragando el nudo que tenía en la garganta—. ¡Llamen al médico y busquen al culpable!

Los hombres que estaban cerca empezaron a moverse de inmediato, cumpliendo la orden.

—No... llores, recuérdalo —indicó Fergus, y tosió sangre.

—¿Quién hizo esto? —preguntó Marco, la ira cegándolo; quería tener frente a él al responsable que había herido a su padre.

—No dejes... que mi muerte... quede impune —murmuró Fergus entre jadeos—. Haz que los culpables paguen... eres mi hijo... el siguiente... Lobo Negro de este lugar. Sé... mejor que... yo... hijo.

—Tú no vas a morir.

Marco se negaba a dejar ir a su padre; aún no.

—¡Llamen al médico, carajo! —bramó, conteniendo las lágrimas.

Pero su padre negó con la cabeza.

—Es tarde, hijo...

—No... ¡Dime el nombre, papá! ¿Quién lo hizo? Los voy a hacer pagar —repuso Marco, impotente, sin poder hacer más que ver a su padre agonizar.

—Dile a tu madre... que siempre... la he amado —pidió Fergus y volvió a expulsar sangre.

—Papá... —balbuceó Marco.

—Venga mi muerte, hijo mío... Jacob... él... él...

Fergus Fairfax dejó de respirar; su cabeza cayó a un lado, sin vida. Marco apretó los puños y los labios, dejando caer la primera lágrima. Sin importarle la sangre, abrazó a su padre con fuerza. Se lo habían arrebatado cruelmente.

—Lo juro, papá. Esto no se quedará así —musitó, dejando caer las lágrimas sobre el chaleco manchado de sangre de Fergus Fairfax

# Pólogo II

***Nueva Orleans, agosto de 1828.***

El aroma a pan recién horneado llenaba el aire, mezclándose con el dulzor de la miel y la vainilla.

*La Petite Miette*, la panadería de Ruth, era el lugar favorito de Clariss Straton: el golpeteo rítmico de los moldes y el suave crujido del pan al salir del horno creaban una melodía que siempre lograba calmarla.

Esa mañana había entregado un pedido de ropa limpia y planchada a la señora Hawthorne, una viuda de clase media que insistía en revisar prenda por prenda, como si temiera que robara alguna. Después de eso, Clariss había caminado hasta la panadería para ayudar a Ruth con unos encargos pendientes.

Ahí nunca faltaba trabajo; la panadería era pequeña, pero era el alma de Faubourg Sainte-Marie.

—No sé cómo puedes lavar tanta ropa y todavía tener energía para venir aquí —le dijo Ruth con una sonrisa cansada, mientras espolvoreaba harina sobre la mesa.

—De cierta manera, hornear y amasar me relaja —respondió Clariss, encogiéndose de hombros.

Ruth soltó una risa breve. A su lado, Astrid, la mejor amiga de Cole, el hijo de Ruth, amasaba con entusiasmo una masa para pan.

—A Clariss no le gusta el trabajo aburrido —comentó Astrid, sin dejar de amasar—. Le gustan las cosas bonitas y dulces… como los pasteles.

—Y como yo —replicó Clariss con un guiño, lo que hizo que Ruth soltara una carcajada.

—Vanidosa —murmuró Ruth, aunque con cariño.

Clariss sonrió. Tenía las mejillas enrojecidas por el calor del horno y el cabello rubio dorado recogido con un pañuelo.

En ese pequeño lugar podía olvidar por un rato que el mundo no era tan cruel, que no tendría que levantarse de madrugada a lavar tandas de ropa que arrugarían sus dedos.

—¿Vas a preparar el bizcocho de limón? —preguntó Astrid, secándose las manos en el delantal.

—Por supuesto —respondió Clariss, tomando una vasija grande de barro—. Es el único que no se quema cuando Ruth se distrae hablando con los clientes.

—¡Oye! —protestó Ruth entre risas.

Clariss rió, revolviendo con cuidado la mezcla hasta que el aroma del limón comenzó a llenar el ambiente.

—¿Después puedes enseñarme cómo haces el budín de pan? —inquirió Astrid con voz dulce, mientras se recostaba en el mostrador frente a Clariss—. Es que a ti te quedan deliciosos.

Clariss la miró con una sonrisa creída.

—Lo sé.

Astrid rodó los ojos, divertida. Al principio, cuando se conocieron, la pelirroja había sido tímida y de pocas palabras con Clariss, pero ella supo acercarse y hacer que poco a poco Astrid se abriera y se convirtiera en su amiga. Aunque no podía decir lo mismo respecto a su relación con Amelia, su hermana mayor. La causa era evidente para todos, pero nadie la mencionaba: Astrid estaba enamorada de Cole, pero quien realmente atraía al joven era Amelia.

—Quieres hacerlo para Cole, ¿cierto? —preguntó Clariss casi en un susurro, solo para que Astrid la escuchara.

Clariss notó cómo la pelirroja se sonrojaba.

—Quiero hacerlo para el cumpleaños de Ruth, no solo para Cole —musitó Astrid, y Clariss asintió.

—De acuerdo, la receta es fácil. Necesitas pan duro empapado en una mezcla de huevos, leche, azúcar, canela y nuez moscada. Lo horneas, y antes de servir, lo cubres con una salsa de whisky.

Astrid asintió con atención.

—Creo que necesitaré anotar los ingredientes y el modo de preparación. No soy tan buena como tú para esto de la repostería —expresó, bajando ligeramente la cabeza.

Clariss iba a levantarle el ánimo cuando la puerta de la panadería se abrió con brusquedad.

Las tres mujeres se giraron al mismo tiempo. Tres hombres corpulentos, de ceños fruncidos, se plantaron en la entrada.

—¿Quién es Clariss Straton? —preguntó uno de ellos con voz ronca y dura.

Las tres se miraron, nerviosas. Clariss salió de detrás del mostrador, se limpió las manos en el delantal y luego las apoyó en la cintura.

—¿Quién la busca? —preguntó con su habitual tono desafiante.

Los hombres la miraron y, sin decir una palabra más, se acercaron para tomarla de los brazos.

—¡Suéltenla! —chilló Ruth, tomando una sartén en sus manos para golpear a uno de los hombres que sujetaban a Clariss. Pero no logró causarles daño; solo consiguió que la empujaran con fuerza, haciéndola casi caer al suelo.

—¡Ruth! —gritó Astrid, corriendo a ayudarla a incorporarse. Solo alcanzaron a ver cómo aquellos hombres se llevaban a Clariss a rastras. La subieron a un carruaje y se alejaron sin mirar atrás.

—¡Malditos! —replicó Clariss, quitándose un mechón de cabello que se había soltado del pañuelo. Al mirar al frente, vio que también estaban Brianna y Aurora, su pequeña sobrina—. También las obligaron…

—Sí. Según escuché, es obra de Pierce —comentó Brianna, abrazando a su hija, que se aferraba a ella—. No me resistí; no quería que Aurora se asustara. Pero tú…

—Son unos brutos —bufó Clariss, claramente molesta por cómo la habían arrastrado—. No saben tratar a una dama. El maldito de Pierce va a tener que darnos una buena explicación de por qué ordenó raptarnos.

—No nos está raptando —dijo Brianna, extrañamente tranquila.

—¡Ah, no! —gritó Clariss—. ¿Y qué es esto, entonces? ¡Ni siquiera me preguntaron si quería ir! Esto es secuestro, Brianna.

Respiraba con rapidez, desbordada por la ira. Nadie la trataba así; no porque fuera pobre tenían derecho.

Diez minutos después, el carruaje se detuvo y la puerta se abrió. Los mismos hombres esperaban afuera.

—Bajen, por favor —ordenó uno de ellos.

—Ahora sí son educados —expresó Clariss, levantándose. Uno de los hombres le ofreció la mano, pero ella la apartó con un manotazo

y bajó sola del carruaje. Miró la casa de Pierce y entrecerró los ojos.

*«¿Qué quería Pierce Dankwroth de ellas? ¿No tenía suficiente con retener a su hermana en esa casa?»,* pensó Clariss, intentando calmarse.

Los hombres las guiaron hasta la entrada, dejándolas en el vestíbulo.

Clariss miró a su alrededor. Ya estaba cansada de ver el vestíbulo de Dankwroth House, pero era inevitable no desear vivir en una casa como esa: no tener que maltratar sus manos con agua y jabón, ni quemarse horneando pan.

En ese momento, al vestíbulo entraron Pierce y Marco Fairfax. Clariss los observó con el ceño fruncido.

«*¿Por qué ese hombre siempre estaba presente?*»

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Brianna, dando un paso al frente.

Clariss esperó una respuesta. Pierce solo las observó, sin expresión alguna en el rostro.

—Su hermana cometió un error grave y se niega a confesar. Entonces, ustedes llevarán el primer castigo, para que aprenda.

Clariss se tensó con una mezcla de confusión y preocupación.

—¿Qué? —murmuró Brianna.

Entonces Clariss reaccionó y avanzó dos pasos hacia ellos, con la mirada dura.

—No tienes derechos sobre nosotras. ¿Dónde está Amelia? —inquirió, sin mostrar miedo, aunque por dentro el temor por su hermana la carcomía. ¿Qué le habría hecho Pierce?

Vio cómo Pierce desviaba la vista hacia Marco, y ella hizo lo mismo, solo para encontrar los ojos verdes del hombre posados en ella. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo, pero no apartó la mirada.

—Amelia está donde merece estar —respondió Pierce con frialdad —. Y ustedes pronto lo estarán también. —Luego miró a Brianna—. Tu esposo vendrá por ti… y por tu hija.

Clariss miró a su hermana con rapidez; estaba pálida. Luego volvió a clavar los ojos en Pierce, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—¿Qué hiciste? —expresó, con la voz baja y cargada de incredulidad.

—No acepto devoluciones —habló Pierce, mirando a Marco sin prestarle más atención a ella.

¿A qué se refería Pierce con *devoluciones*?

—Bien —respondió el pelinegro con un leve asentimiento.

Pierce se volvió hacia Clariss; ella levantó el mentón, negándose a dejarse intimidar.

—Tú te irás con Marco. Harás lo que él diga, o te irá peor.

Clariss abrió los ojos ampliamente al comprender la situación. ¡La estaba vendiendo!

—¡No me iré con nadie! ¡No eres nadie para nosotras! —replicó, aunque por dentro empezaba a sentir el peso del miedo ante la gravedad del momento.

—Hablamos después, Pierce. —Marco se acercó y la tomó del brazo con fuerza.

—¡Suéltame! —gritó Clariss, forcejeando sin éxito. Él era mucho más fuerte que ella.

—¡No, no pueden hacer esto! —intervino Brianna, queriendo ayudar a su hermana, pero Pierce hizo una seña a sus hombres y la sujetaron.

Clariss, al ver cómo también retenían a su hermana, luchó con todas sus fuerzas contra el agarre de Marco, pero al final él terminó arrastrándola fuera de la casa.

Al salir de Dankwroth House, el agarre seguía siendo firme. Clariss continuó forcejeando hasta sentir el ardor en el brazo, pero él no cedió.

—Suéltame —repitió entre dientes, intentando mantener la dignidad que aún le quedaba.

Él no respondió. Solo la arrastró hacia un carruaje negro que esperaba a unos metros. Tras varios forcejeos, Marco logró meterla dentro.

—¿Quién te crees que eres para tocarme así?

Él la miró apenas, sin emoción.

—El hombre que acaba de comprarte.

Las palabras la golpearon con fuerza. No gritó; no le daría ese gusto. En cambio, levantó la barbilla.

—Entonces perdiste tu dinero —expresó con ironía—, porque no pienso obedecerte.

—Ya lo veremos.

Clariss alcanzó a ver cómo una sonrisa fugaz, apenas un gesto, se dibujaba en su rostro. Eso la llenó de ira, pero al mismo tiempo pensó que debía mantener la mente fría, pensar cómo salir de las garras de ese hombre y ayudar a sus hermanas.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó de repente, fulminándolo con la mirada. Marco solo la observó, y Clariss no supo interpretar lo que decían esos ojos verdes.

—Pronto lo sabrás, tormentita —fue lo único que respondió.

A Clariss no la convenció; quería respuestas, y las quería ya.

—No quiero esperar. Merezco una explicación. No soy la propiedad de nadie para que me vendan y compren. Y no me digas tormentita.

—Bueno, ahora mismo estás en mi carruaje.

Clariss lo fulminó aún más con la mirada.

—No voy a dejar de luchar. Si piensas que me rendiré, estás equivocado. Voy a escapar —le avisó, levantando el mentón.

Marco sonrió de medio lado.

—Gracias por avisarme. Ahora sé que debo mantenerte encerrada —expresó él con calma.

—¡No voy a permitir que me encierres! —gritó ella fuera de sí, tratando de abrir la puerta del carruaje—. ¡Voy a salir aunque me rompa una pierna!

Pero Marco la sujetó por la cintura con fuerza y la jaló hacia él, haciendo que quedara sentada en su regazo. El pañuelo que llevaba en la cabeza se había caído durante el forcejeo, dejando su cabellera dorada suelta y revuelta sobre su rostro y hombros.

—¿Estás loca? Podrías haberte hecho daño —gruñó Marco, apretando los dientes.

Clariss no respondió. Estaba demasiado ocupada mirándolo. Entreabrió los ojos al verlo tan cerca, tan directamente a esos ojos verdes.

Un recuerdo la asaltó: la noche del baile de máscaras en Dankwroth House, y el hombre al que le había entregado su virtud. Nunca vio su rostro, pero sus ojos...

*«Imposible».* Negó mentalmente. *«Aquel hombre tenía el cabello rubio, no negro azabache como el de Marco».*

La leve caricia que sintió, desde su cintura hasta el borde de sus muslos a través del vestido, la estremeció. Con rapidez, se apartó de él, volviendo a sentarse en su lugar.

—No vuelva a tocarme así —expresó Clariss, tragando saliva para aliviar la sequedad de su garganta. No entendía por qué el corazón le latía con tanta fuerza.

—¿Cómo? —inquirió Marco, levantando una ceja.

Clariss suspiró.

—Con intimidad —respondió ella, mirándolo retadoramente, aunque por dentro moría de vergüenza.

Marco no habló más, y el camino continuó en silencio.

Cuando el carruaje se detuvo, Marco no esperó al lacayo; él mismo abrió la puerta y luego le indicó a Clariss que lo siguiera. Cuando intentó ayudarla, ella lo rechazó. Quería evitar cualquier contacto con él; ya había tenido suficiente con haber estado sobre su regazo.

Pero, como había previsto, él la tomó del antebrazo y la guió por las escaleras hasta la puerta. Clariss ni siquiera reparó muy bien en la fachada de la casa, aunque eso poco importaba ahora. Lo importante era saber qué haría Marco con ella.

Una vez adentro, no la soltó, aunque ella luchó por liberarse.

—Aquí no voy a escapar, deja de tocarme —demandó Clariss, intentando soltarse, pero solo consiguió que su agarre se endureciera.

—Hijo —una tercera voz se acercó.

Clariss levantó la mirada y reconoció a la mujer elegantemente vestida. Llevaba un vestido color marfil, sencillo pero de tela costosa. Tenía el cabello negro, perfectamente recogido en un moño bajo, y sus ojos marrones la observaban con el ceño fruncido. Era una mujer madura, pero no vieja; conservaba la belleza de quien alguna vez había sido la joya de los bailes de sociedad.

Era la madre de Marco, de eso no había duda.

Clariss recordó haberla visto antes, la vez que había ido a esa misma casa para hacer un trabajo de lavandería. Aquella vez, la mujer que solía encargarse había enfermado, y Clariss tuvo que quedarse todo el día lavando y planchando la ropa acumulada. Había entrado por la puerta de servicio, por eso no reconoció la fachada de la mansión.

—Madre, ahora no —expresó Marco, queriendo seguir su camino mientras arrastraba a Clariss.

Pero ella forcejeó para quedarse quieta y miró directamente a la mujer.

—Por favor, dígale a su hijo que me deje ir —le dijo Clariss, intentando apelar a la influencia de madre que aquella mujer pudiera tener sobre él.

—¿Qué? Marco, explícame qué hace ella aquí —ordenó la mujer, acercándose a ellos.

—He dicho que ahora no, madre. No te metas en mis asuntos —refutó Marco con voz dura y mirada severa.

Clariss se encogió un poco, apenas un gesto, al ver cómo la propia madre de Marco retrocedía ante su hijo.

*«Dios mío… ¿cómo llegué a esto?»,* pensó, preocupada, al imaginar lo difícil que sería salir de allí.

Marco volvió a tirar de ella, pero Clariss se negó a seguirlo. No quería estar en esa casa, no quería estar con él.

—¡Suéltame! ¡Quiero irme! —gritó forcejeando, pero Marco la sujetó con ambas manos y la arrastró sin miramientos.

Todo el trayecto hasta el despacho estuvo marcado por sus gritos pidiendo ayuda, aunque sabía que no serviría de nada. Nadie iba a intervenir.

Una vez dentro, y con la garganta ardiendo de tanto gritar, Clariss se detuvo.

—¿Terminaste, tormentita? —preguntó Marco, sirviéndose un trago con calma, como si sus gritos no lo hubieran alterado.

—No me digas así. Y no voy a terminar hasta que me liberes —refutó ella, casi ronca. Le ardía la garganta, pero no iba a pedir un vaso de agua.

—Puedes gritar todo lo que quieras, Clariss. —Ella tembló ligeramente al escuchar su nombre salir de sus labios por primera vez—. Aquí nadie te hará caso. Están bajo mi mandato, y en esta casa se hace lo que yo ordeno.

Clariss tragó con dificultad ante sus palabras. Él se lo estaba dejando claro: nadie la ayudaría. Estaba recluida allí, a merced de su voluntad.

Con los hombros caídos, por primera vez desde que comenzó todo, dio un paso al frente.

—¿Qué quieres de mí? No tengo nada que ofrecer. No soy nadie. ¿Qué puedes querer de alguien como yo? —preguntó, mirándolo directamente a los ojos.

—Tienes mucho para ofrecerme —respondió él, recostándose en el borde de su escritorio.

Clariss lo observó con atención. Era alto, de complexión fuerte y hombros anchos. El cabello negro caía con natural elegancia sobre la frente, y sus ojos verdes, fríos y penetrantes, parecían medir cada uno de sus movimientos. Tenía la mandíbula firme, el rostro bien definido, y la piel ligeramente bronceada. Su sola presencia imponía.

—¿Qué quieres? —repitió, conteniendo la respiración.

Aunque sentía miedo, la curiosidad por saber qué pretendía un hombre como él de ella era más fuerte.

—Necesito una esposa... —las palabras la tomaron por sorpresa, aunque mantuvo el rostro impasible— …temporal. Y tú eres perfecta para el papel. Nadie te conoce, y no tienes apellido ni título que proteger.

Clariss frunció el ceño. Claramente perfecta.

—El trato es fácil —continuó Marco con calma—. Te casas conmigo por un periodo de uno o dos años. Luego nos divorciamos. Te dejaré libre y con una buena suma de dinero para que hagas lo que quieras.

Clariss bajó un poco la mirada, mordiéndose la mejilla interna mientras pensaba.

*«Solo quiere que sea su esposa temporal... y además me va a pagar por eso»*. La idea del dinero la hizo dudar. Podría ayudar a sus

hermanas y asegurarse una vida mejor, tal vez algo parecido a lo que tuvo en Londres.

Luego levantó la vista y lo observó de nuevo.

—¿Por qué necesitas casarte y luego divorciarte? —preguntó con genuina curiosidad.

—Necesito presentar una buena imagen. Tener una esposa siempre es convincente —respondió él, sin apartar la mirada de ella.

Sin preguntar, Clariss se sentó en uno de los sillones.

—¿Por qué no buscas una mujer con la que quieras pasar el resto de tu vida? Sería aún mejor para tu imagen.

Marco la observó en silencio durante varios segundos.

—Verás, tormentita, mis negocios no son nada convencionales —expresó, caminando lentamente hacia ella, dándole vueltas alrededor como un lobo que acecha a su presa—. Son peligrosos. Y hasta que no consiga lo que quiero, no puedo tener a la mujer que realmente deseo. Ahí es donde entras tú: servirás para mis propósitos, y una vez los logre, te dejaré en libertad.

—¿Y mi seguridad? ¿Quién me asegura que, si acepto, saldré ilesa de tus negocios… peligrosos? —preguntó ella, levantando la cabeza para mirarlo desde su asiento.

—Si no muestro interés real en ti, nada te pasará. En mi mundo, la conveniencia y la frialdad reinan. Si todos saben que tengo una esposa, pero que solo es por apariencia, nadie se girará a verte. Te doy mi palabra de que nada te ocurrirá.

Clariss apretó los labios.

¿Valdría la pena el riesgo por dinero?

—¿Puedo pensarlo? —preguntó al fin.

—No. Es sí o sí.

Ella se levantó, colocándose frente a él, aunque la diferencia de altura hacía imposible igualarlo.

—No es un contrato, me estás obligando —señaló con firmeza, aunque mantuvo su expresión neutral.

—Saldrás ganando. Solo piénsalo un segundo: divorcio, dinero y libertad al final.

—¿Y mi vida? No confío en ti para mantenerme viva.

—Te di mi palabra.

—¿Y eso vale algo?

Marco apretó la mandíbula, la mirada endurecida.

—Te estoy dando una opción mejor que la que tenía en mente para ti, Clariss Straton —su voz se tornó más baja, dura y amenazante—. O aceptas casarte conmigo, o asumes el riesgo de descubrir cuál era tu verdadero destino.

No debía tomarse la amenaza a la ligera. Si Pierce, quien amaba a Amelia, aunque no la recordaba, la tenía Dios sabrá dónde, ¿qué podía esperar ella de un hombre como Marco, que no sentía aprecio alguno hacia ella?

Lo mejor sería aceptar el trato. Confiaría, aunque fuera un poco, en que él la mantendría a salvo.

Además, obtendría ganancias para ayudar a sus hermanas y, al fin, dejaría de lavar ropa.

—Está bien… pero con una condición —pidió ella.

Marco asintió, expectante.

—Debes ayudarme a sacar a mi hermana de las garras de Pierce.

Marco levantó una ceja.

—Bien. ¿Algo más?

—No me tocarás —demandó ella, alzando el mentón.

—¿Estás segura? —preguntó él con sorna, una media sonrisa curvando sus labios mientras la recorría con la mirada.

Clariss titubeó un segundo. ¿Estaba segura de no querer aprovechar el matrimonio y disfrutar de los derechos carnales que este le otorgaba?

*«Parece un hombre experimentado… además de guapo. Muy guapo».* pensó, recorriéndolo con la mirada sin disimulo.

No. No podía caer. Ya había caído una vez, y ahora no tenía nada de valor que entregar. Solo sería un trato donde ambos ganarían.

—Sí. Y dormiremos en habitaciones separadas.

Marco sostuvo su mirada un instante, antes de esbozar una sonrisa apenas perceptible.

—Bien, no te tocaré… hasta que seas tú quien lo suplique, tormentita.

# Capítulo 1

***Septiembre, 1828.***

—¿Quién te envió? —preguntó Marco Fairfax con voz calmada, aunque por dentro la ira bullía.

En el centro del sótano del club La Sirena Roja, un hombre atado a una silla jadeaba con el rostro cubierto de hollín.

Una lámpara de aceite colgaba del techo, proyectando un halo tembloroso que apenas iluminaba la lúgubre habitación. A los costados, tres hombres aguardaban instrucciones, con las manos cruzadas tras la espalda.

El prisionero temblaba en su sitio mientras Marco lo observaba desde la penumbra.

—No sé su nombre... yo solo tenía que... colocar y encender la pólvora de los barriles —balbuceó.

Marco dio un paso al frente. Las botas resonaron sobre la piedra húmeda.

—Entonces debo creer que no sabes para quién trabajas.

El hombre quiso hablar, pero terminó asintiendo.

Marco respiró con impaciencia y se masajeó la sien. Llevaba días sin dormir bien desde la explosión en la naviera, donde Pierce Dankwroth, su amigo, había salido gravemente herido. Por suerte, seguía con vida.

El hombre que tenía atado y herido frente a él había participado en el atentado, pero el muy maldito se negaba a hablar. La explosión había destruido uno de sus almacenes principales, repleto de mercancía valiosa. Pero lo peor era que sus negocios de apuestas también estaban siendo saboteados.

*«Otro dolor de cabeza»,* pensó con amargura.

Sabía perfectamente la razón de todos esos problemas: su ascenso al cargo de Gang Leader de Nueva Orleans no había sido bien recibido por todos. Pero pensaba dejar claro que nadie le arrebataría lo que se había ganado con astucia, sangre y poder.

—Si no me eres de utilidad... —sacó su arma, la cargó y apuntó directamente a la cabeza del hombre.

El prisionero cerró los ojos, negando con desesperación.

—¡Le juro que no sé nada más! Él solo nos dio el dinero y dijo lo que teníamos que hacer.

Marco alzó una ceja, bajó el arma y relajó el gesto.

—¿Quién?

—¡No sé! No dijo su nombre, y tampoco preguntamos. Solo tomamos el dinero e hicimos lo que teníamos que hacer. Ni siquiera conozco a los otros hombres que estaban conmigo.

Marco lo observó un instante más. El sudor del prisionero caía por su cuello en un hilo lento.

—De verdad creí que podrías ayudarme... y que saldrías de aquí con vida —murmuró. Su voz grave y contenida hizo que el hombre palideciera.

Marco sonrió apenas y, con una navaja limpia que siempre llevaba consigo, le cortó el cuello sin pestañear.

Cada día tenía menos paciencia. Y menos aún con quienes creían que podían engañarlo.

—Roux —llamó sin alzar la voz.

De las sombras surgió Roux Benlick, su hombre de confianza. Un gigante pelirrojo de semblante hosco y mirada poco amistosa, con un tatuaje[1] en el cuello: una garra oscura marcada sobre una luna menguante, símbolo de lealtad al Lobo Negro.

Todos los hombres de Marco llevaban la marca, aunque ninguno igualaba la suya.

—Sí, señor.

—Averigua cuál de las siete familias del Consejo ha tenido contacto con bandas menores. Quiero los detalles, todos.

Roux asintió con firmeza.

—En seguida. ¿Lo tiramos al Misisipi?

Marco miró al cuerpo ensangrentado.

—No. Tírenlo donde lo encontraron. Que sirva de ejemplo —ordenó, mientras se colocaba el chaleco y la levita, ocultando las manchas de sangre en la camisa. Luego salió del sótano.

Al llegar al pasillo, encendió un cigarro, pero no llegó a fumarlo. Debía descubrir quién estaba detrás de todo. Sabía que las siete familias que le debían lealtad en Nueva Orleans no estaban completamente comprometidas a seguirlo.

Tenía vigilado a Renaud Dubois, el antiguo Gang Leader. Había sido elegido tras la muerte de su padre, Fergus Fairfax, y durante los siete años que gobernó en la ciudad se había vuelto adicto al poder. Perderlo de vista era un gran error que no estaba dispuesto a cometer.

El salón del club estaba inusualmente tranquilo, a pesar de ser las cuatro de la tarde. La Sirena Roja, antes un tugurio de piratas y prostitutas, había sido transformada por Marco en un lugar más refinado, aunque no tanto como un club de caballeros. Las mesas de roble pulido, las lámparas de cristal y los sillones de terciopelo rojo daban un aire elegante, pero el peligro seguía siendo parte del ambiente.

Para Marco, La Sirena Roja era su terreno sagrado, donde podía observar, escuchar y castigar a los que se rebelaban en su contra.

Sin detenerse, salió del club. La luz del sol lo golpeó de lleno en el rostro, obligándolo a entrecerrar los ojos. Su carruaje negro lo esperaba a unos metros.

Ahora otro problema lo esperaba en Fairfax House: Clariss Straton, o mejor dicho, Clariss Fairfax, su esposa. Un problema exquisito que deseaba disfrutar… a pesar de ir en contra de sus planes y de la promesa hecha a su padre.

∞∞∞

Fairfax House sería un sueño de casa para Clariss, si no fuera por la presencia de su suegra, Elaine Fairfax. Vivir allí era como volver a los años en Londres, donde su vida era fácil y llena de lujos, a pesar de tener un padre como Jacob Straton: peligroso, y a quien no le temblaba el pulso si debía herir a sus propias hijas para lograr sus objetivos.

Pero en aquellos momentos no sabía quién resultaba peor: su propio padre o la madre de su esposo. Elaine era una mujer

insoportable, de carácter dominante, siempre dispuesta a corregirla o cuestionarla por cualquier nimiedad.

—Eres una despilfarradora. ¿Crees que puedes comprar todas esas cosas sin consultar a mi hijo? —expresó Elaine con el ceño muy marcado, mientras observaba cómo los lacayos subían las cajas llenas de vestidos, accesorios, productos de belleza y cuidados íntimos a la habitación de Clariss—. ¡Contigo iremos a la ruina!

Clariss puso los ojos en blanco ante la diatriba de palabras de Elaine. Trataba de conservar la calma mientras guiaba a los lacayos.

—Por unos cuantos vestidos y accesorios, Marco no quedará en la ruina —respondió ella sin mirar a su suegra.

A un lado estaba Cecilia Fairfax, la hermana de Marco, quien observaba todo sin decir palabra alguna. Al menos ella se mantenía al margen.

Elaine entrecerró los ojos y fulminó a Clariss con la mirada.

—No comprendo cómo mi hijo terminó casado con una mujer como tú —señaló, claramente ofendida por la decisión de su hijo.

En cambio, Clariss le dedicó una sonrisa que pretendía ser tierna, pero resultó más sarcástica.

—Porque soy irresistible —respondió, batiendo las pestañas y encogiéndose de hombros.

Elaine se llevó una mano al pecho, abrió la boca y luego la cerró.

—¡Lo que eres es una simple lavandera, una mujer sin alcurnia ni modales, que jamás ha sostenido en sus manos más de unas cuantas monedas! —refutó Elaine, ya demostrando cuán enojada estaba—. No tienes educación; si la tuvieras, sabrías que me debes respeto y obediencia a tu esposo.

Clariss alzó una ceja. La ofensa la había molestado: la estaba llamando inculta y pobre. Tal vez lo era ahora, pero había nacido siendo la hija de un conde, en una de las mejores casas de Londres. No permitiría que Elaine llegara tan lejos para fastidiarla.

—Mi educación es perfecta. Nací en Londres, hija de un conde acaudalado. Recibí la mejor instrucción de las mejores institutrices de Gran Bretaña. Que no la use con… usted, es algo diferente. Lo mejor de liberarme del estricto protocolo social de Londres fue aprender a respetar a quien me respeta.

Elaine miró a Clariss por unos segundos sin responder; luego relajó su postura y sonrió con cinismo.

—¿Tú, la hija de un conde inglés? —se burló.

—Madre, por favor —recriminó Cecilia al ver la burla y el desdén en su tono. Elaine la miró, ofendida.

—¿Te pones de su parte? —inquirió. Cecilia no respondió.

—Sí, mis hermanas y yo somos de sangre noble —respondió Clariss.

—¿Y quién era tu padre? No creo que haya sido un conde; tu educación y estatus dicen lo contrario.

—El conde de Warwick, Jacob Straton —respondió Clariss con el mentón elevado—. Él…

—¿Quién? —repitió Elaine, pero esta vez con la piel pálida y el semblante desconcertado.

Clariss frunció el ceño al ver la reacción de Elaine.

*«¿Conocía a mi padre?»,* se preguntó.

En ese instante, la puerta principal se abrió, interrumpiendo la conversación. Las tres mujeres giraron el rostro para ver que era Marco. Al verlas reunidas y sentir la tensión palpable, frunció el ceño.

—¿Qué está pasando? —preguntó él.

Clariss resopló.

—Tu madre se ha molestado por algunas de mis compras —respondió, encogiéndose de hombros.

A pesar de que la presencia de su esposo era imponente e intimidante, ella fingía que no le importaba. No le tenía miedo, pero había aprendido, en el mes que llevaba conviviendo con él, que no era un hombre muy paciente… y ella tenía un don natural para hacer perder la paciencia a las personas con rapidez.

*«O aceptas casarte conmigo, o asumes el riesgo de descubrir cuál era tu verdadero destino.»*

Recordó sus palabras, y la verdad era que no quería tentar su suerte ni descubrir cuál era ese destino.

—No fueron algunas compras —expresó Elaine, más tranquila—. Es una despilfarradora, Marco.

Clariss volvió a rodar los ojos. De pronto, sintió unas inmensas ganas de vomitar. El malestar le recordó su condición actual: estaba encinta, y ni siquiera sabía quién era el padre.

Miró a Marco, queriendo que él hablara y resolviera la situación. Ya no deseaba pelear; solo quería recostarse y aliviar su malestar cuanto antes. No quería que nadie notara su estado, no todavía… no sin ejecutar un plan.

—Madre, por favor. Es mi esposa; puede comprar lo que quiera —respondió Marco, caminando hacia ella.

Clariss no se movió. Solo sintió cómo Marco se posicionaba a su lado, quedando en evidencia la diferencia de altura.

Elaine apretó los labios en una fina línea. Estaba molesta porque, al final, Marco había elegido defender a su esposa.

—Bueno, si ya todo está claro, me gustaría descansar un poco —expresó Clariss, dando un paso al frente para salir del vestíbulo. Pero Marco la tomó del brazo, deteniéndola. Ella se giró para mirarlo con el ceño fruncido.

—Quiero hablar contigo —demandó él, mirándola fijamente.

Clariss asintió, intentando zafarse de su agarre. Evitaba todo contacto con él, porque cada vez que la tocaba o la rozaba mínimamente, sentía cómo una oleada electrizante le recorría el cuerpo. No era una sensación desagradable, más bien… placentera, y eso era precisamente lo que quería evitar: sucumbir.

Pero Marco no la soltó. En lugar de eso, afianzó su agarre, entrelazando sus dedos con suavidad mientras la guiaba hacia su despacho, sin despedirse ni mirar a su madre y hermana.

El trato que él le daba la desconcertaba. No era brusco, le hablaba con suavidad y no le negaba nada. Un trato muy distinto al de su primer encuentro. Sabía que Marco no era un hombre amable, y mucho menos delicado, pero con ella sí lo era.

*«Es porque no lo incitas a perder la paciencia».* Le dijo esa vocecita en su cabeza.

Seguramente era eso… y también hacía todo lo posible por evitar cualquier situación que los dejara a solas.

Una vez en el despacho, Marco la soltó. Era la segunda vez que entraba allí. Aprovechó que él se servía un trago de whisky para

observar la habitación.

Era amplia y elegante. Dos grandes sillones de cuero, lo bastante amplios como para acomodar a diez personas, se extendían frente a una chimenea apagada. Un escritorio de madera oscura dominaba el centro de la estancia, cubierto de documentos, plumas y un tintero de cristal. En una de las paredes, un estante repleto de libros se alzaba hasta el techo. Y justo detrás de la silla del escritorio, colgaba un cuadro: un lobo negro, imponente, con la mirada fija y ojos de un rojo intenso, casi incandescente.

Clariss se detuvo frente al cuadro, hipnotizada. Era precioso. Nunca había visto una pintura tan realista.

—¿Hermoso, cierto? —La voz de Marco la sobresaltó; no lo había sentido acercarse. Había estado tan absorta en el cuadro que no percibió su proximidad—. ¿Te gusta?

Un escalofrío la recorrió cuando el aliento masculino rozó su oreja y parte de la nuca. Quería apartarse, pero permaneció inmóvil. Enderezó la postura y, con una sonrisa cínica, lo empujó hacia atrás con el antebrazo.

—Dame un poco de espacio, por favor —expresó ella.

—¿Te molesta? —preguntó él. Ella no vio su expresión al estar de espaldas.

—Es bonita la pintura —respondió, obviando su nueva pregunta y refiriéndose a la anterior. Se giró para quedar frente a él, que la miraba intensamente—. Ahora, ¿de qué querías hablar conmigo?

Una media sonrisa se formó en los labios masculinos. Luego negó con la cabeza y tomó un sorbo de su whisky.

—Don Rafael Castañeda hará una recepción en su casa en dos días. Necesito que hagas tu papel de esposa. Tranquila, sin comentarios. Estarás con las demás esposas e hijas de mis socios. Y, lo más importante, no harás preguntas. Una mujer no tiene por qué saber los asuntos de su esposo.

—Entiendo —respondió Clariss—. ¿Y para qué es la recepción?

Marco alzó una ceja.

—Bien, sin preguntas —dijo ella, al entender su mirada—. ¿Algo más?

Marco negó con la cabeza, mirándola fijamente. La forma en que la observaba era indescifrable. ¿Cómo debía interpretar su mirada?

Una nueva oleada de náuseas la atacó, y tuvo que sellar los labios y respirar hondo.

—Iré a recostarme —murmuró finalmente.

Sin darle tiempo a decir algo más, salió del despacho casi corriendo hacia su habitación. Apenas llegó, se recostó contra la puerta y respiró hondo para evitar que las náuseas se intensificaran.

Por toda la habitación estaban esparcidas las cajas con la variedad de vestidos y accesorios que había comprado, pero lo último que quería hacer en ese momento era revolver más cosas.

Reclinándose en la cama y tratando de respirar con calma, volvió a pensar qué haría con su embarazo. Si hacía las cuentas desde la noche en que estuvo con aquel hombre, debía tener unos dos meses y medio de gestación.

Acostarse con Marco y hacerlo pasar por su hijo era tentador, pero no quería atarse a él para siempre. Y él tampoco estaría muy feliz de pasarla de esposa temporal a esposa permanente, y más teniendo en cuenta sus planes futuros.

—¿Qué hago? —musitó para sí misma.

Debía hablarlo con sus hermanas; tal vez ellas le darían un buen consejo. O quizás podría pedirle a Amelia que la ayudara a encontrar a ese hombre con la ayuda de su esposo. Después de todo, era invitado de Pierce… él sabría quién era.

—¿Y si él no quiere volver a verme? ¿O no acepta a nuestro hijo? —murmuró. El pecho se le oprimió solo de pensarlo.

Suspiró, y sus ojos se cristalizaron. Le dolía haberse entregado y no haber sido valorada. Esa noche… ella creyó que había encontrado al hombre ideal, con quien se casaría y tendría una bonita familia.

—Estúpida, eso fuiste —se recriminó, dejando caer una lágrima.

Recordar que solo le había dejado una nota diciéndole que ya todo estaba pagado, sin un nombre ni una dirección para encontrarlo, le dolía. ¡Ni siquiera le habló a la cara para decirle que nada de lo que pasó era importante para él!

Ahora estaba embarazada y con el corazón roto por un hombre cuyo nombre ni siquiera conocía.

# Capítulo 2

*Era su primer baile. Y Clariss Straton jamás olvidaría la sensación de cruzar el umbral del gran salón de Dankwroth House. Nunca había visto tanta gente reunida con semejante ostentación.*

*En su interior, agradecía que sus hermanas hubieran estado presentes cuando el viejo Dankwroth casi muere; de no ser por aquello, jamás las habrían invitado.*

*Su vestido carmesí resaltaba entre la multitud. La falda amplia se abría con cada paso, y el corpiño ajustado realzaba su figura voluptuosa con un toque audaz que Amelia había desaprobado. Pero a ella le había encantado cómo ese vestido la hacía ver y sentir. El antifaz rojo, adornado con pequeñas plumas doradas, le cubría media mirada, dejando entrever sus ojos azules, brillantes de emoción.*

*Había disfrutado elegir aquel atuendo. Pasear por las tiendas del centro le había devuelto, por un instante, la sensación de aquellos días en Mayfair, cuando podía caminar sin preocuparse por nada. Y cuando vio el vestido, supo de inmediato que era para ella.*

*El carmesí era un color que jamás habría podido usar en Londres siendo una debutante, pero en Nueva Orleans todo era distinto. Y aunque ahora era una lavandera pobre, amaba la libertad que aquella ciudad le había concedido.*

*Llevaba media hora caminando y observando las joyas expuestas cuando decidió buscar algo de comer o beber. Se detuvo frente a la mesa de bocadillos, contemplando los pequeños dulces cubiertos de azúcar y las copas de ponche que relucían bajo la luz.*

*—Un sorbo no me hará daño —murmuró para sí misma, tomando una copa con una sonrisa cómplice.*

*Cuando estiró la mano para tomar un pastelito, una dama a su lado se movió con torpeza y el dulce se deslizó de la bandeja, cayendo directamente sobre su falda.*

*—Oh, no… —susurró con fastidio, intentando limpiarlo con una servilleta sin demasiado éxito.*

*La dama se disculpó enseguida, pero Clariss le restó importancia con una sonrisa cortés.*

*—No se preocupe, suele pasar —respondió, aunque por dentro maldecía el incidente.*

*Buscando una forma de limpiarse, se apartó del bullicio y salió del salón, siguiendo un pasillo menos concurrido. El sonido de la orquesta se desvaneció poco a poco, sustituido por el eco de sus propios pasos. El aire era más fresco fuera de la sala. Caminó unos metros, buscando algún sirviente, pero no encontró a nadie. Entonces recordó que al final del pasillo había una habitación de retiro[2] para damas.*

*Al entrar comprobó que estaba vacía. El pequeño salón era delicado, con una cómoda de caoba, un espejo ovalado y una jarra de porcelana sobre un lavabo. Clariss tomó una toalla fina, la humedeció con un poco de agua y limpió con cuidado la mancha. Sonrió satisfecha cuando el rastro desapareció.*

*Antes de salir, se miró en el espejo. Acomodó el antifaz y una rebelde hebra de cabello dorado que se había deslizado por su mejilla. Sonrió con coquetería. Estaba lista para volver al salón y seguir disfrutando de la noche.*

*Pero no llegó muy lejos. Apenas cruzó la puerta, chocó con algo —o más bien, con alguien—. El impacto fue tan fuerte que la hizo tambalearse. Antes de caer, unas manos firmes la sujetaron por la cintura.*

*—¿Está usted bien?*

*Clariss levantó la mirada y se encontró frente a un hombre alto, vestido completamente de negro. Llevaba un antifaz del mismo color que cubría casi todo su rostro, dejando al descubierto solo la línea firme de la mandíbula y los labios.*

*—Eso creo —respondió ella, intentando recuperar el equilibrio—. Si sigo teniendo accidentes esta noche, me declararé una dama sin suerte.*

*El desconocido sonrió apenas, y ella sintió que el aire se le escapaba por un instante.*

*No sabía si era el poco ponche que había bebido o el golpe al tropezar, pero su mirada estaba algo borrosa… y el corazón le latía con una insistencia desconocida.*

*—Bueno, yo me declararé un hombre con suerte. Chocar con una hermosa dama no es algo muy común —expresó el hombre con voz baja y ronca, como si intentara moderar el tono.*

*Clariss no le dio importancia a ese detalle; más bien sonrió levemente por el elogio, aunque enseguida se apartó, procurando mantener la distancia. No era bien visto que una dama permaneciera entre los brazos de un desconocido.*

*—Regresaré con mis hermanas —informó, sin perder la sonrisa.*

*Pero al dar un paso, el suelo pareció moverse bajo sus pies. Se tambaleó, y él volvió a sujetarla con firmeza.*

*Fue entonces cuando sintió verdaderamente su fuerza: los brazos del hombre la rodearon con seguridad, cálidos y protectores, y por un instante se permitió disfrutar de aquella sensación.*

*«No seas promiscua, Clariss. Eres una dama», se reprendió de inmediato, obligándose a erguirse.*

*—No se ve bien. Será mejor que tome un poco de aire —sugirió él, guiándola suavemente hacia la salida, sin preocuparse por las miradas de los sirvientes que pasaban con bandejas de copas y bocadillos.*

*Al salir, el aire nocturno la envolvió con una frescura reconfortante. El bullicio del salón quedó atrás, reemplazado por el susurro de la brisa y el canto lejano de los grillos.*

*—Siéntese aquí —le indicó el hombre, ayudándola a tomar asiento en un banco oculto tras unos setos perfectamente podados—. ¿Se siente mejor?*

*Clariss asintió. El aire fresco le despejó los sentidos y el leve mareo se disipó.*

*—Gracias —musitó, dedicándole una sonrisa.*

*—¿Cuál es tu nombre, solecito? —preguntó él, dejando atrás toda formalidad.*

*Clariss arqueó una ceja ante el atrevimiento. El halago la tomó por sorpresa, aunque no le resultó desagradable.*

*—En Londres sería muy mal visto que me presentara a usted yo misma —replicó, aún con la sonrisa en los labios, pero ahora más juguetona.*

*El desconocido ladeó la cabeza y curvó la comisura de los labios, divertido.*

*A pesar de la oscuridad, el farol más cercano los bañaba con una luz dorada que dejaba ver los rasgos masculinos con claridad: unos ojos verdes preciosos, labios de forma perfecta y un cabello rubio que caía, pulido y ordenado, hacia atrás.*

*Su disfraz era sencillo: una camisa de seda negra, con los primeros botones desabrochados, pantalones del mismo tono y botas altas de cuero. Era un hombre alto, de hombros anchos, y su aura era misteriosa, dominante e imponente.*

*—Pero no estamos en Londres —replicó él con ese tono bajo y rasposo que parecía acariciar el aire—. Al menos merezco saberlo… ¿o prefieres que te diga solecito?*

*Clariss se mordió el labio inferior para disimular la sonrisa que amenazaba con escapar.*

*—El anonimato es más…*

*—¿Excitante? —completó él con una media sonrisa.*

*—Iba a decir… intrigante —replicó ella con un deje de picardía en la voz.*

*El desconocido soltó una breve risa grave, más un murmullo que un sonido.*

*—Intrigante —repitió, saboreando la palabra mientras se acercaba un paso—. Me gusta. Aunque debo confesar que solecito también te sienta bien.*

*Clariss arqueó una ceja, divertida. Él la observaba con una atención envolvente, como si nada más en el jardín existiera.*

*—Debo confesar que tu presencia en el salón me llamó la atención desde el primer momento —añadió él—. Tu brillo opacó a todas las damas presentes.*

*—Entonces supongo que nuestro encuentro no fue tan casual —observó ella, con media sonrisa.*

*El hombre curvó los labios en un gesto leve.*

*—Culpable —admitió, inclinándose hacia unas flores cercanas. Tomó una y se la tendió—. Necesitaba una excusa para hablar contigo. ¿Y qué mejor que un choque casual?*

*Clariss inclinó ligeramente la cabeza, admirando el temple del desconocido. Cuando tomó la flor, sus dedos se rozaron; un leve contacto que bastó para encenderle la piel.*

*Él, sin pedir permiso, atrapó su mano con suavidad y la acarició con una mezcla de ternura y sensualidad.*

*—¿Sin guantes? —murmuró con voz baja.*

*—No me gustan —respondió Clariss con naturalidad. En los tres años que llevaba en Nueva Orleans había dejado de usarlos, y no los extrañaba en absoluto.*

*El hombre asintió, sin apartar la mirada de ella.*

*Durante unos segundos, el silencio fue lo único que existió.*

*—¿Iba a regresar con sus hermanas? —preguntó al fin, con un tono que sonó más a reto que a cortesía.*

*Clariss dudó un instante. Giró ligeramente la cabeza hacia la entrada, donde la música de la orquesta flotaba apenas como un eco. Luego volvió a mirarlo.*

*Los preciosos ojos verdes del desconocido la observaban con una súplica muda, que pedía quedarse sin pronunciar palabra alguna.*

*Sabía que debía rechazarlo. Que lo correcto era volver al salón. Pero ¿cuándo había sido seguidora de las reglas?*

*—Creo que aún estoy un poco indispuesta para entrar —dijo finalmente, con una sonrisa que revelaba su mentira—. Un poco más de aire fresco me hará bien.*

*El desconocido sonrió de lado.*

*—¿Cuál es tu nombre? —preguntó ella, dejando que la curiosidad ganara.*

*—Acabas de decir que el anonimato es más…*

*—Intrigante —completó ella, asintiendo con complicidad.*

∞∞∞

El mayordomo salió del vestíbulo rumbo al despacho de Marco justo cuando Cecilia entraba. Había estado en el jardín, tomando aire mientras leía un libro.

—Señorita Fairfax.

Cecilia se tensó al escuchar esa voz y cerró el libro con brusquedad. Se giró despacio, como queriendo confirmar que no había oído mal.

Pero sí, ahí estaba el hombre que había hecho que su hermano perdiera la confianza en ella y la comprometiera con un hombre que le doblaba la edad.

Lo miró con dureza, enderezando la postura.

—Detective Vance —respondió con un tono frío, que dejaba en claro que su presencia le resultaba desagradable—. ¿Viene a seguir mintiendo para que le dé información sobre mi hermano?

—De hecho, vengo a hablar directamente con el señor Fairfax —contestó él con calma.

Cecilia lo miró sorprendida.

—¿Con mi… hermano? —preguntó casi pensativa, ladeando la cabeza—. ¿Sobre qué asunto?

—Es un tema solo para caballeros —replicó el detective, con una serenidad que solo la irritó más.

—Eso no le impidió buscarme y presionarme antes —objetó ella, alzando ligeramente el mentón—. ¿Qué cambió ahora?

—Que su información fue inútil.

Cecilia entrecerró los ojos, ofendida.

—¿Inútil? Eso me costó la confianza de mi familia… además de perder a un amigo —dijo, dando un paso al frente.

El detective también avanzó, imponiendo su altura.

—Lo siento —respondió en voz baja—, pero eso solo demuestra que no sabe ser discreta.

Cecilia apretó los puños, conteniendo la furia. Él sonrió apenas, sin suavizar el gesto.

—No se moleste —añadió con ironía—. Se ve mucho más bonita cuando sonríe.

El comentario la hizo enrojecer de rabia. Lo miró directamente a los ojos color avellana, odiando la calma con la que la observaba.

—Fui estúpida al creer que tenía información real sobre mis...

—Buenos días.

La voz de Marco la interrumpió. Cecilia selló los labios de inmediato y bajó la mirada, mordiéndose el labio, esperando que su hermano no hubiera escuchado demasiado. No quería que pensara que lo estaba traicionando otra vez.

—Fairfax —saludó el detective con un leve movimiento de cabeza —. Soy Lucian Vance, detective especial de la Sociedad de la Corona Británica.

Marco lo miró sin expresión alguna. Lo examinó de pies a cabeza antes de hablar.

—Pasemos a mi despacho —dijo finalmente.

Lucian le dedicó una última mirada a Cecilia antes de seguir a Marco por el pasillo.

Una vez dentro, Marco le indicó el asiento frente al escritorio, mientras él se acomodaba en su silla de una forma que dejaba claro quién mandaba en esa habitación.

—Puede ir directo al motivo de su visita, señor Vance —indicó con voz firme.

El detective se acomodó también, sin mostrar miedo ni incomodidad.

—Primero, quisiera disculparme por haber usado a su hermana y comprometerla en asuntos legales de la Corona inglesa —comenzó. Marco alzó una ceja, pero no dijo nada—. Mi intención era descartar que su naviera, o la de Dankwroth, estuviera transportando armas robadas de una embarcación inglesa.

—Si está aquí —replicó Marco con tono grave—, es porque no descubrió nada.

—Así es —admitió Lucian con serenidad—. Pero esas armas siguen desaparecidas, y mis pistas me trajeron a Nueva Orleans. Ambos sabemos que esta ciudad posee uno de los puertos más importantes… y más corruptibles de Estados Unidos.

Marco no respondió. Su rostro permanecía neutro: por un lado, porque era cierto; por otro, porque era su ciudad, y no pensaba admitir que él controlaba el puerto de mayor contrabando del sur.

—Sé que usted lidera gran parte de la ciudad —continuó Vance—. Y como estoy convencido de que no tiene nada que ver con el robo, he pensado que podría…

—No —lo interrumpió Marco de inmediato. Lucian no pareció sorprendido por la negativa—. No crea que lo ayudaré —añadió Marco, apoyando los codos sobre el escritorio—. Esos asuntos son suyos, detective.

Lucian se inclinó hacia adelante, sin apartar la mirada.

—Me temo que no tiene mucha opción, señor Fairfax.

El silencio cayó sobre la habitación. Marco sostuvo la mirada del inglés sin pestañear.

—Tengo información que podría comprometer su nombre, y no creo que quiera que llegue a oídos equivocados.

—Le aconsejo que elija bien sus próximas palabras, señor Vance —dijo Marco con calma, aunque en su voz había una nota amenazante.

Lucian lo desafió con una leve sonrisa.

—Verá, una de mis investigaciones me llevó hasta los manifiestos de carga del *Serica*, un navío registrado bajo una de sus navieras. Según esos documentos, el barco zarpó de Charleston con un cargamento de vino… y llegó a Nueva Orleans con tres barriles de más. Barriles que no contenían licor, precisamente.

Marco entrelazó las manos sobre el escritorio; sus ojos verdes se oscurecieron. Recordaba perfectamente el *Serica* y cómo había castigado a sus hombres por semejante descuido.

—¿Está insinuando que participo en el tráfico de armas? —preguntó, con la voz contenida.

—No —replicó Lucian con serenidad—. Estoy insinuando que alguien dentro de su red lo está usando. Y si los ingleses descubren su nombre en esos manifiestos, Fairfax, no se tomarán la molestia de investigar los detalles.

El silencio se hizo pesado. Solo se escuchaba el tictac del reloj de péndulo junto a la ventana. Al final, Marco sonrió de lado.

—Me halaga que se preocupe por mi nombre, Vance. Pero sé perfectamente cómo cuidarme.

Lucian se recostó ligeramente en la silla.

—Hay algo más —añadió con calma—. Uno de los ladrones de esas armas estaba vinculado a una vieja empresa londinense. Propiedad, si no me equivoco, del difunto conde de Warwick… el mismo hombre que, según mis registros, era el padre de su esposa.

La mirada de Marco se volvió de hielo. Lucian supo al instante que había tocado una fibra sensible

—No estoy diciendo que la señora Fairfax tenga algo que ver —continuó, fingiendo prudencia—, pero verá lo complicado que sería para usted y su esposa si esos vínculos llegaran a hacerse públicos.

—Y a cambio de su silencio espera que lo ayude. ¿Cómo, detective? —preguntó Marco.

—Cooperación. Ayúdeme a encontrar esas armas antes de que caigan en manos equivocadas. Usted mantiene limpio su nombre y su negocio, y yo cierro un caso que la Corona quiere sepultar.

Marco sonrió apenas, sin humor.

—Y si me niego… —empezó. Lucian levantó una ceja.

—Entonces tendré que entregar los documentos a alguien menos… comprensivo.

—Tiene agallas, Vance —murmuró Marco al fin—. No sé si eso me agrada o me irrita.

Lucian se permitió una sonrisa. Marco lo miró largo rato, pensando cada paso que debía dar. Al fin, dejó caer los hombros en un gesto deliberado y lento. Había muchas cosas en juego, y ese detective sabía más de lo que debería.

Se hubiera deshecho de él si no estuviera relacionado con la Corona inglesa; no deseaba más hombres como Lucian Vance encima suyo. Sabía que esa gente no era fácil de deshacer.

—Acepto. Pero con una condición muy clara.

Lucian reclinó apenas la cabeza, atento.

—Pase lo que pase en esta búsqueda —continuó Marco, su voz baja y firme—, mi familia estará protegida. Mi esposa, mi madre y mi hermana no serán tocadas, ni por la Guardia, ni por sus hombres, ni por los miserables que se muevan tras estas armas. —Hizo una pausa y clavó la mirada en Lucian—. Si usted quiere mi cooperación, ese es el precio. Mantendrá toda investigación fuera del alcance

público y de mi familia, y me avisará de cualquier movimiento que pueda ponerlos en riesgo. ¿Está claro?

—Sí. Le doy mi palabra, señor Fairfax. Será discreción total.

Marco asintió.

—Otra cosa. El nombre de mi esposa no debe volver a salir de su boca. Es una advertencia que no repito. Recuérdelo la próxima vez que piense usarla para amenazarme.

Él podía tolerar ciertas cosas, pero nada que incluyera a su mujer.

# Capítulo 3

El aroma a lavanda y romero llenaba *The Lily's Garden,* la pequeña floristería de Brianna Straton. El local se encontraba en el corazón del barrio comercial de Nueva Orleans, no muy lejos del puerto, aunque lo bastante alejado para evitar el ruido y el olor del muelle. A un lado había una librería francesa, y al otro, una tienda de sombreros.

Dentro, Clariss estaba junto al mostrador, moliendo pétalos secos con un mortero. Aprovechaba cada ausencia de Marco para escabullirse de Fairfax House y visitar a sus hermanas o atender sus diligencias, como comprar vestidos y accesorios. Esa tarde había decidido pasar por el negocio de Brianna para ayudarla un poco.

Hacía poco menos de un mes que la floristería había abierto sus puertas. Más que un lugar para vender flores, era un espacio dedicado a las plantas medicinales y a los remedios naturales.

Cuando terminó de moler los pétalos, Clariss dejó el mortero a un lado y miró a su hermana, que ordenaba unas botellas de aceite sobre el estante. Brianna era testaruda: se había negado a vivir con Amelia o con ella, prefiriendo abrir aquel pequeño negocio por su cuenta. Clariss no estaba de acuerdo, pero respetaba su decisión; solo podía apoyarla.

—¿Cómo aprendiste todo esto de las plantas? —preguntó Clariss, curiosa de saber cómo su hermana había llegado a tener tanto conocimiento sobre enfermedades y curas.

—Siempre me interesó la medicina, y los libros ayudan mucho. Si no leyeras solo historias románticas, lo sabrías —respondió Brianna con una leve sonrisa, mientras comenzaba a escribir con una pluma los nombres de cada aceite en pequeñas etiquetas.

La tienda no era muy grande, pero tenía su encanto. En las repisas de nogal se alineaban frascos de vidrio con etiquetas escritas a mano: láudano, valeriana, alcanfor, menta seca. Pequeños ramos de flores frescas adornaban las mesas, y las cortinas de lino dejaban pasar la luz de la tarde en tonos dorados.

—No cuestiones mis gustos literarios —replicó Clariss—. Yo no cuestiono los tuyos.

Brianna rodó los ojos, divertida.

—Lo siento, pequeña cristal.

Clariss no pudo evitar reír al escuchar el viejo apodo con el que su hermana la llamaba de niña. Hacía años que no la oía decirlo.

—¿Podrías buscar a Aurora? Necesito terminar un encargo de valeriana para el doctor Juan.

Clariss asintió. Quería ver a su sobrina, y así podría aprovechar para visitar también a Amelia, que cuidaba de la pequeña mientras Brianna trabajaba.

—¿No has pensado en buscar una ayudante? —preguntó Clariss.

—Aún no. Es muy pronto. Quiero reunir más fondos. Quizá más adelante, cuando tenga más clientes —respondió Brianna, encogiéndose de hombros sin dejar de escribir en las etiquetas.

—Puedo ayudarte con eso, Brianna —insistió Clariss.

Su hermana la miró unos segundos antes de apartar la vista.

—No seas orgullosa. Lo mejor es que tengas a alguien que te ayude, y así puedas pasar más tiempo con Aurora.

Brianna sonrió con suavidad.

—Sabes que Aurora es mi debilidad. —Suspiró—. Está bien, buscaré a alguien.

Clariss sonrió encantada y siguió colaborando con las pócimas de su hermana, como ella solía llamarlas. La paz del lugar contrastaba con la tensión que siempre sentía en Fairfax House, sobre todo cuando Elaine estaba presente.

Se mordió la mejilla interna, dudando cómo decirle a Brianna que estaba encinta. Pero eso no era lo peor… lo peor era confesar que no sabía nada sobre el padre. Se avergonzaba de solo pensarlo. Si antes se había sentido culpable por entregarse a un desconocido, ahora lo estaba aún más al llevar dentro de sí la consecuencia de aquel acto.

Respiró hondo y abrió la boca para hablar, pero la cerró enseguida, sin saber cómo empezar. Frunció los labios, molesta consigo misma por su cobardía.

*«Afronta las consecuencias, Clariss»*

—¿Quieres decirme algo? —preguntó Brianna, colocando las etiquetas en las botellas.

Clariss ladeó la cabeza, preguntándose cómo sus hermanas siempre sabían cuándo algo la inquietaba.

—Yo… —tomó aire— necesito un consejo.

Brianna dejó de trabajar y la miró con atención.

—¿Sobre tu matrimonio con Fairfax? —inquirió, pero Clariss no respondió—. No podré ayudarte si es sobre eso. Ya sabes que no conviví demasiado con… bueno, ya sabes. Aunque Amelia podría...

—Estoy embarazada —soltó de pronto.

Brianna cerró los labios y alzó las cejas, sorprendida.

—Vaya… tu esposo ha sido bastante rápido —comentó, aún conmocionada.

—No es de él —admitió Clariss, bajando la cabeza, avergonzada.

El ceño de Brianna se frunció al instante.

—¿Estás encinta… y no es de tu esposo?

Clariss asintió.

—Entonces supongo que es de aquel hombre.

—Sí, el mismo —confesó Clariss, levantando por fin la mirada—. No sé qué hacer, Anna. Recién lo supe. Tengo miedo… de lo que pueda pasarme, o de lo que pueda pasarle al bebé. Marco no aceptará esto, y él…

Clariss calló de golpe. No sabía si debía contarle todo el trato a su hermana.

—¿Él? —repitió Brianna, invitándola a continuar.

—Una de las razones por las que acepté el matrimonio fue porque él me dijo que, si no lo hacía, mi destino sería peor. —Tragó saliva—. Él es peor que Pierce, Anna. No es alguien con quien se pueda jugar.

La expresión de Brianna cambió; se tornó seria y protectora. Si Clariss estaba tan asustada, entonces era verdad: Marco Fairfax no era un hombre que se pudiera tomar a la ligera.

—¿No has pensado en buscarlo? A ese hombre —preguntó Brianna, procurando mantener la calma. No quería empeorar las cosas.

—Por supuesto que lo he pensado, Brianna. Incontables veces. ¿Pero cómo podría encontrarlo? Ni siquiera sé su nombre —

respondió Clariss con frustración.

Guardó silencio unos segundos y luego suspiró, bajando la mirada.

—He pensado en hacerlo pasar por hijo de Marco.

Brianna abrió los ojos con incredulidad.

—¡¿Estás loca?! Acabas de decir que tu esposo es peligroso. ¿Imaginas lo que podría sucederte si descubre que lo has engañado de esa manera? —razonó con voz firme.

Clariss bajó la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—No quiero que mi hijo nazca sin padre, y Marco… él es un hombre importante aquí, es rico, y puede brindarnos una mejor vida. A pesar de su amenaza, no me trata mal y me brinda todas las comodidades —explicó, tratando de convencerse a sí misma tanto como a su hermana.

Brianna la observó con una mezcla de pena y preocupación. También se mordió el labio, y finalmente asintió despacio.

—Habrá que hablarlo con Amelia —dijo con serenidad—. Ella debe saber lo que planeas… lo que planeamos hacer.

Clariss levantó la mirada, sorprendida.

—¿Vas a ayudarme con esto? —preguntó con un hilo de esperanza.

—Por supuesto —respondió Brianna sin titubeos—. No pienso dejarte sola. Y tienes razón, Clariss. A veces, ser decente y sincera no lleva más que a la ruina. Tu esposo puede darte una vida mejor, y si eso significa mentir… que así sea.

Clariss asintió lentamente. En su interior, una punzada de remordimiento le atravesó el pecho. Sabía que lo que planeaba era cruel y arriesgado. Si todo salía bien y Marco aceptaba al bebé, quedarían atados para siempre, y la verdadera mujer que él amaba quedaría en el olvido.

Pero debía pensar en ella… y en su hijo. Ni siquiera conocía a esa mujer, y, en el fondo, deseaba que algún día Marco llegara a quererla, aunque fuera un poco. Porque si debía vivir toda la vida como su esposa, al menos quería saber lo que era ser amada de verdad.

∞∞∞

Clariss ya estaba lista para asistir a la recepción a la que Marco había insistido que debían acudir. Había dedicado toda la tarde a prepararse, después de dejar a Aurora con Brianna en la floristería.

Tomó un baño con agua templada, perfumada con esencias de lavanda y rosas que había comprado a su hermana. Brianna se había negado a aceptar el dinero, así que Clariss lo había dejado discretamente sobre el mostrador. Le agradaba pensar que, de ese modo, también la ayudaba.

Se lavó el cabello con una mezcla de jabón de miel y aceite de cacao, y luego untó sobre su piel una fina capa de aceite perfumado. El aroma era suave y floral. No podía evitar admitir que olía deliciosamente bien.

Había optado por un vestido de seda color naranja ámbar. El corpiño ceñido realzaba su busto y marcaba su cintura, mientras la falda amplia, de varias capas, caía con suavidad hasta rozar el suelo, dejando entrever solo la punta de sus zapatos de raso color crema.

Su cabello dorado caía en suaves ondas recogidas en un moño bajo. Un flequillo corto, ligeramente desordenado, rozaba su frente, suavizando aún más sus facciones. Como toque final, llevaba un pequeño prendedor dorado en forma de hoja y diminutas flores anaranjadas entrelazadas en el peinado, que combinaban a la perfección con el tono de su vestido.

Pero no tenía joyas adecuadas para una recepción de ese tipo. Quería causar una buena impresión entre los socios de Marco… y, más aún, quería empezar a gustarle de verdad. No como un simple acuerdo, sino como mujer.

Respiró con frustración. Había comprado algunas piezas sencillas, pero nada digno de una velada de sociedad.

—Así será entonces —murmuró, mirándose en el espejo, tratando de convencerse de que no necesitaba más.

La sirvienta que había elegido como doncella, Perla, había ido a la cocina por unas uvas —últimamente tenía repentinos antojos que disimulaba como podía—, así que esperó sentada frente al tocador,

observando su reflejo. Pero en realidad, pensaba en cómo acercarse a Marco, en cómo despertar su interés.

No sabía nada de seducción, y menos de un hombre como su esposo, que seguramente había conocido mujeres más experimentadas.

No debía pensar en eso: ella era una mujer hermosa, con cualidades y atributos atrayentes. Pero debía encontrar una solución pronto. El tiempo jugaba en su contra; el embarazo no era algo que pudiera ocultarse demasiado.

La puerta se abrió suavemente detrás de ella. Clariss no se giró, suponiendo que era Perla.

—Estás hermosa.

El tono bajo y grave la hizo temblar. El aliento cálido sobre su nuca la estremeció. Levantó la vista y, a través del espejo, vio a Marco detrás de ella, mirándola con una intensidad que le aceleró el pulso… ¿Era deseo lo que brillaba en sus ojos?

Era algo que ella no entendía y debía descubrir.

Marco estaba impecable, como siempre: el cabello oscuro peinado hacia atrás, la levita negra perfectamente ajustada. Él era guapo, demasiado para su gusto, eso no podía negarlo.

Clariss estuvo a punto de reprocharle que no debía entrar en su habitación, pero recordó su plan: debía atraerlo, no alejarlo. Así que sonrió con coquetería, mirándolo por el espejo.

—Gracias —respondió en voz baja, mirándolo fijamente a sus ojos verdes, pero eran tan imponentes que por un instante tuvo que apartar la vista.

—Pero esto te hará brillar aún más —dijo Marco, con voz suave, colocando sobre el tocador una pequeña caja de terciopelo negro.

Clariss ladeó la cabeza, mordiéndose el labio inferior para disimular una sonrisa. Sabía exactamente qué contenía. Abrió la caja y contuvo el aliento: dentro había un conjunto de oro y citrinos. El collar estaba formado por delicadas lágrimas engarzadas, los pendientes a juego, y un brazalete con filigrana fina.

—Son bellísimas —murmuró, acariciando una de las piedras con los dedos antes de alzar la vista hacia él—. Gracias, Marco.

Él levantó la comisura de los labios en una leve sonrisa. Sin pronunciar palabra, tomó el collar y, con una mezcla de dulzura y sensualidad, se lo colocó alrededor del cuello, rozando la piel desnuda, erizándola en cada contacto. Era una reacción inevitable; cada vez que él la tocaba, su cuerpo respondía sin su permiso… de la misma forma en que lo había hecho aquella noche con aquel hombre.

—Listo —murmuró Marco, con voz baja y firme—. ¿Podemos irnos?

Clariss asintió despacio. Recordó que había pedido unas uvas, pero decidió olvidarlo. Lo mejor era no retrasarse más.

Una vez dentro del carruaje, el silencio se extendió entre ellos durante buena parte del trayecto. Clariss quería decir algo, iniciar una conversación que los llevara, poco a poco, al tema de la intimidad. Pero no sabía cómo.

¿Por qué se sentía tan intimidada frente a él?

*«¿Será porque te amenazó?»,* susurró aquella vocecita cruel en su mente.

Lo miró de reojo. A pesar de la penumbra que dominaba el interior del carruaje, podía distinguir los rasgos de su esposo: su perfil firme, la línea marcada de su mandíbula, la mirada fija en algún punto más allá de la ventana. Vestido de negro, parecía aún más imponente… y más inaccesible.

—Marco —dijo finalmente, reuniendo el valor que siempre la había caracterizado—. Cuando hicimos este trato… me precipité en algo.

Él giró ligeramente la cabeza hacia ella, levantando una ceja. Ese gesto, tan suyo, lo hacía verse aún más irresistible.

—Rechacé… tu deber y derecho a tocarme —dijo con voz firme, pero apretando los puños sobre el regazo—. Quisiera revocar eso.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Clariss lo observó, esperando una respuesta, pero lo único que obtuvo fue una mirada indescifrable y un silencio ensordecedor.

El corazón le latía con fuerza. Empezó a sentirse torpe y ridícula.

*«No debí decir eso»,* se reprendió, furiosa consigo misma… y con él, por el rechazo silencioso.

Cuando estuvo a punto de retractarse, el carruaje se detuvo. Clariss exhaló un suspiro contenido, suponiendo que habían llegado al lugar. Ahora no sabía cómo pasaría las próximas horas fingiendo que aquella conversación nunca había ocurrido.

—Recuerda lo que te dije —dijo Marco con voz ronca y controlada —. Nada de preguntas.

Abrió la portezuela y bajó primero, ofreciéndole luego la mano. Ella la tomó, y cuando estuvo fuera del carruaje quiso alejarse, pero él no la soltó. Entrecruzó sus dedos con los de ella, en un gesto tan firme como posesivo, y la guió hacia la entrada de la casa.

Sumida en sus pensamientos, Clariss apenas reparó en su entorno hasta que escuchó su nombre en labios de Marco, cuando él la presentó ante un grupo de hombres y mujeres que los esperaban en el vestíbulo. Cuando alzó la mirada, se encontró con varias miradas sobre ella.

Clariss respiró hondo, agitó apenas la cabeza para despejar sus pensamientos y se metió en el papel que debía representar: la esposa perfecta.

Sonrió con gracia y dulzura, como le habían enseñado sus hermanas y su antigua institutriz.

—Es un placer —dijo con elegancia, inclinando ligeramente la cabeza.

Los presentes respondieron con un leve asentimiento, y las mujeres acompañaron el gesto con sonrisas.

—Fairfax, te estábamos esperando. ¿Podemos reunirnos antes de la cena? —preguntó uno de los hombres.

Marco asintió, y sin mirar a Clariss, la soltó y siguió a los hombres, dejándola atrás junto a las damas.

Clariss no supo cómo sentirse. Él la había dejado ahí, con personas que no conocía, sin darle más instrucción que un simple: «Sin preguntas».

La ira le bulló por dentro. Las ganas de arruinarle el escenario comenzaron a hacerse más fuertes. Primero, por no haberle dicho una sola palabra en el carruaje, y segundo, por abandonarla sin más. Pero se contuvo; no sería sensato jugar con fuego.

Con una respiración profunda —que disimuló tras una sonrisa cortés—, tomó asiento en uno de los sillones. Las demás mujeres la imitaron. Eran diez en total, entre esposas e hijas, todas vestidas con una elegancia impecable.

—Señora Fairfax —dijo una voz femenina con tono amable. Clariss levantó la mirada y encontró a una mujer de porte distinguido que le ofrecía una sonrisa amable, aunque enseguida supo que era una sonrisa llena de hipocresía—. Soy Marisa Castañeda, condesa de Alburquerque y señora de esta casa. Es un placer conocer a la esposa del señor Marco Fairfax.

Clariss la observó. Era bonita, pero no precisamente hermosa; sin embargo, poseía una elegancia innata y refinada.

—El gusto es mío —respondió Clariss con la compostura que había aprendido en Londres.

Marisa procedió a presentar una a una a las mujeres presentes. Clariss asintió en cada saludo, memorizando nombres y rostros. Cuando las formalidades concluyeron, comenzaron a conversar sobre temas triviales: modas, eventos, perfumes y rumores sociales.

Clariss solo observaba. Le gustaba inspeccionar su entorno, descifrar a las personas que la rodeaban. Si le agradaban, se mostraba encantadora; si no, prefería el silencio. Pero, casi siempre, terminaba empatizando con alguien.

Mientras escuchaba las conversaciones superficiales, a su mente regresó la estupidez que había cometido al decirle a Marco que se retractaba de rechazar la intimidad con él.

*«Debiste emborracharlo y hacerle creer que se habían acostado; hubiera sido más fácil»,* le susurró esa vocecita maliciosa en su cabeza. La odiaba… aunque a veces creía que era la parte más inteligente de sí misma.

—Señora Fairfax —una voz suave la llamó. Clariss giró ligeramente y encontró a una mujer joven; no tanto como ella, pero debía tener unos veintiséis años.

Era Jeanne Petit, una descendiente de franceses de cabellos castaños y ojos color ámbar. Tenía una belleza serena y dulce. Parecía tímida, lo que le daba cierto encanto. A Clariss le había agradado desde el primer momento.

—Señora Petit —respondió con una sonrisa amable.

—Pensé que podríamos conversar un poco… todas lo hacen —expresó la castaña con voz baja. Clariss percibió su nerviosismo y le devolvió una sonrisa tranquilizadora junto con un leve asentimiento.

—Por supuesto —aceptó, observando cómo las demás mujeres hablaban entre sí, ignorándolas por completo—. Imagino que se ha casado recientemente con el señor Petit.

—Sí, hace seis meses —respondió Jeanne.

—¿La obligaron? —preguntó Clariss sin pensar. La castaña bajó la mirada rápidamente, sin responder. Entonces Clariss recordó que no debía hacer preguntas.

¿Pero cómo podía alguien como ella —curiosa por naturaleza— abstenerse de preguntar? Era casi una tortura.

—Puede confiar en mí, no diré nada —aseguró Clariss con una sonrisa.

—Usted parece una mujer sincera —dijo Jeanne en voz baja—. Pero no podemos hablar de esos temas. ¿Su esposo no le dijo nada?

—Algunas cosas, nada específico —respondió Clariss, moviendo la mano con un gesto de indiferencia.

—Entiendo… además, usted es la esposa del Gang Leader. Imagino que eso le da un poco más de derecho que a todas nosotras —explicó Jeanne.

Clariss frunció el ceño.

—¿Gang… qué? —preguntó, confundida. No tenía la menor idea de a qué se refería.

*«¿Marco era el líder de una pandilla?»* —pensó, sorprendida.

Jeanne la observó unos segundos, y de pronto jadeó al comprender.

—Dios mío… usted no lo sabía. He hablado de más —murmuró, llevándose una mano al pecho.

Clariss ladeó la cabeza al verla tan asustada.

—Tranquila, Jeanne —dijo con suavidad, pronunciando su nombre y dejando las formalidades para tranquilizarla aún más—. No diré nada.

—Por favor, señora Fairfax. Cuando se hacen estas reuniones y nosotras estamos presentes, es solo para socializar entre esposas y

no llamar la atención. Es solo una cena entre amigos y socios —explicó Jeanne, mirando discretamente alrededor para asegurarse de que ninguna de las otras mujeres las escuchara.

—Entiendo —replicó Clariss—. Apenas llevo un mes siendo la esposa de Marco. No conozco nada de lo que hace. Quizás tú podrías ayudarme a saber qué debo hacer en estas… reuniones, y yo te ayudaría a ti a… —se detuvo, sin saber exactamente en qué podría ayudarla. Ella no era más que una novata entre todas aquellas mujeres.

—¡Sí! —exclamó Jeanne, con una sonrisa que denotaba esperanza —. Usted, siendo ahora la esposa del Gang Leader, es la Esposa Mayor. Representa a todas nosotras. Nadie puede desafiar una decisión suya sin desafiar al propio señor Fairfax. Podría integrarme en su círculo más cercano.

Clariss la miró, procesando la información. Su esposo lideraba algún tipo de sociedad… y ella, sin saberlo, ahora era la Esposa Mayor: la mujer que, en resumidas palabras, lideraba a todas las demás esposas.

Una sonrisa se formó lentamente en sus labios. Le empezaba a gustar un poco más ser la esposa de Marco. Tenía comodidad, dinero… y ahora, poder.

—Me parece perfecto, Jeanne. Deberíamos reunirnos para hablar un poco más sobre… esto —propuso Clariss con naturalidad.

—Me encantaría. Podríamos dar un paseo por Lafayette Square mañana —sugirió Jeanne, entusiasmada.

Clariss asintió, desviando la mirada hacia el grupo de mujeres que conversaban en un círculo cerrado, intentando excluirlas.

—Usted debe demostrar que ahora es la verdadera Esposa Mayor. Ellas aún creen que lo es la señora Margot Dubois, la esposa del anterior Gang Leader —señaló Jeanne, con un discreto gesto hacia una mujer situada en el centro del grupo.

Clariss siguió la dirección de su mirada.

Margot Dubois era una mujer imponente, de unos treinta y cinco años. Llevaba un vestido de seda color borgoña que realzaba su figura alta y delgada. Su cabello negro estaba recogido en un moño

perfecto, adornado con un broche de perlas, y sus labios pintados de rojo oscuro contrastaban con la palidez de su piel.

Ahora entendía por qué había sentido desde el principio que no le agradaba: le había quitado —sin saberlo— el puesto.

En ese momento, al salón entraron dos jóvenes más. Pasaron junto a ellas sin reparar en su presencia. Eran hermosas, ambas de cabello rojizo, casi castaño; una con ojos verdes y la otra con ojos color miel. Clariss dedujo que debían ser hermanas y, por semejanza, hijas de la señora Marisa.

—Ellas son las señoritas Castañeda —comentó Jeanne.

Clariss asintió, confirmando sus pensamientos.

—Imagino que debe conocer a la que fue prometida de su esposo… Teresa Castañeda.

Clariss se tensó ligeramente. Enderezó la espalda mientras observaba a la joven aludida.

Por fin conocía a la mujer que Marco quería.

# Capítulo 4

Las conversaciones entre las mujeres fluían con aparente tranquilidad, pero la tensión en el ambiente era innegable. A pesar de ello, Clariss se mantenía serena, observando de vez en cuando a la señora Teresa Castañeda. Era inevitable no hacerlo.

Había algo en ella que atraía la mirada. Clariss no podía negar que comprendía por qué Marco había estado interesado en una mujer así.

Dentro de sí, sentía una mezcla extraña: una combinación de celos, envidia e indiferencia. Por un lado, no le importaba que Marco deseara a otra; su matrimonio no era por amor. Pero, por otro, le punzaba el orgullo, la idea de no ser ella la que él deseaba.

No lo amaba, estaba segura de eso, pero tenía un plan: hacer pasar a su hijo por el de Marco. Pero también quería que Marco la deseara, que la quisiera… y, quizás, con el tiempo, ella también podría llegar a sentir algo. Así tendría, al menos, un matrimonio bonito.

Observó a Teresa sonreír ante un comentario trivial de una de las damas cercanas. Clariss sintió curiosidad; quería saber qué pensaba esa mujer de ella. Ahora era la esposa legítima de Marco, un título que, seguramente, Teresa creyó que le pertenecería.

Apartó la mirada justo cuando los ojos de Teresa se cruzaron con los suyos. No quería dar pie a malentendidos ni insinuar que estaba al tanto del pasado entre ellos. A veces, la ignorancia era el mejor aliado.

—¿Es común que nuestros esposos demoren tanto en sus reuniones? —preguntó Clariss en voz baja, dirigiéndose a Jeanne, quien continuaba sentada junto a ella.

—La verdad es que no —respondió Jeanne, también en tono discreto—. Seguramente se trata de algo importante.

Clariss asintió.

—¿Tu esposo nunca menciona de qué hablan en esas reuniones?

—No, nosotras no debemos preguntar —contestó Jeanne, bajando ligeramente la voz—. Una de las labores de la Esposa Mayor es

justamente mantener a las demás ocupadas, para que no pregunten ni se sientan tentadas a hacerlo.

Clariss arqueó una ceja, casi divertida.

Le habían asignado el cargo a la mujer más curiosa de Nueva Orleans. ¿Ella, encargada de evitar preguntas cuando era la primera en hacerlas? Qué ironía.

—¿Sabes por qué mi esposo y la señorita Teresa rompieron el compromiso? —preguntó de pronto. La curiosidad era más fuerte que mantener la apariencia.

—No sé mucho —respondió Jeanne, titubeando—. Lo que se comenta es que estaban comprometidos, pero el acuerdo se rompió. Ella terminó casada con un almirante.

Clariss frunció el ceño, sorprendida.

—¿Casada?

—Sí —continuó Jeanne—. Pero el hombre murió hace un año, dejándola viuda. Todos pensaron que ella acabaría casándose con el señor Fairfax, pero él…

—Terminó casado conmigo —completó Clariss, pensativa, con más preguntas que antes.

Jeanne asintió lentamente.

—Así es. Y, por lo que sé, esa noticia no fue bien recibida por los Castañeda.

Clariss se encogió de hombros, restándole importancia a lo que ellos pensaran. Ahora la señora Fairfax era ella. Su estómago empezó a reclamar atención, así que se levantó con elegancia.

—Iré por un bocadillo —anunció, y Jeanne asintió.

Se acercó a la mesa dispuesta con entremeses: pastelitos de hojaldre, miniaturas de quiche con jamón, aceitunas bañadas en aceite y pequeñas copas de frutas con crema.

Mientras elegía lo más apetecible, las mujeres cercanas se giraron hacia ella con sonrisas evidentemente falsas. Entre ellas estaban la señora Castañeda y sus hijas.

—Y díganos, señora Fairfax —intervino una de las mujeres, una rubia de vestido color crema—, ¿cómo se siente siendo la esposa del señor Fairfax?

Las demás mujeres bajaron la voz y se inclinaron sutilmente.

Clariss la observó con una ceja apenas alzada, antes de volver su atención a los aperitivos. Tomó con delicadeza un pastelito de hojaldre relleno de higo y miel, y lo colocó sobre su servilleta.

—Tranquila —respondió con voz suave—. Aunque temo que si contara más… todas terminarían deseando mi lugar.

La sonrisa que acompañó sus palabras fue la combinación perfecta entre elegancia, malicia y angelicalidad. El silencio que siguió fue casi imperceptible. Algunas de las mujeres forzaron una sonrisa, pero ninguna se atrevió a responder. Era evidente que su respuesta había sido inesperada.

—Me encantaría aprovechar el silencio para invitarlas a Fairfax House. Desearía conocerlas mejor, y conocer también cómo se organizan estos encuentros entre esposas —comentó Clariss, notando cómo algunas se miraban entre sí.

Jeanne la observó con los ojos ligeramente abiertos, sorprendida por la iniciativa. La señora Castañeda frunció apenas el ceño, aunque su sonrisa no se borró.

—Oh, será un placer —aceptó Jeanne, dando un paso al frente.

—Estoy segura de que será una tarde encantadora, señora Fairfax —dijo la señora Dubois.

—Estoy convencida de ello —replicó Clariss.

En ese instante, las puertas del salón se abrieron. Clariss se giró, observando cómo Marco encabezaba el grupo de hombres que acababa de entrar. Él alzó la vista, y por un momento sus ojos se cruzaron con los de ella. Clariss no apartó la mirada. Al final, fue él quien desvió la vista para atender a lo que uno de los hombres le decía.

Clariss se recostó apenas en el sillón junto a Jeanne, preguntándose cuándo se serviría la cena. Llevaba más de una hora en aquella casa y aún no habían pasado al comedor.

Desde su asiento, podía ver perfectamente cómo la señora Castañeda se acercaba junto a su hija Teresa hacia Marco y el señor Castañeda. Entrecerró los ojos, fijando la mirada en ellos.

Vio cómo Teresa saludaba a Marco con una elegante inclinación de cabeza, pronunciando algunas palabras que no alcanzó a oír. Él respondió solo con un leve asentimiento. Luego, la joven dijo algo

más, y Marco volvió a asentir. Los señores Castañeda se alejaron discretamente, dejándolos solos.

Clariss apretó los puños con fuerza, sintiendo cómo una punzada de ira le recorría el pecho por la humillación que Marco le estaba haciendo pasar ante todos al conversar con la mujer con la que había estado comprometido, mientras ella debía fingir indiferencia.

Inspiró con calma y fingió serenidad. Aunque de vez en cuando sus ojos se desviaban hacia ellos. Mientras los observaba con discreción, la ira se fue disipando, y en su lugar apareció una sensación más amarga.

*«Se ven muy bien juntos»,* pensó ella sin apartar la mirada.

Lo natural que parecía su cercanía y la manera en que Marco inclinaba la cabeza ligeramente al escucharla la hizo preguntarse si ella era la villana de aquella historia.

Ella quería hacer pasar a su hijo por el de Marco, y si lo hacía, ¿retendría a un hombre que, tal vez, aún pertenecía a otra?

Relajó los puños, sintiéndose derrotada en una batalla que ni siquiera había iniciado. Y muy en el fondo, deseó ser amada y mirada de la misma forma en que Marco miraba a Teresa.

∞∞∞

La cena había terminado, y Marco había pasado casi toda la noche deseando que así fuera.

Su concentración estaba por los suelos, y todo gracias a su esposa, a quien se le había ocurrido decirle —justo antes de reunirse con una docena de personas— que quería revocar su condición de no ser tocada. En resumen: estaba pidiéndole que la llevara a su cama.

Se había quedado sin palabras, y él no era un hombre que se quedara sin palabras. Siempre tenía algo que decir, y preferiblemente la última palabra. Pero con Clariss… todo era distinto.

*«Sabes la razón».*

Claro que lo sabía, pero se negaba a aceptarla. Hacerlo sería poner en duda su propio juicio.

Respiró hondo y alzó la vista hacia Clariss, que estaba sentada frente a él en el carruaje. Iban de regreso a Fairfax House, y aunque el interior estaba casi en penumbra, la tenue luz del farol bastaba para iluminar y distinguir el hermoso perfil de su esposa, que parecía encontrar más encantador mirar por la ventanilla que dirigirle una palabra.

Aprovechó el silencio y su distracción para observarla.

*«Eres hermosa, tormentita»*, pensó con rabia contenida, apretando los puños por permitir que esos pensamientos lo dominaran.

Así había pasado toda la noche: apretando los puños o los dientes cada vez que la miraba y pensaba en lo fácil que sería salir de aquella reunión y hacer exactamente lo que ella le había pedido. Llevarla a su habitación, quitarle ese fastidioso vestido y hacerla suya… como había deseado desde el instante en que la convirtió en su esposa.

Clariss giró la cabeza y sus miradas se encontraron. Ella entrecerró los ojos, desafiándolo. Marco no pudo evitar que las comisuras de sus labios se curvaran hacia arriba.

—Si querías humillarme, te aviso que no lo conseguiste —dijo ella, con un tono firme que lo hizo fruncir el ceño.

—¿Por qué habría de querer humillarte? —preguntó, sin comprender del todo sus palabras.

Mentiría si dijera que no había querido hacerlo alguna vez, ponerla en su lugar… pero no podía. Había algo en ella que lo frenaba. No podía hacerle daño, y si él mismo no podía, nadie más lo haría.

—Sé que la señora Teresa Castañeda es la mujer que amas —Marco se tensó—. Y todos en esa cena lo saben también. El hecho de que estuvieras hablando con ella sin un chaperón es una clara señal para todos de que te sigue importando, a pesar de estar casado. Entonces no le veo la coherencia a querer protegerla. Te hubieras casado con ella y todos felices.

Marco la observó en silencio, intentando interpretar su tono. ¿Estaba… celosa? La idea lo hizo sonreír levemente. Una chispa de

esperanza se encendió en su interior. Tal vez ella no le era tan indiferente como pretendía.

¿Y todavía se negaba a aceptar que estaba completamente enamorado de su esposa? Lo estaba desde la primera vez que la vio. Sin saber su nombre, sin conocer su origen. Solo la vio; su sonrisa y naturalidad lo cautivaron. Verla le traía una paz inusual a su caótica mente.

Pero todo cambió cuando supo quién era.

Apretó los puños, recordando ese detalle que lo atormentaba. Eso era lo que lo obligaba a enterrar sus sentimientos cada vez más profundo.

—No trataba de humillarte —dijo al fin con voz neutra—. Estábamos entre conocidos. No es de ellos de quienes quiero protegerla. Espero que no te haya molestado mi cercanía con ella.

Clariss abrió los labios para responder, pero se detuvo. Pasó la lengua por ellos, humedeciéndolos sin darse cuenta. Marco siguió el movimiento con la mirada, y sintió una oleada de deseo recorrerle el cuerpo. Imaginó lo que podría hacer con esos labios, y tuvo que apartar la vista. No debía. No podía.

—Por supuesto que no me molesta —respondió ella con suavidad, desviando la mirada—. Solo pensé que si querías protegerla, esa no era la mejor manera.

—Sé perfectamente lo que hago. No te preocupes por Teresa —replicó Marco, apretando los dientes.

¿Desde cuándo su tormentita se preocupaba por la mujer que supuestamente él amaba?

El carruaje se detuvo. Marco la miró mientras el lacayo abría la puerta. Bajó primero y le ofreció la mano; ella dudó, pero aceptó. Él aprovechó el gesto para tocarla, ya que ella insistía en evadir cada contacto suyo.

Dentro del vestíbulo, Clariss casi corrió para subir las escaleras, pero él la detuvo antes de que pudiera escapar.

—Espérame en tu habitación... —dijo, aunque más que una petición fue una orden—... desnuda.

—¿Qué? —Clariss dio un paso al frente, incrédula—. No vamos a…

—Dijiste que revocabas mi derecho a hacerte mía —la interrumpió, sosteniéndole la mirada con intensidad para estudiar su reacción.

Clariss lo observó, atónita. No podía creerlo. Primero la ignoraba, luego coqueteaba con Teresa delante de todos y, por último, pretendía acostarse con ella. ¡Era un desgraciado!

—Sí, pero tú no dijiste nada y... —se calló de golpe, hizo un gesto de indiferencia y añadió—. Olvida lo que dije. Sigamos como hasta ahora.

Se dio la vuelta, pero Marco la alcanzó y la giró con fuerza, haciendo que chocara contra su pecho.

—No creo que pueda olvidar eso, tormentita —susurró, antes de tomarla por la nuca y besarla. Fue un beso intenso, salvaje, contenido por demasiado tiempo. La deseaba, y ya no podía reprimirlo.

Ella trató de resistirse, pero al cabo de unos segundos cedió. Marco aprovechó el momento para profundizar el beso, pegándola a su cuerpo hasta sentirla temblar. Cuando la soltó, ambos respiraban con dificultad, y de no hacerlo, la habría desnudado allí mismo.

—Espérame en tu habitación —repitió, con la voz áspera y la mirada encendida—. No me obligues a repetirlo.

Sin darle tiempo a responder, se alejó hacia su despacho. Le daría tiempo para que se acostumbrara a la idea de que esa noche sería suya.

Al abrir la puerta, se detuvo abruptamente al ver a Elaine, su madre, sentada en uno de los sillones. Inspiró hondo y se ajustó el pantalón para disimular su excitación.

—Deberías estar durmiendo —dijo, sirviéndose un trago de whisky. Lo necesitaba.

—Debería —respondió Elaine con calma—. Pero parece que es la única forma de poder hablar contigo a solas.

Marco bebió y asintió, acomodándose frente a ella.

—Esa niña… Clariss —empezó Elaine. Marco apretó la mandíbula. No quería discutir sobre su esposa—. ¿Es quien creo que es?

Él se tensó.

—¿A qué te refieres exactamente, madre?

Elaine lo miró con dureza.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —replicó ella—. Pero para dejar los juegos... ¿Clariss Straton es la hija de Jacob, el asesino de tu padre?

Marco bebió de su vaso y desvió la mirada.

—En primera, es Clariss Fairfax. En segunda… sí, lo es.

—Entonces te felicito, hijo —dijo Elaine con una sonrisa—. Ahora entiendo por qué te casaste con ella.

Marco arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Así podrás recuperar la plantación de Baton Rouge —respondió Elaine con frialdad—. Y mejor aún, destruir a todas las hijas de Jacob Straton. Terminar con su legado, empezando con Clariss.

El rencor que destilaban sus palabras era palpable. Marco comprendía su dolor y su deseo de venganza; su madre había sufrido la pérdida de Fergus Fairfax hasta casi perder la cordura. Era lógico que deseara acabar con todo lo que Jacob había dejado atrás.

—Exactamente, madre. Pero déjame esto a mí. No te involucres. Y sobre todo, no te acerques a Clariss.

—¿Cómo me pides eso? —replicó Elaine, levantándose—. He esperado años para hacer pagar a ese maldito, y cuando por fin lo encuentro, está muerto. Ahora tengo la oportunidad de castigar a su hija… y me pides que no lo haga.

Marco cerró los ojos con frustración.

*Maldita sea.*

Elaine se levantó y lo miró fijamente.

—Hablaremos mañana, cuando estés más dispuesto a escucharme y dejarme a Clariss a mí.

—Madre… —intentó decir, pero ella lo interrumpió.

—No olvides quién nos arrebató a tu padre, Marco. Es lo único que debe importarte —dijo con los ojos cristalinos.

Y sin decir una palabra más, salió del despacho, dejando a Marco con un tormento aún mayor del que ya cargaba.

# Capítulo 5

Por más que Clariss lo intentara, no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido entre ella y Marco en el vestíbulo de Fairfax House la noche anterior. Primero había sido arrasador con aquel beso que, muy en el fondo —debía admitir—, la había dejado sin un solo pensamiento claro en la mente, solo con un deseo ardiente que no había podido apagar. Luego la había dejado esperando por más de tres horas en su habitación.

—Desde que vivo en Nueva Orleans, me gusta pasear en este parque —comentó Jeanne, sacándola de sus pensamientos.

Clariss la miró, aunque su mente seguía lejos de la conversación.

—¿Y de dónde eres? —preguntó, más por inercia que por interés real.

En lo único que podía pensar era en por qué Marco no había ido a su habitación. No entendía. Él le había ordenado que lo esperara… desnuda. Pero nunca apareció. Al final terminó durmiéndose decepcionada y molesta consigo misma por haber esperado tanto, cuando ni siquiera debía haber considerado entregarse a él.

Con lo que había visto en la residencia de los Castañeda la noche anterior, le bastaba para convencerse de que lo mejor sería apartarse de Marco y dejarlo para Teresa. Porque, si seguía adelante con la mentira de que el hijo que esperaba era suyo, solo los estaría condenando a todos.

Y ella no era una mala mujer. No quería serlo. No quería ser la responsable de separar a dos personas que se querían.

Pero, aun así, le dolía el orgullo de saberse plantada por Marco la noche anterior.

Mordió su labio inferior, recordando el beso que él le había dado. Su mente se lo mostraba cada pocos instantes, haciendo que olvidara el enojo que sentía por él. Ni siquiera había tenido el valor de darle la cara esa mañana durante el desayuno.

—Mi familia es de Charleston —respondió Jeanne—. Ellos hicieron un trato con Gaspard en el que yo estaba incluida, y así terminé aquí.

Clariss giró la cabeza con interés. Hacía media hora que caminaba por el parque de Lafayette Square junto a Jeanne. La noche anterior habían acordado reunirse aquella mañana. El día estaba soleado y una brisa fresca se deslizaba entre los árboles.

—¿Qué clase de trato? —preguntó, esta vez con verdadera curiosidad, tratando de olvidar por al menos unos minutos lo ocurrido con Marco.

Jeanne miró hacia otro lado y Clariss notó la duda en su expresión.

—Puedes confiar en mí —aseguró—. Solo quiero entender todo… esto.

—Bueno… —musitó Jeanne, asintiendo—. Mi familia pertenece al *Loto Blanco*, y el Gang Leader de Charleston, Kingsley Hemingway, usó su poder para sellar una alianza con mi esposo y la *Sociedad de las Sombras.*

Clariss la miró con las cejas levantadas, sin comprender del todo lo que le estaba contando. No sabía nada sobre sociedades ni líderes de contrabando.

—¿Y el *Loto Blanco* es…?

—Una sociedad contrabandista —respondió Jeanne con naturalidad. Tal vez para ella era algo cotidiano, pues había crecido en ese ambiente, pero para Clariss todo era nuevo, como si hubiera salido de un mundo y entrado en otro.

La sociedad a la que pertenecía en Londres era muy diferente: la aristocracia vivía de apariencias, estatus y lujo; los bailes, las temporadas sociales y los matrimonios por conveniencia. Pero comenzaba a ver que existía mucho más allá de eso.

—Comprendo —musitó, empezando a atar cabos—. Entonces, si ese Kingsley es el Gang Leader del *Loto Blanco* en Charleston, mi esposo es el de la *Sociedad de las Sombras* aquí, en Nueva Orleans.

—Exacto. Ellos tienen el poder sobre todas las familias que pertenecen al contrabando —asintió Jeanne.

—Entonces no tuviste más opción que casarte con el señor Petit —dedujo Clariss.

Jeanne negó con la cabeza, dándole la razón.

—Es muy parecido a las costumbres inglesas —añadió Clariss—, solo que sin el contrabando.

Jeanne sonrió apenas.

—Tal vez no lo sepas, pero en Londres hay muchas sociedades como estas.

Clariss se mordió el labio sin decir nada. Tal vez Jeanne tenía razón. Al final, ella nunca llegó a conocer realmente a la sociedad londinense.

—Sabes —habló Jeanne al cabo de unos segundos—, tu suegra fue Esposa Mayor hace algunos años. Tal vez ella pueda ayudarte y darte consejos sobre cómo hacer las cosas —indicó con una sonrisa.

Clariss rió ante semejante sugerencia. Elaine nunca la ayudaría en nada, y si lo hacía, sería solo para verla marcharse de Fairfax House y no volver jamás.

—No es una opción. Mejor tú me ayudas —respondió Clariss.

—¿No tienes buena convivencia con tu suegra? —preguntó Jeanne.

Clariss negó con la cabeza mientras observaba a las personas que pasaban por su lado sin molestarse en mirarlas o saludarlas; cada quien iba absorto en sus propias conversaciones.

—La madre de mi esposo me odia, solo eso puedo decirte —expresó con un suspiro, encogiéndose de hombros—. Ni siquiera yo sé las razones.

—Entiendo. Yo tampoco me llevo muy bien con la hermana de Gaspard —comentó Jeanne.

—Las familias son complicadas —dijo Clariss, y luego cambió de tema—. ¿Crees que la invitación que hice anoche estuvo bien?

—Por supuesto que sí. Ahora eres la Esposa Mayor; debes dar a conocer tu mandato —respondió Jeanne con convicción.

—Pero no sé qué hacer —admitió Clariss, mordiéndose el interior de la mejilla—, y temo que mi *linda* suegra me arruine.

Nunca había sido anfitriona de un evento y temía arruinarlo frente a las mujeres que debía liderar. Miró a Jeanne, que parecía pensativa.

—Recuerdo que la señora Dubois organizaba tardes de té, reuniones de caridad… muchas veces nos convocaba cuando

nuestros esposos salían a Boston o Nueva York —explicó Jeanne—, solo para compartir o pasar el tiempo entre juegos de cartas y vino.

Clariss asintió, memorizando cada palabra.

—¿Y nunca hablaban de lo que hacen los hombres dentro de la sociedad? —preguntó con interés.

—La señora Dubois hacía una reunión cada mes; la llamaba *El Círculo de la Confianza*. Era un encuentro donde podíamos hablar del comportamiento de nuestros esposos, de los negocios o de los rumores, todo sin que ellos lo supieran. Decía que así podríamos servirles de ayuda cuando se sintieran agobiados o si algo salía mal.

Clariss volvió a asentir, pensativa.

—La señora Dubois parece haber hecho muy bien su trabajo como Esposa Mayor —musitó, más para sí misma que para Jeanne.

Con toda la información que tenía ahora, no sabía si podría estar a la altura de aquella mujer. Apenas era una novata que ni siquiera sabía cómo atraer a su esposo al dormitorio. En vez de eso, él la dejaba esperando. ¿Cómo pretendía superar a una mujer con tanta experiencia?

—Eso no debe preocuparte —comentó Jeanne con una sonrisa amable—. Tendrás mi ayuda. Y tu esposo conoce perfectamente el protocolo; puede orientarte.

—Marco no perderá su tiempo en eso —admitió Clariss.

Ni siquiera entendía por qué estaba siendo tan sincera con Jeanne; apenas comenzaban a conocerse, pero sentía que era la única que podía comprenderla. Sus hermanas estaban demasiado ocupadas para ayudarla y ya les había quitado bastante tiempo mientras crecía.

—Yo creo que sí lo hará —replicó Jeanne con suavidad—. El señor Fairfax te quiere; no dejará que esas mujeres te humillen.

Clariss la miró con desconcierto. Luego quiso soltar una carcajada, pero se contuvo. ¿Marco quererla?

—¿Por qué piensas que mi esposo me quiere? —preguntó entre risas, a lo que la castaña frunció el ceño.

—Es evidente —explicó Jeanne—. El señor Fairfax nunca se interesó por ninguna mujer, a pesar de que todos lo presionaban para casarse. Por eso muchos creyeron que acabaría desposando a

la señora Teresa cuando ella enviudó. Pero, en lugar de eso, anunció su matrimonio contigo. Él no se habría casado si no le gustaras. Es lo que todos pensamos.

Clariss dejó de reír, reflexionando sobre las palabras de Jeanne. Luego meneó la cabeza.

Tal vez eso era exactamente lo que él quería que creyeran, para proteger aún más a Teresa. Ahora comprendía por qué había hablado con ella tan cómodamente frente a todos la noche anterior: todos pensaban que Marco la amaba a ella, no a Teresa.

Achicó los ojos y apretó los puños.

¡Bastardo! Él mismo le había dicho que estaría a salvo, que nadie se fijaría en ella si no mostraba interés, pero ahora entendía la verdad: le había mentido para convencerla de casarse con él.

*«Te casaste con él porque te amenazó»,* le recordó esa vocecita en su cabeza.

Al regresar a Fairfax House después de su paseo con Jeanne, Clariss subió a su habitación agradeciendo no encontrarse con su suegra. No deseaba discutir; solo quería encerrarse y pensar qué hacer con su vida.

Estaba claro que no se sentía completamente segura junto a Marco. Debía protegerse y cuidar a su bebé.

Al llegar a su habitación, tocó la campanilla para llamar a su doncella: tenía antojo de algo dulce.

Se sentó en el diván junto a la ventana que daba al jardín; desde allí podía ver a su suegra en compañía de Cecilia.

—¿Debo acercarme más a Cecilia? —se preguntó en un susurro, observando a la joven castaña beber limonada con calma.

En el tiempo que llevaba viviendo en Fairfax House, apenas había tenido contacto con ella. Sin embargo, lo poco que habían compartido le bastaba para saber que Cecilia era una buena persona atrapada bajo la sombra de una madre autoritaria. Tal vez, si lograba hacerse su amiga, podría devolverle un poco de alegría.

La puerta se abrió en ese momento, pero Clariss no se giró.

—Puedes traerme un pedazo de tarta… la que haya está bien —dijo, mirando aún por la ventana, creyendo que era Perla, su doncella.

—¿Dónde estabas? —la voz grave de Marco la hizo tensarse.

Se giró con rapidez y lo vio a pocos metros de distancia. Debería quitarse la manía de no mirar cada vez que oía abrirse una puerta.

Marco la observaba con el ceño fruncido, los ojos verdes fulminándola con intensidad. Solo llevaba una camisa negra, arremangada hasta la mitad de los antebrazos. Clariss entrecerró los ojos al notar, en uno de ellos, el inicio de lo que parecía ser un tatuaje.

La curiosidad latió en su interior. Necesitaba saber si realmente lo era; había escuchado hablar de esos dibujos permanentes en la piel, pero nunca había visto uno.

—Clariss —ella dejó de mirar su brazo para encontrar sus ojos. Pocas veces lo escuchaba pronunciar su nombre, y cada vez sonaba más peligroso.

—Estaba paseando por Lafayette Square con la señora Petit —respondió, volviendo la mirada hacia el jardín, fingiendo indiferencia ante su presencia.

No alcanzó a percibir el movimiento cuando Marco se acercó y, con un gesto brusco, tomó su mentón, obligándola a girar hacia él.

—No me des la espalda cuando te hablo —advirtió con voz baja y firme.

Clariss lo fulminó con la mirada e intentó soltarse, pero él apretó un poco más su agarre.

—A partir de ahora tus salidas serán reducidas —dijo con tono autoritario—. Solo saldrás de esta casa acompañada por un lacayo… o por mí.

Aquella orden la tomó por sorpresa, pero la ira bulló en su interior. ¡Quería recluirla!

Con fuerza apartó su mano.

—No pienso quedarme encerrada en esta casa, Marco —replicó con voz firme.

Él apretó los puños.

—¡No soy tu prisionera! —continuó ella, alzando la voz.

—¡Eres mía! —exclamó Marco, avanzando un paso hacia ella—. ¡Yo soy tu dueño, y harás lo que yo diga! Y digo que te quedarás en esta casa.

—¡No lo acepto! —gritó Clariss, la rabia contenida desbordándose —. ¡Quiero la anulación de este matrimonio! No quiero tu dinero, solo que me dejes ir.

Su respiración era agitada cuando terminó de hablar. Estaba tan cegada por la furia que no notó la rigidez del cuerpo masculino frente a ella.

Marco apenas podía creer que hubiera dicho esa palabra. *Anulación*.

Fue entonces cuando tomó conciencia del error que acababa de cometer. Se maldijo internamente por haber perdido el control. Pero la tensión lo había sobrepasado: esa misma mañana le habían informado que tres de sus mejores caballos de carrera habían sido envenenados y que parte de la reserva de apuestas había sido robada. Entonces entendió que todo a su alrededor estaba en peligro hasta que no encontrara a los responsables de querer hundirlo.

Pero se cegó aún más cuando le informaron que Clariss había salido sin avisar su destino. Aquello lo preocupó sobremanera. Aunque no había dado indicios de que su esposa fuera importante para él —más importante de lo que estaba dispuesto a admitir—, no confiaba en nadie como para dar por sentado que no podrían hacerle daño.

Sin embargo, había reaccionado mal… y conociendo el carácter de su dulce tormentita, eso solo empeoraría las cosas.

Inspiró hondo, obligándose a calmarse, y la miró. Ella seguía alterada; su pecho subía y bajaba con rapidez.

—No habrá anulación, tormentita —dijo finalmente, con una voz más serena, mientras se acercaba poco a poco a ella—. Hicimos un trato. ¿Recuerdas?

Posó las manos sobre sus brazos desnudos, sintiendo la suavidad de su piel.

—Pero no quiero estar encerrada… no puedo —replicó ella, aún con tono firme, aunque más calmado.

Él deslizó lentamente las manos por sus brazos, subiendo hasta su cuello, dejando caricias suaves que la estremecieron.

Clariss tembló ante su contacto; quiso apartarse, pero él no la dejó. Debía hacerlo. Debía alejarse. Pero en el momento en que la tocó, todo pensamiento de venganza se desvaneció. Solo quedaron sus sentimientos. Y el deseo incontenible que él sentía por ella.

# Capítulo 6

—¿Has hablado con mi hermano? —preguntó Cecilia, mirando a su madre, que estaba frente a ella, al otro lado de la mesa dispuesta con limonada y algunos bocadillos.

Había salido a tomar un poco de sol y aire fresco, encontrándose con Elaine. Cecilia quiso aprovechar el momento para saber si había podido hablar con Marco respecto a su futura boda con don Alonso de Villalba, un viejo español con el que su hermano estaba empeñado en casarla como castigo por haberlo traicionado.

Cada día se arrepentía más de haber confiado en el detective Vance. Debió haber olvidado la idea de buscar a sus verdaderos padres; ella ya tenía una familia que la quería, pero ahora desconfiaban de ella. Y la culpa era únicamente suya.

—Últimamente tu hermano evade mis conversaciones, hija —respondió Elaine, cerrando su pequeño cuaderno, donde hasta hacía unos segundos escribía con concentración. Luego la miró—. He intentado hablar con él de varios temas, incluyendo tu compromiso con don Alonso.

Cecilia dejó caer los hombros, desanimada. Marco había fijado la boda para dentro de un mes, y ya faltaban apenas dos semanas para que se cumpliera el plazo. Dos semanas en las que, si no hacía nada para lograr que su hermano la perdonara y cancelara la boda, todo estaría perdido, y terminaría casada con un hombre que le doblaba la edad.

—Entonces tendré que resignarme a casarme con ese hombre —musitó Cecilia, con la cabeza baja.

—No voy a permitir que Marco haga tal locura —replicó Elaine—. Pero tampoco te eximo de culpa. Si no hubieras hablado, nada de esto estaría pasando. Ahora estarías felizmente casada con Pierce.

Cecilia resopló con disimulo.

—Mamá, sabes que el compromiso con Pierce se rompió mucho antes. Yo no tuve la culpa de eso —explicó, aunque sabía que, en el

fondo, Elaine nunca estuvo de acuerdo con la decisión de Pierce—. En cuanto a lo otro, lo sé, no debí hacerlo y me arrepiento.

Elaine solo asintió, sin expresar emoción.

—Volveré a insistir esta noche, después de la cena —dijo finalmente.

—¿Y por qué no lo haces durante la cena? Así yo estaría presente y podría decir mi opinión.

Elaine negó con la cabeza.

—Me niego a hablar de asuntos tan importantes de nuestra familia frente a esa lavandera —replicó, apretando los puños.

Cecilia frunció el ceño. No comprendía por qué su madre odiaba tanto a Clariss; ella le parecía una buena joven. No habían tenido muchas conversaciones, pero lo poco que habían compartido le había agradado, incluso le había hecho sonreír. Clariss parecía no temerle ni a su madre ni a Marco.

—Ella ahora es parte de nuestra familia, madre. Es la esposa de Marco —expresó Cecilia.

Elaine bufó.

—Esa lavandera nunca será parte de mi familia —sentenció con frialdad.

Cecilia miró a la mujer que la había criado con tanto amor, sin poder creer que fuera capaz de expresarse de forma tan rencorosa hacia alguien que no le había hecho nada malo.

—¿Por qué la odias? —preguntó, pero continuó sin esperar respuesta—. No creo que sea por haber sido lavandera antes de casarse con Marco. Yo no soy de tu sangre y, aun así, me quieres.

—No es lo mismo —replicó Elaine con dureza—. Nunca te compares con alguien como ella, que viene de una familia vil y ruin.

Cecilia la observó detenidamente, dándose cuenta de un pequeño detalle: su odio no provenía de lo que Clariss había sido antes, sino de su familia. Y ese descubrimiento la dejó aún más confundida.

—Haces bien en no acercarte a ella; sigue así —continuó Elaine—. Olvida a esa lavandera, ya me encargaré de ella. Haré que todo vuelva a estar como antes. Tú no te casarás con ese vejestorio de Alonso, y una vez me deshaga de esa muchacha, buscaré una mujer digna para Marco, una que realmente esté a su altura.

Un estremecimiento recorrió a Cecilia al escuchar las palabras de su madre. Elaine estaba amenazando la vida de la esposa de su hermano.

Apretó la falda de su vestido con nerviosismo. ¿Qué podía hacer? ¿Traicionar a su madre y advertir a Marco de lo que planeaba? No quería que su madre la odiara, pero se estaba comportando de una manera que la aterraba; era como si aquella Elaine que la había criado con amor se hubiera transformado en una mujer incapaz de razonar, capaz de deshacerse de alguien.

Alzó la vista hacia el piso superior, justo donde sabía que estaba el balcón de la habitación de Clariss. Respiró hondo y luego miró a su madre, que había vuelto a escribir en su cuaderno. Con disimulo, se inclinó un poco y alcanzó a leer algunas líneas.

Elaine estaba planeando algo. Un plan que, sin duda, implicaba a su cuñada.

*«Debo advertirle a Marco»,* pensó, con una mezcla de temor y remordimiento. Sabía que, al hacerlo, estaría traicionando a su madre… pero también sabía que era la única forma de evitar que cometiera un acto del que jamás podría redimirse.

∞∞∞

Clariss miraba a Marco sin saber cómo proseguir. Quería soltarse de su agarre, pero él la tenía firmemente sujeta, sin llegar a hacerle daño. Su mirada verdosa era penetrante e imponente, pero ella la sostuvo con decisión.

—Suéltame —pidió con voz más tranquila; segundos antes estaba hirviendo de ira cuando él le mencionó que reduciría sus salidas sin siquiera darle una explicación convincente.

Pero debía mantener la cabeza fría. Con Marco nada se resolvía a la fuerza, porque ella sería quien saldría perdiendo. Él tenía el control, no ella. Y debía usar la inteligencia si quería recuperar al menos una parte de ese control.

—No quiero que vuelvas a mencionar el tema de la anulación —replicó él, sin soltarla.

—En algún momento habrá que hablar del divorcio. ¿Recuerdas el trato? —refutó ella.

—Cada maldito momento —respondió casi en un gruñido, como si le enfureciera mencionarlo.

Clariss intentó zafarse y alejarse, pero él solo afianzó su agarre, acercándola aún más, hasta el punto de tener sus cuerpos uno contra otro. Al levantar la cabeza para reclamarle, rozó sus labios con el mentón de él, y ese simple contacto bastó para callarla, dejándola sin aliento.

Una de las manos masculinas subió con lentitud por su brazo hasta llegar a su mentón; lo tomó con delicadeza y lo levantó justo en el ángulo perfecto para atrapar sus labios en un beso. No era como el de la noche anterior: era más delicado y lento.

Clariss respondió cerrando los ojos, sintiendo las mismas emociones de la noche pasada recorrerle el cuerpo. Su corazón latió con una fuerza extraña que no deseaba sentir. El beso fue tornándose más profundo, más exigente. Era claro que quien marcaba el ritmo era él, y Clariss no supo si le gustaba esa dominación que ejercía sobre ella, o si odiaba no ser lo bastante fuerte para apartarlo.

Marco la llevó hasta la cama casi a trompicones y la colocó sobre el colchón, con él encima, devorándole los labios y recorriendo su cuerpo sobre las telas del vestido. Un gemido ahogado se mezcló entre el beso cuando él apretó uno de sus pechos, sensibles al tacto.

Luego sintió cómo la otra mano masculina levantaba su falda con rapidez y recorría sus muslos. Pero antes de que llegara más arriba, Clariss lo detuvo, apartándose del beso.

—No —dijo ella, aún aturdida por las sensaciones. Su respiración estaba acelerada, pero enseguida la reguló con bocanadas hondas —. No vamos a tener intimidad, si es lo que pretendes.

Marco la miró desconcertado por unos segundos; luego su expresión volvió a ser neutra.

—¿Ahora no quieres que te toque? Te recuerdo que tú pediste...

—Sé exactamente lo que dije —lo interrumpió ella, mirando hacia otro lado por un instante antes de volver a enfrentarlo—. Pero...

—Entonces no hay por qué detenernos —replicó él, acariciando su mejilla con delicadeza mientras la miraba a los ojos—. Podemos aprovechar el tiempo y disfrutar el uno del otro.

Clariss arqueó las cejas.

—¿Quieres que tengamos intimidad mientras dure este matrimonio? —inquirió, queriendo asegurarse de haber entendido bien.

—¿Y por qué no? Yo te deseo —respondió Marco, moviéndose sobre ella para que sintiera la evidencia de su excitación.

Clariss tragó saliva al sentirlo frotarse contra su muslo.

—Tú me deseas igual.

Ella iba a negarlo, pero él la detuvo, negando con la cabeza.

—No trates de negarlo, tormentita. Tu cuerpo te delata —dijo él, acariciando la curvatura de su cuello con los labios. El estremecimiento que le provocó fue inevitable. Poco a poco subió hasta llegar a su oído y susurró—: Estoy seguro de que, si bajo a tu entrepierna, la encontraré lista para recibirme.

Clariss entreabrió los labios ligeramente, sin atreverse a responder; solo pudo humedecerlos con su lengua.

—¿Aceptas? —preguntó Marco, casi rozando sus labios; pero él no la besó, solo la tentaba—. Te prometo placer, solo tienes que aceptar.

La propuesta era tentadora, y más aún cuando ella deseaba todo lo que él decía.

—¿Y qué pasa con Teresa? —inquirió, volviendo al problema principal.

—Nada tiene que pasar con ella —respondió él, esta vez con un tono más duro—. No tienes por qué pensar en ella. Preocúpate por lo que te ofrezco.

Clariss asintió, desviando la mirada. Recuperando el control de sus emociones, lo miró de nuevo y sonrió con coquetería.

—Bien, pero no debes enamorarte de mí; suelo tener ese efecto en los hombres —dijo con una sonrisa ladeada, que se ensanchó al notar la tensión de Marco cuando mencionó a otros hombres.

Pero su sonrisa no duró demasiado. Marco la tomó del mentón y acercó su rostro al de ella, hasta que sus narices se rozaron y sus

alientos se mezclaron.

—No vuelvas a mencionar a otros hombres. Sé que no los ha habido, pero ni siquiera lo insinúes, tormentita. Puedo llegar a ser muy posesivo con lo que me pertenece —la advertencia fue clara, aunque su voz sonó baja y serena.

—¿Y cómo estás tan seguro de que no ha habido ningún hombre en mi vida? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

Marco se alejó un poco y sonrió apenas.

—Créeme, lo sé —fue lo único que dijo antes de levantarse de la cama y liberarla.

*«¿Eso es una señal para mentir sobre el origen de mi hijo?»*, se preguntó Clariss mientras se incorporaba en la cama. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no notó cómo Marco se alejaba y abría la puerta.

—¡¿A dónde vas?! —chilló, levantándose de un salto.

—Tengo asuntos que atender —respondió él desde el umbral.

—Pero...

—Vendré esta noche, tormentita. No pienso pasar una noche más sin disfrutar de mi esposa.

Y sin más, abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí, dejando a Clariss con una mezcla de excitación y enojo ardiendo en su cuerpo.

∞∞∞

El club *La Sirena Roja* estaba un poco lleno esa noche, pero Marco se encontraba en la pequeña estancia reservada solo para los miembros de la *Sociedad de las Sombras.* Un espacio que había transformado también. Ya no era tan reducido como antes. La mesa, ahora octagonal, era de caoba finamente pulida, y detrás del lugar de Marco colgaba un cuadro parecido al que tenía en su despacho de Fairfax House: un lobo negro de ojos dorados, retratado en medio de la niebla, con la luna reflejándose sobre su pelaje húmedo.

Era una imagen poderosa, y Marco la había elegido a propósito. Quería dejar claro, desde mucho antes de asumir el puesto de Gang Leader, quién era el verdadero dueño del título del Lobo Negro, algo

que Dubois nunca logró encarnar a pesar de haber tenido el cargo por siete años.

A pesar de tener una docena de problemas que requerían solución inmediata, solo podía pensar en su esposa y en todo lo que ella representaba para él.

Clariss era la fruta prohibida que no debía probar, pero que deseaba con desesperación. Y eso lo frustraba más de lo que quería admitir. Por un lado estaba el deseo abrasador que sentía por ella; por el otro, su promesa a su padre y la constante presión de su madre para que cumpliera con ese juramento.

No podía simplemente dejarlo todo y ser feliz con su tormentita; ella era la hija del hombre que terminó con la vida de su padre. Hacerlo sería traicionar la memoria del hombre que le enseñó todo lo que sabía, su ejemplo y su guía. No podía olvidarlo de esa manera.

*«Al menos podrás tenerla por un tiempo»,* le susurró esa voz en su mente.

Sí. Al menos podría tenerla uno o dos años. Saciar su deseo, agotarlo, cansarse de ella… y luego apartarla de su vida, tal como lo hizo con Teresa. Tal vez entonces podría cumplir su venganza sin remordimientos ni culpa.

Pero ese «*tal vez*» era lo que lo atormentaba. Porque ni siquiera él estaba seguro de poder olvidar a Clariss tan fácilmente.

En ese momento, llamaron a la puerta. Marco enderezó la espalda y autorizó la entrada con un seco:

—Adelante.

La puerta se abrió, dejando ver a Roux, su hombre de confianza.

—Señor —saludó Roux con una leve inclinación de cabeza. Luego avanzó hasta la mesa y colocó una carpeta de cuero frente a él—. Aquí está lo que ordenó.

Marco asintió sin pronunciar palabra. Abrió la carpeta y revisó la única hoja en su interior: una lista con los nombres de los posibles traidores y las bandas menores que estaban colaborando con sus enemigos.

Roux se mantuvo de pie frente a la mesa mientras Marco observaba los nombres con detenimiento.

Dubois, el antiguo Gang Leader, era el nombre que encabezaba la lista, además de McKnely, otro miembro de la sociedad.

Ahora eran dos posibles traidores.

Marco alzó la vista lentamente hacia Roux.

—Explícame esto —pidió con voz baja.

—La información se obtuvo de una fuente externa, señor. No puedo garantizar que sea cierta, pero todos los indicios apuntan a esos nombres. Dubois ha sido visto con varios integrantes de las bandas del norte, aunque no hay certeza de que estén involucrados directamente.

Marco dejó el papel sobre la mesa con un golpe seco.

—Y al parecer McKnely ha intercambiado mercancía de los almacenes del distrito sur con las bandas *Los Cuervos de Chalmette* y *Los Hermanos Doyle.*

Marco entornó los ojos, recostándose en su silla de cuero.

—Entonces no hay certeza de que ellos sean los traidores que busco.

—No. Puede que se trate de negocios comunes, nada fuera de lo habitual.

Marco apretó los puños sobre la mesa.

—Así que no tenemos nada —dijo finalmente, molesto por no tener nada en concreto—. Quiero que sigan vigilando los movimientos de Dubois y, ahora, los de McKnely.

—Entiendo —respondió Roux con firmeza, inclinando la cabeza antes de retirarse.

Cuando la puerta se cerró, Marco volvió a mirar el papel. No había seguridad de que fueran ellos, todavía. Pero algo en su instinto le gritaba que la traición estaba cerca, demasiado cerca, y aunque no hubiera certeza aún, no tenía dudas de que era algún miembro de la sociedad.

# Capítulo 7

La noche estaba un poco fría, pero aun así, Clariss había tomado un baño largo, de casi una hora, con agua tibia y esencia de rosas. Luego dedicó otra media hora a perfumar su piel con las cremas, aceites y fragancias que había comprado.

Quería estar presentable… y completamente perfumada para cuando Marco apareciera esa noche. En el fondo deseaba que no la dejara plantada una vez más, porque sería la última vez que lo esperaría y aceptaría en su cama.

Ya bastante se estaba rebajando al aceptar ese trato con él. Pero mentiría si dijera que no deseaba volver a sentir algo del placer que le había dado aquel hombre misterioso, el padre de su hijo. Aquella noche había sido inolvidable, la que le abrió los ojos al mundo del deseo, y solo había ocurrido una vez. No quería imaginar lo que se podría sentir cada noche… y estaba convencida de que Marco sabría darle el mismo placer.

Pero también temía abrirse demasiado y terminar sintiendo algo por él, cosa que no quería y se negaba a permitir. Más aún ahora que había tomado la decisión de marcharse antes.

Con un suspiro, se miró en el espejo ovalado de su tocador. Las pocas velas y la chimenea encendida a media llama iluminaban la estancia con un resplandor cálido y tenue, creando una atmósfera que ella habría descrito como romántica, aún más con los diferentes aromas que la envolvían.

Pensó en cómo abordar el tema con Marco, en cómo contarle su embarazo y su decisión de irse antes. Había decidido ser sincera, incluso tenía la esperanza de que, si le decía la verdad, él podría ayudarla a encontrar al hombre que buscaba.

O al menos… eso quería creer.

Además, estaba segura de que eso era lo que Amelia le aconsejaría. Su hermana siempre insistía en hacer lo correcto.

Se levantó del tocador, tomó una de las velas y se acercó al reloj de péndulo que tenía en la habitación. Marcaba las diez en punto. Se

mordió el labio, sintiendo una pequeña punzada de decepción al imaginar que Marco no iría.

—Seguro que ni siquiera ha llegado —murmuró para sí misma, mientras caminaba hacia la cama.

Esa noche no lo había visto durante la cena. Solo habían estado Elaine, Cecilia y ella. La velada había sido inusualmente tranquila, algo extraño, ya que Elaine siempre encontraba la manera de lanzar algún comentario despectivo aprovechando la ausencia de su hijo. Pero esa noche todo había transcurrido con calma, algo que Clariss agradeció.

Colocando la vela sobre la mesita de noche, se recostó en la cama y se cubrió con las sábanas. Llevaba solo un camisón casi transparente, demasiado ligero para el frío de esa noche. Miró hacia la chimenea: el fuego estaba bajo, tal como lo había pedido, para crear menos luz. Ahora se arrepentía; las brasas casi se apagaban.

No tenía sueño, pero tampoco sabía qué hacer.

*«Podrías buscar un libro y leer hasta quedarte dormida».* Le susurró esa voz interna.

Pensó que sería una buena idea, pues le encantaba leer, pero aquella noche no tenía ánimos ni para eso. Tal vez debería concentrarse en cómo mejorar su posición como Esposa Mayor. Quería hacerlo bien, aunque sabía que el título no le duraría mucho tiempo. Al menos deseaba sentir que había hecho algo propio, que podía dirigir y organizar eventos como las mujeres de la nobleza.

Sabía que una vez se marchara de esa casa, no volvería a tener un estatus como el que tenía ahora. Pero ni siquiera sabía por dónde empezar. A su parecer, el cargo de Esposa Mayor era mucho más complejo de lo que imaginaba, sobre todo con la presión de una docena de mujeres observándola, esperando su fracaso.

Justo cuando empezaba a cerrar los ojos, rendida al cansancio, escuchó cómo la puerta se abría. No le dio importancia; pensó que era su subconsciente, que ya empezaba a soñar.

Pero no lo era.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando sintió que las sábanas eran retiradas y unas manos comenzaban a recorrer y levantar su camisón con lentitud.

Abrió los ojos sobresaltada y se incorporó en la cama.

—Soy yo. —La voz ronca de Marco llenó la habitación, y el corazón de Clariss comenzó a latir con fuerza. Ni siquiera había reaccionado así cuando se asustó, pero escuchar su voz bastó para acelerar su pulso.

Extrañamente, comparó aquella voz con la del hombre misterioso. No sabía si era porque aún estaba algo adormilada, pero juraría que eran la misma, de no ser por las diferencias que había entre ellos.

—¿No crees que es muy tarde? —musitó, frotándose los ojos como un gatito somnoliento.

Marco la observó a pesar de la poca iluminación. El gesto le pareció tan tierno como excitante.

—Aún es temprano —replicó él con una media sonrisa—. Tenemos toda la noche.

Marco continuó lo que había empezado: levantó el camisón y se lo quitó por completo. Clariss lo permitió, alzando los brazos para ayudarlo, hasta quedar completamente desnuda.

Marco la miró y tuvo que contener un gemido. Clariss era, sin duda, la fruta prohibida que no debía probar, pero ya era demasiado tarde para eso. Su cuerpo era una divinidad que deseaba recorrer con devoción: su cabello dorado caía ondeando por los hombros; sus pechos, firmes y generosos, se alzaban con cada respiración; su vientre, suavemente abultado, daba paso a la perfecta curvatura de sus caderas.

Clariss lo observaba fijamente, evaluando su reacción, deseando comprobar si realmente la deseaba tanto como él decía. Esperaba que sí.

—Hubiera querido más luz —murmuró él, con voz baja y áspera—. Así podría verte y recordar cada detalle de ti.

La recostó sobre la cama, quedando sobre ella, y le inmovilizó las muñecas, colocándolas a ambos lados del rostro.

—Marco... —susurró ella, mordiéndose el labio ante el deseo que vibraba en su voz. No supo qué más decir.

—Nada me impide hacerte mía ahora.

Clariss apretó los labios cuando la mano de su esposo subió lentamente desde su rodilla hasta el centro de sus muslos. Sintió sus

dedos acariciarla, atormentarla en ese lugar donde solo un hombre la había tocado antes… y ahora era él quien lo hacía.

Podía sentir la tela de sus pantalones frotándose contra su piel. Contuvo la respiración cuando Marco se apartó, desnudándose con una necesidad casi salvaje. Cuando se quitó la camisa, ella alcanzó a distinguir una marca en su brazo izquierdo; por la falta de luz no pudo ver con claridad qué era, pero su curiosidad se desvaneció al verlo quitarse los pantalones y revelar su miembro duro y erecto.

Marco volvió a tenderse sobre ella. Clariss, por instinto, separó las piernas. Gimió, sintiéndose arder cuando los dedos de su esposo se abrieron paso nuevamente en la zona más sensible de su cuerpo, mientras su miembro se presionaba contra la estrecha entrada de su sexo.

Los gemidos escapaban de sus labios sin contención. Los movimientos de los dedos de Marco la hacían temblar, cada caricia aumentaba su deseo, y la necesidad crecía a un ritmo que no podía controlar.

Marco se complacía en cada reacción. Su mujer era apasionada, sin duda. Su respiración era irregular, sus ojos azules brillaban encendidos de deseo… y él deseó que gimiera contra su oído mientras la penetraba con necesidad.

—Marco... —suplicó ella al sentir que él se detenía.

—Dime que me deseas, tormentita —pidió él, más como una súplica que como una orden.

Clariss lo miró a los ojos, liberó sus muñecas y lo tomó del rostro para besarlo. Fue un beso tan profundo, tan desesperado, que fue él quien terminó derritiéndose entre sus brazos, jadeando contra su boca.

Al sentir la erección de su esposo intentando entrar en ella, se tensó un instante, temiendo el dolor. Pero se relajó cuando él la acarició con lentitud, abriéndose paso despacio, con cuidado, hasta hundirse por completo en ella. Clariss arqueó el cuello y echó la cabeza hacia atrás, ahogando un gemido cuando una intensa oleada de placer la recorrió de pies a cabeza.

Marco empujó hasta perderse en ella, sin apartar la mirada de sus reacciones. No importaba que ella no le dijera que lo deseaba; sus

besos, su entrega, lo decían todo. Por ahora, eso bastaba.

Buscó su boca y ella se la ofreció, su lengua se fundió con la de él mientras se movía dentro de su cuerpo, una y otra vez, más profundo, más intenso.

Con cada embestida, Clariss pensó que perdería el control, que le cedería a él su sumisión solo para que no se detuviera. Solo pudo acompañar sus movimientos, elevando las caderas para recibirlo más hondo. Las uñas se clavaron en la espalda ancha y fuerte de él mientras sentía cómo las oleadas de placer volvían a inundar su cuerpo. Arqueó la espalda mientras sus gemidos se intensificaban cuando sintió que su liberación estaba cerca.

Marco se apoyó sobre uno de sus codos para no aplastarla, pero olvidó sus buenos pensamientos cuando ella subió aún más sus piernas, pidiéndole más. La mordió con suavidad en el cuello, con una mezcla de ternura y descontrol, mientras ella temblaba presa del éxtasis.

Él siguió moviéndose en su interior con más rapidez y desesperación, la miró mientras las últimas oleadas de placer la recorrían y dejaba escapar un grito que le supo a gloria, haciéndolo incapaz de no seguirla. El orgasmo lo golpeó con fuerza, arrancándole un gruñido mientras se vaciaba por completo en su interior.

Se separó de ella, dejándose caer boca arriba — increíblemente satisfecho—, sobre el colchón. Ambos tenían la respiración agitada y el cuerpo cubierto de sudor. Sin duda, esa no era la manera gentil que había tenido en mente para hacerle el amor, pero la deseaba demasiado como para ser tan tierno como pretendía.

Giró la cabeza para observarla. Clariss tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, hinchados por sus besos. Sus mejillas estaban sonrojadas y su cabello dorado, revuelto y extendido sobre las sábanas.

La imagen lo hizo estremecerse; su cuerpo reaccionó al instante, volviendo a desearla con la misma —o incluso mayor— necesidad que antes.

Sin pensarlo, estiró los brazos y la atrajo hacia sí, abrazándola con fuerza contra su pecho. Respiró en la curva de su cuello… olía

exquisito, a una mezcla de rosas, un aroma que, sin duda, le pertenecía solo a ella.

—¿No te molesta que no haya sido virgen? —preguntó Clariss al cabo de unos minutos de silencio.

Después de que el calor del éxtasis se disipó, la duda la asaltó. Nunca habían hablado de ese tema.

—No —respondió Marco simplemente, acariciando su muslo con la yema de los dedos.

Clariss no supo qué pensar respecto a esa respuesta, pero decidió no darle demasiadas vueltas. Intuyó que, para él, aquello era mejor; así no tendría ninguna deuda de honor que pagarle.

Pasaron unos minutos más antes de que Marco empezara a provocarla otra vez, con caricias lentas y besos ardientes. Clariss no se resistió; por el contrario, se abandonó al placer.

Gozó de cada toque, de cada embestida, de las oleadas de deseo que la recorrían cuando alcanzaba el clímax. Pero más que eso, amaba el calor reconfortante de los brazos de Marco cada vez que terminaban, cuando él la abrazaba y la mantenía allí, protegida, hasta que el sueño la vencía.

∞∞∞

Clariss frunció el ceño sin abrir los ojos al sentir la molesta luz que se filtraba a través de la ventana.

«*Debí cerrar las cortinas anoche*». Pensó, aunque recordaba perfectamente que las había dejado abiertas para que la luz la despertara más temprano de lo habitual aquella mañana.

Con cierta ilusión, se giró sobre la cama… pero la encontró vacía, tal como las dos mañanas anteriores desde que había empezado a dormir con Marco.

Soltó un suspiro y se quedó boca arriba, mirando el techo del dosel. Él llegaba después de las diez de la noche, se metía en su habitación y pasaban la noche haciendo el amor —así quería llamarlo ella—, luego quedaba rendida entre sus brazos… para despertar sola.

Lo entendía, ella despertaba más tarde de lo normal, agotada por todo lo que sucedía entre ellos cada noche.

Por eso esa mañana había decidido levantarse temprano; quería verlo, hablar con él. No lo veía durante el día, él se la pasaba fuera de Fairfax House y solo regresaba bien entrada la noche.

Con una leve exhalación, se incorporó y tocó la campanilla para que su doncella subiera a asistirla.

Una vez lista, salió de su habitación y se dirigió al comedor. Esa mañana desayunaría allí, ya que últimamente lo hacía en su habitación o sola. Además, tenía un antojo particular de panecillos tibios con miel y un vaso de leche fría, un capricho que había desarrollado desde que su apetito se volvió impredecible.

Al llegar, solo encontró a Cecilia sentada en la mesa. Frunció el ceño al notar la ausencia de Elaine. Luego miró el asiento que solía ocupar Marco: vacío, como siempre. Había tenido la ligera esperanza de hallarlo allí, aunque fuera unos minutos.

Verlo no era una necesidad… pero al menos quería tener con él algo más que sexo. Empezaba a sentirse usada, y ese pensamiento la incomodaba.

«*Ese era el trato*». Le recordó esa vocecita en su cabeza.

Sacudió la cabeza para despejar aquellas ideas, alisó su vestido de muselina color lavanda y colocó una sonrisa en su rostro antes de acercarse.

—Buenos días —saludó, tomando su lugar en la mesa.

Cecilia levantó la mirada y le sonrió. Clariss pensó que era una buena oportunidad para acercarse a ella, ahora que su controladora madre no estaba presente.

—Buenos días —respondió la castaña—. ¿Te sientes bien? —Clariss la miró con el ceño ligeramente fruncido, temiendo por un instante que se hubiera dado cuenta de su embarazo—. Es que hace varios días no te veía por aquí.

Clariss se relajó y le devolvió la sonrisa, negando con la cabeza.

—Estoy bien. Solo he estado algo cansada y prefiero pasar el día en la cama, pero hoy decidí cambiar esa rutina —respondió, mientras observaba la mesa dispuesta con café humeante, panecillos

recién horneados, mantequilla, frutas cortadas y un tazón con crema batida.

—Comprendo —musitó Cecilia, asintiendo con una media sonrisa de complicidad.

Clariss entrecerró los ojos. Luego se horrorizó un poco al pensar si Cecilia los habría escuchado por las noches. Sabía que se entregaba tanto que a veces sus gemidos se escapaban más de lo debido. Ese pensamiento la sonrojó, así que decidió cambiar de tema de inmediato.

Tomó uno de los panecillos con miel que tanto se le antojaban y, mientras lo partía con delicadeza, habló:

—Cecilia, llevo más de un mes en esta casa y aún no hemos tenido una verdadera conversación —Cecilia la miraba atenta, con la cabeza ligeramente ladeada—. Quisiera que eso cambiara. ¿Te gustaría que quedáramos un día para salir o, al menos, pasar un rato en el jardín?

Cecilia sonrió y asintió.

—Me encantaría. Justo quería hacerte la misma propuesta —respondió con amabilidad.

A Clariss se le iluminó el rostro con una sonrisa.

—Perfecto. Podrías acompañarme a visitar a mis hermanas en La Petite Miette, la panadería de una amiga. Te aseguro que te van a encantar —propuso, tomando un sorbo de leche.

Cecilia bajó un poco la mirada y se mordió el labio, indecisa.

—¿Crees que mi presencia le agradará a tu hermana Amelia? —preguntó con cierta duda.

—Por supuesto —respondió Clariss, restándole importancia con un gesto de la mano—. Si lo dices porque fuiste la prometida de Pierce, no debes preocuparte. Mi hermana no es rencorosa, y tú no tienes culpa de nada.

Cecilia bajó la mirada, con los hombros ligeramente caídos. No pensaba igual. Ella era culpable de haber delatado a Pierce y a su hermano.

—Mejor no —dijo finalmente—. Pero gracias por invitarme.

Clariss la observó unos segundos, comprendiendo que era inútil insistir.

—Está bien —respondió al fin—, pero al menos podríamos dar un paseo por el barrio comercial de Gallier Street y hacer algunas compras.

Sonrió con picardía, dando a entender que eso, sin duda, molestaría a Elaine. Cecilia soltó una risita por el comentario, pero terminó asintiendo.

Después del desayuno, Clariss preguntó por su esposo. Recibió la misma respuesta de los últimos dos días: no estaba.

Aprovechó su ausencia y, tomando su ridículo, ordenó que uno de los carruajes la llevara hacia La Petite Miette. Al llegar, vio que Amelia ya estaba allí con los niños, conversando animadamente con Ruth.

—¡Tía! —Daphne se abalanzó hacia ella con euforia.

Clariss la tomó en brazos, la levantó y la abrazó con fuerza, para luego dejarla nuevamente en el suelo.

—¡Cielos, Daph! Ya estás algo pesada —bromeó entre risas, antes de saludar a Louis, a Amelia y a Ruth.

—Mi bella Clariss, ¿cómo te sientes? —preguntó Ruth con esa característica preocupación maternal que siempre mostraba por ellas.

Clariss le regaló una sonrisa serena.

—Estoy bien, créanme —respondió, mirando a su hermana, quien también la observaba con cierta preocupación. Clariss intuía que Amelia ya estaba al tanto de su embarazo, así como del plan que había formado con Brianna… plan que ahora ya no llevaría a cabo—. No voy a preguntarte cómo estás, tu mirada lo dice todo.

Amelia sonrió y asintió. Clariss se alegró por ella; su hermana mayor había sufrido demasiado, y ya era hora de que fuera feliz con su familia. Hasta notaba que había adquirido un poco de peso; sabía que el embarazo podía hacer eso, pero Amelia debía tener apenas unas semanas menos que ella, y aun así el cambio en su semblante era más que evidente.

—Pero que sea feliz no quiere decir que no me preocupe por ti… ni por Brianna —expresó Amelia—. Deseo que ustedes también lo sean, pero temo que tarden en encontrar la felicidad.

Clariss comprendió a qué se refería. Su hermana hablaba de su embarazo, del desconocimiento del padre y del plan que había tenido en mente.

Y respecto a Brianna… ninguna de las dos ignoraba que ella aún sufría por Ian y no estaba dispuesta a darse una nueva oportunidad.

Ella solo sonrió, mostrándose despreocupada como siempre, para no añadir más preocupación a su hermana.

—No tienes que pensar tanto en nosotras, ya estamos bastante grandecitas para saber lo que hacemos con nuestras vidas —replicó Clariss, con un toque de humor.

—¿En serio? —inquirió Amelia, arqueando una ceja.

—Si lo dices por algo que te comentó Brianna, te adelanto que ya no lo haré —respondió Clariss—. Pienso hacer lo correcto.

Ruth las observaba sin comprender del todo de qué hablaban, pero no dijo nada. Le gustaba que las hermanas usaran su panadería como un refugio.

Amelia, en cambio, la miró con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—Dios, Clariss… ¿crees que eso me tranquiliza? Ahora solo me preocupa más lo que pase por esa cabecita tuya.

—Confía en mí, hermana. No soy tan tonta como parezco —dijo Clariss, bajando la mirada.

—No creo que seas tonta, Clariss, eres inteligente. Pero a veces…

—Hago locuras —completó ella.

Amelia asintió.

—Hablaré con Pierce —sentenció, haciendo que Clariss frunciera el ceño—. Le diré que hable con tu esposo, que lo persuada para que te deje en libertad.

—Amelia…

—Debe hacerlo, me lo debe… y también te lo debe a ti —interrumpió su hermana con firmeza.

Clariss se mordió la mejilla interna, atrapada entre la contradicción de sus sentimientos. Quería alejarse de Marco, pero al mismo tiempo… quería quedarse a su lado.

—Déjame hacerlo a mi modo. Si necesito tu ayuda, te la pediré. Por ahora tengo todo bajo control —pidió Clariss, suplicando con la

mirada.

Amelia soltó un suspiro resignado.

—Bien. Después de todo, es tu vida —aceptó.

Clariss sonrió.

Luego, ambas miraron hacia Ruth, que le daba galletas a los niños.

—¿Brianna no te llevó a Aurora hoy? —preguntó Clariss.

—No, consiguió una ayudante —respondió Amelia—. Gracias por convencerla, Anna a veces se comporta como una terca niña.

—Tienes razón en eso —asintió Clariss divertida.

Entonces miró alrededor, notando la inusual tranquilidad del local. No había aroma a pan ni a dulces recién horneados. Frunció el ceño.

—¿No tienes ningún pedido, Ruth?

La mujer se enderezó y las miró.

—Ya los entregué todos. Además, he tenido que rechazar algunos; mis muchachas no están aquí para ayudarme —explicó.

—¿Astrid está enferma? —inquirió Clariss, imaginando que sería por eso.

Ruth negó con la cabeza.

—¿No lo sabes? —preguntó Amelia. Clariss frunció aún más el ceño y negó.

—Hace una semana, Astrid se casó —respondió Ruth.

Clariss sonrió, llevándose las manos a la cintura con fingido reproche.

—No puedo creer que Cole y Astrid se hayan casado y no me hayan invitado a la boda —bromeó, ocultando una sonrisa. Pero al notar que ninguna de las dos reía, relajó el gesto y ladeó la cabeza —. ¿No se casó con Cole, cierto?

—No —respondió Ruth con tristeza—. Sus padres la casaron con el señor Morel para saldar la deuda que tenían con él.

Clariss llevó las manos al pecho. No podía creer que Astrid hubiera tenido ese destino, sobre todo cuando estaba perdidamente enamorada de Cole.

—Qué más hubiera querido yo que se casara con Cole, lo adoro —continuó Ruth—. Pero sus padres no tuvieron compasión.

«*Y Cole tampoco*». Pensó Clariss. Él pudo haberla ayudado si se hubiera casado con ella antes… aunque también sabía que Cole nunca había mostrado verdadero interés romántico por Astrid.

Si pensaba que su situación con Marco era caótica, solo debía recordar la de su amiga para convencerse de que, al menos, ella no estaba tan mal.

# Capítulo 8

Era más de la medianoche, pero a Marco poco le importaba que los gemidos de su esposa se escucharan. Verla gozar de placer era su prioridad, su momento de mayor gloria. Saber que ella estaba tan entregada a él, sin restricción alguna, lo enloquecía.

Su cuerpo ardía solo con verla moverse sobre él, bamboleándose y sudando de deseo mientras lo montaba con ansiedad. Las manos de Clariss estaban apoyadas en su pecho, mientras las de él la sujetaban firmemente por las caderas, guiando el ritmo.

—Ah... —jadeó Clariss con desesperación, sin dejar de moverse sobre él.

—Más rápido...

Clariss lo miró con los ojos llenos de lujuria, y eso lo fascinó. No se cohibía ni se escondía de él, a pesar de las docenas de velas encendidas alrededor de la cama, que le brindaban una vista generosa de sus pechos rebotando con cada embestida.

Obedeciendo su orden, Clariss se aferró al cabezal y comenzó a moverse con más ímpetu. Marco se retorció bajo ella al sentir cómo lo cabalgaba con intensidad, buscando su propia liberación.

—¡Ah! —Marco ahogó un gemido, liberando su elixir con fuerza justo cuando ella encontró la suya.

La bajó de su cuerpo con delicadeza y la recostó a su lado sobre el colchón. Clariss jadeaba, luchando por recuperar el aliento. Su cabellera dorada era un desastre, pero para él seguía siendo igual de hermosa.

Al cabo de unos minutos, cuando ambos estaban más relajados, Marco se acomodó, colocando un brazo detrás de su cabeza y el otro rodeándola, atrayéndola contra su pecho. El silencio era lo mejor después de cada encuentro: le permitía quedarse un poco más y, quizás, volver a hacerle el amor. Pero si ella iniciaba una conversación incómoda, se marchaba.

A pesar de que con cada encuentro su deseo por ella solo aumentaba —cuando debía ser al contrario—, no quería que sus sentimientos lo hicieran también. Por eso agradecía sus silencios.

Luego, cuando ella quedaba completamente dormida, se levantaba, la dejaba dormir plácidamente y se marchaba a tragarse su culpa y su remordimiento en su despacho.

Así había sido durante la última semana. Ni siquiera pasaba el día en Fairfax House; la evitaba. Lo hacía por cobarde, por no poder contenerse ni olvidar lo que sentía por ella. Todo su autocontrol se desvanecía en cuanto cruzaba esa puerta y la veía. Olvidaba su propósito cada vez que la besaba, cada vez que ella se entregaba a la lujuria con él.

Salió de sus pensamientos cuando sintió cómo Clariss se apartaba y se colocaba frente a él, con sus rizos dorados enmarcando su hermoso rostro. Ella lo miró con una sonrisa, ladeando ligeramente la cabeza.

—Estaba pensando que... —Marco la miró con atención— ...podrías ayudarme a ser una buena Esposa Mayor.

Marco se tensó al escuchar aquello. Frunció el ceño y apretó los puños de la mano que descansaba detrás de su cabeza.

—¿Quién te habló sobre eso? —preguntó con voz dura, queriendo saber quién demonios se había atrevido a hablarle a su esposa de esos asuntos.

—Jeanne, el día que fuimos a la recepción de los Castañeda —respondió Clariss con total inocencia—. Ahora que lo preguntas, debiste habérmelo dicho tú, ¿no crees? Así habría estado mejor preparada para enfrentarme a todas esas mujeres.

Marco la observó hablar, como si lo que dijera fuera algo trivial, sin entender que se trataba de un cargo que la implicaba de lleno en su mundo.

—Olvida todo eso —replicó con sequedad, dejándola con los labios entreabiertos y el ceño fruncido—. No es necesario que te involucres.

—¿Por qué? —inquirió Clariss, mirándolo fijamente—. Es mi deber como tu esposa.

—Recuerda que no lo serás para siempre, Clariss —respondió él sin mirarla. No quería ver su expresión de decepción, pero debía hacerlo. No pensaba permitir que se involucrara en un entorno tan peligroso, no con los traidores aún moviéndose a su alrededor.

Clariss lo miró unos segundos más antes de dejar caer los hombros y asentir en silencio. Sin decir una palabra, se recostó nuevamente en la cama, pero esta vez no pegada a su cuerpo. Tomó las sábanas y cubrió su desnudez. Las velas aún encendidas iluminaban suavemente la habitación, permitiéndole ver el perfil de Marco: su semblante sereno y la mirada fija en el techo del dosel.

Entonces bajó la vista hacia su brazo izquierdo, el que ya no la rodeaba y reposaba extendido junto a él sobre la cama. El tatuaje que tanto había querido ver estaba expuesto frente a ella: un lobo de colmillos expuestos, enroscado con un ancla de hierro grabada con líneas finas y sombreadas, que ascendía desde su antebrazo hasta casi rozar el hombro. Cuando por fin había logrado verlo, se había fascinado, el diseño era bello y lo increíble era cómo la tinta estaba adherida a la piel.

Pero el tatuaje era lo de menos. Lo que dolía era que él la estuviera relegando de un papel que la ilusionaba, de algo que quería desempeñar.

*«Tiene razón»*, se dijo para aliviar la punzada en su pecho. *«No serás su esposa para siempre. Es mejor no involucrarte demasiado».*

Marco notó el instante en que Clariss se quedó dormida: su respiración se hizo más pausada y la tensión de su cuerpo se disolvió. Aprovechó ese momento para atraerla hacia sí y besarle la coronilla, maldiciéndose en silencio por ser tan idiota. No tenía el valor de decirle la verdad, de explicarle por qué no quería que se involucrara en el cargo de Esposa Mayor.

Pero, en el fondo, sabía que era lo mejor. No crear lazos afectivos que solo los lastimarían cuando todo llegara a su fin.

Pasó el resto de la noche despierto, incapaz de conciliar el sueño. De hecho, hacía semanas que no sabía lo que era dormir bien desde que comenzaron las amenazas en su contra. Para él, dormir era una forma de debilidad, una oportunidad perfecta para que el enemigo atacara. Y Marco Fairfax no daba esas oportunidades.

Con cuidado de no despertar a Clariss, que dormía plácidamente sobre su pecho, se estiró para tomar su reloj de bolsillo de la mesita de noche. Eran las cinco y media de la mañana. Podía esperar un poco más, seguir disfrutando de la calidez y la paz que ella le

brindaba sin ser consciente de ello. En otras circunstancias la habría despertado para hacerla suya una vez más antes de irse, pero después de la conversación que habían tenido, no sería prudente.

Con suavidad, se levantó de la cama, acomodó a Clariss y la cubrió con las sábanas. Se vistió en silencio y, antes de marcharse, apagó las velas que aún titilaban, dejando la habitación en penumbras.

Una vez fuera, se dirigió a su despacho. Se sirvió un trago de whisky y se sentó en su silla frente al escritorio. Mientras bebía, su mirada se posó en el cuadro del lobo colgado en la pared. Verlo siempre le recordaba quién era… y quién debía ser. Recordó cuando su padre se lo había regalado, diciéndole que, cuando se sintiera perdido, solo debía mirar los ojos de aquel lobo para recordar quién tenía el control.

Pero en ese momento, por mucho que lo mirara, no sentía que tuviera control alguno. No se sentía el depredador de siempre, y odiaba sentirse así.

Él era un hombre que sabía lo que quería y lo tomaba. Pero se había equivocado al ver y desear a Clariss. Se condenó a sí mismo el día que decidió atarla a su vida, en lugar de hacerla pagar por algo que ni siquiera había hecho.

Bebió su trago de un solo sorbo, sintiendo cómo el líquido ardía al descender por su garganta, pero ni siquiera eso logró distraerlo de su tormento.

Recostó la cabeza en el respaldo de la silla y cerró los ojos unos segundos. No podía distraerse. Debía encontrar a los traidores antes de que siguieran arruinando sus negocios. Sin embargo, para su desconcierto, hacía días que no recibía informes de daños o robos en ninguna de sus instalaciones.

Lejos de tranquilizarlo, aquello lo alertó. Sabía que cuando todo parecía calmarse era porque algo más grande y peligroso se estaba gestando. Y debía estar preparado para recibir el golpe, ya que, por ahora, no podría evitarlo.

Un golpe en la puerta lo hizo sobresaltarse un poco. Abrió los ojos y frunció el ceño al notar cómo los rayos del sol se filtraban por la ventana.

—Carajo —farfulló al percatarse de que se había quedado dormido. Revisó la hora: eran las ocho y media.

*«¿Tanto tiempo he dormido?»*

—¿Sí? —preguntó con la voz ronca.

—Su madre, la señora Fairfax, desea saber si estará presente en el desayuno de hoy —escuchó decir al ama de llaves desde el otro lado de la puerta.

Marco respiró pausadamente.

—En un momento bajo —respondió.

—Enseguida le informaré a la señora Fairfax, señor —dijo la mujer antes de alejarse.

Marco se levantó y se pasó una mano por el rostro. Había aceptado bajar al comedor porque hacía una semana que no bajaba, siempre con la excusa de evitar a Clariss. Pero intuía que ella aún debía estar durmiendo, así que no había motivo de preocupación por encontrársela.

Una vez se cambió y se vio presentable, se dirigió al comedor con paso firme, preparándose mentalmente para las posibles confrontaciones con su madre esa mañana.

Al entrar, encontró a Cecilia sentada en su lugar habitual, al igual que Elaine.

—Buenos días —saludó con su tono neutro.

—Vaya, pensé que ya no vivías en esta casa —respondió Elaine sin mirarlo directamente.

Marco la observó con paciencia antes de tomar asiento en la cabecera.

—Madre, quisiera un desayuno en paz —advirtió, acomodándose en la silla.

—Por supuesto —replicó Elaine.

—Que empiecen a servir —ordenó Marco.

—¿Y no esperarás a tu esposa? —preguntó Elaine de repente, provocando que él frunciera el ceño.

—Aún debe estar durmiendo —respondió Marco, pero Elaine negó con la cabeza.

—Ella confirmó su presencia para esta mañana —anunció con una dulzura que hizo que Marco desconfiara de inmediato de aquella

inusual amabilidad.

Si bien había evitado discutir sobre Clariss, la tenía vigilada para prevenir cualquier ataque. Pero no podía controlar todo, sobre todo porque pasaba la mayor parte del tiempo fuera de Fairfax House.

En ese instante, la puerta del comedor se abrió, y Clariss entró, captando la atención de todos los presentes. Marco la miró, y su corazón latió con fuerza. Ella irradiaba un aura tan magnética y llamativa que era imposible ignorarla.

Llevaba un vestido verde esmeralda de seda, con mangas cortas y un escote discreto en forma de corazón que realzaba la blancura de su piel. Su cabello estaba recogido en un moño alto con rizos sueltos, y el flequillo corto, ligeramente desordenado, rozaba su frente.

Marco apartó la mirada, incómodo por el deseo que le provocaba verla.

Clariss se sorprendió al encontrarlo allí. Apretó los puños al recordar la conversación de la noche anterior.

—Buenos días —saludó con firmeza, mirando brevemente a Elaine antes de sentarse en su lugar, a la derecha de Marco.

Él notó que ni siquiera lo miró, y eso lo enfureció y entristeció a la vez. Era consciente de que él mismo había provocado ese comportamiento en ella. No hacía nada por ganarse su confianza fuera de la cama.

«*Es lo mejor*». Susurró su voz interna.

Los sirvientes comenzaron a servir el desayuno: panecillos recién horneados, huevos revueltos con hierbas, frutas frescas, mermeladas de durazno y miel, además de café negro y leche tibia. Cada uno tomó su porción en silencio, hasta que Elaine rompió la calma con una pregunta:

—¿Cuándo harás la reunión, querida?

Marco levantó la vista hacia su madre, que mantenía la mirada fija en Clariss. Luego observó a su esposa, que parecía igual de confundida.

—¿De qué habla? —preguntó Clariss, sin entender.

—De la reunión que organizarás para las esposas de los socios de Marco. Tengo entendido que ya las has invitado —respondió Elaine,

bebiendo un sorbo de café.

Marco no apartó los ojos de su esposa, notando la tensión en su cuerpo. Cuando ella lo miró, sus miradas se cruzaron solo por un segundo antes de que Clariss desviara la vista.

—Sí, las invité como muestra de cortesía, para conocernos mejor —respondió con firmeza, aunque Marco percibió su nerviosismo—. Después de todo, esta también es mi casa… ¿o no?

—Por supuesto —dijo Elaine, con una sonrisa que no le llegó a los ojos. Luego dirigió su atención a Marco—. Supongo que estás de acuerdo, hijo.

Clariss lo observó con los ojos abiertos, esperando su respuesta, temiendo que repitiera lo que le había dicho la noche anterior.

—Claro, no me molesta que mi esposa quiera reunirse con sus amigas —respondió Marco sin expresión, mientras preparaba un pedazo de pan con mantequilla.

Elaine arqueó una ceja, decepcionada. Esperaba otra reacción, una confrontación, pero Marco no le dio el gusto. No humillaría a su esposa frente a ella, aunque hablaría del tema más tarde, a solas.

—Yo podría ayudarte —intervino Cecilia por primera vez.

Tanto Clariss como Elaine la miraron.

—Hija —advirtió Elaine con una mirada fulminante.

—Oh, sí, por favor, me encantaría recibir un poco de apoyo —expresó Clariss, sonriendo con amabilidad. Cecilia asintió sin mirar a su madre.

El desayuno continuó, aunque el ambiente era denso. Marco, de vez en cuando, la observaba comer con tranquilidad, disfrutando cada bocado como si la comida fuera el amor de su vida. Una punzada de celos lo atacó.

«*¿En serio estoy celoso de un pedazo de panecillo?*». Se recriminó, sin creer hasta qué punto estaba llegando su obsesión por ella.

Minutos después, todos habían terminado. Cecilia fue la primera en levantarse y retirarse; Clariss lo hizo poco después.

Sin embargo, algo en ella llamó la atención de Marco. Vio cómo en sus brazos comenzaban a aparecer grandes manchas rojas. Frunció el ceño al verla detenerse; por un segundo, no comprendió lo que estaba ocurriendo. Pero cuando la vio llevarse las manos a la

garganta y forcejear para respirar, el mundo a su alrededor se detuvo.

—¡Clariss! —rugió.

La silla cayó hacia atrás cuando llegó hasta ella en apenas un par de zancadas. Su rostro había perdido el color, sus ojos azules se llenaban de lágrimas provocadas por la falta de aire, y sus labios temblaban buscando oxígeno.

—¡Por Dios, respira! —suplicó mientras la sostenía entre sus brazos, viendo cómo su cuerpo se estremecía con espasmos.

Clariss abrió la boca, intentando decir algo, pero apenas un sonido entrecortado salió de su garganta. Su piel se cubría de manchas, y pequeñas gotas de sudor perlaban su frente.

Marco sintió un vacío helado abrirse en su pecho. No, no ella. No podía perderla. No así.

—¡Llamen al médico, maldita sea! —bramó, girándose hacia los sirvientes que lo miraban paralizados—. ¡AHORA!

Los sirvientes corrieron, tropezando entre ellos. Marco volvió su mirada hacia Clariss, que apenas podía mantenerse erguida. La recostó con cuidado en el suelo de mármol, sosteniéndole la cabeza en su regazo.

—Mírame, tormentita... mírame —susurró, su voz quebrándose—. No te atrevas a cerrar los ojos, ¿me oyes?

Pero Clariss apenas podía mantenerlos abiertos. Sus pupilas se movían lentamente, perdidas. Su piel se tornaba pálida, con un leve matiz azulado en los labios.

Él no sabía qué hacer. No podía hacer nada. Su desesperación crecía a cada segundo. La abrazó con fuerza, intentando mantenerla caliente, sin comprender qué la estaba matando.

—No... no, por favor —murmuró, su voz era un hilo entrecortado —. No te me vayas...

De reojo, vio a su madre sentada, impasible. Elaine lo observaba con una expresión neutra, aunque una media sonrisa, casi imperceptible, se dibujaba en sus labios. Marco sintió la rabia mezclarse con el miedo.

Entonces la puerta se abrió de golpe. Cecilia entró corriendo, su rostro descompuesto.

—¡Marco, déjame verla! —exclamó, arrodillándose a su lado.

Él se apartó apenas, dándole espacio, sin soltar la mano de Clariss.

Cecilia la miró con horror. Sus ojos se movieron hacia la mesa; sin pensarlo, corrió, tomó una jarra de leche y regresó.

—Haz que beba esto —ordenó. Su voz temblaba, pero su mirada era firme.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Marco, desesperado.

—¡Hazlo, Marco! —gritó Cecilia, mientras levantaba el rostro de su cuñada.

Él la sostuvo con cuidado.

—Vamos, tormentita, bebe... —susurró, acercando el borde del vaso a sus labios.

Clariss tragó apenas un sorbo. Tosió. Otro más. Una gota de leche resbaló por su mentón, y sus manos temblaron antes de caer inertes a los costados.

—¡Clariss! —gritó Marco con desesperación.

Ella lo miró una última vez. Sus labios se entreabrieron como si quisiera decir su nombre, pero no alcanzó. Su cuerpo se relajó por completo, cayendo contra él como una muñeca de trapo.

# Capítulo 9

***7 de agosto de 1828.***

*Marco se preguntaba qué demonios estaba haciendo espiando a una muchacha que ni siquiera conocía. Estaba dentro de su carruaje, mirando a través de la ventanilla a la mujer de cabellos dorados y ojos azules que lo había cautivado apenas un día antes.*

*Aún no sabía su nombre, pero había ordenado seguirla y averiguar dónde vivía. Y ahí estaba, en Faubourg Sainte-Marie, observándola. La había visto en su casa cuando pasó por el establo y la encontró tendiendo algunas sábanas. Se había quedado mirándola por varios minutos, hasta notar que ella no trabajaba para él. Conocía a todos sus sirvientes, sabía exactamente quiénes lo rodeaban, pero a ella nunca la había visto allí. Supuso entonces que debían haberla contratado de forma temporal.*

*La vio tocar la puerta de una casa modesta, pero bien conservada, un poco más grande que las demás del barrio. Eso indicaba que sus dueños debían tener un poco más de estatus que los demás que vivían en ese pobre barrio de Nueva Orleans.*

*En sus manos cargaba una cesta llena de ropa doblada. El vestido que llevaba era el mismo del día anterior: viejo y desgastado. Aun así, resaltaba el escultural cuerpo de la joven. Era voluptuosa en todos los sentidos, y a pesar de su precaria situación como lavandera, desprendía vida y salud.*

*Observó cómo la puerta se abría y una mujer, vestida con prendas más nuevas y el cabello perfectamente arreglado, salía a recibirla. Vio cómo la joven le sonreía y decía algo mientras le entregaba la canasta. La mujer la tomó, la colocó en el suelo y comenzó a revisar prenda por prenda, lo que hizo que Marco frunciera el ceño.*

*¿Lo hacía para comprobar si le había robado algo o para criticar su trabajo?*

*Pasaron varios minutos antes de que la mujer le mostrara una de las prendas, señalando algo mientras hablaba. Marco no podía escuchar bien, así que golpeó el techo del carruaje.*

*—Acércate un poco —ordenó.*

*El vehículo avanzó con lentitud hasta quedar lo bastante cerca.*

*—Esas son manchas, es imposible quitarlas —escuchó decir a la joven. Su voz era melodiosa, a pesar del enojo que se filtraba en cada palabra.*

*—Estoy segura de que no lo son. Solo tratas de cobrar unas cuantas monedas por no hacer nada —refutó la mujer—. Estas ropas son nuevas, ¿cómo van a tener manchas?*

*—No las tendrían si encerrara a sus hijos y les enseñara a comer correctamente, en lugar de limpiarse en la ropa —replicó la joven, cruzándose de brazos.*

*—¡Cómo te atreves a decir que no educo bien a mis hijos! —chilló la mujer, indignada.*

*Marco observaba todo con calma.*

*—Es la verdad —respondió la rubia, encogiéndose de hombros—. Ahora deme lo que me debe, son un dólar con setenta y cinco.*

*Marco arqueó una ceja al escuchar la cifra. Era muy poco. ¿Cómo sobrevivía con eso?*

*—¿Y todavía tienes el descaro de cobrarme esa cantidad? Además, faltan prendas —acusó la mujer. Marco notó cómo las mejillas de la joven se encendían por la ira.*

*—No aceptaré que mienta de esa forma para no pagarme. Lavé y planché toda su mugrosa ropa, está toda ahí. ¡Ahora deme mi dinero! —replicó la joven con los puños apretados.*

*—Clariss, sabes que si comento que entregas la ropa manchada y que, para colmo, no entregas todas las prendas, nadie volverá a contratarte como lavandera —dijo la mujer con una sonrisa socarrona—. Así que vete. No te daré ni un centavo por un servicio tan mal hecho.*

*Clariss. Ese era su nombre. Pero, a pesar de por fin saberlo, la ira que Marco sintió brotar de sus poros lo tomó por sorpresa.*

*—¡Eres una bruja! —exclamó Clariss, pero enseguida sonrió con malicia—. Ahora entiendo por qué su esposo prefiere pasar las noches con cortesanas y no con usted. Quédese con su sucio dinero, lo necesita más que yo… para ahogar sus penas.*

*Marco arqueó las cejas, y una sonrisa apenas perceptible se dibujó en sus labios. A pesar de todo, ella no se dejaba amedrentar. Pero lo*

*que realmente lo dejó sin habla fue verla tomar parte de la ropa de la cesta y arrojarla al lodo de la calle, llena de estiércol.*

*—Ahora búsquese una lavandera que quiera lavar eso —sentenció Clariss, dándole la espalda y alejándose con paso firme, contoneando sus caderas.*

*Marco la siguió con la mirada, divertido.*

*—Vaya, eres toda una tormenta arrasadora, pequeña Clariss —musitó, con una sonrisa ladeada.*

*Hacía mucho que no sentía esa mezcla de orgullo, diversión y paz por alguien. Miró su reloj de bolsillo y vio que debía llegar a la reunión que Dubois había convocado, pero en ese instante solo deseó conocerla más, ver esa espontaneidad y ese fuego que desprendía.*

*—Síguela con discreción —ordenó, golpeando otra vez el techo del carruaje.*

*Ese día descubrió que ella no solo trabajaba de lavandera, sino también en una pequeña panadería, y que vivía muy cerca, en un viejo edificio. Su curiosidad por ella solo aumentó. Cada día se tomaba un momento para observarla, sabiendo que era un error, que no debía interesarse por una mujer como ella. Pero le resultaba imposible no pensar en ella, no necesitar verla.*

*Hasta que supo quién era realmente: Clariss Straton, la hija del asesino de su padre.*

*Y en ese momento, supo que él mismo se había condenado.*

∞∞∞

Marco observaba el cuerpo de su esposa descansando en la cama de su habitación. Ahora respiraba con normalidad, y las manchas rojas iban desapareciendo poco a poco de su piel.

El médico había llegado apenas unos minutos después del incidente y la había atendido con rapidez. Le había revisado el pulso, inspeccionado los ojos y aplicado compresas frías en el cuello y las muñecas. Luego había ordenado una mezcla de agua con sal de amoníaco para limpiar las vías respiratorias y ayudar a estabilizar su respiración.

Dijo que posiblemente había comido algo que le había provocado esa reacción.

—Fue bueno que le dieran la leche —comentó el médico mientras guardaba sus instrumentos—. Eso ayudó mucho a la señora Fairfax. Si se hubiese desmayado sin beber nada, puede que estuviera...

—No se le ocurra decirlo —advirtió Marco con voz dura. Su mirada fría bastó para que el médico callara de inmediato—. Lo único que me importa saber es si estará bien.

—Sí, lo estará. Solo necesita descansar y tener mucho cuidado con lo que come —respondió el doctor.

Marco asintió con un leve movimiento de cabeza.

El médico abandonó la habitación, dejándolos a él y a Cecilia en silencio. La quietud invadió el espacio; no estaría tranquilo hasta que su tormentita abriera sus hermosos ojos azules y lo mirara con ese odio habitual que, en ese momento, anhelaba. Prefería eso a verla inconsciente. Prefería escuchar su voz, aunque fuera para maldecirlo.

—Estará bien, hermano —expresó Cecilia con suavidad, intentando consolarlo.

Él no respondió ni la miró; mantenía la vista fija en su esposa. Pero en el fondo sabía que debía agradecerle: si no fuera por su rápida reacción, Clariss quizá no estaría respirando.

—Gracias —murmuró finalmente, sin apartar la mirada de Clariss —. Por salvarla.

Cecilia sonrió levemente, sabiendo que él no la vería.

—No tienes que agradecerme. Ella lo habría hecho igual —respondió.

Marco lo sabía. Clariss tenía ese don de ayudar a cualquiera sin pensarlo. Era demasiado inocente, y eso era precisamente lo que más amaba y odiaba de ella.

—Marco… —Cecilia habló nuevamente después de unos minutos; su voz sonaba nerviosa. Él alzó la mirada hacia ella—. Sé que, después de lo que hice, no confías en mí, y que lo que voy a decir puede sonar a traición, pero… después de lo que pasó con Clariss…

Calló un instante, mirando hacia su cuñada. No lo había dicho antes, esperando que su madre recapacitara, pero su silencio casi

había costado una vida.

Marco esperó pacientemente.

—Hace unos días descubrí que nuestra madre siente un odio profundo hacia ella —continuó. Para Marco, eso no era ninguna novedad, pero Cecilia no sabía la historia que lo explicaba—. Y también supe que tiene en mente… deshacerse de ella. Al principio pensé que solo quería convencerte de que la dejaras, pero ahora entiendo que sus planes son otros.

—¿Estás diciendo que lo que le pasó a mi esposa es obra de nuestra madre? —preguntó Marco, haciendo que Cecilia se tensara.

—No la estoy acusando —respondió nerviosa—. Solo te repito lo que escuché y lo que creo. No quiero que mamá haga algo de lo que no pueda redimirse.

Marco asintió lentamente. Él ya lo sabía. No era tonto. Pero quería saber cuánto sabía su hermana.

—Siento decírtelo, pero nuestra madre ya no tiene redención —fue lo único que dijo.

Cecilia lo miró perpleja.

—¿Sabes por qué lo hace? ¿Por qué la odia? —preguntó uniendo las manos, casi suplicando una respuesta.

—Solo puedo decirte que mi esposa tuvo la mala suerte de nacer en la familia equivocada —respondió Marco, tajante, sin ofrecer más explicación.

Cecilia asintió, aún sin comprender del todo, pero entendiendo que era mejor no insistir. Quiso mencionar el tema de su boda, pero sabía que no era el momento.

Marco se acercó a la cama, se inclinó y besó la frente de Clariss.

—Despierta, por favor… —susurró, con la voz apenas audible. Luego se enderezó y miró a su hermana—. ¿Puedes quedarte con ella? Necesito resolver algo.

—Por supuesto —aceptó Cecilia.

Sin perder tiempo, Marco salió de la habitación con paso firme. Se dirigió directamente a la cocina, un lugar que rara vez visitaba, pero la situación lo exigía.

Al entrar, vio a la mayoría de los sirvientes reunidos, incluyendo al ama de llaves.

—Señor Fairfax —dijo ella con nerviosismo, al verlo aparecer—. ¿La señora Fairfax ya se encuentra mejor?

Marco la miró con tanta dureza que la mujer retrocedió un paso.

—Como ama de llaves, imagino que deberías saber qué podemos y qué no podemos comer, ¿cierto? —La mujer asintió, sin mucha seguridad.

—Así es.

—¿Qué alimentos no puede consumir mi esposa? —preguntó él, más en tono de orden que de pregunta.

Los sirvientes se miraron entre sí, visiblemente nerviosos.

—Almendras, señor —respondió el ama de llaves.

—Bien —asintió Marco con una calma que no sentía—. ¡¿Entonces por qué carajos las pusieron en la mesa?!

Los sirvientes retrocedieron al verlo tan alterado.

—Es que no lo pusimos, señor. Tenemos cuidado con esas cosas —replicó el ama de llaves, incómoda.

Marco no respondió; no perdería el tiempo.

—Avísale a mi madre que la quiero en mi despacho —ordenó y, sin más, salió de la cocina hacia su despacho.

La ira lo consumía; si no se calmaba, cometería una locura. Tomó un vaso, lo llenó de whisky y dio un largo trago.

Minutos después, su madre abrió la puerta y entró.

—¿Querías verme, hijo? —preguntó con un tono suave, como si no hubiera hecho nada.

Marco la fulminó con la mirada; si no fuera su madre, ya se habría deshecho de ella.

—¿Qué le diste a Clariss? —demandó con voz dura.

—Algo inútil que no la mató —respondió ella, como si atentar contra la vida de su esposa fuera cosa menor. Marco apretó los puños, conteniéndose.

«*Es mi madre*». Se recordó a sí mismo.

—No tenías derecho a hacerlo.

—Sí que lo tengo, y más porque tú no has hecho otra cosa que consentirla y darle comodidades que no merece —replicó Elaine, mostrando por primera vez su enojo verdadero—. Me molesta que

respire el mismo aire que yo, y que tú, *mi hijo*, no hagas nada. Pero espera… sí lo estás haciendo.

Marco la miró, ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Piensas que no sé que duermes con ella todas las noches? —inquirió ella, mirándolo fijamente—. No puedo creer que te hayas dejado dominar por su belleza, Marco. Así no te criamos tu padre y yo. Estoy segura de que Fergus no estaría orgulloso de tu comportamiento con esa...

—¡Basta! —gritó Marco, dándole la espalda, quedando frente al cuadro del lobo; los ojos de la pintura lo miraban, acusadores.

Se pasó una mano por el rostro, frustrado.

—¿Crees que es justo que la descendencia de ese asesino viva mientras tu padre... se pudre en una tumba bajo tierra? —Elaine sollozó; Marco no tuvo el valor de girarse y mirarla a los ojos.

—Clariss no es culpable —musitó él, sabiendo que su madre lo había oído—. Ella no tiene que pagar por lo que hizo su padre.

—¿Y tú sí? ¿Y yo? ¿Y Cecilia? —respondió ella con amargura—. Jacob nos dejó sin tu padre y no pagó por ello. ¡Me niego a darle techo y comodidad a su hija! ¡Entiéndelo, Marco! Tanto ella como sus hermanas deben dejar de existir; que su sangre se la trague la tierra. Eso es lo que Fergus habría querido. Es lo que merece que hagas por él.

Marco cerró los ojos cuando una avalancha de recuerdos de su padre lo asaltó. Todo sería más sencillo si Fergus hubiera sido más cruel con él, o si él no se hubiera enamorado de Clariss.

—No te metas en esto, madre. Déjamelo a mí —pidió, sin mirarla directamente—. Si no, me veré obligado a enviarte a Baton Rouge.

Elaine jadeó ofendida.

—No lo harías.

—Entonces aléjate de mi esposa —respondió Marco, apretando los puños. Le dolía tener que decirle eso a su propia madre, pero no quería perder a Clariss; el susto de hace un rato le había demostrado que no podía dejarla ir.

—Bien, me mantendré al margen —aceptó ella—. ¿Pero crees que podrás mantenerla a salvo de tus enemigos si sigues mostrando ese tonto amor por ella? Al final, ellos harán lo que tú no puedes.

Marco apretó los dientes. No permitiría que eso ocurriera.

—¿Qué fue lo que le diste? —volvió a preguntar, seco.

—Fueron simples e inofensivas almendras —respondió Elaine, con rostro inexpresivo. Marco se giró y la miró; en ella no había rastro de remordimiento ni angustia.

—¿Quién hizo el trabajo sucio por ti? —insistió él.

Elaine se encogió de hombros.

—Los sirvientes me obedecen también, hijo. Tenemos un excelente chef; él sabe preparar maravillas, como esos panecillos que tanto le gustan a tu esposa, hechos con harina de almendras. Si solo querías saber eso, no veo por qué deba seguir aquí.

Marco la vio retirarse, pero antes de que cerrara la puerta se volvió y lo miró una última vez.

—Recuerda que si quieres mantener con vida a esa mujercita tuya, lo mejor es que la envíes muy, pero muy lejos.

Una vez que Elaine salió completamente del despacho, Marco apretó con tanta fuerza el vaso de whisky entre los dedos que el cristal crujió, luego lo lanzó contra la pared con toda su rabia. El vaso estalló en pedazos, y el eco del golpe resonó dentro de la habitación.

El enojo, la frustración y la impotencia lo estaban sobrepasando.

Pero una cosa sí tenía clara: no permitiría que nadie volviera a tocar a su mujer.

Salió del despacho con paso firme y regresó a la cocina. Al verlo entrar, los sirvientes se pusieron en alerta de inmediato. Marco buscó con la mirada a su objetivo y lo encontró junto a los fogones, intentando parecer ocupado, pero su rostro pálido lo delataba.

Se acercó sin prisa. Cada paso hacía que los sirvientes retrocedieran, abriéndole camino. Su presencia era imponente, y su tamaño era suficiente para intimidar.

Al llegar hasta el hombre —un tipo delgado, nervioso y con las manos temblorosas—, Marco lo tomó por el cuello con una fuerza que lo hizo jadear y lo arrastró a través de la cocina. Antes de salir, se volvió hacia el resto de los sirvientes, que lo observaban con terror.

—Todos están despedidos.

Sin más, siguió caminando, arrastrando al hombre que apenas podía mantenerse en pie. Era tan débil que no pesaba nada en sus manos.

—Por favor... señor... yo solo seguía órdenes —suplicó el hombre, intentando aflojar el agarre sobre su cuello.

—Las únicas órdenes que debiste obedecer eran las mías —replicó Marco con voz gélida—. Ahora servirás de alimento a mis mascotas. Hace días que no les doy nada bueno que comer.

El hombre se tensó al comprender a qué se refería. Su respiración se volvió errática mientras avanzaban hacia la parte trasera de la propiedad. Marco no se detuvo. Cruzaron los senderos que conducían más allá de los establos. A él no le importaba que sus hombres lo vieran; estaban entrenados para no intervenir cuando él no lo ordenaba.

Llegaron hasta una vieja construcción de piedra. A simple vista parecía una casa de desahogo, una estructura auxiliar donde se almacenaban herramientas. Pero en su interior, tras la gruesa puerta de madera reforzada con hierro, se encontraba la jaula de sus lobos.

Solo él tenía la llave. La sacó del bolsillo de su chaqueta y la giró con un chasquido metálico.

—Por favor... —suplicó el hombre, ya con lágrimas corriéndole por las mejillas.

Marco se inclinó hacia él, tan cerca que el aliento del hombre se mezcló con el suyo.

—En tus últimos minutos de vida, piensa que estoy siendo generoso porque mi esposa aún respira —susurró con voz grave.

Al otro lado de la puerta, se oyeron pasos pesados. Al abrir la puerta, tres pares de ojos brillaron en la penumbra: uno amarillo intenso, otro gris acerado y un tercero, de un azul glacial.

—Espero que disfruten este aperitivo —musitó Marco, arrojando al hombre dentro de la habitación.

El cuerpo cayó con un golpe seco. De inmediato, los lobos se acercaron con sigilo, rodeando a su presa. Olfateaban, gruñían, y el más grande —el negro— dio el primer paso.

Rouge. Ese había sido otro regalo de su padre cuando él tenía apenas doce años. En aquel momento, el lobo era todavía un

cachorro herido y asustado que él había cuidado como a un perrito. Ahora era una bestia majestuosa.

Los otros dos, una hembra blanca llamada Ash y un macho gris llamado Blue, los había adquirido de un cazador francés del norte. También los había criado desde cachorros, aprendiendo que el respeto y la lealtad se ganaban.

Nadie, excepto sus hombres de confianza, conocía la existencia de Rouge, Ash y Blue. Aunque entre los sirvientes circulaban rumores sobre «las bestias del señor Fairfax», a Marco no le importaba mientras esas habladurías no salieran de Fairfax House.

Rouge fue el primero en acercarse. Su pelaje negro relucía bajo la tenue luz que se filtraba por la rendija superior de la pared; avanzaba con lentitud, cabeza baja, las orejas erguidas y los colmillos asomando. Ash lo flanqueó con un gruñido gutural y Blue permaneció un paso atrás, emitiendo un sonido grave que hizo eco en el recinto.

El cocinero cayó de rodillas, retrocediendo hasta chocar con la pared de piedra. Su respiración era un sollozo entrecortado y las manos buscaban inútilmente algo con qué defenderse.

—Por favor... por el amor de Dios... —imploró, mirando a Marco, que seguía en el umbral observando cada movimiento de sus lobos.

Rouge saltó primero, directo al pecho. Ash se lanzó después, hundiendo los colmillos en uno de los brazos, y Blue lo rodeó para sujetar su pierna.

Marco permaneció en la entrada, observando apenas unos segundos, con el rostro endurecido, sin una pizca de compasión; él no la tuvo cuando atentó contra la vida de su mujer.

Con un movimiento lento cerró la pesada puerta de hierro y se alejó del lugar sin mirar atrás.

# Capítulo 10

El sol se filtraba por la ventana de la habitación. Clariss leía un libro que Cecilia le había llevado de la biblioteca. Había pasado un día desde aquel caos en el comedor, un día entero postrada en cama, sintiendo el cuerpo aún pesado.

Al principio no había entendido lo que le había pasado, pero una vez despertó y Marco le explicó que había tenido una reacción alérgica a la almendra, comprendió dos cosas: una, que habían tratado de matarla; y dos, que la culpa recaía en Elaine, su suegra.

La almendra era algo que no podía ni oler, y todos los sirvientes de Fairfax House lo sabían; ella misma se había encargado de dejarlo claro desde el primer día que llegó como esposa de Marco. ¿Quién más podría querer perjudicarla de esa forma? Elaine era la única que la odiaba con tanta intensidad.

Había creído que su antipatía hacia ella se debía a su oficio como lavandera, pero ahora entendía que el odio de Elaine iba más allá. La mujer no solo la despreciaba, estaba dispuesta a eliminarla. Y eso solo podía significar que la odiaba por algo más… algo que Clariss aún no alcanzaba a comprender del todo.

Tenía que hablar con Marco. Debía decírselo.

Pero… ¿cómo hacerlo? Elaine era su madre, y ella solo su esposa temporal. Seguro ni siquiera le creería.

Sus manos acariciaron de manera inconsciente su vientre.

—Por favor, que estés bien... —susurró apenas audible, cerrando los ojos con fuerza.

Desde que despertó, no dejaba de temer por su bebé. Cualquier punzada o sensación extraña la aterrorizaba, y lo peor era que no podía contárselo a nadie.

Dejó el libro a un lado y miró hacia la ventana. Afuera, el día estaba despejado, hermoso, perfecto para dar un paseo y dejar atrás el encierro. Nunca le había gustado estar recluida, y menos ahora, que cada rincón de esa casa le recordaba el peligro que corría.

En ese momento, escuchó que tocaban la puerta. Se tensó por un instante, pensando que podría ser Elaine, pero luego se relajó. Su suegra jamás la visitaría.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió, dejando ver a Cecilia, que entró con una sonrisa amable.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la castaña, sentándose en el sillón junto a la cama, como lo había hecho las últimas veces que la visitó.

—Mejor que la última vez —respondió Clariss entre risas.

Al menos Cecilia le había hecho compañía.

—¿Aún no quieres que le avise a tus hermanas? —preguntó Cecilia.

Clariss negó con la cabeza.

—Aún no. Cuando me recupere, se los diré —contestó.

Sabía cómo eran sus hermanas: demasiado protectoras. Si se enteraban de que había sido casi envenenada con almendras, Amelia se pondría histérica. Y lo último que quería era causar un conflicto mayor.

—Está bien, si así lo prefieres —aceptó Cecilia.

—Ahora cuéntame sobre eso de que te vas a casar —pidió Clariss, acomodándose entre las almohadas.

Cecilia dejó caer los hombros, y Clariss frunció el ceño. En una de sus visitas anteriores, le había mencionado algo sobre un compromiso y que pronto dejaría Fairfax House. En ese momento, Clariss no había notado el tono triste e impotente con el que lo dijo. Ahora comprendía que ese compromiso no era de su agrado.

—¿Tu madre te está obligando a casarte? —preguntó.

Cecilia negó enseguida.

—Claro que no. Ella tampoco está de acuerdo —respondió.

—Es Marco.

—Sí. Él me está castigando por algo que hice —murmuró la castaña con voz temblorosa.

—¿Castigándote con un matrimonio indeseado? ¡Está demente! —replicó Clariss, molesta por la idea.

Ni siquiera su hermana se libraba de sus castigos y amenazas.

—Mi error fue muy grande, Clariss. Entiendo su enojo… pero el hombre con el que quiere casarme es horrible —dijo Cecilia, con los ojos vidriosos—. No sé cómo podré sobrevivir a eso.

—Por muy grande que haya sido tu error, él no debía condenarte de esa forma. Y menos siendo su hermana —replicó Clariss, indignada—. Los hermanos están para protegerse, no para castigarse.

*«¿Ese es el hombre que quieres para tu hijo?»*.

Le susurró su conciencia, y por primera vez, tuvo razón.

Marco era un hombre sin escrúpulos. No podía atarse a él toda la vida. Pero… ¿podría olvidarlo? Porque aunque era cruel y controlador, la atracción que sentía por él era innegable.

—Tú podrías hablar con él —comentó Cecilia, mirándola fijamente, con la esperanza reflejada en los ojos.

Clariss abrió los ojos, sorprendida, y se señaló a sí misma.

—¿Yo? —balbuceó.

—¡Sí! Eres su esposa, él te escuchará… porque te quiere —respondió Cecilia con una sonrisa.

Clariss arqueó una ceja, perpleja. ¿Por qué todos decían lo mismo? Jeanne también lo había asegurado, y se había equivocado por completo. Marco se había negado a ayudarla a convertirse en Esposa Mayor y hasta le había ordenado que renunciara al cargo.

Y ahora Cecilia quería que intercediera por ella.

Sin embargo… la imagen de Marco corriendo hacia ella, el miedo reflejado en sus ojos verdes mientras la sostenía entre sus brazos… no parecía fingida.

*«¿Acaso le importo realmente?»*. Se preguntó, aunque enseguida desechó el pensamiento. Seguramente lo hizo por deber, no por amor.

—Está bien, trataré de hablar con él. Pero no puedo prometerte que me hará caso —dijo Clariss, ofreciéndole una sonrisa de consuelo.

Trataría, al menos, de intentarlo. No perdía nada por ayudarla; si fracasaba, solo se ganaría un rechazo o una reprimenda por inmiscuirse en algo que no le concernía.

—Muchas gracias, Clariss. Eres mi única y última esperanza —murmuró Cecilia, con voz quebrada.

Aquello solo aumentó la angustia de Clariss. Porque realmente deseaba ayudarla, pero todo dependía de Marco y de cuánto estaba dispuesto a escucharla.

La tarde pasó y Cecilia se retiró, dejando a Clariss sola en su habitación. Se había levantado un rato y ahora se encontraba sentada en el diván que daba hacia la ventana, mirando un punto fijo mientras pensaba en la mejor manera de decirle a Marco sobre su embarazo.

Había imaginado muchas formas de hacerlo, pero en todas, en su cabeza, el final era el mismo: Marco repudiándola y echándola a la calle sin un solo centavo. No confiaba en él lo suficiente como para creer que la ayudaría.

—Dios mío… ¿qué hago? —musitó con un hilo de voz.

En ese momento, escuchó la puerta abrirse. Giró la cabeza y vio entrar a Marco, que traía varias cosas en las manos. Ladeó el rostro mientras lo observaba acercarse. Retuvo un suspiro al recorrerlo con la mirada. Era demasiado guapo para su cordura, y su elegancia distaba mucho de parecer la de un hombre peligroso que lideraba una banda de contrabando.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él con voz suave, quedando casi frente a ella.

—Sí —respondió, alzando la cabeza para mirarlo mejor.

—Te traje algunas cosas —comentó él, mostrándole los paquetes envueltos.

Clariss sonrió. Le encantaban los regalos. Se levantó del diván y se sentó en uno de los sillones frente a la mesita que usaba para leer o tomar el té. Marco colocó los regalos encima y tomó asiento frente a ella, observándola.

—¿Comiste algo después del almuerzo? —preguntó él.

—Sí, algo de fruta —respondió Clariss, tomando el primer envoltorio—. Me extrañó un poco no ver a Perla hoy; fue otra empleada quien me asistió. ¿Sabes si está enferma?

Marco mantuvo el rostro apacible, solo observando sus movimientos.

—La despedí —respondió con simpleza, justo cuando Clariss rasgaba el envoltorio.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —inquirió.

—Por no hacer bien su trabajo.

—Ella hacía perfectamente bien su trabajo, Marco —replicó Clariss, volviendo a abrir el papel.

—No lo suficiente —musitó él.

Clariss terminó de desenvolver el regalo y sonrió al ver que era una caja de bombones finamente decorada, con bordes dorados y un lazo de terciopelo rojo.

—Son rellenos de maní y nuez —señaló Marco—. Tus favoritos.

Clariss lo miró sorprendida, pero no comentó nada. En lugar de eso, abrió la caja y vio una docena de bombones perfectamente alineados. El olor que desprendían era tentador, así que tomó uno y lo llevó a la boca. Un gemido ahogado escapó de sus labios con la explosión de sabor.

—Me encanta el chocolate —dijo con la boca casi llena, algo que solo divirtió a Marco. Le fascinaba su espontaneidad—. ¿Quieres uno? —le ofreció la caja, pero él negó.

—No me gusta el chocolate.

Clariss llevó una mano a su pecho, fingiendo estar ofendida.

—¿Cómo es posible que no te guste algo tan maravilloso? —recriminó ella, y vio cómo las comisuras de los labios masculinos se arqueaban en una sonrisa.

—Hay muchas cosas aún mejores de las que sí soy adicto —respondió él con voz baja, y Clariss, aunque intrigada, prefirió no preguntar más.

Dejó la caja de bombones sobre la mesa y tomó el otro paquete. Era más pesado. Lo desenvolvió con cuidado hasta descubrir tres libros perfectamente encuadernados y nuevos. Los revisó uno a uno: un recetario de repostería, una novela romántica y un libro de poemas.

Miró a su esposo aún más sorprendida.

—¿Cómo sabes que me gustan todas estas cosas? —preguntó con el corazón latiéndole con fuerza. Nadie, excepto sus hermanas,

conocía esos detalles tan específicos sobre ella.

Marco se encogió de hombros y desvió la mirada hacia la ventana.

—Son cosas básicas que le gustaría a cualquier mujer —respondió.

Clariss entrecerró los ojos.

—Dijiste que los bombones eran mis favoritos, no creo que también sean los favoritos de cualquier mujer —replicó.

—Eso lo mencionaste una vez. No es difícil recordarlo. Además, soy quien paga cada una de tus compras, tormentita.

—¿Revisas cada factura mía que te llega?

—Tengo que saber en qué gasto mi dinero —replicó él, mirándola con su expresión neutra e imperturbable.

—Entonces no tengo que agradecerte —dijo Clariss, fingiendo calma—, ya que es tu deber como mi esposo hacerme este tipo de regalos tan *básicos* que le gustarían a cualquier mujer.

*«¿Pero qué esperaba? ¿Que le dijera que sí, que era atento, que la conocía y que le importaba? No seas tonta, Clariss».*

Se reprendió mentalmente mientras dejaba los libros sobre la mesa.

Los regalos le habían encantado, eran exactamente las cosas que amaba: los bombones rellenos de maní y nuez, y los libros, su mayor debilidad. Pero él lo había arruinado diciendo que podrían ser para cualquiera.

—¿Sabes qué? —dijo alzando la voz.

Marco levantó una ceja, divertido al principio, pero Clariss estaba furiosa.

—Eres un tonto arrogante. Te comportas con frialdad solo para alejar a las personas, y eso terminará dejándote solo.

—Clariss —advirtió él, esta vez sin una gota de humor en el semblante.

—Impones tus leyes e intimidas para que todos te obedezcan. Eso es narcisista y cobarde. Ni siquiera tienes compasión por tu propia hermana, a la que pretendes casar con un hombre que no desea, solo para castigarla por un pequeño error.

—No fue solo un error, fue una traición —replicó él con voz dura—. ¿Y a qué viene eso ahora?

—¿Una traición que no puedes perdonar? ¡Es tu hermana, tu familia! Lo único que al final del día no te dejará solo. Pero contigo, ni eso tendrás —continuó Clariss desahogándose—. Tal vez por eso tuviste que recurrir a mí, amenazándome para que aceptara casarme contigo… porque tu adorada Teresa seguramente te rechazó.

Marco se levantó de golpe, totalmente furioso. Clariss se calló de inmediato y casi se encogió en su asiento.

«*Tonta, tonta… ¿por qué provocas al lobo?*». Se reprendió mentalmente.

—No te pases, tormentita —advirtió él, señalándola con un dedo —. Puedo ser muy tolerante contigo, pero hasta un punto.

—Pero es la verdad —insistió ella.

—¿No puedes tomar los benditos regalos y quedarte callada? —replicó Marco con la mirada fija en ella.

—Sí, pero tú provocaste esto —contestó Clariss, con la espalda bien apoyada en el sillón—. Si no hubieras sido tan bruto y poco amable al decir que eran regalos básicos, yo… si quieres, puedes llevártelos.

Marco se pasó una mano por el rostro y suspiró.

—Son tuyos. Y no son básicos. Los compré porque sé que te gustan —dijo, esta vez con más calma.

—Bueno, está bien —respondió Clariss—. Solo tenías que decir eso. No fue tan difícil, ¿verdad?

Le sonrió como una niña que acaba de salir de un berrinche. Marco arqueó una ceja y soltó otro suspiro.

—Y sobre tu hermana… no hay posibilidad de que canceles esa boda y ella…

—No —la interrumpió tajante, haciendo que Clariss entrecerrara los ojos.

—Pero…

—Habrá una boda, quiera Cecilia o no. Es su castigo, y no hay discusión. Es mi última palabra.

Marco se dirigió a la puerta, pero Clariss se levantó y caminó hacia él, sujetando la manija antes de que cerrara.

—Ve a buscar a otra mujer que complazca tus deseos, porque de mí no obtendrás nada más. Y esa, Marco Fairfax, también es mi

última palabra —exclamó, cerrando la puerta de un portazo y echando el cerrojo—. ¡Arrogante!

Regresó al sillón y se dejó caer, quedando sentada por varios minutos, hasta que su ira comenzó a disiparse y se dio cuenta de todo lo que había dicho.

—Sí que te gusta tentar tu suerte, Clariss —musitó para sí misma, tomando un bombón y llevándoselo a la boca—. Al menos me quedé con los regalos.

# Capítulo 11

No entendía cómo se había enamorado de una loca. Porque su tormentita, definitivamente, estaba loca… o quería volverlo loco a él.

Al llegar a su despacho se sirvió un vaso de licor y se paró frente a la ventana, sin mirar realmente hacia afuera.

Había ido personalmente a comprar esos regalos para ella. Los bombones los había escogido uno a uno, y no mandó a prepararlos frente a él porque confiaba en que era un establecimiento respetable. En cuanto a los libros… odiaba entrar a una librería y escoger ese tipo de lecturas insulsas de romance, pero lo había hecho por ella, leyendo título por título para asegurarse de no repetir alguno de los que ya tenía en la estantería que había ordenado instalar solo para ella en la biblioteca.

A pesar de todo, habían discutido. Como siempre.

Pero debía admitir que era su culpa. Ella tenía razón. No debió decir que eran regalos básicos, sobre todo cuando él mismo se había tomado más de dos horas eligiéndolos.

Pero su maldito orgullo no le permitía ser sincero con ella. El orgullo… y el miedo.

Temía que, si expresaba sus sentimientos, ella terminara lastimada. Más aún después de la advertencia que le había soltado su madre sobre sus enemigos.

Apretó el vaso en su mano con rabia solo de pensar que alguien pudiera lastimar a su esposa.

Ahora entendía perfectamente por qué su padre nunca había demostrado su amor por su madre, ni siquiera frente a él. Si aquella noche —antes de que lo asesinaran— no hubieran hablado sobre ello, jamás habría sabido que sus padres sí se amaban.

«*¿Así quiero pasar el resto de mi vida también? ¿Escondiendo mis sentimientos solo para que ella no salga herida?*».

Se preguntó, incapaz de hacerlo en voz alta.

Pero sabía la respuesta. El mundo al que él había elegido pertenecer era así: si tenías una debilidad, te atacaban por ella.

—Solo espera un poco más, tormentita —murmuró, casi como una súplica, temiendo que Clariss decidiera dejarlo antes de tiempo. Ella estaría en todo su derecho, a pesar del trato, si veía su vida más amenazada de lo que ya estaba.

Ahora tendría que pensar cómo decirle que debía salir menos y siempre con escolta.

«*Envíala con su hermana*», le susurró esa voz interna.

Pero negó para sí. No quería alejarse de ella. Él la protegería, solo necesitaba mantenerla cerca, todo lo posible.

Su madre no tendría más oportunidades para atacarla. Había contratado nuevos sirvientes que solo recibirían órdenes suyas y, además, había infiltrado a varios de sus hombres entre ellos para aumentar la vigilancia.

En ese momento sintió cómo tocaban la puerta.

—¿Quién? —preguntó, sin apartar la vista de la ventana.

La puerta se abrió ligeramente.

—Señor, el detective Vance ha llegado. Dice que usted lo está esperando, ¿es eso cierto? —preguntó su nuevo mayordomo, un hombre de mediana edad que Roux le había recomendado personalmente asegurando que era discreto y excelente para guardar secretos.

—Sí, hazlo pasar —respondió Marco, girándose hacia la puerta. El mayordomo asintió y volvió a cerrarla.

Sin perder tiempo, Marco se sentó tras el escritorio y sacó la carpeta con los documentos que había reunido sobre la investigación de las armas robadas.

—Como si no tuviera suficientes problemas ya, ahora debo lidiar con unas malditas armas que ni siquiera son mías —murmuró entre dientes.

La puerta se abrió, dejando ver a Lucian Vance.

—¿No sabe tocar, detective? —inquirió Marco con irritación.

—Supuse que me estaba esperando. No veía razón para atrasar el encuentro con formalidades, Fairfax —replicó Lucian con su habitual tono seco, avanzando hasta tomar asiento frente al escritorio.

Llevaba un abrigo largo de lana negra, de solapas anchas. Un sombrero de copa baja, del mismo color, le cubría parte del rostro,

dándole un aire sombrío y misterioso que contrastaba con el brillo astuto de sus ojos grises.

—¿Ha conseguido saber algo? —preguntó Lucian.

Marco le tendió la carpeta. Lucian la tomó y la abrió con calma.

—Hace dos noches, uno de mis hombres encontró varios contenedores en un almacén del puerto de St. Mary, al final del muelle viejo. El lugar está abandonado, perfecto para esconder la evidencia de un crimen —señaló Marco con el mentón hacia los documentos—. Eran las cajas del cargamento desaparecido.

Lucian frunció el ceño mientras pasaba las hojas con detenimiento.

—¿Las armas estaban ahí?

—No —respondió Marco, cortante—. Solo las cajas. Vacías.

El detective levantó la vista, dejó los papeles sobre la mesa y entrelazó las manos.

—Y supongo que no tienes idea de quién pudo hacerlo.

—No —respondió Marco con firmeza. El detective arqueó una ceja, escéptico.

—Si las cajas aparecieron tan cerca del muelle, el responsable es alguien de tu círculo, Fairfax.

Marco lo miró con frialdad.

—No lo creo.

Lucian sonrió apenas. Hubo un breve silencio hasta que el hombre retomó la carpeta y siguió ojeando los informes.

—Los registros de tu hombre son claros —comentó—. Las cajas estaban apiladas, cinco de cada lado, con los sellos de embarque aún intactos. El número de serie coincide con las armas desaparecidas del cargamento inglés. Y aquí —dijo, señalando una nota en la última hoja—, mencionan restos de aceite y paja… eso indica que fueron transportadas recientemente.

Marco asintió, pensativo.

—No estaban allí más de dos días antes de que las encontraran.

Lucian cerró la carpeta y se puso de pie.

—Bien, mi equipo y yo revisaremos las cajas. Tal vez haya una marca, una fibra o una huella que tus hombres pasaron por alto.

Marco tomó su vaso y dio un sorbo de licor.

—Imagino que asistirá a la carrera de mañana —inquirió, observando al detective por encima del borde de su vaso.

Lucian asintió, con una leve sonrisa en el rostro.

—Por supuesto. Es un evento perfecto para que varias personas interesadas en armas capaces de iniciar una guerra se reúnan. ¿No lo cree?

Marco lo miró unos segundos antes de asentir.

—Entonces le pediré que mantenga los ojos sobre cualquier extraño que intente acercarse a mi esposa —pidió con voz firme. En otras circunstancias no habría rebajado su orgullo de esa forma, pero la seguridad de Clariss era lo único que importaba.

Lucian arqueó una ceja.

—¿Solo su esposa? ¿Y su hermana? —preguntó. Marco entrecerró los ojos, dejando el vaso sobre el escritorio.

—De mi hermana me ocupo yo… y su futuro esposo —esclareció, con un tono cargado de advertencia.

El detective le sostuvo la mirada unos segundos, antes de asentir con serenidad.

—Entendido. Le doy mi palabra de que su esposa estará a salvo durante la carrera de mañana.

Marco no respondió. Solo asintió, sabiendo que, aun con la promesa del detective, no confiaría del todo en nadie. Siguió con la mirada a Lucian, que se colocaba nuevamente el sombrero y se dirigía hacia la puerta.

—La próxima vez, detective, toque antes de entrar. —Lucian sonrió apenas antes de desaparecer por el umbral.

Cuando la puerta se cerró, Marco se quedó en silencio, mirando la carpeta sobre su escritorio. No pudo evitar pensar que Lucian tal vez tenía razón.

El ladrón de las armas podía ser fácilmente alguien cercano… tal vez el mismo que lo estaba traicionando. Y si no era la misma persona, intuía que más de uno dentro de la Sociedad de las Sombras le estaba escondiendo cosas.

Apretó los puños sobre el escritorio.

Si era cierto, debía dejar de ser blando con ellos. Si no querían respetarlo y obedecerlo por las buenas, entonces lo harían por las

malas.

∞∞∞

Clariss estaba emocionada por asistir por primera vez a una carrera de caballos. Había escuchado hablar de ellas, pero nunca había tenido la oportunidad de presenciar una. Decían que era un evento reservado únicamente para las familias más distinguidas de Nueva Orleans: personas importantes e influyentes que encontraban placer en observar a los caballos correr.

Le parecía algo absurdo, pero sabía que así se divertían los ricos.

Del brazo de Marco, que la guiaba con firmeza entre la multitud hasta los asientos reservados, observaba el campo preparado para la carrera. El hipódromo era amplio, con una pista ovalada cubierta de tierra, cercada por vallas de madera blanca. Alrededor, tribunas repletas de caballeros con sombreros de copa y damas con grandes sombreros adornados con plumas.

Detrás de ellos caminaba Cecilia, que los seguía de cerca. Al menos Elaine se había quedado en Fairfax House, lo cual era un alivio.

—Siéntate aquí —indicó Marco, señalando el asiento que estaba bajo una carpa reservada para los invitados más importantes. Desde allí se podía apreciar todo el hipódromo—. ¿Quieres algo de beber?

Clariss negó con la cabeza. No tenía hambre ni deseos de probar nada; aún sentía el estómago un poco revuelto.

—¿Y tú, Cecilia? —preguntó Marco, volviéndose hacia su hermana.

Ella negó de igual forma antes de sentarse junto a Clariss.

—Nunca he estado en una carrera de caballos —admitió Clariss, mirando con fascinación el movimiento de la multitud.

Cecilia sonrió, divertida, sin apartar la vista de la pista.

—Son más interesantes de lo que parecen, ya lo verás. Y más cuando hay apuestas de por medio.

—¿Apuestas? —repitió Clariss con curiosidad.

—Por supuesto —asintió Cecilia—. Cada corredor representa a una casa o a un patrocinador. Se apuesta por el caballo que creemos que

ganará. A veces el premio es dinero, pero la mayoría de las veces es solo prestigio.

—¿Y hay caballos de Marco compitiendo? —preguntó Clariss, intrigada.

—Claro —respondió Cecilia con naturalidad—. El corcel negro que ves allí, es de él. Se llama Tempest. Fue entrenado desde potro por los cuidadores del establo. Lo que no entiendo es dónde están los otros, generalmente son tres los que Marco hace que compitan.

Clariss abrió los ojos con admiración, observando al animal que se alzaba imponente en la línea de salida.

—No sabía que Marco tenía caballos de carrera —murmuró, más para sí misma que para su cuñada.

—A papá le encantaban las carreras. Marco las continuó en su honor —comentó Cecilia con una sonrisa melancólica.

Clariss bajó la mirada unos segundos antes de volver a buscar a su esposo entre la multitud. Lo encontró enseguida, estaba elegantemente vestido con su levita negra y el sombrero. A su lado había un hombre de semblante serio y cabello rojizo.

—¿Quién es el que está con él? —preguntó Clariss, sin poder evitar la curiosidad.

—Roux —respondió Cecilia mirando al hombre fijamente—. Es su hombre más confiable. Todos en la casa lo respetan, y algunos… lo temen.

Clariss frunció el ceño. Había escuchado a Marco nombrarlo antes, pero no lo había visto de cerca. El hombre irradiaba una presencia fría, casi igual a la de Marco, y la forma en que ambos se inclinaban para hablar le hizo fruncir el ceño.

Apartando la mirada, Clariss buscó entre la multitud con la esperanza de encontrar a su hermana. Imaginaba que Pierce asistiría al evento y llevaría consigo a Amelia; verla sería un alivio, una compañía más cercana con quien pasar un rato agradable.

—Podrías no mencionar frente a mi hermana nada de lo que pasó en Fairfax House los últimos días —comentó recordando ese detalle, girándose hacia Cecilia, que parecía distraída mirando en dirección a Roux.

Clariss siguió su mirada y encontró al hombre observándola también. Volvió a mirar a su cuñada, notando cómo ella intentaba ocultar una sonrisa.

Clariss tragó saliva, comprendiendo enseguida lo que ocurría.

*«Marco nunca aceptará eso»*. Pensó, mordiéndose la mejilla interna.

En ese momento vio acercarse a su hermana del brazo de su esposo. Una sonrisa se dibujó en sus labios al verla tan radiante. Amelia llevaba un vestido rosa pastel, delicado y elegante, con un sombrero adornado con flores y plumas, y el cabello suelto cayendo sobre un hombro en suaves ondas.

Clariss, en cambio, había optado por un atuendo más llamativo: un vestido color fucsia con detalles en encaje marfil que realzaban su figura, el escote cuadrado adornado con pequeños lazos, y un flequillo perfectamente cortado que cubría parte de su frente, enmarcando su rostro. Cecilia lucía más discreta, con un vestido celeste de tela ligera que reflejaba su personalidad reservada.

Clariss se levantó de su asiento y agitó su abanico para llamar la atención de Amelia. El gesto provocó que varias personas a su alrededor la miraran con el ceño fruncido.

—Me gustaría ser como tú —dijo Cecilia de pronto.

Clariss se giró hacia ella, ladeando la cabeza.

—¿Como yo? —preguntó, sin entender del todo.

—Sí —respondió Cecilia con sinceridad—. No te importa lo que los demás piensen de ti. Haces lo que tu corazón te dicta. Hasta te atreves a desafiar a mi hermano y a mi madre sin temor alguno. Yo… jamás tendría ese valor.

Clariss sonrió con suavidad, observando cómo Amelia y Pierce se acercaban. Aprovechó los pocos segundos antes de su llegada para responderle.

—No es que no me importe, Cecilia —dijo en voz baja—. Antes, cuando vivía en Londres, era como tú. Pero la libertad te enseña que nadie tiene derecho a dictar tu vida. Lo que piensen los demás no te hará feliz… solo te aprisiona a ser alguien que no eres. Ese es el precio de pertenecer a la nobleza.

Cecilia la miró con una mezcla de esperanza y tristeza. En ese momento, Amelia y Pierce llegaron a la carpa.

—Amelia, estás preciosa —expresó Clariss con una sonrisa amplia.

—Yo admito que ese color te sienta de maravilla —respondió Amelia, refiriéndose al tono vibrante de su vestido—. Señorita Fairfax.

—Señora Dankworth —saludó la castaña con una leve inclinación de cabeza—. ¿Cómo están? —preguntó, alternando la mirada entre Amelia y Pierce, pero él apenas la miró.

—Muy bien —respondió Amelia al notar el silencio de su esposo, dándole un leve codazo en el costado.

Pierce carraspeó, incómodo.

—Clariss, eh… quería aprovechar el momento para...

—Cállate, no quiero escucharte —interrumpió Clariss con un gesto de la mano.

Cecilia entreabrió los labios, sorprendida por la firmeza con que lo había hecho.

—Clariss, por favor, escúchalo —pidió Amelia con tono suplicante.

—¿En serio, Amelia? —replicó Clariss, llevándose las manos a la cintura y fulminando a Pierce con la mirada—. Solo quiero disfrutar la tarde sin molestias innecesarias.

—¿Algún problema? —La voz de Marco resonó con firmeza detrás de ella.

Un silencio tenso se instaló entre todos.

—Solo quería disculparme con Clariss por habértela entregado —explicó Pierce, mirando directamente a Marco. Clariss lo sintió tensarse.

—No creo que este sea el lugar apropiado para hablar de eso, Pierce —respondió—. ¿Te sientes bien para estar aquí?

—Por supuesto —replicó Pierce con una media sonrisa—. Dejemos a las damas conversar.

Marco asintió, y ambos hombres se alejaron hacia donde estaba Roux, retomando una conversación en voz baja.

—No te costaba mucho escucharlo, ¿eh? —reclamó Amelia con suavidad—. Está muy arrepentido, Clariss.

Ella puso los ojos en blanco. No quería arruinar el momento ni disgustar a su hermana; ella sabía cuánto amaba a Pierce, pero aún no podía perdonarlo por haberla vendido tan fríamente.

—Tal vez después —dijo, solo para suavizar la tensión.

Después de unos minutos, logró cambiar el tema, integrando a Cecilia en la conversación. Se alegró al verla relajarse y sonreír. Incluso notó cómo disimulaba sus miradas hacia Roux.

Media hora después, Marco estaba nuevamente a su lado, Pierce junto a Amelia y Roux de pie cerca de la carpa vigilando.

Los jinetes comenzaron a alinearse al borde de la pista preparados para la carrera. Clariss se inclinó un poco hacia adelante, con los ojos brillantes, intentando distinguir entre los caballos el que Cecilia le había señalado minutos antes.

—¿Dónde está el de Marco? —preguntó en voz baja.

—Allí, el jinete es el que tiene el color rojo —respondió Cecilia, señalando con el abanico.

Clariss lo encontró enseguida. El animal se mantenía erguido, impaciente, golpeando el suelo con una de sus patas como si deseara correr ya.

—Ese es Orion, el de Pierce —comentó Cecilia con una sonrisa leve—. Dicen que lleva ganadas tres carreras seguidas.

Clariss arqueó las cejas, entre sorprendida y divertida. Era un caballo de color castaño, con una franja blanca en el hocico.

—A Louis le encantaría ver a todos esos caballos —comentó Amelia abanicándose un poco mientras erguía el cuello para ver mejor.

Un hombre levantó un pañuelo blanco, y un silencio expectante se extendió sobre la pista. Cuando el pañuelo cayó, los caballos salieron disparados, levantando una nube de polvo que se extendió como una cortina sobre el hipódromo.

Los gritos del público llenaron el aire: vítores, exclamaciones y apuestas. Clariss se llevó una mano al pecho, siguiendo con la mirada al caballo negro, que tomaba ventaja en los primeros metros. Su jinete se inclinaba hacia el cuello del animal.

El corazón de Clariss latía con fuerza temiendo que alguno de los caballos o jinetes se hiciera daño por la velocidad con la que corrían.

A mitad de la carrera, el caballo de Pierce comenzó a acortar distancia. Su jinete supo aprovechar la curva del camino para adelantar apenas unos pasos al caballo negro. El público se levantó en una sola exclamación.

Clariss se puso de pie sin pensar, intentando distinguir entre el polvo los colores de los jinetes. Su respiración se aceleró.

—Vamos… —murmuró.

Marco, desde su lugar, la observaba con una media sonrisa, fascinado de verla tan emocionada.

En el último tramo Tempest y Orion corrían casi a la par. Por un instante, Clariss creyó que el caballo de Marco ganaría. Pero en el último segundo, Orion se adelantó apenas medio cuerpo, cruzando la meta entre aplausos y vítores.

Clariss soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo.

—¡Por tan poco! —exclamó, dejando escapar una risa entre la emoción y el nerviosismo.

—Segundo lugar —comentó Cecilia—. Nada mal. Aunque dudo que Marco esté satisfecho con eso.

Clariss lo buscó con la mirada; no parecía molesto… pero tampoco conforme.

—Otra victoria —dijo Marco, mirando a Pierce con una media sonrisa.

—Te advertí que Orion ganaría —respondió Pierce, sonriendo también—. Pero tu caballo no estuvo nada mal, segundo lugar no es poca cosa.

—No te burles, Pierce —replicó Marco.

Clariss observó la interacción entre ambos. Era la primera vez que veía a su esposo tan relajado en público, y, de alguna manera, eso le gustó.

A la carpa comenzaron a acercarse varios hombres para felicitar tanto a Marco como a Pierce. Al parecer, todos sabían perfectamente quiénes eran los dueños de los caballos.

Pero para la mala suerte de Clariss, también se acercaron los Castañeda.

—Señora Fairfax, señora Dankworth —saludó Marisa Castañeda con una sonrisa poco convincente—. La carrera estuvo emocionante,

¿cierto?

—Así es —respondió Amelia con educación.

Clariss notó de inmediato cómo Teresa no apartaba la vista de Marco, que en ese momento conversaba con el señor Castañeda.

*«¿Acaso no puede disimular?».* Pensó, apretando los puños.

Luego miró a su esposo, esperando encontrar alguna reacción de su parte, pero Marco se mantenía completamente ajeno a las miradas que Teresa le lanzaba.

—¿Acaso el señor Dankworth piensa celebrar su victoria de hoy? —preguntó Marisa con aire inquisitivo.

—Aún no haremos ninguna celebración, señora Castañeda. Mi esposo necesita descansar lo máximo posible —respondió Amelia con una sonrisa.

La mujer arqueó una ceja, asintiendo.

Clariss, por su parte, vio cómo Teresa parecía tener la intención de acercarse a los hombres justo cuando Amelia habló, deteniéndose a medias, fingiendo interés.

—¿Te sientes bien, Cecilia? —preguntó Amelia de pronto.

Clariss giró hacia su cuñada y notó que estaba algo pálida y visiblemente nerviosa.

—Seguro es el calor y la emoción —comentó Clariss, esperando que fuera solo eso.

—Es él… —musitó Cecilia, apartando la mirada de uno de los hombres que hablaba con Marco.

Clariss frunció el ceño, confundida, pero no tardó en comprender.

—Cecilia —la voz de Marco sonó demandante—. Ven a saludar a tu prometido.

Clariss vio cómo un hombre mayor se adelantaba un paso, mostrando una sonrisa desagradable. El simple pensamiento de que ese hombre —de cabellos grises y mirada lasciva— pudiera casarse con Cecilia le revolvió el estómago.

Miró a Marco con incredulidad, negándose a aceptar que él la entregaría a alguien así, un hombre que claramente podría ser su abuelo.

—Oh, por Dios… ¿no le da vergüenza? —exclamó Clariss, mirando al hombre con evidente repugnancia.

El silencio cayó de inmediato. Todos los presentes se quedaron mirándola con desconcierto, las mujeres horrorizadas, y los hombres expectantes.

Clariss no había medido sus palabras. Y, por un instante, pareció olvidar por completo dónde se encontraba y quién la estaba escuchando.

# Capítulo 12

El silencio se volvió casi insoportable. Clariss podía sentir cómo decenas de miradas se clavaban en ella, y el calor del bochorno comenzó a subirle por el cuello.

Amelia, al saber el error que había cometido, reaccionó con rapidez.

—Oh, no le presten atención —dijo, soltando una risita nerviosa mientras se acercaba a Clariss, que la miraba con los ojos muy abiertos—. Mi hermana solo ha dicho eso porque le comenté algo que... bueno, sería vergonzoso repetir. ¿Cierto, Clariss? —añadió Amelia, dándole un leve codazo, como si esperara que ella siguiera el juego.

Clariss parpadeó, todavía indignada, pero entendió el mensaje.

—Oh, sí… —asintió con una sonrisa—. Fue un comentario… inapropiado. Pido disculpas —murmuró, aunque su mirada volvió a posarse en el hombre mayor con un claro gesto de desdén que no logró disimular.

Algunos de los presentes soltaron una risa contenida. Amelia, por su parte, soltó otra risa fingida mientras todos volvían a sus asuntos.

Cuando finalmente la atención sobre las hermanas se disipó, Clariss puso los ojos en blanco y Amelia soltó el aire que había estado conteniendo.

—Por poco causas un escándalo, Clariss —susurró Amelia entre dientes.

—Lo siento —murmuró Clariss—. Pero hay cosas que no puedo callar, Amelia.

—Lo sé —respondió su hermana con dulzura, dándole una palmadita en la mano—. Y precisamente por eso te metes en tantos problemas.

En ese momento, se escuchó un estruendo seco, seguido de un grito ahogado. Luego, varios disparos comenzaron a resonar desde distintas direcciones del hipódromo.

El sonido metálico y ensordecedor de las balas hizo eco entre las gradas. La multitud se alarmó y el pánico invadió el lugar. Hombres

empujaban, mujeres gritaban, los caballos relinchaban asustados intentando escapar de los corrales.

Clariss se quedó inmóvil mientras trataba de comprender lo que ocurría. Vio a las personas correr, a algunos tropezar y caer, y el aire llenarse de polvo.

Pierce fue el primero en reaccionar; tiró de Amelia hacia sí y la cubrió con su cuerpo. Marco se movió enseguida hacia Clariss con un gesto de desconcierto, pero en ese mismo instante, Teresa se interpuso entre ambos, soltando un grito justo cuando un disparo estalló muy cerca de donde estaban.

Por instinto, Marco sujetó a Teresa con fuerza y la apartó del peligro, cubriéndola bajo su cuerpo justo cuando Clariss lo miraba. El tiempo pareció detenerse a su alrededor mientras sentía un vacío helado en el pecho.

Todo a su alrededor se desvanecía entre el estruendo de los disparos y los gritos desesperados, pero su mente solo podía enfocarse en esa imagen: Marco sosteniendo a Teresa, su cuerpo inclinándose sobre el de ella, protegiéndola de una bala que bien podría haber sido para cualquiera.

No podía moverse. Ni siquiera se encogió ante el sonido de los disparos sobre su cabeza. Fue Roux quien la jaló de golpe hacia atrás, cubriéndola con su cuerpo, mientras con la otra mano empujaba a Cecilia hacia un costado.

—¡Agáchese, señora Fairfax! —gritó él, presionándola contra el suelo detrás de los bancos de la carpa junto a Cecilia.

Entonces, otro disparo estalló tan cerca que el sonido le vibró en los oídos y la obligó a salir de su trance.

—¡No! —exclamó una voz femenina entre la multitud.

Clariss levantó la cabeza para ver cómo Marisa se arrojaba al suelo, sollozando sobre el cuerpo inmóvil de su esposo. La sangre se extendía bajo él, manchando la tierra polvorienta.

El caos era absoluto y Clariss no podía creer cómo todo había cambiado tan de repente.

Marco soltó a Teresa sin mirarla siquiera y sacó su arma de inmediato.

—¡Roux, cuídala! —ordenó, apuntando y disparando hacia distintos puntos entre la multitud, intentando localizar de dónde provenían los tiros.

*«¿Quiere que Roux me deje a mí y a Cecilia desprotegidas para cuidarla a ella?».* Pensó Clariss con el corazón aún acelerado.

Roux las empujó nuevamente hacia abajo cuando un disparo resonó tan cerca que una astilla del banco casi le rozó el rostro.

—¡Quédense aquí! —gritó él, saliendo del refugio para cubrir a Marco desde otro ángulo.

Clariss lo observó todo desde su escondite. El olor a pólvora era tan fuerte que le quemaba la garganta. Los caballos se agitaban en el fondo, las personas corrían intentando salir del lugar.

Poco a poco, los disparos comenzaron a cesar, disipándose hasta que solo quedó el eco de los gritos y los sollozos.

Clariss se incorporó lentamente, aún temblando. Miró alrededor y vio a Marco guardar su arma con el rostro tenso, mirando a todas partes.

Teresa seguía de pie a su lado, temblorosa, mirando hacia su padre en el suelo. Clariss también volvió la vista hacia Marisa, que seguía arrodillada sobre su esposo, gritando entre lágrimas. Clariss sintió cómo su estómago se revolvía al ver la sangre.

Marco corrió hacia ella, con la preocupación marcada en cada línea de su rostro.

—¿Estás bien? ¿Te lastimaste? —preguntó con voz tensa, inspeccionándola con desesperación, sus manos recorriendo sus brazos y rostro buscando cualquier herida.

—Estoy bien —musitó Clariss, intentando apartarse de él—. Deberías ir a ver allí… el señor Castañeda está herido.

Marco la miró con el ceño fruncido. Antes de que pudiera decir algo más, Amelia apareció corriendo hacia ellas.

—¡Clariss, estás bien! —exclamó, apartando a Marco con un empujón para abrazar a su hermana con fuerza—. Por Dios, esto fue una locura…

—Sí —susurró Clariss, sin apartar la vista del lugar donde Marco se inclinaba ahora junto al señor Castañeda. Lo vio dar órdenes rápidas

a sus hombres para que lo llevaran a su casa y buscaran un médico; al parecer, la bala le había alcanzado un costado.

—No estás a salvo con él, ni siquiera te protegió —exclamó Amelia con indignación.

—Amelia, mi amor —intervino Pierce, tomándola suavemente por los hombros—. No es el momento ni el lugar. Tu hermana está asustada.

Amelia apretó los labios, pero guardó silencio, aunque Clariss sabía que su hermana tenía toda la razón: Marco solo pensó en Teresa, la había protegido con su cuerpo… mientras ella quedaba expuesta, vulnerable, a merced de las balas. Solo gracias a Roux seguía viva. Él fue quien la cubrió y la llevó a refugiarse.

Su pecho se encogió al recordarlo, un nudo le subió a la garganta, y las lágrimas que se negaba a dejar salir comenzaron a arderle detrás de los ojos

Marco habló unos segundos con Pierce y luego se acercó a ella nuevamente.

—Tú y Cecilia se irán con Pierce —dijo con firmeza—. Estarán a salvo en Dankworth House hasta que yo vaya por ustedes.

—¿Y tú? ¿A dónde vas? —preguntó Cecilia con voz temblorosa.

—Iré con los Castañeda —respondió él, sin apartar la vista de Clariss—. Debo asegurarme de que Rafael esté bien.

*«Se va con ella».* Pensó Clariss, sintiendo que el aire le faltaba.

Marco se inclinó un poco más, sus ojos verdes buscándola con preocupación.

—No salgan de Dankworth House sin mí. ¿Entendido, Clariss?

Ella apenas pudo asentir, sin confiar en su voz.

Y cuando él se alejó entre el tumulto, el dolor que la atravesó no era miedo… era un sentimiento que no deseaba sentir, pero era tarde para eso. Se dio cuenta, de la peor manera posible, de que comenzaba a sentir algo por su esposo.

Minutos después, Clariss, Amelia y Cecilia subían al carruaje. Pierce iría a caballo, junto a algunos de sus hombres, para escoltarlas y permitir que las mujeres se relajaran después del momento tan angustiante que habían vivido.

El silencio fue roto por Amelia, que miraba fijamente a Clariss, mientras ella mantenía la vista perdida en un punto fijo, aún asustada por todo. Solo ahora, con el peligro disipado, era consciente de lo que realmente pudo haberle pasado en medio de aquel caos.

—Clariss, ¿cómo te trata tu esposo? —preguntó sin importarle que Cecilia estuviera presente, aunque la castaña también parecía perdida en sus propios pensamientos.

Clariss giró la cabeza hacia su hermana, sin expresión, y se encogió de hombros.

—Normal. No puedo quejarme, la verdad —respondió con sinceridad.

—¿Entonces por qué protegió a esa mujer y no a ti, que eres su esposa? —inquirió Amelia, frunciendo el ceño—. Estoy preocupada, Clariss. Él…

—¡Por favor, Amelia! ¡No soy una niña para que estés preocupada por mí todo el tiempo! —gritó Clariss, dejando a su hermana conmocionada por sus palabras. Incluso Cecilia la miró sin comprender su reacción. Amelia solo había mostrado preocupación, y eso era normal.

Clariss suspiró y bajó la cabeza.

—Lo siento. No debí gritarte… pero yo… solo estoy asustada —musitó antes de romper en sollozos, liberando por fin la presión que le oprimía el pecho. Las emociones eran demasiado, y la sobrepasaban.

—Descuida —susurró Amelia, tomando una de sus manos—. Solo trata de calmarte un poco. Ya estamos fuera de peligro.

Clariss asintió sin responder.

Al llegar a Dankworth House, Amelia ordenó que prepararan una habitación para Clariss y otra para Cecilia, para que descansaran un poco hasta la cena. Pero antes de que Clariss subiera, Amelia la detuvo.

—No estás obligada a regresar con él. Puedes quedarte aquí —le dijo con dulzura.

—Sí lo estoy, Amelia. Al menos temporalmente —respondió Clariss con desánimo.

—¿Quieres contarme quién es esa mujer? —preguntó su hermana.

Clariss asintió. Amelia la condujo a la habitación, la ayudó a recostarse y se sentó junto a ella, dejándole la cabeza sobre su regazo mientras le acariciaba el cabello, justo como hacía cuando Clariss era una niña y extrañaba a su madre.

—Teresa Castañeda, ese es su nombre —explicó con voz baja—. ¿Recuerdas cuando te conté que el matrimonio sería temporal y que, después, él se casaría con la mujer que realmente ama?

—Hum —murmuró Amelia, asintiendo apenas.

—Bueno, es ella. Por eso la protegió y no a mí —continuó Clariss, acomodando la cabeza sobre el regazo de su hermana—. Pensé que él… al menos sentía un poco de afecto por mí, ¿sabes?

—¿Y por qué pensaste eso? —preguntó Amelia con ternura.

—Por la forma en que me trata. No soy tonta, Amelia. Sé que Marco es un hombre peligroso, alguien con quien no se debe jugar. Intimida a todos, todos parecen temerle por alguna razón, pero conmigo… es diferente. Lo siento. Es más amable, un poco considerado, y aunque lo reto innumerables veces y lo hago perder la paciencia, nunca ha intentado lastimarme.

Amelia continuó acariciando su cabello, pensativa.

—Tal vez malinterpreté esos gestos —susurró Clariss—. Tal vez solo se comporta así conmigo por el trato que tenemos.

—¿Y sobre el bebé? ¿Qué has pensado hacer? —preguntó Amelia en voz baja.

—He pensado que lo mejor sería decirle la verdad. Engañarlo como pretendía no es la mejor solución para nadie.

Amelia suspiró.

—Por lo que me cuentas, parece otro hombre contigo. Pero por lo que vi esta tarde, no me da ninguna confianza para que le digas que estás encinta de otro hombre. Podría tomarlo como una traición… o pensar que quieres usarlo —dijo, preocupada—. Tal vez lo mejor sea dejarlo y venir conmigo. Pierce y yo podemos ayudarte; no importa quién sea el padre. Lo importante es que no estás sola.

Clariss sonrió con tristeza, y una lágrima rodó por su mejilla.

—Lo sé, pero…

—No vas a dejarlo, ¿verdad? —preguntó Amelia.

Clariss negó con la cabeza, sorbiéndose la nariz.

—No debería ni siquiera pensar en quedarme con él después de esto, pero creo que he empezado a sentir algo por él… una mínima parte, apenas nada —explicó levantando la mano y uniendo los dedos para mostrar lo poco que sentía.

Amelia sonrió con ternura.

—Entonces descubre lo que siente él por ti. Puede que al final no le seas tan indiferente como crees —aconsejó.

Clariss se incorporó un poco para mirarla.

—¿Eso crees? —preguntó, y Amelia asintió—. Pero sus acciones de hoy demostraron a quién pertenece su corazón. Estábamos en verdadero peligro, y su primer movimiento fue protegerla a ella, no a mí.

—Bueno… si lo vemos desde otro ángulo, Teresa estaba más cerca de él. Tal vez quería llegar hasta ti, pero ella se interpuso. Todo pasó muy rápido.

Clariss torció los labios. Quería creer en las palabras de su hermana, pero ella lo había visto todo. No había duda en el rostro de Marco; ni siquiera la buscó con la mirada durante todo aquel caos. Dudaba que siquiera hubiera pensado en ella.

Lo mejor sería apartarse. Continuar su plan. Cuando el matrimonio terminara, al menos no se iría con las manos vacías. Podría sobrevivir y montar su propia pastelería. No podía abusar de Amelia ni de Pierce viviendo de su caridad.

Sonrió un poco para tranquilizar a su hermana y volvió a recostarse.

—Tengo un poco de sueño —susurró cerrando los ojos—. ¿Es normal querer dormir todo el día?

—Bueno, un poco. Cada mujer es diferente —respondió Amelia sonriendo con ternura—. Te dejaré descansar.

Amelia abandonó la habitación, dejando a Clariss recostada con sus pensamientos, intentando convencerse de que todo aquello —lo que sentía— no era amor.

∞∞∞

Marco llegó a Dankworth House en busca de su esposa y de su hermana.

Lo que había ocurrido esa tarde en la carrera había sido un atentado, aunque aún no sabía si el objetivo era él o alguien más. No era el único hombre importante con enemigos en aquel lugar.

Pero si lo había sido, descartaba a Castañeda como traidor. Él había resultado herido tratando de protegerlo, y Marco se lo agradecía. A pesar de todo, seguía siendo leal a su apellido.

El médico lo había atendido y logrado extraer la bala; por suerte, no había fracturado ningún hueso ni alcanzado órganos vitales, aunque había perdido mucha sangre y necesitaba reposo absoluto.

Ahora, lo único que Marco deseaba era ver a Clariss, asegurarse de que estaba bien. Durante todo el caos, lo único en lo que había podido pensar era en ella… en que una bala no la tocara. Cuando todo comenzó, su primer impulso fue correr hacia su esposa y cubrirla con su cuerpo, pero luego pensó que, si el ataque era contra él, mantenerla lejos de su alcance sería lo más prudente.

Por eso había ordenado a Roux que la protegiera. Porque él, aunque quisiera, no podía hacerlo sin ponerla en mayor peligro.

Pierce apareció en el vestíbulo, y Marco frunció el ceño.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó al no verla, ni tampoco a Cecilia.

—Amelia me dijo que se había quedado dormida —respondió Pierce.

—Entonces avísale que ya estoy aquí. Puede seguir durmiendo en su casa, en su cama —ordenó Marco, dejándose caer en uno de los sillones.

Pierce lo observó en silencio por unos segundos antes de sentarse frente a él.

—Creo que Clariss estaría mejor con nosotros, al menos por un tiempo —dijo con cautela.

Marco lo miró con una expresión fría y fulminante.

—Mi esposa está bien conmigo, Pierce.

—Solo piénsalo —replicó su amigo con calma—. Estaba asustada. Este no es su mundo, Marco.

El ceño de Marco se frunció. Lo sabía, y lo último que quería era involucrar a Clariss en los peligros que lo rodeaban, pero eso ya era imposible.

—Se acostumbrará. Ella es fuerte —expresó finalmente, suavizando un poco el tono.

Su tormentita era fuerte. No era una mujer frágil que se derrumbara por nimiedades.

Pierce lo observó con ojos entrecerrados.

—¿Cuál es la verdadera razón por la que te casaste con ella? —preguntó.

Marco se encogió de hombros.

—Necesitaba una esposa.

Pierce soltó una risa sin humor.

—Soy tu amigo, Marco. No necesitas mentirme tan descaradamente. Sabes tan bien como yo que había otras mujeres mejor preparadas para ese puesto.

—Pero ninguna de esas mujeres era ella —replicó Marco, mirándolo con firmeza.

Pierce lo observó con una mezcla de sorpresa y comprensión.

—La quieres —afirmó.

—Sí —respondió sin dudar.

—Entonces, con más razón deberías estar de acuerdo en garantizar su protección.

Marco asintió.

—Por supuesto que lo estoy. Pero en Fairfax House, conmigo, estará a salvo —dijo, esta vez con voz dura—. Ahora, trae a mi esposa.

Pierce asintió. Sabía que discutir con él sería inútil. Lo único que podía hacer era ayudarlo a mantener a Clariss a salvo; Amelia jamás le perdonaría que algo le ocurriera a su hermana menor.

Marco esperó pacientemente la llegada de Clariss y Cecilia.

Ambas aparecieron minutos después. Clariss tenía el rostro adormilado; en cuanto la vio, Marco se acercó y la cubrió con su levita, pues llevaba los brazos descubiertos. Al menos Cecilia iba vestida con un atuendo de mangas largas y ajustadas.

El trayecto de regreso fue silencioso. Marco deseaba hablar con su tormentita, pero ella parecía demasiado cansada. Aun así, cuando llegaron a Fairfax House, la siguió hasta su habitación.

—No tengo ánimos para discutir ahora, Marco —dijo ella con la voz apagada, devolviéndole la levita—. Espero que el señor Castañeda esté bien.

Marco asintió.

—Sí, está respirando —respondió, observándola mientras se quitaba las horquillas del cabello y dejaba que cayera sobre sus hombros. Dio unos pasos hacia ella—. ¿En serio estás bien? Lo que pasó fue algo… siento mucho que tuvieras que presenciar algo así.

Clariss levantó la vista hacia él.

—¿Te disculpas por haberme hecho pasar por todo ese caos… o por haber olvidado que existía mientras la protegías a ella? —preguntó con suavidad.

Marco dejó caer los hombros, desconcertado.

—¿Qué? Yo no me olvidé de ti, tormentita. Jamás lo haría —expresó con una voz tan baja y sincera que pudo ver la sorpresa reflejada en su rostro.

Aquello lo había herido más de lo que esperaba. Ella pensaba que la había olvidado, cuando en realidad lo único que quería era mantenerla a salvo. Teresa había tropezado con él justo cuando las balas estallaron a su alrededor; por instinto, la protegió. Pero después la soltó, buscando a Clariss con la mirada.

En ningún momento su intención fue olvidarla.

Dio un paso más cerca.

—Eso no fue lo que todos vimos. Protegiste a Teresa con tu cuerpo mientras yo estaba desprotegida y desorientada, sin saber qué estaba pasando. —Marco notó cómo su tono pasaba de suave a cada vez más alto, como si el recuerdo la alterara.

—Ella fue la que…

—No tienes que darme explicaciones, entiendo que ella es tu prioridad —lo interrumpió, y él apretó los puños.

—¡Teresa no es mi prioridad, Clariss! ¡Nunca lo fue! —exclamó, su voz cargada de frustración—. Solo quería llegar hasta ti y protegerte,

pero luego pensé que mantenerme alejado te mantendría a salvo. No sabía si era a mí a quien querían muerto.

Estaba molesto porque ella siempre pensaba lo peor de él.

*«Tú tienes la culpa de eso».* Murmuró esa voz en su cabeza.

Clariss abrió los labios y volvió a cerrarlos, sin saber qué decir, pero el silencio duró poco.

—¿En serio? —preguntó con incredulidad.

Marco asintió y se acercó a ella, envolviéndola entre sus brazos. Aspiró su aroma a rosas y la sostuvo con fuerza.

—Sí, tormentita. Nunca pienses, ni por un instante, que podría olvidarme de ti o dejarte desprotegida por nadie… ni siquiera por Teresa —murmuró, besándole la coronilla con ternura.

Su corazón latía desbocado. Ella lo estaba dejando abrazarla, y no era una intimidad sexual, sino algo más profundo. Una cercanía que, aunque ella no lo supiera, le demostraba su amor.

Pero no estaba preparado para la pregunta que vino después.

—¿Tú me quieres? —preguntó ella, levantando la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

*«Te amo».* Respondió mentalmente. Pero aún no estaba preparado para decirlo en voz alta. Ella tampoco lo estaba para escucharlo.

Clariss bajó la cabeza y se apartó, dándole la espalda.

—Me pregunto si realmente tienes la capacidad de amar, Marco. ¿De verdad quieres a Teresa? ¿O a tu familia? —sus palabras lo golpearon como una bala—. No creo que un hombre que vende a su hermana a un viejo depravado como aquel sea capaz de amar a alguien.

Marco dio un paso atrás, dolido. ¿Ella creía que no podía amar?

—No me conoces —dijo, haciendo un esfuerzo por mantener la voz firme.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Solo conozco al Marco que me has mostrado: cruel y sin compasión por nadie.

Marco apretó la mandíbula y, sin decir nada más, salió de la habitación con pasos pesados, directo a la suya.

Lo primero que hizo al entrar fue darle una patada a lo que encontró a su paso.

Estaba furioso… dolido. ¿Cruel? Ella creía que era cruel.

Rio sin humor. Clariss no tenía idea de lo cruel que podía llegar a ser realmente, porque con ella nunca lo había sido. Pero aun así, ella lo veía como un monstruo.

Tal vez, si le decía lo que sentía, ella podría mirarlo con otros ojos. Tal vez podría demostrarle que con ella era diferente… que podía ser un mejor hombre.

Cuando por fin se decidió a confesarle su amor, ya había pasado más de una hora. Regresó a la habitación de Clariss, esperando encontrarla despierta. Al entrar, la chimenea aún crepitaba, y una vela sobre la mesita de noche ardía débilmente, casi consumida.

Se acercó despacio. Pero ella ya dormía. El libro que le había regalado descansaba abierto sobre su pecho. Marco se sentó con cuidado en el borde de la cama y lo tomó entre sus manos, procurando no despertarla.

Con la poca luz de la vela, leyó parte de la página abierta: era una novela de amor prohibido, justo en el momento en que los protagonistas se confesaban su amor bajo la lluvia.

Levantó la vista hacia Clariss. Su respiración era pausada y sus labios estaban entreabiertos. Con suavidad, apartó un mechón de su flequillo.

—Desearía ser el protagonista de tu historia… —susurró.

Cerró el libro con cuidado, lo dejó sobre la mesita y apagó la vela. Antes de salir, la miró una última vez con una promesa en mente: la enamoraría, le demostraría que no era el hombre que ella creía.

# Capítulo 13

Clariss no había bajado a desayunar; no tenía deseos de ver a Marco, no después del rechazo silencioso que recibió la noche anterior.

Había tenido la esperanza de que él sí sintiera algo, sobre todo después de que le asegurara que jamás podría olvidarla ni dejarla desprotegida. Pero cuando le preguntó si la quería —ni siquiera si la amaba—, su silencio fue una respuesta más que suficiente.

—De verdad me alegra que no les haya pasado nada —la voz de Jeanne la sacó de sus pensamientos.

Ese día, además de estar distraída por los acontecimientos de la tarde anterior, sentía el estómago revuelto y un cansancio extremo.

—Sí —fue lo único que respondió antes de llevarse la taza de té de manzanilla a los labios. Al menos eso la calmaba.

Jeanne había llegado preocupada al enterarse de lo que había pasado en la carrera de caballos.

—¿Y por qué ustedes no asistieron a la carrera? —preguntó Clariss para romper el silencio.

—Es que me sentía un poco indispuesta —respondió Jeanne bajando la cabeza con una media sonrisa—. Estoy encinta.

Clariss abrió los ojos con sorpresa y luego sonrió con sinceridad. Ella también deseaba poder decir aquellas palabras.

—Vaya, Jeanne, me alegro mucho por ti y por el señor Petit.

—Gracias —respondió, sonrojándose—. A Gaspard no le agradó la idea de asistir a la carrera conmigo sintiéndome mal, y luego el doctor llegó y confirmó mis sospechas.

—Es bueno saber que tu esposo se preocupa por ti —expresó Clariss, sintiendo una leve punzada en el pecho.

—Gaspard es un buen esposo, a pesar de que nuestro matrimonio fue más una imposición que un acuerdo —comentó Jeanne con una sonrisa.

—¿Y tú lo amas? —quiso saber Clariss, ladeando la cabeza.

—No siento amor por él, pero sí cariño. Además, me trata mejor de lo que lo hacía mi familia. No puedo quejarme —respondió

Jeanne encogiéndose de hombros.

Clariss asintió y apartó la mirada.

—Imagino que, con lo sucedido con el señor Castañeda, la reunión que planeabas se suspende —inquirió Jeanne.

Clariss volvió su atención a Jeanne.

—Sí, sería muy mal visto celebrarla teniendo en cuenta su estado —respondió, ocultando el hecho de que la reunión nunca se llevaría a cabo.

—Es una pena, estaba deseando asistir.

—Será en otra ocasión.

Media hora después, Jeanne se retiró de Fairfax House. Clariss estaba a punto de regresar a su habitación cuando Cecilia la detuvo casi corriendo, con una sonrisa en los labios. Aún más sorprendida quedó cuando ella la abrazó con fuerza.

—¡Cecilia! ¿Qué pasa? —preguntó riendo al sentir su euforia.

—Gracias —musitó Cecilia, apretándola más.

Clariss frunció el ceño, sin comprender.

Cecilia se separó y tomó sus manos, mirándola con alegría.

—Marco me ha dicho que el matrimonio se pospone.

Clariss dejó caer los hombros y ladeó la cabeza.

—Pero… eso no resuelve nada, igual sigues comprometida con ese vejestorio.

—Es mucho más de lo que esperaba. Marco jamás habría accedido a posponerlo, y si lo hizo fue por ti. Estoy segura de que terminará rompiéndolo —expresó Cecilia, esperanzada.

Clariss estaba segura de que no era por ella; debía tener relación con lo ocurrido en la carrera. Pero no quiso mencionarlo.

Entonces recordó lo que había presenciado entre ella y Roux. Miró a ambos lados para asegurarse de que nadie escuchaba.

—¿Qué pasa entre Roux y tú? —preguntó, viendo cómo Cecilia se tensaba. La castaña soltó sus manos y las entrelazó con nerviosismo.

—¿Cómo supiste?

—Sus miradas no son precisamente discretas. Sugieren perfectamente que entre ustedes está pasando algo —respondió Clariss.

En ese momento sintió un leve mareo y se sostuvo del respaldo de un sillón.

—¿Estás bien? —preguntó Cecilia, y Clariss asintió—. Entre nosotros solo ha habido… algunos roces, nada de qué alarmarse. A pesar de que él me gusta, soy consciente de que nunca pasará nada. Marco jamás lo permitiría.

La tristeza en su rostro la conmovió. Clariss no pudo evitar pensar que, de haberse quedado en Londres, su destino no habría sido muy distinto, ya fuera con su padre o con Ian.

—Quisiera ayudarte, pero no sé cómo —se disculpó Clariss—. Ni siquiera pude hacer que tu hermano cancelara el compromiso.

—No te preocupes, hiciste mucho. Al menos sé que no me casaré en tres días —rio Cecilia—. ¿Quieres salir un poco al jardín? Noto que no te sientes muy bien; tal vez el aire fresco te ayude.

Clariss solo deseaba recostarse en la cama, pero tal vez Cecilia tenía razón, un poco de aire le haría bien.

Justo cuando avanzaban hacia el jardín, escucharon voces provenientes del vestíbulo. Al acercarse, Clariss se tensó al ver a Teresa allí junto a su madre y su hermana. También estaban Elaine y Marco.

—¿Habrá pasado algo con el señor Castañeda? —susurró Cecilia, solo para ellas dos.

Clariss se encogió de hombros.

—Creímos que lo mejor sería venir para que viera la nota —escucharon decir a Marisa, cuya voz sonaba apagada.

—Lo mejor es entrar y no quedarnos espiando —dijo Cecilia.

Clariss lo pensó un instante; no quería entrar y ver la interacción entre Marco y Teresa. Pero Cecilia terminó empujándola suavemente hacia adentro.

Los presentes se giraron. Marco la miró por unos segundos antes de volver la vista al trozo de papel que tenía entre las manos.

—Es una amenaza muy clara —habló él, con un tono que delataba su enojo—. Rafael está de mi parte, y por eso ahora amenazan a su familia.

Clariss notó cómo apretaba los puños. La situación debía ser grave, aunque no entendía por qué lo estaban amenazando; se

suponía que él era el Gang Leader. Luego observó los rostros de las mujeres Castañeda: estaban cabizbajas y profundamente angustiadas.

Clariss sintió una punzada de remordimiento al darse cuenta de que ella solo había pensado en Teresa y Marco, sin considerar el miedo y la incertidumbre que ellas estaban atravesando con Rafael herido.

—¿Qué podemos hacer, Marco? —preguntó Teresa con un rostro que reflejaba su preocupación—. Con mi padre postrado en cama estamos desprotegidas.

Marco, sin un ápice de expresión en el rostro, la miró.

—Resolveré esto. Averiguaré de dónde vino la amenaza y reforzaré la seguridad en la mansión Castañeda —respondió, y sin más salió del vestíbulo, dejando a las mujeres en silencio.

—Es una situación muy difícil. Entiendo tus sentimientos, Marisa —expresó Elaine con una suavidad sorprendente para Clariss; no acostumbraba oír a su suegra hablar con tanta compasión.

Un ligero mareo volvió a golpearla, aunque esta vez fue menos intenso.

—Tengo miedo de lo que pueda pasarnos. Si mi esposo muere, yo… —Marisa llevó las manos a su rostro, sollozando.

Su hija menor la abrazó para consolarla.

—No piense en eso, madre. Verá que mi padre se recuperará —expresó Diana.

—Debe recuperarse. Si ahora, con él herido, nos amenazan de esta forma… ¿qué pasará si llega a morir? No tenemos hijos varones que continúen su legado —la preocupación de Marisa era tan palpable como comprensible.

—Creo que deberían pensar en buscar esposos para sus hijas —opinó Elaine—. Es la única manera de formar más alianzas y garantizar que estén protegidas.

Clariss miró a las hermanas Castañeda. Teresa permanecía inexpresiva; Diana bajó la cabeza ante la sugerencia.

—Pero mientras Rafael se recupera —continuó Elaine—, deberían pasar un tiempo en Fairfax House. Aquí estarán más a salvo. No podemos tomar esa amenaza a la ligera. Ya vieron que esos

hombres no tuvieron reparo en acabar con la vida de cientos de personas ayer con tal de matar a mi hijo.

Clariss jadeó. Las presentes la miraron fugazmente antes de volver a lo suyo.

*«¿Lo que pasó ayer… era para matar a Marco?».*

Se preguntó horrorizada. Entonces recordó sus palabras:

*«No sabía si era a mí a quien querían muerto».*

Él se lo había dicho la noche anterior, pero ella estaba tan centrada en cómo él había protegido a Teresa que no había pensado en nada más, ni en esas palabras, que ahora retumbaban en su cabeza.

*«Soy una tonta… Marco debe pensar que soy una niña inconsciente del peligro».*

Pensó, sintiendo un escalofrío recorrerla por completo. Sus manos comenzaron a temblar, y solo volvió a enfocarse justo cuando escuchó algo peor de lo que esperaba:

—Entonces la señora Fairfax ordenará que preparen habitaciones para ustedes. ¿Cierto, Clariss? —inquirió Elaine con una sonrisa, mirándola directamente.

El corazón de Clariss golpeó con fuerza en su pecho.

¿Podía negarse? Eso la haría parecer egoísta, como si solo pensara en sí misma cuando esas mujeres estaban siendo amenazadas.

Asintió, incapaz de hablar. No confiaba en su voz. Ahora tendría a Teresa bajo su propio techo. Cerca de su esposo.

Un mareo aún más fuerte la golpeó; sus piernas se debilitaron y no tuvo dónde sostenerse. Todo se volvió borroso; luego, completamente oscuro.

∞∞∞

Marco observaba con inquietud cómo el doctor revisaba a su esposa, aún inconsciente. No entendía qué podía haberle ocurrido ahora; estaba seguro de que nada de lo que había comido podía haberla dejado en ese estado.

Parecía que todo quería consumirlo poco a poco. Como si no bastara con los problemas en sus negocios, ahora también el asunto

con los Castañeda se sumaba a la lista de amenazas… y ni siquiera estaba cerca de descubrir quién era el traidor.

No tener el control lo abrumaba.

Y ahora Clariss, nuevamente inconsciente.

—Ella no comió nada esta mañana, ha de ser eso —habló su madre a un lado suyo.

—No deberías estar atendiendo a las visitas —replicó Marco con tono duro. No la quería cerca de Clariss.

—Han ido por sus cosas. Pasarán un tiempo aquí —informó Elaine.

Marco la miró frunciendo el ceño.

—No será posible —fue lo único que dijo antes de volver la mirada al doctor.

—Fue tu querida esposa quien las invitó —replicó Elaine—. Al parecer comprendió la gravedad de la situación.

Marco frunció aún más el ceño.

—¿Clariss hizo eso? —la pregunta era más para sí mismo que para su madre.

—A mí también me sorprendió. No pude negarme; están desprotegidas. Y tú, como Gang Leader, deberías hacer tu papel y protegerlas.

—En eso estoy. No era necesario trasladarlas aquí —replicó Marco, apretando los puños.

Sin embargo, en el fondo, una parte de él admiró a su tormentita, pensó en protegerlas aun creyendo que él prefería a Teresa.

En ese instante, Clariss empezó a despertar. Marco se acercó de inmediato, sin estorbar al doctor.

—Señora Fairfax, qué bueno que despertó —dijo el médico—. ¿Cómo se siente ahora?

Clariss lo miró unos segundos, luego pasó su mirada al doctor y asintió.

—Algo mareada.

—Comprendo. Palpé su abdomen y lo encontré algo duro. ¿Puede decirme cuándo fue su último sangrado?

Marco se puso rígido ante la pregunta. No era tonto; sabía perfectamente lo que el doctor insinuaba. Miró fijamente a Clariss, que parecía nerviosa. Eso lo hizo entrecerrar los ojos.

—Hace algunas semanas —respondió ella desviando la mirada.

—¿Puede ser más exacta? Según mis observaciones, usted podría estar encinta —insistió el doctor.

—¿¡Qué!? —la voz chillona de Elaine resonó por toda la habitación, sobresaltando a Clariss.

—Madre, por favor, sal de la habitación —ordenó Marco con severidad.

—¡No puedo creer que lo hayas hecho! —volvió a chillar Elaine, ignorando la orden.

—¡Madre! —Marco alzó la voz y fue entonces que Elaine se calló. Le lanzó una mirada fulminante a Clariss antes de salir de la habitación con un portazo. Marco miró al doctor nuevamente—. Puede proseguir.

El doctor carraspeó y volvió a enfocarse en Clariss.

—¿Recuerda entonces, señora Fairfax?

—¿Un mes? No recuerdo bien… mi ciclo es algo irregular y no le presto mucha atención —respondió, dejando caer los hombros, como derrotada.

—Entonces sí, su condición es clara, está encinta. Felicidades, señor Fairfax.

Marco miró a Clariss, que evitaba su mirada.

A pesar de todo lo que lo agobiaba, una ola de alegría lo recorrió. Iba a ser padre y su tormentita se quedaría a su lado. Una inevitable sonrisa se posó en sus labios y la tensión acumulada se disolvió al instante.

—Gracias, doctor —respondió.

—Regresaré en unos días, cuando hayan celebrado la noticia. Entonces le daré algunas recomendaciones para asegurar un buen embarazo —explicó el médico.

Marco asintió y lo despidió, quedándose solo con Clariss. Ella tenía la cabeza gacha, parecía triste y culpable. Él no quería verla así, más cuando él estaba tan feliz. Quería que ella también lo estuviera.

—Clariss…

—No tienes que preocuparte por este bebé, Marco —susurró ella levantando la mirada. Sus ojos azules estaban vidriosos—. No

pienses que quiero que te responsabilices… o que quiero aprovecharme. Esa no es mi intención.

Él negó con la cabeza y se sentó en el borde de la cama, tomando su mano.

—No estoy pensando eso. Estoy feliz porque vamos a tener un hijo.

Ella ladeó la cabeza, confundida.

—¿Estás feliz? —preguntó con cautela.

Marco asintió. Ella se mordió el labio inferior, provocando en él un deseo que no podía satisfacer en ese momento.

—Pero… tengo que decirte algo.

Marco sostuvo su mano con más firmeza.

—Yo también —respondió con voz suave. Era el momento perfecto para declararle su amor, prometerle todo lo que quería darle, una vida juntos… más tranquila que la que tenían ahora.

Pero un toque en la puerta interrumpió el momento.

—¿Quién? —preguntó Marco.

La puerta se abrió ligeramente y Cecilia asomó el rostro.

—El detective Vance quiere reunirse contigo —informó.

Marco miró a Clariss, que lo observaba dubitativa.

—Atenderé este asunto. Luego volveré y hablaremos —prometió. Se inclinó y besó su frente con delicadeza antes de abandonar la habitación.

Cuando entró a su despacho, encontró a Lucian ya sentado, esperándolo.

—¿Me puede decir dónde demonios estaban usted y sus hombres ayer? —espetó Marco, sentándose frente a él.

—No pude estar presente. Tuve asuntos que atender —respondió Lucian con la mirada endurecida—. Pero algunos de mis hombres sí estuvieron.

—No fueron de utilidad.

—No lo vería de esa forma, Fairfax —replicó el detective. Marco arqueó una ceja—. Lograron capturar a dos de los hombres que iniciaron el atentado.

Marco se inclinó hacia adelante, interesado.

—No quieren hablar —añadió Lucian.

—Oblíguelos —replicó Marco encogiéndose de hombros.

—Verá, Fairfax, si pudiera hacerlo, ya lo habría hecho. Pero este no es mi territorio. No tengo permiso para hacer ciertas… cosas. En cambio, usted… —Lucian dejó las palabras en el aire. Marco comprendió perfectamente.

—Quiere que haga el trabajo sucio por usted.

—Ambos tenemos mucho que ganar si esos hombres hablan.

Marco asintió lentamente. Sí… había mucho que ganar.

# Capítulo 14

***17 de octubre de 1821.***

*La puerta principal de Fairfax House se abrió de golpe, chocando contra la pared con un estruendo seco que retumbó por todo el vestíbulo. Marco cruzó el umbral con pasos pesados y la camisa ensangrentada. Sus ojos verdes estaban enrojecidos y llenos de una furia contenida, mezclada con dolor.*

*—¡Marco! —La voz de Elaine descendió por las escaleras antes de que ella misma apareciera, envuelta en un camisón que arrastraba por los escalones—. Dios mío… ¿qué… qué ha pasado? ¿Estás herido?*

*Marco no respondió. Ni siquiera levantó la vista hacia su madre. El ama de llaves apareció con un gemido ahogado al verlo, llevándose una mano al pecho.*

*Elaine bajó el último escalón apresurada y se acercó; tomó el rostro de su hijo entre sus manos con desesperación. Pero él no reaccionó.*

*—Marco… —susurró ella, sintiendo el frío de su piel—. ¿Dónde estás herido? ¿Y dónde está tu padre?*

*Los ojos de Marco se volvieron vidriosos una vez más ante la mención de su padre. Parpadeó apenas para disipar las lágrimas y tragó saliva para aliviar el nudo en su garganta.*

*Entonces, finalmente habló.*

*—Papá… está muerto.*

*Las palabras cayeron como un golpe seco en el aire. Elaine retrocedió un paso, negando con la cabeza.*

*—No… No. No, Marco… No juegues de ese modo con tu madre —suplicó Elaine dejando caer una lágrima.*

*Miró hacia afuera; la puerta aún estaba abierta, y desde ahí pudo ver una carreta con varios hombres alrededor intentando levantar algo… o alguien.*

*Sin pensar en su vestimenta, corrió hacia afuera y apartó a los hombres con fuerza para que la dejaran pasar. Ellos no opusieron resistencia y se hicieron a un lado para darle un momento.*

*El corazón de Elaine se quebró en pedazos al ver a su esposo inmóvil y ensangrentado en el suelo de la carreta. Un grito salió de sus labios al caer de rodillas sobre los adoquines.*

*—¡No! —gritó, encogiéndose sobre sí misma—. ¿Por qué?*

*Marco apretó los dientes con tanta fuerza al verla en ese estado. La entendía completamente, pero él no podía expresar su dolor como ella lo estaba haciendo.*

*—¿Marco, qué pasa? —La voz somnolienta de su hermana llegó a sus oídos y él se giró de inmediato.*

*Cecilia estaba cubierta con una bata gruesa que ocultaba su camisón. Él vio el momento exacto en que ella comprendió todo. La abrazó con fuerza, cubriéndola con su cuerpo para que no viera el cadáver de su padre.*

*—Ve a tu habitación, hermana —susurró él, soltándola un poco.*

*Ella lo miró con los ojos rojos y llorosos mientras negaba.*

*—Mamá está muy mal, no puedo dejarla así… y tú… —sollozó, perdiendo la voz.*

*Marco la abrazó unos segundos más antes de soltarla. Él sabía lo que ella quería decir: ahora él era el jefe de la familia y no podría derrumbarse.*

*Los gritos de Elaine, ahora aferrada al cuerpo de su esposo, resonaban por todo Fairfax House. Los sirvientes estaban reunidos a un costado, observando todo con rostros tristes.*

*Marco se acercó a su madre y, con fuerza, tuvo que separarla del cuerpo de su padre. El rostro de Elaine estaba desencajado por el llanto y sus ojos perdidos.*

*—Debes… tranquilizarte un poco, mamá —musitó él, pero Elaine negó con la cabeza y se apoyó en el pecho de su hijo, sollozando.*

*Marco no la rechazó; la abrazó con fuerza, cerrando los ojos y tragando sus propias lágrimas de dolor.*

*Dos días después del entierro, Fairfax House permanecía en penumbras tanto en el día como en la noche. Solo se veía a los sirvientes ir y venir con sigilo para no molestar a sus señores. Parecía que nadie vivía allí.*

*Elaine era la que peor lo estaba pasando. Ni siquiera comía o dormía; estaba más delgada y las ojeras marcaban sus ojos. Su estado era muy preocupante para Marco.*

*—¿Mamá? —llamó él con voz suave.*

*Su madre estaba sentada sobre el borde de la cama, sin llorar, sin emitir un solo sonido, solo mirando un punto fijo. Ella se volvió despacio al escucharlo.*

*—He ordenado que te sirvan un poco de sopa —expresó él acercándose y arrodillándose frente a ella.*

*El cuarto estaba oscuro a pesar de ser pleno mediodía; las cortinas bloqueaban cualquier rayo de luz.*

*—No tengo hambre —musitó ella con la cabeza gacha.*

*Marco suspiró pesadamente.*

*—Pero debes alimentarte —insistió él—. Cecilia te necesita… yo te necesito.*

*Elaine lo miró y sus ojos volvieron a humedecerse. Ella llevó una mano a su mejilla.*

*—Lo siento —susurró en un sollozo—, pero no puedo… Tu padre… él ha muerto… Ha muerto y yo… oh, Dios, yo…*

*Parecía que fuera a hacerse añicos desde dentro hacia afuera. Marco se tragó las lágrimas que le quemaban los ojos.*

*—Tranquila, mamá —dijo. Pero sabía que no era así de sencillo. Él mismo estaba luchando para no desmoronarse.*

*Su padre, en pocas palabras, había ocupado el mismísimo centro de su mundo. Sin él no sabía qué hacer; se sentía perdido, pero aun así estaba luchando por salir de la tristeza y ser el hombre que su padre hubiera querido que fuera en esas circunstancias.*

*Marco solo la abrazó mientras ella lloraba. Sin decir nada. Parecía inútil intentar encontrar alguna palabra de consuelo.*

∞∞∞

Elaine no podía creer que la maldita de Clariss estuviera embarazada, y lo peor: que su hijo fuera el responsable de ese hecho. ¿Cómo podía vengarse ahora, sabiendo que esa mujer llevaba en su vientre a su nieto?

La odiaba. La odiaba con todo su ser.

Pero no era tan cruel como para deshacerse de ella estando embarazada de su propia sangre. Lo peor de todo era que ese niño también llevaría la sangre de aquel asesino, Jacob Straton.

Al entrar en su habitación, caminó de un lado a otro, respirando con dificultad.

—Debí deshacerme de ella cuando aún podía; ahora todo es más complicado —musitó.

Pero jamás pensó en que su hijo se fijara en ella, mucho menos que terminara haciéndola su esposa… y menos aún que la dejara embarazada.

—Podría esperar a que nazca el bebé… y luego hacerla desaparecer. Yo podría ayudar a Marco a criar al niño y buscarle una mujer que realmente esté a su altura —comentó para sí misma, sentándose en el diván de su tocador.

Elaine se negaba a vivir con Clariss el resto de su vida; no compartiría con ella a su familia. Una familia que podría haber estado aún completa si no fuera por Jacob.

El solo pensamiento la encolerizó y entristeció a la vez.

Ya habían pasado siete años desde la muerte de Fergus, pero aun así Elaine no podía librarse de su recuerdo, ni del dolor por haberlo perdido tan pronto. Miró el pequeño retrato sobre su tocador: su esposo, con el rostro serio como siempre, pero con una mirada que transmitía todo el amor que alguna vez le dio.

Sollozó como siempre lo hacía al recordar todos los planes que habían hecho. Fergus esperaba que Marco tomara su lugar para poder descansar y pasar los últimos años juntos. Habían planeado viajar y luego vivir en Baton Rouge, en la tranquilidad del campo, lejos de las miradas y las amenazas que ser el Gang Leader les traía.

Pero nada de eso fue posible, porque Jacob les arrebató esa vida. ¿Entonces por qué ella tenía que vivir tan tranquila al lado de la hija de ese hombre?

—¡Jamás! —exclamó, dando un fuerte golpe en la madera del tocador—. Después de que ese niño nazca, Clariss abandonará Fairfax House… viva o muerta.

∞∞∞

—¿En serio no te molesta que estén aquí? —preguntó Cecilia.

Clariss dejó la taza de té sobre la mesita y la miró.

—No —respondió con simpleza, pero Cecilia arqueó una ceja divertida—. Bien… sí me molesta un poco.

—Es que se te nota —se burló Cecilia—. Pero a mí tampoco me agrada que Teresa esté aquí.

—¿Por qué? —inquirió Clariss tomando un pastel relleno de dulce de guayaba.

Ambas estaban sentadas en el jardín disfrutando de las últimas semanas de brisa cálida, ya que pronto llegaría el invierno.

Los Castañeda se habían instalado en Fairfax House el día anterior, algo que a Clariss le pareció demasiado apresurado. Aceptaron la invitación e instalaron sus cosas el mismo día.

Al final Marco no había regresado, y esa mañana tampoco estuvo presente en el desayuno. Aquello la preocupaba, especialmente porque el día anterior, justo cuando iban a hablar seriamente, fueron interrumpidos por la llegada de un detective.

Clariss había pasado la noche reflexionando sobre todo, siendo realmente consciente del peligro en el que vivía.

—Nunca me agradó —dijo Cecilia—. Teresa piensa que todos deben rendirse a sus pies. Ese tipo de personas no me gustan. Me alegré cuando el compromiso entre ella y Marco se rompió.

—¿Por qué rompieron el compromiso? —quiso saber, ya que Jeanne no le supo dar esa información el día de la recepción en la casa de los Castañeda.

—Teresa decidió casarse con un almirante, pero lo que nadie sabe es que fue a escondidas. Marco no armó alboroto por eso, tomó la ruptura de buena manera, al menos eso dio a entender. Luego de varios meses, Teresa volvió a Marco pidiéndole que la ayudara a librarse del hombre.

Clariss frunció el ceño.

—Tengo entendido que enviudó —comentó, y Cecilia asintió.

—Así es, hace un año. Había rumores de que el almirante la maltrataba.

—¿Y Marco no hizo nada? —preguntó Clariss sin comprender. Marco decía amarla, pero la dejó casada con ese hombre.

—No. O al menos, nunca supe que lo hiciera —respondió Cecilia. Luego añadió—: Espero que no pretenda buscar algo más en Marco, y más estando tú presente… y esperando un hijo suyo.

Clariss bufó, pero las palabras dieron en un punto delicado. *¿Hijo de Marco…?*

—A Teresa no le importará que esté yo. Nunca le ha importado. Y ahora que está aquí, nada le impide acercarse a Marco.

—Pero mi hermano sabrá ponerla en su lugar —sentenció Cecilia levantando el mentón.

Clariss terminó su pastelito sin estar muy convencida de la fe de Cecilia. Dudaba que Marco hiciera eso… pero deseaba que lo hiciera.

—Cecilia —llamó Clariss con voz curiosa tras un rato—. Ayer Marco recibió la visita de un detective, ¿sabes si hay algún problema?

Ese asunto no dejaba de rondarle la cabeza. Hasta que no supiera que Marco estaba bien, no podría estar tranquila. Esa era una de sus preocupaciones. La otra, su embarazo… y el hecho de que todos lo sabían.

—¿Detective Vance? —inquirió Cecilia con un tono más cerrado.

—Sí, ¿lo conoces?

—Un poco. No sé qué tipo de relación hay entre ellos, la verdad. No me involucro en los asuntos de Marco —respondió Cecilia.

Clariss solo asintió, derrotada.

Esa noche, la cena había sido un suplicio para ella. La única que consideraba cercana era Cecilia, y ella no tenía poder para defenderla. Elaine había monopolizado la atención con comentarios disfrazados destinados a hacerla sentir inferior frente a las Castañeda. Pero Clariss no se dejó provocar; aun así, dejó muy claro su lugar como señora Fairfax. Mientras viviera en esa casa, nadie la haría sentirse menos.

Después de la cena, Clariss esperó un poco en la sala de té por si Marco llegaba, ya que tampoco estuvo presente. Su preocupación era mayor, y parecía que nadie más se inquietaba por su ausencia.

—Te empeñas en defender un título que ni siquiera Marco respeta.

Clariss puso los ojos en blanco al reconocer la voz de Teresa detrás de ella. A los pocos segundos la tuvo enfrente. Teresa la miró con el mentón elevado antes de posar los ojos en su vientre.

—Un título que nunca tendrás —respondió Clariss, observando cómo Teresa sonreía.

—Veo que estás al tanto de mi relación con Marco —expresó sentándose en uno de los sillones.

—¿Relación? Es una palabra demasiado grande para lo que hay entre ustedes. Y según el propio Marco… no es nada —replicó Clariss sin perder la calma, aunque por dentro la sangre comenzaba a hervirle.

—No creo que no haya nada. Marco me quiere y…

—Si te quisiera, se habría casado contigo y no conmigo. ¿No crees? —la interrumpió Clariss, deleitándose con la expresión de Teresa—. Pero si estás tan segura, podemos esperar a que él llegue y preguntarle personalmente qué siente por ti… y qué siente por mí, su esposa y la madre de su hijo.

Pasó la mano por su vientre mientras sonreía. En el fondo, rogaba que Teresa no aceptara el reto. Perdería por mentirosa… y porque ese hijo ni siquiera era de Marco. Pero no se dejaría amedrentar por ella.

Teresa se levantó exaltada, y Clariss la imitó, dejándole claro que no le tenía miedo.

—Que seas su esposa no significa nada.

—No estaría tan segura, Teresa. Soy yo quien porta el título de señora Fairfax, y pronto seré la madre de su hijo. Soy yo la Esposa Mayor. Soy yo con quien prefiere dormir en vez de hacerlo solo —expresó Clariss, avanzando un paso con cada palabra, hasta quedar peligrosamente cerca—. Es a mí a quien le entrega su deseo y su pasión cada noche.

—¡Basta! No eres más que una desvergonzada lavandera, y ese niño es un bastar…

La frase quedó incompleta cuando Clariss la calló de una bofetada que resonó en toda la sala. El rostro de Teresa giró por la fuerza del golpe.

—No te atrevas a ofender a mi hijo. Aquí la única desvergonzada y bastarda eres tú, que no sabes tu lugar al estar detrás de un hombre casado. ¿Acaso no te dieron buena educación para darte cuenta de que te estás comportando como una cortesana? —refutó Clariss, mirándola con furia.

Aunque su hijo no fuera de Marco, nadie lo llamaría bastardo.

—Y si vuelves a dirigirte a mí de esa forma, haré que te corten la lengua —advirtió. Luego le lanzó una última mirada dura.

Pero al girarse para salir de la sala, se quedó paralizada.

Marco estaba recostado en el umbral, mirándola fijamente.

*«Demonios… ahora sí estoy perdida».*

# Capítulo 15

Marco había llegado con la intención de darse un baño e ir directamente con Clariss. Quería verla y abrazarla después de haber estado horas fuera de Fairfax House, pero nunca esperó encontrarse con la escena de su esposa y Teresa discutiendo en medio del salón de té.

Al principio quiso intervenir y hacer arrodillar a Teresa frente a Clariss para que le pidiera perdón, pero se quedó quieto, observando cómo su tormentita se defendía perfectamente. Y la bofetada que le había dado a Teresa le provocó una mezcla de orgullo y excitación que le recorrió el cuerpo como un latigazo.

Desde que la había visto enfrentarse a una de las mujeres para las que lavaba ropa y tirar las piezas al lodo, supo que Clariss era una tormenta arrasadora. Y no se equivocó.

Empujó su deseo por ella a un lado —ya después se encargaría de satisfacerlo— y se acercó a su esposa, que lo miraba con los ojos muy abiertos. Llegó hasta ella y, sin importarle el decoro ni la presencia de Teresa, la besó, sintiendo cómo Clariss correspondía de inmediato. De fondo, escuchó un jadeo ahogado de Teresa.

Al separarse, Clariss lo miró sorprendida. Luego Marco se alejó y se dirigió hacia Teresa.

—Marco… —musitó Clariss. Ella no podía creer que, después de besarla, se acercara a Teresa. ¿Quién creía él que era ella?

Pero Marco solo llegó hasta Teresa y, sin que ninguna de las dos pudiera preverlo, la tomó por la nuca y la obligó a arrodillarse frente a Clariss.

—Pídele perdón a mi esposa, Teresa —ordenó manteniéndola en el suelo—. Fui muy tolerante al escuchar tus ofensas hacia ella y mi hijo, pero no lo dejaré pasar.

Clariss lo miró sorprendida, con el corazón acelerado. Nunca esperó que él hiciera tal cosa, y menos por ella. Al verlo bien, notó que debajo del chaleco su camisa estaba salpicada de sangre.

—Marco, no me hagas esto —suplicó Teresa entre sollozos, intentando levantarse, pero él la mantenía arrodillada con firmeza.

—Pídele perdón o haré lo que Clariss dijo: te cortaré la lengua —amenazó él.

Clariss iba a decir que no era necesario… pero lo pensó mejor, y una sonrisa de medio lado asomó en su rostro.

*«Se lo merece».* Pensó encogiéndose de hombros. Miró a Teresa, esperando sus disculpas.

—Yo… pido disculpas. Lo siento, señora Fairfax.

—Bien —respondió Clariss, luego miró a Marco.

—Ve a tu habitación, tormentita. Yo me encargaré de ella —expresó él con suavidad.

Clariss solo asintió y desapareció de la sala sin decir más.

Marco soltó a Teresa con un empujón apenas disimulado y le dio la espalda. Escuchó cómo tosía y se ponía de pie con dificultad.

—¿Por qué… hiciste eso? —preguntó Teresa con la voz ronca.

Marco se giró para mirarla fijamente de arriba abajo y una mueca de desagrado cruzó su rostro. Era la misma mujer que había querido años atrás; hermosa, cabello cobrizo, ojos verdes, labios finos, un cuerpo esbelto. Pero ya no despertaba nada en él.

—Sabes por qué —respondió con voz y mirada neutra—. No tienes derecho a hablarle a mi esposa como lo hiciste.

Teresa sonrió de lado.

—Ambos sabemos que no la respetas como esposa, que solo te casaste con ella para darme una lección por lo que hice hace años.

Marco levantó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Te crees tan importante como para que yo haga eso? ¿Acaso no te quedó clara nuestra última conversación? —inquirió, ladeando la cabeza.

Teresa dio un paso hacia él.

—La verdad, solo recuerdo lo que pasó antes —musitó muy cerca de su rostro—, cuando me tomaste tan…

Las palabras quedaron suspendidas cuando Marco la sujetó del cuello, alejándola justo cuando ella intentó besarlo.

—La única que puede besarme es mi esposa —advirtió con frialdad—. Y te recuerdo que solo te usaba como mi cortesana, y sin gastar un solo centavo.

Teresa lo miró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Mentira… tú me amas. Dijiste que sería tu esposa —susurró.

—Eso fue antes —sentenció Marco—. Hace siete años, cuando realmente sentía algo por ti. Pero tú te fuiste y preferiste casarte con otro, dejándome en ridículo en el momento en que más te necesitaba.

—Yo… cometí un error, Marco. Lo sabes…

Marco la observó sin emoción, recordando perfectamente cómo ella había tirado sus sentimientos a un lado.

*Habían pasado solo tres semanas desde que Fergus Fairfax había sido asesinado, pero Marco cargaba sobre él decenas de responsabilidades en las que no podía concentrarse del todo. Aún estaba dolido por la pérdida, y su madre no ponía de su parte para recuperarse.*

*Ni siquiera sabía si lo nombrarían Gang Leader; para la Ordo Rubri[3] él apenas era un joven sin la experiencia necesaria para liderar la Sociedad de las Sombras. Pero si lo nombraban, asumiría el cargo para el que su padre lo había preparado toda su vida.*

*—Disculpe, señor, pero el señor Castañeda desea verlo —avisó el mayordomo parado en el umbral del despacho, el mismo que había pertenecido a Fergus.*

*—Hazlo pasar —aceptó Marco. El mayordomo asintió y se retiró.*

*Segundos después, el señor Castañeda apareció y Marco se levantó de inmediato.*

*—Señor Castañeda —saludó Marco con educación.*

*—Marco, hijo, ¿cómo estás? —preguntó Rafael, mirándolo con auténtica pena.*

*—Bien —respondió Marco con dureza. A pesar de que Rafael y su padre eran buenos amigos, no debía dejar ver lo afectado que estaba—. ¿Qué lo trae por aquí? Creí que nos veríamos mañana para fijar la fecha de mi boda con Teresa.*

*A pesar de que el acuerdo había sido entre Fergus y Rafael, este seguía en pie y se había hecho oficial.*

*Rafael bajó la mirada y suspiró.*

*—Me da mucha vergüenza ser yo quien te dé la noticia —comenzó con pesar. Marco frunció el ceño sin comprender.*

*—¿Ha pasado algo por lo que tengamos que retrasarlo? —inquirió, dando un paso al frente.*

*—Es que… no habrá boda —informó Rafael, incapaz de mirarlo a los ojos.*

*Marco no reaccionó de inmediato. Procesó las palabras, ladeó la cabeza y, con una calma que no sentía, preguntó:*

*—¿Por qué?*

*—Mi hija… se ha casado con el almirante Lionel Ashford en secreto —explicó Rafael—. Puedes imaginar mi furia. Teresa dejó a nuestra familia en ridículo al huir y casarse cuando sabía su deber contigo. Te pido disculpas, Marco… era un acuerdo que quería honrar por tu padre.*

*Marco negó con la cabeza con tranquilidad aparente.*

*—No se preocupe, Rafael. Acepto la decisión de Teresa.*

*Rafael lo miró sorprendido.*

*—¿En serio?*

*Por supuesto que no. Pero Marco no obligaría a nadie a estar a su lado. Teresa había tomado su decisión. Él la aceptaría, por mucho que le doliera.*

*—Así es. Espero que esto no debilite su lealtad hacia nuestra familia —añadió Marco.*

*—Por supuesto que no —aseguró Rafael—. La familia Castañeda siempre estará del lado del Lobo Negro.*

*Marco asintió y decidieron anunciar que el compromiso se rompía para evitar escándalos entre ambas familias.*

*Cuatro meses después, Marco jamás imaginó que Teresa iría a buscarlo desesperada.*

*Para ese entonces, él estaba mejor. La muerte de su padre no lo afectaba como los primeros meses, aunque el dolor persistía. La Ordo Rubri no lo había nombrado Gang Leader; en su lugar eligieron a Renaud Dubois, otro integrante de la Sociedad de las Sombras. Aun así, Marco aprendía rápido y descubría secretos que Fergus siempre le había mantenido ocultos. Su personalidad estaba cambiando más de lo que hubiera imaginado.*

*Teresa apareció en su despacho con el rostro pálido.*

*—¿Qué haces aquí, Teresa? —preguntó Marco con un tono frío mientras tomaba un sorbo de whisky y la miraba sin expresión alguna.*

*Sorprendentemente para él, sus sentimientos por ella habían quedado en el olvido. Se había centrado tanto en imponer su nombre —no como hijo de Fergus Fairfax, sino como Marco Fairfax— que casi había olvidado que la mujer que deseó como esposa lo abandonó y se casó con otro hombre sin siquiera darle la cara.*

*—He cometido un terrible error, Marco —expresó ella con los ojos inundados de lágrimas. Pero él no se ablandó—. No debí abandonar nuestro compromiso por Lionel.*

*Marco continuó en silencio.*

*—Necesito que… me ayudes a deshacerme de él, y así podríamos casarnos como teníamos planeado —continuó Teresa acercándose.*

*—Quieres que me deshaga de tu esposo —repitió Marco, intentando comprender hasta dónde llegaba su descaro.*

*—Sí… y luego casarnos —su voz sonaba desesperada—. Me he dado cuenta de que… te quiero. Cuando éramos amigos te tenía siempre, y no supe reconocer mis sentimientos. Pero ahora… aún tenemos tiempo de vivir y ser felices juntos.*

*Marco sonrió de lado. Nunca pensó que Teresa fuera tan buena fingiendo.*

*—Lo siento, pero no puedo hacer nada por ti —sentenció.*

*—¿Q-qué? Marco, por favor… Sé que quieres castigarme por…*

*—Lo que sepas o no, no me interesa —la interrumpió—. Tú tomaste tu decisión. Me dejaste cuando más te necesitaba. Yo te respeté; no te busqué ni armé escándalos contra tu familia. Ahora acepta mi decisión. Vuelve con tu esposo.*

*—Marco, por favor… —suplicó Teresa.*

*—No me hagas ser cruel contigo. No te gustaría esa parte de mí —advirtió él con frialdad.*

*Teresa asintió y retrocedió unos pasos.*

*—Está bien… dejaré que lo pienses. Pero volveré. Sé que aún me quieres.*

*Marco no respondió. La dejó ir, restándole importancia a sus palabras.*

*Para él, Teresa Castañeda ya no era más que otra mujer a la que podría usar si quisiera, pero jamás le daría el lugar de esposa.*

—El error fue tuyo, no mío. Ya estás advertida. Si vuelves a acercarte a mi esposa, no solo recibirás una bofetada y una advertencia —replicó Marco, dejando atrás aquellos recuerdos.

—¡No creo que sientas nada por esa lavandera!

—Teresa… —advirtió Marco, perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—Es que no lo entiendo, Marco. Yo soy más hermosa, soy la mujer que deseabas como esposa, la que te ha complacido todos estos años —parloteó Teresa, desesperada—. Es imposible para mí creer que la deseas a ella.

—La prueba está en su vientre —respondió Marco con un encogimiento de hombros.

—Fue un accidente que no previste —expresó ella con nerviosismo, soltando una risita que era más desesperada que divertida.

—Conmigo esos accidentes no pasan.

Teresa lo miró con dolor, llevando una mano a su pecho.

—Ahora comprendo por qué nunca pude quedar encinta de tu hijo —susurró bajando el rostro.

Marco suspiró pesadamente y caminó hacia la puerta; no quería seguir perdiendo el tiempo con ella. Solo deseaba tomar un baño, quitarse la sangre del cuerpo y pasar la noche junto a su tormentita.

—Ya estás advertida —expresó antes de salir con un portazo.

Se dirigió a su habitación y tocó la campanilla para ordenar que prepararan un baño. Se despojó de las ropas sucias, quedando desnudo, y miró el cielo nocturno a través de la ventana.

Había sido un día demasiado largo. Ni siquiera había dormido. Tras salir con Lucian la tarde anterior para sacarle información a los hombres retenidos sobre quién había ordenado el atentado en la carrera, no había tenido un solo momento de descanso.

Al llegar a uno de los almacenes abandonados cerca del Mississippi, se encontraron con una emboscada que tuvieron que enfrentar. Tenían pocos hombres disponibles en el lugar, y quienes

los atacaban eran más; al final, terminaron perdiendo hombres, además de los rehenes.

Luego, ni él ni el detective descansaron, tratando de descubrir quién había revelado la ubicación de los almacenes —que era información confidencial—, solo para enterarse de que el traidor era del bando del detective.

Estaba tan enojado que no tuvo paciencia para sacarle información al hombre, quien solo se empeñaba en repetir que lo había dicho públicamente en un club. La sangre en su camisa era del pobre hombre que seguramente flotaba ya en las profundidades del Mississippi.

Cuando terminó su baño, se vistió con una camisa blanca fina, desabotonada en el pecho, un pantalón suelto de algodón y unas pantuflas de cuero. Prefería esas prendas antes que una simple camisa de dormir; le parecía ridículo que un hombre usara una bata hasta las rodillas como un vestido. Su cabello oscuro aún estaba húmedo.

Salió de su habitación directo a la de su esposa, moviéndose con sigilo para no advertir su llegada. Abrió la puerta y frunció el ceño al encontrar la habitación vacía. La chimenea estaba ligeramente encendida y algunas velas iluminaban la estancia, pero ella no estaba.

Entonces se dirigió al único otro lugar donde podría encontrarla: la biblioteca.

La puerta estaba entreabierta. Con cuidado, la abrió. Había pocas velas encendidas, pero el aroma inconfundible de Clariss impregnaba el aire. Se adentró en la habitación y cerró la puerta.

La vio de espaldas, buscando un libro en la estantería que él había mandado construir solo para ella. Estaba vestida con su bata de dormir, y el cabello dorado le caía suelto por la espalda. No sabía si era su imaginación, pero lo veía más largo que cuando la conoció.

La contempló en silencio durante varios segundos. Ella le fascinaba, la deseaba, la quería. Eran demasiadas emociones juntas. Al final, terminó acercándose.

—Te dije que me esperaras en tu habitación —susurró en su oído, tomándola por la cintura y pegándola a su cuerpo. Sintió cómo ella

se sobresaltaba un poco por el susto.

—Te estabas demorando, así que decidí aprovechar mejor mi tiempo —respondió sin girarse, tomando un libro al azar.

Él sonrió complacido; Clariss no sería ella misma sin esos comentarios.

—Siento haberte hecho esperar —susurró nuevamente en su oído. Esta vez sintió cómo su piel se erizaba. Recorrió la curva de su cuello y hombro, aspirando su olor a rosas.

Pero ella se alejó.

—Estuviste fuera todo el día… me preocupé pensando que algo pudo haberte pasado, pero veo que estás bien —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Estabas preocupada por mí? —preguntó él, sintiéndose ridículamente feliz por ese detalle.

—Solo un poco. Si te pasa algo, me quedaría en la calle sin un solo centavo —respondió ella.

—¿Solo te preocupa el dinero que perderías?

—Por supuesto, esto solo es un contrato.

Marco sonrió y se acercó, aprisionándola suavemente contra la estantería.

—Mentirosa —musitó rozando sus labios, provocándola… aunque era él quien estaba desesperado por besarla como en la sala de té—. Te recuerdo que estás encinta de mi hijo. Creo que ese contrato se extenderá por tiempo indefinido.

Justo al mencionar el tema, sintió cómo la actitud de ella cambiaba. Su vivacidad se desmoronó. Él frunció el ceño. Ella posó una mano en su pecho para apartarlo un poco.

—Marco… sobre eso, creo que deberíamos retomar la conversación de ayer —dijo, mirándolo con esos ojos azules que lo desarmaban.

—Está bien… pero antes quiero que sepas que me hace mucha ilusión tener este bebé, y más aún que seas tú su madre, tormentita —admitió él. Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Por qué? No lo entiendo, Marco —exclamó, empujándolo—. No entiendo por qué me tratas así, como si fuera importante para ti.

Ahora dices que estás feliz por este bebé, pero cuando te pregunté si me querías, tú…

—Te quiero —la interrumpió, rompiendo la distancia una vez más. Ya no se callaría; Clariss sabría de una vez sus sentimientos—. Te amo, tormentita. Y que me condenen a muerte si tú no sientes lo mismo.

# Capítulo 16

Clariss parpadeó sin poder creer lo que había escuchado de los labios de Marco.

*«Dijo que me… amaba»*, pensó aún sin poder asimilarlo.

Pero ¿cómo podía ser? Si él se había negado a aceptarlo hacía dos noches.

*«Mira todo lo que ha hecho por ti»*, murmuró esa vocecita en su mente, obligándola a recordar los detalles que había pasado por alto: él sabía tantas cosas sobre ella, nunca la maltrataba ni era cruel, le hacía el amor con una pasión desmedida, la cuidaba, la protegía, y había hecho arrodillar a Teresa —la mujer que supuestamente había amado— frente a ella para pedirle perdón. Y no podía olvidar el detalle de que había despedido a todos los sirvientes, quienes seguro le habían servido por años, solo por el descuido de haberle puesto en el desayuno un poco de almendras.

Justo cuando Clariss abrió la boca para decir algo, sintió los labios de Marco sobre los suyos. Sin pensarlo, cerró los ojos y respondió al beso con fervor, entregándose por completo ahora que sabía lo que él sentía. Rodeó su nuca con los brazos y lo atrajo más, mientras él recorría su cintura, sus caderas, sus glúteos, antes de tomarla por los muslos y alzarla para que envolviera sus piernas alrededor de su cintura.

Quedaron completamente unidos, él sosteniéndola contra la estantería mientras el beso se hacía más profundo.

Clariss jamás imaginó llegar a ese punto. Nunca pensó que Marco pudiera quererla. Lo había deseado, sí… pero una cosa era soñar con algo y otra verlo hacerse realidad. Su corazón latía frenéticamente con solo recordar sus palabras, aumentando el deseo que ya ardía en su cuerpo, hasta que la falta de aire la obligó a separarse con un jadeo entrecortado.

Sus respiraciones eran erráticas y desesperadas.

—Dime que tú también sientes lo mismo, tormentita —suplicó él, uniendo sus frentes mientras recuperaban el aliento. Aún la sostenía con sus fuertes brazos, como si no pesara nada.

—¿Realmente… me quieres? —susurró ella.

—Te amo —respondió Marco, mirándola fijamente a los ojos, sin dejar lugar a dudas—. Eres la única mujer que ha estado en mis pensamientos desde hace mucho tiempo.

Clariss lo contempló, sin saber cómo reaccionar. Si era cierto, él lo había ocultado demasiado bien.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? Habríamos evitado tantos malentendidos.

—Lo sé, lo sé —admitió él, arrepentido—. Fui un imbécil orgulloso. Pensé que… si te mantenía al margen, podría protegerte. Pero me di cuenta de que puedo protegerte y amarte al mismo tiempo —explicó —. ¿Pero nunca te diste cuenta, tormentita? La única persona con la que he sido tolerante, paciente, amable… ha sido contigo.

Clariss sonrió y apoyó el rostro en su cuello.

—Si no lo hacías, créeme que yo tampoco pensaba ser tan amable —respondió.

—Lo sé. Pero aún no me has dicho si tú también sientes lo mismo —insistió él. Ella se mordió el labio, sin levantar el rostro.

—¿Tanto te importa lo que yo sienta? —preguntó finalmente, alzando el rostro. Él la miró con intensidad.

—Mucho. Necesito saber si me quieres… o qué tanto tengo que hacer para que lo hagas —afirmó—. Tormentita, en este momento eres mi única luz en medio de tanta oscuridad. Tú y nuestro hijo son mi única alegría y lo único por lo que realmente quiero luchar.

Los ojos de Clariss se llenaron de lágrimas y su corazón dio un vuelco. No sabía si lo que sentía era amor, pero sí sabía que era profundo. Muy profundo.

Tomó su rostro entre sus manos y lo besó con ternura, lento, profundamente.

—Espero que eso sea una respuesta suficiente. Pero quiero que sepas que lo que siento por ti… no sé si sea amor, pero quiero descubrirlo —confesó.

—Para mí es suficiente. Por ahora —sonrió él—. Con el tiempo lograré que cualquier sentimiento que tengas por mí se convierta en amor.

La besó de nuevo y avanzó hasta uno de los sillones de la biblioteca. La sentó con cuidado, alzando sus piernas y subiendo su camisón en una caricia lenta, observándola todo el tiempo. Ella tampoco apartó la mirada, demostrando que lo deseaba tanto como él a ella.

—Si quieres podemos subir a la habitación —susurró Marco.

Clariss negó suavemente.

—Hazme el amor aquí —pidió.

Marco le dedicó una sonrisa pícara mientras seguía levantando el camisón hasta dejar su intimidad completamente expuesta ante sus ojos llenos de lujuria.

Marco se apoyó en una rodilla y Clariss respingó cuando su amplia mano la instó a desplazarse hacia adelante. Levantó una pierna sobre su hombro y la otra la colocó en el brazo del sillón. Clariss no sabía lo que él haría, pero podía entregarle su cuerpo en ese momento, confiada en que solo recibiría placer. Pero nunca imaginó lo que él pretendía. Gimió impactada al sentir cómo su boca se sumergía entre sus piernas.

«*¡Me está besando allí abajo!*».

Pensó desconcertada, pero el placer hizo que tirara la cabeza hacia atrás. La lengua húmeda de Marco recorría caminos prohibidos, haciéndola lanzar jadeos ansiosos mientras tiraba de su espesa cabellera oscura con desesperación, instándolo a continuar.

Sentía su cuerpo en llamas. Necesitaba más, quería más de todo lo que él podía darle. Por debajo del camisón, Marco subió sus manos en dos largas caricias y rodeó sus pechos con mimo, amasándolos suavemente hasta tener sus pezones entre sus pulgares.

—¡Oh, Dios mío!

Clariss tiró la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda, y un agudo grito brotó de su garganta al sentir cómo el clímax bajaba en oleadas de calor hacia su ingle. Su cuerpo convulsionaba en espasmos, las piernas no podían dejar de temblarle, pero Marco no se apartó. Con suaves lengüetazos siguió consintiéndola allí abajo, disfrutando de su sabor.

Para ese entonces, Marco ya estaba duro, preparado para tomarla sin demora. Lo había estado desde el primer instante en que entró en esa biblioteca, y en ese momento solo deseaba hundirse en su interior.

Sin perder tiempo, soltó los botones de sus pantalones de algodón y los empujó hacia abajo, liberando su miembro erecto. Clariss lo miró fijamente, deseando tocarlo y tal vez hacer lo mismo que él había hecho con ella hacía unos segundos. Pero Marco la puso de pie y la besó por un segundo; ella pudo sentir su propio sabor en los labios de él. No le desagradó, pero tampoco fue de su total agrado.

Enseguida, él la giró para que quedara de espaldas.

—Pon tus rodillas sobre el sillón e inclínate. Pon las manos en el respaldo —ordenó él, y Clariss siguió cada una de sus instrucciones.

Marco sonrió y sintió que no podía esperar más al ver cómo ella se ofrecía a él. Sus muslos y su zona íntima estaban brillantes por su clímax. Quería penetrarla, pero también quería seguir observándola. Subió el camisón aún más y le acarició los glúteos, bajando nuevamente hasta su sexo húmedo.

Dos de sus dedos desaparecieron en su interior, enterrados en su suave calor hasta el primer nudillo. Ella ronroneó de placer y empujó hacia atrás, hundiéndolos todo lo que podía. Él pensó que iba a explotar. Sacó sus dedos, brillantes por los fluidos, y los pasó por su erección. Luego se acercó a ella y la frotó contra su entrada con pequeños círculos que solo aumentaban la tortura para ambos.

—Marco, por favor... —suplicó ella, moviéndose, haciendo que la punta de su miembro encajara exactamente donde tenía que estar.

Marco no aguantó más y, tomándola por las caderas, hundió toda su longitud en ella a un ritmo lento pero implacable.

—¡Ah! —gimió Clariss, cerrando los ojos al sentirse tan llena en esa posición—. No te detengas.

Marco comenzó a moverse, acelerando el ritmo. El placer era agudo; él bombeaba con fuerza y rapidez, sintiendo cómo ella se apretaba a su alrededor. Podía sentir su propio orgasmo acumularse, listo para vaciarse en su interior. Pero se obligó a contenerse.

Aún no. Aún no.

Él quería algo más que placer en ese momento: un instante en que ambos se estuvieran entregando sabiendo lo que sentían el uno por el otro, sin reservas. Pegó su torso a la espalda sudorosa de ella mientras seguía embistiendo. Con una mano la tomó por el cuello para hacerla girar el rostro y la besó con desesperación, sintiendo el placer intensificándose.

—Te amo, y eres mía —musitó sobre sus labios, embistiéndola con más fuerza.

Clariss asintió jadeando, sin poder encontrar su propia voz; todas sus emociones estaban consumidas por la lujuria del momento.

—Dilo, tormentita.

—Sí... sí... lo soy. ¡Soy tuya! —respondió ella casi con un grito al sentir cómo una nueva oleada recorría su cuerpo, dejándola temblorosa.

Marco lo sintió y echó la cabeza hacia atrás, aferrando su cintura con fuerza mientras se dejaba ir en su interior. Ambas respiraciones eran entrecortadas. El calor de la habitación sugería perfectamente lo que acababa de suceder allí.

Pero Clariss no esperaba que, en ese momento, su bebé se hiciera notar; sintió unas inmensas ganas de vomitar, tanto que tuvo que apartar a Marco con fuerza y correr hacia la ventana. Devolvió toda la cena en segundos.

—¿Clariss? —Marco se paró detrás de ella, preocupado. Tenía los pantalones en su lugar y la camisa pegada al torso por el sudor.

Ella se giró, limpiándose los labios con una expresión de disculpa.

—Lo siento.

—Soy yo quien debe disculparse. Por un momento olvidé tu estado y no fui cuidadoso —expresó él acercándose para abrazarla y besarle la sien. Ella lo abrazó también. El aire que entraba por la ventana era fresco y revitalizante, perfecto para aliviar el calor de la lujuria.

—Ahora entiendo por qué el jardinero se quejó de que habían envenenado las flores —comentó él, divertido.

Clariss se separó y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Las flores murieron? No me di cuenta —musitó apenada—. Es que, cuando llegan estos malestares, es imposible detenerlos.

—No te preocupes, solo son flores —respondió él con una sonrisa amplia que Clariss admiró.

—Me gusta cuando sonríes así, casi nunca lo haces. Es como si escondieras esa parte de ti —expresó ella sin contenerse.

Marco pasó una mano por su cabello oscuro.

—No puedo andar sonriendo por ahí, tormentita. Nadie me tomaría en serio si lo hiciera. Mi reputación debe ser brutal; no por nada soy el Gang Leader —respondió él.

Clariss torció los labios; en parte lo entendía.

—Está bien, no me quejaré… siempre y cuando sea a mí a quien le des tus sonrisas —pidió ella, coqueta.

—De mí lo tendrás todo —aceptó él. Clariss lo abrazó nuevamente, sintiéndose libre, feliz, extasiada. No era la vida que había soñado, pero era lo más parecido a un sueño.

—Entonces… ¿ahora me dejarás ser la Esposa Mayor? —preguntó de repente, aún con la cabeza apoyada en el pecho masculino. Sintió cómo él respiraba pesadamente.

—No quiero involucrarte en mi mundo, y más ahora que estás embarazada. Es peligroso —respondió él.

—Puedo hacerlo, Marco. Tu madre y la señora Dubois lo hicieron, y están bien. Si me enseñas y me guías, sé que podré serte de mucha utilidad. No tienes que cargar con todo esto tú solo, ¿sabes? —insistió ella. Pero él no respondió—. Al menos piénsalo.

—Está bien, lo pensaré —respondió él, y ella sonrió complacida—. Por cierto, ¿por qué invitaste a las Castañeda a mudarse aquí? Es un gesto amable de tu parte, pero…

—Yo no hice tal cosa —interrumpió Clariss con el ceño fruncido, ofendida por el simple hecho de que él pensara que ella era tan tonta como para invitar a Teresa a vivir bajo su propio techo.

Marco la tomó por los hombros para mirarla.

—¿No lo hiciste?

—Por supuesto que no. ¿Me crees tan idiota como para hacer algo tan estúpido como invitar a Teresa? No me agrada, Marco —declaró ella, llevando las manos a la cintura.

—No hables así de ti misma, no me gusta —ordenó él—. Entonces, si no fuiste tú quien las invitó, no veo por qué deban

seguir durmiendo aquí.

—¿Qué harás? —preguntó Clariss pensando en Marisa e Diana; ellas no eran Teresa y, después de todo, estaban bajo amenaza—. Si ya están aquí, no veo por qué echarlas. Además, el señor Castañeda aún está recuperándose.

Marco alzó las cejas, divertido.

—Las enviaré a un lugar seguro junto a Rafael. Estarán a salvo, pero no permitiré que Teresa siga bajo tu mismo techo, y menos después de lo que hizo hoy —sentenció.

Clariss miró hacia otro punto y se mordió la mejilla interna.

—Sobre eso… deberíamos hablar de ella —pidió.

—No veo razón para eso, tormentita.

—No la habría si no hubieras dicho que ella era la mujer que amabas y con la que querías casarte una vez que este matrimonio terminara —replicó Clariss.

Marco la miró por unos segundos.

—¿Qué quieres saber?

—¿No sientes nada por ella? —preguntó.

—No. He dicho que te amo a ti —respondió con convicción, y Clariss sonrió al escucharlo decir esas palabras otra vez.

—Pero si la quisiste… ¿qué pasó para que dejaras de hacerlo? —preguntó curiosa; y quién mejor que él mismo para despejar esas dudas.

—Ella y yo éramos amigos. Sentía algo por ella y quería que fuera mi esposa; lo veía práctico para la vida que me esperaba —comenzó él—. Pero ella escogió casarse con otro, y fue la mejor decisión que pudo haber tomado. Si no, hoy estaría casado con ella y no contigo.

Clariss asintió y volvió a abrazarlo sin decir nada.

A veces la vida podía ser cruel, pero siempre te llevaba al lugar donde pertenecías. Y ella pertenecía ahí, con él. Había tenido que cruzar el océano para encontrarlo, pero no se arrepentía.

∞∞∞

Clariss cruzó la ciudad con el único propósito de visitar a su amiga y ver cómo se encontraba. Desde que se casó, no había podido

hablar con Astrid; ahora que su vida y su matrimonio con Marco estaban más estables, deseaba saber cómo le iba a ella con su propio enlace.

A decir verdad, nunca esperó que la casa en la que ahora vivía su amiga estuviera tan lejos del centro de la ciudad. Al llegar, se sorprendió aún más. No era una residencia lujosa, pero tampoco estaba tan mal como la mayoría de las viviendas de Sainte-Marie.

La fachada era sencilla, con paredes de madera desgastada por la humedad, pintura descolorida y un pequeño porche con dos escalones desvencijados. Varias casas similares la rodeaban, todas apretadas en una misma calle donde el bullicio era constante y el olor a humedad se mezclaba en el aire.

Bajó del carruaje y le ordenó al cochero que la esperara. Se dirigió hacia la puerta, que, a su juicio, debía ser cambiada o al menos pintada; un poco de color lo transformaba todo.

La puerta se abrió apenas unos centímetros. Clariss entornó los ojos para observar a través de la pequeña rendija.

—¿Sí? —escuchó la tensa voz de Astrid.

—Soy yo, Clariss —respondió ella.

La puerta se abrió lentamente y Clariss vio a Astrid salir y cerrarla con sigilo.

—Clariss, ¿qué estás haciendo aquí? —inquirió Astrid, mirándola asustada mientras recorría los alrededores con la mirada.

Clariss bajó la vista hacia su aspecto: llevaba un vestido azul desteñido y un delantal blanco. Su cabello rojizo estaba atrapado bajo un pañuelo ajustado. Clariss frunció el ceño.

—Quería saber cómo estabas. Desde que te casaste, nadie en Sainte-Marie sabe de ti —respondió Clariss, evidentemente preocupada.

Los ojos verdes de Astrid estaban apagados y tristes; su aspecto era peor que cuando vivía con sus padres.

—Estoy bien… pero, por favor, vete. Si el señor Morel nos encuentra aquí… —Astrid guardó silencio, aún mirando hacia todas partes—. Mejor entremos.

Astrid abrió la puerta y Clariss la siguió al interior, observándolo todo.

El interior era igual de modesto que la fachada: un espacio pequeño, con el suelo de madera irregular y pocas ventanas que apenas dejaban entrar luz. Había una mesa coja con dos sillas, una estufa oxidada y ropa colgada en una cuerda improvisada. No había un solo objeto bonito, ni rastros de que alguien la tratara como esposa… o como persona.

—No estás bien, Astrid. Este hombre te tiene como una esclava —expresó Clariss.

Astrid bajó la cabeza.

—Es peor de lo que imaginaba, Clariss. No soporto esta vida —sollozó. Clariss enseguida la abrazó, comprendiendo su dolor—. Morel es horrible, y me obliga a… a… ¡por Dios! Quiero morir.

Clariss se mordió el labio, sintiendo una inmensa angustia por su amiga. Astrid no merecía vivir así.

—¿Tus padres saben esto?

—A ellos no les importa. Lo único que les interesa es que saldaron su deuda y que Morel les dé algo de dinero para sobrevivir… a cambio de que yo lo mantenga complacido —respondió Astrid sorbiéndose la nariz.

Clariss se horrorizó al escuchar aquello.

—¿Y Cole lo sabe? —preguntó con cautela. Astrid se encogió de hombros.

—No lo sé. Dejé de verlo cuando le pedí ayuda para evitar casarme con Morel. Supongo que a él tampoco le importo.

Clariss apretó los puños.

—Puedes huir… o mejor, puedo pedirle a mi esposo que te ayude. Él tiene mucha influencia aquí en la ciudad —sugirió Clariss.

—¿Marco Fairfax? —Clariss asintió—. ¿Crees que quiera perder su tiempo ayudándome?

—Lo hará. Te ayudaré a salir de aquí.

—Gracias, Clariss —agradeció Astrid—. Eres la única que se ha preocupado por mí.

—No digas eso, Ruth también está muy preocupada. Ella fue quien me consiguió la dirección de este lugar —comentó Clariss.

Astrid sonrió un poco.

—Ruth siempre fue muy buena conmigo. Siempre decía lo feliz que sería si Cole y yo termináramos casados, pero… —suspiró pesadamente—… Cole no me quiere de esa forma.

—Cuando salgas de aquí, encontrarás a alguien mejor que Cole. Él no te merece —replicó Clariss—. Hablaré con Marco sobre esto. Cualquier plan que surja, vendré a avisarte.

Astrid asintió, esperanzada.

—Morel siempre sale en la mañana y regresa al mediodía para almorzar. Luego vuelve a salir y no regresa hasta las cinco. Puedes venir en esos horarios —explicó Astrid.

Clariss asintió y, luego de algunos minutos más, se despidió de Astrid prometiéndole ayuda. Esperaba cumplir esa promesa; nadie merecía vivir como Astrid lo estaba haciendo.

# Capítulo 17

Elaine estaba plácidamente sentada en uno de los sillones de la sala de té, leyendo una revista de moda inglesa, cuando fue interrumpida por Teresa, quien también se encontraba en la estancia. Elaine ya se había dado cuenta de que la joven quería decir algo; había notado la cantidad de vueltas que había dado a su alrededor.

—¿Usted no piensa ayudarme a hacer que Marco se dé cuenta de que esa mujer no es la indicada para él? —inquirió Teresa, de pie frente a ella.

Elaine bajó la revista y la miró sin expresión alguna.

—¿Y por qué tendría que ayudarla? —preguntó Elaine de vuelta.

—Porque para eso me trajo aquí… ¿o me equivoco?

Elaine soltó una risita.

—Se equivoca —respondió, levantándose de su lugar—. Ciertamente, Clariss no me agrada, pero usted tampoco.

Teresa soltó un pequeño jadeo de desconcierto.

—¿Entonces…?

—Solo las invité para incomodar a Clariss, no para darle una oportunidad con mi hijo; esa ya la tuvo y la desperdició. Además, es usted muy ingenua si cree que Marco la aceptará —expresó Elaine.

Teresa llevó una mano a su pecho y bajó la cabeza. Elaine la miró fijamente; le parecía adecuada, sí, pero tras la humillación que le había hecho pasar a su hijo años atrás, la consideraba indigna de pertenecer a su familia.

—Marco… solo está confundido.

—¿En serio quiere atormentarse con esa idea? Si eso la hace sentir mejor… —Elaine se encogió de hombros—. Pero piense que mi hijo no es un hombre que juegue. Si no se casó con usted antes, no lo hará ahora ni nunca.

Elaine volvió a sentarse y retomó la lectura de su revista, mientras Teresa la observaba sin decir palabra alguna. Pasados unos segundos, la joven salió de la sala dejando a Elaine sola.

—Ilusa —bufó Elaine, negando con la cabeza.

Por supuesto, solo había sido educada y caritativa al invitar a las Castañeda a hospedarse en Fairfax House para molestar a Clariss con la presencia de la que había sido prometida de Marco, pero jamás con la intención de arrojar a la joven a los brazos de su hijo. Teresa no le agradaba y sabía perfectamente que Marco no estaba interesado en ella.

A pesar de tener el plan de esperar a que su nieto naciera para hacer desaparecer a Clariss y luego conseguirle una esposa adecuada a su hijo, sabía que eso no sería tarea sencilla. Marco no era un hombre que aceptara decisiones sin más; él gobernaba su vida a su antojo. Pero ella siempre podía actuar desde las sombras, moviendo cada hilo sin que él sospechara que era ella la artífice de todo.

Por eso se había mantenido al margen, aparentando ser una mujer resignada que aceptaba a la hija del hombre que había asesinado a su esposo. Al final, nadie la señalaría si ocurría alguna tragedia.

∞∞∞

Apenas puso un pie dentro de Fairfax House, Clariss fue conducida hacia el despacho de su esposo sin explicación alguna.

—¿Dónde estabas? —preguntó Marco sin dejarla siquiera acomodarse en la estancia.

Clariss lo miró detenidamente; parecía molesto, aunque ella no entendía la razón. Él estaba de brazos cruzados, apoyado en su escritorio. Se mordió el labio al recorrerlo con la mirada: llevaba solo una camisa y pantalones; los primeros botones desabrochados dejaban ver parte de su pecho y las mangas remangadas hasta el codo mostraban su tatuaje.

—Fui a visitar a Astrid, una amiga —respondió ella con una sonrisa, acercándose a él.

—No debes salir sin escolta, Clariss —regañó él con el ceño fruncido.

Clariss sonrió, acortando aún más la distancia entre ellos.

—¿Ya no soy tormentita? —preguntó, apoyando una mano en su pecho mientras con la otra rozaba la sombra de su incipiente barba.

Marco la miró a los ojos, aún molesto… pero Clariss comenzó a besarlo dulcemente.

—No te molestes, solo fue una visita de un par de horas —expresó ella con voz melosa.

Marco no se resistió y la tomó por la cintura, pegándola más a su cuerpo.

—Estoy muy molesto… y preocupado. Tus salidas sin avisar y sin escolta no pueden continuar. Entiende que pueden hacerme daño a través de ti —explicó él, esta vez con un tono más suave. En sus ojos había preocupación pura—. Seguramente ya todos saben que estás encinta, lo que aumenta más el riesgo.

Clariss se mordió la mejilla interna; ahora se sentía culpable. Marco tenía razón. No había sido razonable con su propia seguridad.

—Lo siento —musitó ella bajando la cabeza—. Es que a veces me cuesta recordar y entender que no tenemos una vida… normal.

Marco frunció el ceño. Tomó su mentón con delicadeza para obligarla a mirarlo.

—Perdóname tú a mí por no poder darte lo que deseas.

Clariss negó con la cabeza y sonrió débilmente.

—No me estoy quejando. Me gusta lo que estoy viviendo contigo. Poco a poco me iré acostumbrando y entendiendo que no debo andar por las calles tan despreocupada —explicó ella. No quería que Marco pensara que no estaba a gusto con su vida, menos ahora que se sentía tan feliz.

Marco le acarició la mejilla, mirándola con devoción.

—No quiero perderte, tormentita —susurró—. Por eso me comporto tan paranoico cuando me informan que saliste de aquí.

Clariss sonrió abiertamente ante esa declaración.

—No vas a perderme. Tienes que aprender a vivir en tranquilidad y disfrutar un poco más la vida. Luego te vuelves un amargado y yo no soporto a las personas así, suficiente tuve con mi padre —bromeó, sin notar la ligera tensión en el cuerpo masculino—. Por cierto —continuó ella—, ¿qué tan grande es la amenaza que te están haciendo?

Marco levantó las cejas, sorprendido por la pregunta.

—No debes preocuparte por eso, tormentita.

—Claro que debo. Soy tu esposa, debo saberlo todo —exigió ella, haciendo reír a Marco.

—Solo quieres saber porque eres curiosa. ¿Crees que no me he dado cuenta de tu pasatiempo?

—No quieras distraerme con eso. Sí, soy curiosa, pero no quiero saber solo por eso. Me preocupo por ti y debo estar al tanto de todo. ¿Y si pasa algo y yo soy quien debe ayudarte? ¿Cómo lo haré si desconozco todo?

Marco entrecerró los ojos mientras Clariss apoyaba ambas manos sobre su pecho, esperando una respuesta.

—La amenaza es grande, no voy a mentirte. Pero aún no sé de dónde proviene. Mis hombres y yo estamos tratando de encontrar al responsable, pero se oculta muy bien —explicó Marco.

Clariss asintió, preocupada.

—¿Y por qué quieren… matarte? —preguntó—. Sé que te mueves en un mundo peligroso, pero se supone que eres el jefe. Deberían respetarte o temerte.

Marco sonrió suavemente ante la pequeña ingenuidad de su mujer.

—Precisamente porque soy el jefe es que quieren asesinarme, sacarme del poder definitivamente. Pero dejemos de hablar de eso. Prométeme que a partir de ahora saldrás con escolta y me avisarás dónde estarás —pidió él.

Clariss asintió.

—Lo haré. Ahora soy un poco más consciente del peligro. Debo protegerme a mí y a mi bebé.

—Nuestro bebé —rectificó Marco, sonriendo mientras colocaba una mano sobre su vientre.

Clariss sonrió, algo nerviosa y culpable. Podía ver la ilusión que le hacía ser el padre de su bebé… y eso le dolía, porque sabía que no era suyo y detestaba engañarlo así.

—He conseguido entradas para el teatro esta noche —anunció él, sacándola de sus pensamientos.

La noticia la hizo sonreír ampliamente.

—¡¿En serio?! —chilló, emocionada. Le encantaba el teatro. En Londres había ido pocas veces, pero esas pocas habían bastado para impresionarla.

—No pensé que te gustara tanto; si lo hubiera sabido, te habría llevado hace mucho —expresó él, contento de verla feliz.

—Veo que no lo sabes todo de mí —bromeó ella.

—Solo pequeños detalles que empiezo a memorizar —respondió Marco antes de besarla profundamente.

Clariss lo abrazó por el cuello y gimió cuando él la volteó con rapidez y la subió sobre la mesa, acomodándose entre sus piernas. Marco continuó besándola, esta vez con desesperación, mientras intentaba levantar las faldas del vestido.

—Marco… —gimió Clariss entre el beso—, no podemos hacerlo aquí.

—Sí podemos. Es mi despacho —respondió él, logrando levantar la falda y rasgar sus prendas íntimas, deseoso de enterrarse en ella.

—¡Marco!

—No importan. Solo estorban —gruñó él, llegando a su intimidad y haciendo que ella se retorciera.

—Cualquiera puede entrar y encontrarnos en esta… situación —intentó razonar ella, aunque su voluntad era cada vez más débil.

—Quien entre sin tocar recibirá un castigo —aseguró él, estimulándola con una mano mientras con la otra liberaba su miembro.

Clariss solo abrió más las piernas para él, entregándose al momento. Marco alineó su erección con su entrada. La penetración fue dura e intensa. Él sujetó su muslo y lo elevó a la altura de su cadera mientras ella jadeaba y se arqueaba ansiosamente, sintiendo cómo él besaba la curvatura de su cuello entre embestida y embestida.

Marco comenzó a gruñir su nombre mientras ella jadeaba, intentando contener sus propios gritos.

—Tormentita…

Clariss se cubrió la boca para no gritar y, sin poder alargar el momento, ambos llegaron al orgasmo.

—Por todos los dioses… no sabes cuánto te amo. Eres mi diosa y tienes totalmente mi devoción.

A Clariss le encantaba cuando él decía esas cosas, caía aún más enamorada de él; sin embargo, no respondió; solo lo besó, demostrándole también sus sentimientos.

«*Más adelante, aún no*», se repitió mientras lo besaba. Todavía era muy pronto para entregar tan libremente su corazón.

∞∞∞

Marco esperaba con paciencia que Clariss bajara para poder salir hacia el teatro, mientras terminaba de fumarse un cigarro.

A pesar de la situación en la que se encontraba con sus enemigos, no podía evitar sentirse el hombre más feliz del mundo. Tenía a Clariss en sus brazos y ella le correspondía. Aunque aún no le hubiera dicho que lo amaba, Marco podía sentirlo en su entrega, en sus besos, en su forma de preocuparse por él, en la manera en que lo abrazaba.

El amor, para él, siempre había sido algo banal: un sentimiento común que la gente decía sentir. Pero nunca imaginó que pudiera ser tan fuerte, tan capaz de hacerlo inmensamente feliz, al punto de desplazar lo que antes consideraba sus mayores prioridades.

Y no podía olvidar tampoco que sería padre. No lo había planeado tan pronto, pero tampoco lo había evitado. Desde la primera vez que la tuvo, jamás pensó en cuidarse para impedirlo. Inconscientemente, solo había deseado atarla a su lado, sin detenerse a pensar que la consecuencia sería traer un niño al mundo.

*¿Sería un buen padre como lo fue el suyo?*

Esa era la pregunta que últimamente lo perseguía cada vez que pensaba en el bebé que su mujer llevaba en el vientre. Esperaba serlo; había tenido el mejor ejemplo en Fergus Fairfax.

—Estoy lista.

Enseguida se giró al escucharla. Su respiración se detuvo unos segundos al verla. Ella era tan hermosa… para él, una diosa. Sonrió y se acercó.

—Estás preciosa, tormentita —halagó él, besándole la mano.

Clariss llevaba un vestido dorado de seda, con delicados bordados en hilo del mismo tono. La falda caía con elegancia, acentuando su silueta voluptuosa sin ocultarla. El escote redondeado dejaba ver su cuello adornado con un sencillo collar de perlas, y sobre sus hombros un pequeño chal combinaba a la perfección con la suavidad del vestido.

Su peinado consistía en un recogido alto, adornado con pequeñas horquillas doradas, mientras suaves mechones caían en rizos definidos sobre sus sienes y su flequillo enmarcaba su frente con naturalidad.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa y un leve sonrojo.

—Vamos.

Marco le ofreció su brazo y ella lo tomó. Salieron hacia el carruaje que ya los esperaba, pero mientras ayudaba a Clariss a subir, alcanzó a ver desde su posición cómo Teresa los observaba desde el balcón. Desvió la mirada sin prestarle atención.

Ya había tomado la decisión de sacarla de su casa y de sus vidas, y lo haría por la mañana. No esperaría a que intentara alguna represalia contra su esposa… porque, a decir verdad, no tendría piedad de ella si se atrevía a hacerlo.

Cuando llegaron al teatro, había varios carruajes estacionados a lo largo de Royal Street, todos alineados frente a la entrada principal del Teatro Imperial de Nueva Orleans: un edificio imponente, con columnas blancas iluminadas por lámparas de gas.

Marco bajó primero, extendiendo su mano hacia Clariss. Quería ver su reacción antes que cualquier otra cosa.

Clariss descendió con suavidad, sosteniéndose de él, y sus ojos se abrieron con asombro al ver la magnitud del edificio. Sonrió maravillada.

—Es enorme… —musitó Clariss—. Mucho más de lo que imaginé.

Marco solo asintió; estaba demasiado ocupado contemplándola a ella.

Mientras se acercaban a la entrada, el sonido de las voces aumentó. Elegantes damas y caballeros de la alta sociedad de Nueva Orleans conversaban animadamente, esperando el inicio de la función.

—Señor Fairfax —saludó un hombre de mediana edad al reconocerlo justo en la escalinata. Marco estrechó su mano.

—Señor Duvernier —respondió Marco con educación, y luego añadió, girándose hacia Clariss—. Mi esposa, la señora Fairfax.

Duvernier inclinó levemente la cabeza hacia ella con respeto.

—Un placer conocerla, señora.

Clariss respondió con una amplia sonrisa. Marco notó cómo varias miradas se deslizaban hacia ellos con curiosidad, algunos incluso con sorpresa. Él apretó con suavidad la mano de ella, guiándola hacia el interior.

Dentro, el teatro era aún más impresionante. El vestíbulo estaba cubierto con un papel tapiz color vino, decorado con detalles dorados; enormes lámparas suspendidas del techo iluminaban todo con una luz suave.

Marco observó a Clariss una vez más. El brillo en sus ojos valía más que cualquier obra.

—Sígueme —dijo tomándola de la mano.

Subieron por una elegante escalinata curva que llevaba a los palcos privados. Marco abrió la puerta del suyo y la dejó pasar primero. El palco era amplio, con dos sillones tapizados, barandales dorados y una vista perfecta del escenario. Clariss exhaló un pequeño suspiro de admiración.

—Marco… esto es hermoso —dijo mientras se apoyaba en la barandilla.

—Me alegra que te guste.

—¿Y de qué será la función? —preguntó mientras tomaba asiento.

Marco se acomodó a su lado.

—*Orfeo y Eurídice*. Una tragedia mitológica —respondió—. Amor, muerte y la esperanza de recuperarlo todo.

Clariss sonrió, emocionada.

—En Londres fui a algunas obras —confesó—. Siempre me impresionó cómo los actores lograban transmitir tanto… era como ver una escena de mis libros favoritos cobrar vida.

Marco la escuchaba sin interrumpirla, entregado a cada palabra que salía de sus labios.

Las luces empezaron a atenuarse y las conversaciones a disminuir. El telón se levantó lentamente y Clariss contuvo el aliento. Marco la miró de reojo; parecía una niña descubriendo un mundo nuevo.

La obra inició con el canto suave de una soprano interpretando el lamento de Eurídice. El escenario estaba iluminado solo por lámparas de aceite, dirigidas de modo que todo alrededor quedaba en penumbras, resaltando únicamente a los actores.

Clariss se inclinó un poco hacia adelante, observando todo con atención. Pero Marco, que debería también poner su atención, la observaba más a ella que a la obra.

Cuando Eurídice cayó al suelo en la primera escena, muerta por la mordedura de una serpiente, Clariss llevó una mano a su pecho.

—Pobre… —susurró con los ojos brillantes.

Marco sonrió apenas sin apartar la mirada.

Cuando Orfeo cantó la promesa de descender al inframundo por su amada, Clariss secó una lágrima que rodó por su mejilla. En la parte cómica, cuando un personaje torpe tropezó intentando seguir a Orfeo, Clariss soltó una risa suave. Marco sentía su pecho expandirse de ternura y amor por ella. Estaba aprendiendo que su tormentita vivía cada emoción como si todo fuera real.

Mientras la escena final avanzaba, con Orfeo a punto de perder para siempre a Eurídice al voltear hacia ella antes de salir del inframundo, Clariss apretó el brazo de Marco.

—No lo haga… —susurró angustiada—. No se dé vuelta…

Pero Orfeo se giró y Eurídice desapareció entre las sombras.

Clariss dejó escapar un sollozo leve.

Marco pasó un brazo por sus hombros y la acercó a él. Ella no se apartó mientras soltaba leves sollozos.

*«Daría cualquier cosa por no ser nunca el causante de una de tus lágrimas»*, pensó, algo furioso, aunque sabía que esas lágrimas no eran de dolor ni de tristeza real. Sabía que ella solo estaba emocionada por el trágico final.

Pero, aun así, el pensamiento se quedó en su mente.

Él solo quería causarle alegrías, pero sabía que toda aquella felicidad no duraría para siempre, y más aún cuando ella supiera sus

secretos. Clariss sufriría, pero con el tiempo él esperaba que olvidara y que pudieran volver a tener momentos como esos.

Por el momento, solo la disfrutaría… y trataría de hacer que ella se enamorara profundamente de él, tanto que, en el futuro, no pudiera siquiera pensar en alejarse.

La obra terminó entre aplausos, pero Marco apenas aplaudió. Seguía abrazándola.

Clariss levantó la cabeza y lo miró con los ojos aún húmedos.

—Fue… maravilloso —musitó ella.

Él se inclinó hacia sus labios y, antes de besarla, susurró:

—Lo único maravilloso aquí eres tú.

# Capítulo 18

Los lacayos transportaban los baúles pertenecientes a las Castañeda fuera de Fairfax House por orden de Marco, mientras Marisa se despedía y agradecía por los días que habían estado allí.

Teresa se mantenía a un lado con el rostro ardiendo de furia, pero a Marco no le importaba. Tal vez, si no se hubiera atrevido a acercarse a su esposa, él habría considerado dejarlas bajo su protección un par de días más.

—Le agradecemos su ayuda, señor Fairfax —expresó Marisa con una leve sonrisa, aunque su rostro estaba algo demacrado. A pesar de que Rafael había despertado, aún estaba débil.

Marco se había encargado de que lo transportaran a St. Martinville desde el día anterior; allí permanecerían las próximas semanas, hasta que Rafael estuviera completamente recuperado.

—No se preocupe. Le pediré que envíe un informe semanal sobre la recuperación de su esposo —pidió Marco.

—Por supuesto —aceptó Marisa.

Luego de una rápida despedida, el carruaje se alejó de Fairfax House, dejando a Marco y Elaine parados en la escalinata que daba a la entrada de la casa.

—Sé que fuiste tú quien ideó el plan de invitar a las Castañeda, madre —habló Marco sin mirarla.

—Lo hice por ellas, estaban en peligro, Marco —respondió Elaine con un tono suave que demostraba preocupación, pero Marco la conocía demasiado bien.

—Solo lo hiciste para molestar a mi esposa. —Esta vez Marco se giró para mirarla; aun así, Elaine se mantuvo firme.

—¿Ahora todo lo que hago es para molestar a tu esposa, Marco? —inquirió su madre, fingiendo estar ofendida—. Me pediste que me alejara de ella, y eso estoy haciendo, a pesar de que realmente me cuesta tolerar su presencia. Y solo lo hago porque está embarazada de mi nieto.

Marco levantó una ceja.

—¿En serio piensas que voy a creer que te importa ese bebé?

Elaine se encogió de hombros.

—Puedes pensar lo que quieras, sabes que siempre he sido sincera. No tengo por qué ocultar mi odio hacia esa joven. Pero ahora estoy totalmente al margen, Marco —declaró mirándolo a los ojos.

Marco entrecerró los ojos. No estaba del todo seguro de sus palabras, pero tampoco podía dudar de ella todo el tiempo. Lo que más deseaba era que olvidara esa absurda idea de vengarse de su esposa… aun así, continuaría vigilándola. No confiaría plenamente en ella.

Entró en la habitación que compartía con Clariss y abrió la puerta con suavidad, pues ella aún dormía. La estancia estaba en penumbras a pesar de ser las nueve de la mañana. Marco se acercó a la cama y la contempló unos segundos; dormía profundamente. Le dio un suave beso en la sien y se retiró.

Debía reunirse con Pierce y Emerson en la naviera. El *Saint Helena* había regresado de Liverpool esa madrugada. Solo esperaba que el retraso que habían tenido por culpa de Cecilia no hubiera afectado el trato que pretendían formalizar.

Al llegar a su naviera, el Atlantic Crown, junto a Roux, dio un recorrido por los almacenes; lo hacía cada semana para verificar cada cargamento que salía y llegaba y, por supuesto, para asegurarse de que no hubiera trampa de alguno de los piratas con los que comerciaba.

Se detuvo frente al almacén que estaba en reconstrucción, el mismo que había sufrido el atentado y donde Pierce había resultado herido. Las vigas nuevas destacaban entre las quemadas. Varias cuadrillas de hombres trabajaban reforzando los muros y levantando estructuras con andamios de madera.

—La obra está bastante avanzada —comentó Marco.

—Así es. He hecho que los hombres trabajen el doble, pero también esperan una buena compensación —respondió Roux con su habitual tono firme. Marco lo miró de soslayo con una ceja arqueada y notó el tatuaje del hombre asomando por el borde de su camisa. Roux nunca lo ocultaba, pese a los malos comentarios sobre ellos. Era su forma de dejar claro a quién pertenecía su lealtad: al Lobo.

—La tendrán, pero que terminen la maldita reparación. Ese almacén era el más grande y los otros están llenos.

—Haré lo posible, señor —aseguró Roux.

Siguieron el recorrido hasta los barcos que estaban anclados en el muelle. Los marineros revisaban las cuerdas, limpiaban las cubiertas y descargaban mercancías bajo el sol de media mañana.

—¿Has pensado en casarte? —preguntó Marco de pronto.

Roux lo miró confundido.

—¿Casarme?

—Sí —asintió Marco.

La curiosidad había surgido de repente. Roux había estado a su lado desde mucho antes de que asesinaran a su padre, pero jamás se había detenido a preguntarle por su vida personal. Tal vez ya estaba casado y él no lo sabía.

—Lo he pensado —respondió Roux—, pero la mujer que deseo no me aceptará.

Marco asintió, pensativo.

—Si está soltera, puedo intervenir y entregártela. Eres un hombre leal; mereces tener una mujer a tu lado —expresó Marco.

Roux lo miró con el entrecejo ligeramente fruncido. Marco rio ante su reacción; cualquiera estaría asombrado. Nunca había tenido ese tipo de conversación con sus hombres, mucho menos había mostrado interés en buscarles una esposa. Pero ahora… era diferente. Tal vez su amor por Clariss sí lo estaba ablandando por completo.

—No creo que le agrade mi elección, señor —replicó Roux.

Marco notó un leve nerviosismo en su tono, algo que no le gustó.

«*¿Las mujeres hacen que los hombres seamos tan débiles con ellas?*», se preguntó.

En ese momento, Pierce apareció entre el bullicio del muelle, haciendo que la conversación quedara en suspenso.

—¿Dónde está Emerson?

—Tiene otros asuntos que resolver —respondió Pierce, acomodándose el chaleco mientras miraba el *Saint Helena*, recién atracado—. Espero que traiga buenas noticias.

Marco asintió y miró el barco. El *Saint Helena* era uno de los cargueros más grandes que tenían, junto al *Celestine*, pero aquel se había hundido en el Atlántico. La pérdida lo había enojado, aunque más por la mercancía que por el barco en sí. Después de todo, el *Celestine* era más de Pierce que suyo; en cambio, el *Saint Helena* era su tesoro más preciado dentro de la naviera, y ahora tenía el ligero temor de que sus enemigos pusieran los ojos en él.

Los tres avanzaron por el muelle hasta la rampa del barco, donde el capitán los recibió con un leve gesto marcial.

—Señor Fairfax, señor Dankworth —saludó inclinando la cabeza—. La travesía fue tranquila y traigo la respuesta de Liverpool.

Marco extendió la mano, pero antes de tomar los papeles miró a Roux.

—Revisa todo: bodega, cubierta, velas y provisiones. Quiero el informe detallado. Y asegúrate de que la mercancía coincida con los listados.

—Sí, señor —afirmó Roux.

Marco volvió su atención al capitán e hizo un gesto.

—Vamos a mi despacho.

Descendieron del barco y atravesaron el área del muelle hacia el almacén principal que, a diferencia del resto, era más pequeño. Dentro, el ambiente era más silencioso. El almacén estaba ordenado con cajas apiladas en columnas, varias marcadas con sellos de Charleston y otras pertenecientes a mercancía distribuida por la *Ordo Rubri*. Al fondo, una puerta de madera oscura conducía directamente al despacho de Marco.

El despacho era sobrio: una mesa sólida de caoba, mapas desplegados sobre el escritorio, una vitrina con botellas de whisky y, detrás de su silla, colgado en la pared, el cuadro de un lobo negro enseñando los dientes. Era el último de los tres cuadros que tenía distribuidos en sus distintos despachos, cada uno con el propósito de marcar su territorio y dejar claro quién mandaba.

Marco abrió los documentos y empezó a leerlos con las cejas fruncidas, mientras Pierce se servía un trago de una de las botellas.

—El *London Industrial Alliance* ha cambiado las condiciones —anunció Marco, colocando los papeles sobre la mesa—. Piden reducir

el porcentaje de algodón sin procesar y aumentar el envío de algodón de fibra larga ya despepado. Dicen que su industria textil lo requiere con urgencia.

Pierce resopló.

—Eso significa más trabajo en las plantaciones y más costo aquí. Procesar algodón antes de enviarlo nos retrasa los embarques.

—Pero las manufacturas inglesas están escaseando desde el incendio en la plantación del duque Beaufort[4] —comentó Marco—. Si aceptamos, podríamos abastecer a media ciudad. Además de eso —continuó señalando otro documento—, quieren que reduzcamos en un diez por ciento el tabaco enviado. Aseguran que este año la demanda bajó por exceso de cargamentos provenientes de Virginia y Maryland[5].

—Al diablo con los virginianos —bufó Pierce.

El capitán, que se había mantenido al margen, intervino con cautela:

—Liverpool también menciona que, si aceptan las nuevas condiciones, garantizarán prioridad de descarga en sus muelles y reducciones en impuestos portuarios. No es una mala oferta.

Marco tamborileó los dedos sobre la mesa, pensando. Eso era justamente lo que quería del puerto de Liverpool.

—Quieren favorecer su industria textil —reflexionó en voz alta—. Es lógico. El algodón de Luisiana es el más suave del mercado, y con el incendio en la plantación de Beaufort necesitan mantener ventaja sobre Manchester y los franceses.[6]

—Pero no podemos simplemente aceptar todas esas condiciones; perderíamos más de lo que ganaríamos —comentó Pierce con el ceño fruncido.

Marco negó lentamente.

—Por supuesto que no, pero podemos negociar. Aceptaremos aumentar el algodón procesado… pero no reduciremos el tabaco. En su lugar podemos ofrecer añil. Los ingleses siempre quieren colorantes para sus telas.

Pierce sonrió.

—Y tenemos reservas de añil desde hace meses.

—Exacto —continuó Marco—. Les enviaremos también un pequeño cargamento de azúcar refinada. A los ingleses les encanta, y podemos usarlo como moneda de cambio sin levantar sospechas.

Marco tomó nuevamente los papeles y los guardó en una carpeta; luego miró al capitán.

—Preparen el *Saint Helena* para zarpar en dos semanas de vuelta a Inglaterra. Llevarás nuestra respuesta. Si ellos mantienen las ventajas portuarias y reducen el impuesto de muelle a la mitad, tendremos trato. Y quiero un listado completo de lo que enviaremos.

—Así se hará, señor —el capitán inclinó la cabeza y luego abandonó el despacho.

Pierce cruzó los brazos, satisfecho.

—Es un buen acuerdo. Deberíamos invitar a la sociedad de la *Industrial Alliance* a visitarnos.

—Dudo que acepten. Los ingleses son estirados y, aunque siempre necesitan de nosotros, creen que son superiores —respondió Marco, negando con la cabeza.

Pierce soltó una sonora carcajada.

—Viví en Londres algunos años y estoy totalmente de acuerdo, pero te recuerdo que estamos casados con dos inglesas —comentó Pierce divertido.

Marco sonrió también, recordando a su tormentita… una inglesa pura que lo tenía completamente enamorado.

∞∞∞

***Charleston, 27 de octubre de 1828.***

El fuego de la chimenea chisporroteaba en la penumbra del estudio. Dos siluetas se recortaban contra el resplandor: una de pie, paseándose con ira contenida; la otra, sentada con total calma, girando una copa de licor entre los dedos.

—Ninguna de sus ideas ha funcionado —escupió el primero, deteniéndose en seco—. Marco Fairfax sigue con vida.

El otro hombre bebió un sorbo, sin inmutarse.

—El hombre solo ha tenido suerte.

—Pues haga que se le acabe —gruñó, golpeando la mesa con la palma—. Mi paciencia está al límite.

—Yo le recomendaría un poco más —respondió el otro con indiferencia.

—No sea ridículo. Yo debí ser el elegido para ser Gang Leader, no Fairfax.

Una sonrisa de burla se dibujó en el rostro del hombre sentado.

—Debe entender que la *Ordo Rubri* solo estaba esperando que se fortaleciera. Tarde o temprano, él sería nombrado Gang Leader.

—¿Por qué? ¿Solo porque su padre lo fue? Hay hombres más capaces.

El otro soltó una carcajada suave.

—¿Usted? ¿Más capaz que Fairfax? —Ladeó la copa, observando el licor mecerse—. Ni siquiera ha podido deshacerse de él. Estoy seguro de que, si supiera que usted es el traidor, ya le habría dado de comer a sus lobos.

El hombre apretó los puños con fuerza, con las venas tensándose.

—¿Lobos? —bufó—. Soy perfectamente capaz. Y no he actuado más solo para no levantar sospechas sobre mi persona.

—Ni siquiera está enterado de las mascotas de Fairfax —repuso el otro, divertido—. ¿Por qué cree que le llaman el Lobo Negro?

—Así le decían a Fergus también.

—Sí, pero el hijo se ganó el apodo a pulso —explicó con voz baja —. Yo estuve presente cuando Fergus le regaló el cachorro de lobo negro. Él mismo dijo que su hijo, algún día, sería mucho más temido que él.

—No me interesan esas historias, Hemingway. Quiero resultados de tu alianza.

El señor Hemingway suspiró con cansancio, dejando la copa sobre la mesa.

—Sabe que tampoco puedo actuar a mi antojo. Bastante me he arriesgado contactando con las bandas menores. Si mi sobrino llega a saber lo que estoy haciendo…

—Le dará un castigo aún mayor si yo revelo su secreto —lo interrumpió el otro con tono amenazante. Hemingway se tensó—. A

su querido sobrino no le gustará saber que usted es el responsable de la muerte de su esposa.

Silencio.

—Así que —continuó—, si quiere que ese secreto siga siendo secreto… deshágase de Marco Fairfax y de toda su estirpe cuanto antes. No permitiré más retrasos.

# Capítulo 19

Era ya mediodía cuando el carruaje se detuvo frente a la entrada principal de *Whiteshore Fields*, la plantación de algodón de Marco en Baton Rouge. Clariss estaba emocionada por conocer el lugar y pasar tres días junto a él sin la presencia de nadie más; serían solo ellos, disfrutando uno del otro.

El viaje había sido tranquilo, con un paisaje hermoso y cautivador que la hacía sentir dentro de una pintura romántica. Aún se sorprendía al recordar cómo Marco la había despertado esa madrugada y, después de hacerle el amor con la misma intensidad de siempre, le había dicho que se preparara para pasar unos días fuera de Nueva Orleans. Para su sorpresa, un baúl con sus pertenencias ya la estaba esperando en el carruaje. Luego, un pequeño barco de vapor los había aguardado en el muelle privado del Atlantic Crown.

El trayecto por el Mississippi había sido un deleite inesperado. El barco tenía una habitación acondicionada especialmente para ellos —con una cama amplia, un lavamanos y un ventanal desde el que se veía el río avanzar— donde Clariss pudo dormir al menos tres horas, acunada por el movimiento constante del agua.

Cuatro horas después, habían llegado a un pequeño puerto en Baton Rouge, donde otro carruaje los esperaba para llevarlos hasta la plantación.

Marco bajó primero y enseguida se giró para ofrecerle la mano. Clariss la tomó y descendió con cuidado. En cuanto sus pies tocaron la tierra, Marco la atrajo suavemente hacia su lado, colocándola justo frente a la amplia vista abierta de la plantación.

—Bienvenida a *Whiteshore Fields*, tormentita.

—Es hermoso —musitó ella, girando lentamente, maravillada por el paisaje.

El aire era más limpio y cálido que el de Nueva Orleans; había un aroma dulce que provenía de los viñedos que se extendían a la

derecha, largas hileras verdes expuestas al sol del mediodía. A la izquierda, se desplegaban los campos de algodón.

—Parece como si hubiera nevado sobre la tierra —comentó Clariss con una sonrisa, observando a los cientos de trabajadores en plena cosecha.

—Sabía que te gustaría —admitió él, apoyando una mano en la parte baja de su espalda.

Clariss no perdió la sonrisa cuando se volvió hacia él y lo abrazó por la cintura. El viento movió su falda color crema y su cabello rubio, que llevaba suelto.

—No imaginé que tuvieras algo así —confesó ella, mirándolo a los ojos verdes.

—Mi padre lo adquirió junto a… un socio, cuando apenas eran unas pocas hectáreas —explicó Marco, frunciendo levemente el ceño al omitir que ese socio era Jacob Straton, el padre de Clariss—. Él la amplió y yo terminé de convertirla en lo que ves ahora. Algodón, viñedos… y más allá está la casa principal.

—Intuyo que ese otro socio no hizo mucho —se burló ella.

—No —respondió él simplemente, mirando el campo. Luego volvió la vista a ella con una sonrisa—. Quiero mostrarte todo —añadió, rozándole la mejilla con el dorso de la mano—. Cada rincón.

El estómago de Clariss dio un vuelco. Aún le parecía un sueño tener a su lado al Marco que ya no ocultaba sus sentimientos: ni el orgullo, ni la devoción… ni esa ternura que parecía reservada solo para ella. No podía quejarse de su vida; estaba viviendo lo que siempre había soñado. Marco la quería y se lo demostraba. No tenía dudas de su amor.

Hacía dos días había expulsado a las Castañeda de Fairfax House; ya no tenía a Teresa cerca, tampoco Elaine estaba siendo insoportable, y la compañía de Cecilia y Marco hacía que la casa se sintiera más un hogar de lo que había sido al principio.

—Pues enséñamelo todo ya —pidió ella, emocionada como una niña impaciente por un dulce.

Marco solo rio y le dio un suave beso.

—Primero comamos algo. Debes alimentar a nuestro hijo —le recordó.

—Oh, sí… claro —asintió Clariss. Con la emoción había olvidado que no había comido nada más que fruta y algunos cubos de queso en el barco.

Subieron al carruaje para que los llevara hasta la casa principal, evitando así atravesar todo el campo a pie. Mientras avanzaban por el sendero central, Clariss observó los árboles frondosos que formaban una especie de túnel vegetal.

Cuando finalmente llegaron, quedó completamente sorprendida. La casa era una mansión imponente, mucho más grande de lo que había imaginado. Había esperado una construcción sencilla, quizá una casa amplia de madera como las que había visto en los alrededores de Baton Rouge, pero aquello parecía una de esas casas de campo inglesas.

La estructura era de dos pisos altos, con columnas blancas sosteniendo un amplio pórtico y grandes ventanales simétricos adornando la fachada. Lo más encantador era la vegetación: enredaderas espesas caían como cortinas desde los balcones, trepando por las paredes. A los costados, arbustos enormes y perfectamente podados alcanzaban casi la altura del segundo piso.

—¿Te gusta? —preguntó Marco, sonriendo al verla maravillada.

—Es… hermosa. Me recuerda a la casa de campo de mi padre en Windsor —comentó ella, sin apartar los ojos de la mansión—. Me encantaba pasar tiempo allí, aunque prefería la ciudad.

Marco giró el rostro hacia un lado con el ceño fruncido. No le molestaba que hablara de su vida en Londres, pero la mención de su padre siempre le provocaba una mezcla de ira e irritación que se esforzaba por ocultar.

El carruaje se detuvo frente a la escalinata de mármol que conducía al pórtico, donde dos grandes macetas de hierro contenían arbustos floridos. Un par de empleados esperaban en la entrada, inclinando la cabeza en cuanto Marco descendió.

—Bienvenidos, señor y señora Fairfax —saludó el mayordomo, vestido impecablemente.

—Aquí pasaremos los próximos días… sin interrupciones —musitó él cerca del oído de Clariss cuando ella se colocó a su lado. Ella

sintió la emoción recorrerle todo el cuerpo. Marco se irguió y miró a los sirvientes con firmeza—. Sirvan la mesa.

∞∞∞

Luego de almorzar, Marco dejó que Clariss durmiera un poco. Mientras ella descansaba, él se reunió con el capataz de la plantación. Si bien el viaje había sido pensado para pasar tiempo a solas con su tormentita, también aprovecharía para revisar el progreso de la cosecha y agilizar el proceso de traslado hacia Nueva Orleans; necesitaba ese algodón para procesarlo y enviarlo a Inglaterra.

No pensaba perder la oportunidad que Liverpool les estaba ofreciendo. Si lograba conquistar ese puerto, los demás vendrían más fácilmente.

—¿Qué porcentaje de la cosecha tenemos ya en sacos? —preguntó Marco en cuanto el capataz estuvo frente a él.

Desde donde se encontraba, podía ver los viñedos extendiéndose en hileras perfectas. Era la parte de la plantación más cercana a la casa principal.

El capataz, un hombre de mediana edad, se ajustó el sombrero antes de responder.

—Aproximadamente un cuarenta y cinco por ciento, señor —informó con seguridad—. Las últimas semanas han sido buenas. No hubo lluvias fuertes y eso nos permitió avanzar con la recolección. El algodón está saliendo limpio y seco, justo como usted lo quiere para el despepitado.

Exactamente eso necesitaba: algodón seco y blanco.

—¿Cuánto estimas para completar el resto? —preguntó.

—Si el clima se mantiene así, tres semanas. Quizá menos.

Marco asintió satisfecho, mirando hacia los campos.

—Asegura que los sacos se almacenen bajo techo esta misma tarde —ordenó.

—Sí, señor.

El capataz hizo una leve inclinación, pero Marco señaló con un gesto hacia los extensos viñedos.

—¿Y los viñedos? —preguntó, avanzando unos pasos para observar mejor las hileras perfectamente alineadas.

—Van mejor de lo esperado —respondió el capataz, siguiéndolo—. Con el calor del final del verano y las lluvias suaves de septiembre, las uvas terminaron de madurar parejo. Tendremos un mosto excelente para iniciar la fermentación antes de que llegue el frío.

Marco sonrió un poco, orgulloso de que el trabajo de su padre estuviera dando frutos. Fergus había añadido las primeras vides como experimento, influenciado por los criollos franceses de la región. Al principio no había tenido esperanzas de que las uvas florecieran, pero allí estaban, listas para ser procesadas.

—No quiero retrasos en la cosecha —ordenó después de unos segundos.

—Por supuesto, señor Fairfax.

Marco lo despidió con un gesto y se quedó mirando la extensión de sus tierras. Para cualquier otro hombre, él era afortunado: había nacido en una buena familia, era rico, tenía múltiples negocios exitosos, era apuesto y tenía una esposa bellísima. Pero se había dado cuenta de que nada de eso le importaba tanto como Clariss; ella era lo único que realmente quería conservar.

Tras varias horas, Clariss y él salieron para dar un recorrido por los alrededores. Marco quería aprovechar para mostrarle el atardecer desde una pequeña colina cerca de la plantación. Cada vez que visitaba Baton Rouge, se tomaba un momento para observar cómo el sol se escondía; le resultaba relajante. Siempre lo hacía solo… pero esta vez lo compartiría con su esposa.

—Yo quería ver la plantación —se quejó Clariss, inflando las mejillas.

—Pero ya es muy tarde para eso, tormentita. Mañana la verás —explicó Marco, ayudándola a subir por la inclinación de tierra—. Esto te gustará más, te lo aseguro.

—Bueno…

Al llegar, la guió hasta el risco. Desde allí se veía todo el entorno de Baton Rouge: el pueblo, su plantación, las demás propiedades más pequeñas y el Mississippi serpenteando a lo lejos.

El sol estaba cerca de ocultarse; faltaba media hora para que el cielo se tiñera de rosados, amarillos y rojos. La brisa era fresca y pronto comenzaría a enfriarse aún más, sobre todo en la altura de la colina. Marco miró a Clariss, que estaba callada y absorta en la vista. Su cabello dorado estaba a punto de soltarse de las horquillas por culpa del viento y su vestido ondulaba de un lado a otro. La imagen de ella era mucho más hermosa que el paisaje.

—Sabía que te gustaría —sonrió él mientras se sentaba sobre el pasto verde y se apoyaba sobre un brazo, sin quitarle la mirada.

Clariss le devolvió la sonrisa y se acomodó a su lado.

—Creo que estoy en desventaja —comentó, apoyando la cabeza sobre su hombro mientras miraba el horizonte—. No sé muchas cosas sobre ti. En cambio… tú pareces conocerme muy bien.

Marco besó su cabello y los hizo tumbarse sobre la hierba.

—Puedes preguntarme todo lo que quieras —respondió él.

—Pero tú nunca me preguntaste, y aun así me conoces.

—Porque siempre te observo, tormentita. Todo lo que haces, o dejas de hacer, lo sé. Incluso desde mucho antes de casarnos —admitió.

Clariss se incorporó, frunciendo el ceño.

—¿Me espiabas? —inquirió casi gritando.

Marco se encogió de hombros.

—De vez en cuando.

Clariss bajó la mirada y se mordió el labio inferior.

—Vaya. ¿Por qué nunca te acercaste? Tal vez hubiéramos empezado este matrimonio de una forma diferente, y tal vez…

*«Mi hijo sí sería tuyo»*, pensó con tristeza. Todo habría sido distinto si hubiera conocido a Marco esa noche en vez de a aquel hombre.

—Tormentita, no importa cómo comenzamos. Lo importante es el ahora, estamos bien y somos felices.

—Sí, pero… —ella respiró hondo, quedando sentada y dándole la espalda.

Marco frunció el ceño. No quería que se alejara ni que se sumergiera en pensamientos tristes. Se incorporó y tomó su rostro

entre las manos, obligándola a mirarlo. Se perdió unos segundos en sus ojos azules.

—Te amo —musitó—. ¿Me crees?

Clariss asintió, sintiendo cómo sus ojos se humedecían.

—Lo sé… y yo también, Marco. Te amo —declaró dejando caer una lágrima—. Pero…

Se quedó callada. No tenía el valor de confesar su secreto. ¿Dejaría de amarla si supiera la verdad? ¿Si supiera que el hijo no era suyo?

—¿En serio? —preguntó él, sacándola de sus pensamientos—. ¿Me amas?

Ella volvió a asentir.

—Tenía miedo de decirlo sin estar segura. Pero ahora… estoy completamente segura de que te amo, Marco. Y tengo miedo de perderte. De perder esto que estamos creando —confesó.

Marco negó con la cabeza.

—No lo perderemos, tormentita. Te lo prometo.

La besó con ternura, colocando una mano en su mejilla. La tumbó sobre la hierba sin dejar de besarla durante un largo rato, hasta que el sol empezó a ocultarse y el cielo se volvió más oscuro, cargado de tonos rojizos.

—Es maravilloso —musitó Clariss, deleitándose con la vista mientras apoyaba la cabeza en el pecho de Marco.

—Lo es. Siempre que vengo no puedo evitar subir a ver el atardecer —comentó él, pasando los dedos por su cabello—. Pero hacerlo contigo es aún mejor.

—Conmigo todo es mejor —bromeó ella—. ¿Cuándo murió tu padre?

Marco se tensó un poco ante la pregunta repentina.

—Hoy lo has mencionado varias veces y nunca me hablas de él. ¿Acaso no se llevaban bien?

—Sí nos llevábamos bien… pero no me gusta hablar de su muerte —respondió.

—Entonces háblame de él sin mencionar su muerte. Me gustaría conocerlo a través de ti —pidió Clariss con una sonrisa suave.

Marco suspiró mirando el cielo teñido de rojo.

—Fergus Fairfax era un buen padre. Lo quería mucho; lo era todo para mí. A pesar de que vivimos en un mundo donde un hombre no tiene por qué expresar su amor por sus hijos… él sí lo hacía. Nos quiso a Cecilia y a mí por igual —comenzó, dejando que los recuerdos lo envolvieran.

Clariss no dijo nada; solo lo miraba con atención mientras la brisa jugaba con su cabello.

—Él me enseñó todo —continuó—. El mundo del contrabando, la importancia de los barcos, de los acuerdos, lo que era la lealtad… pero también me enseñó a respetarme como hombre.

Sus ojos verdes se perdieron en el horizonte unos segundos.

—Cuando era niño —prosiguió—, yo solía escaparme al muelle de la naviera para ver los barcos que llegaban y partían. Un día, tendría siete u ocho años, me colé en un carguero y me escondí detrás de unas cajas. Quería irme y conocer el mar.

Una sonrisa suave apareció en los labios de Marco. Clariss amó que él la dejara ver esa parte suya.

—El capitán me descubrió antes de zarpar y mandó un mensajero a buscar a mi padre. Él llegó furioso. Me tomó del brazo sin decir una sola palabra. Yo pensé que me iba a golpear.

—¿Lo hizo? —preguntó Clariss esperando lo peor. Pero Marco negó lentamente con la cabeza.

—En cambio, me alzó en sus brazos, me llevó al muelle y me dijo que no tenía que esconderme para ver lo que un día sería mío. Ese día pasamos horas allí; me llevaba a la naviera cada vez que podía. Fue una de las tardes más felices de mi infancia.

Clariss sonrió, conmovida.

—¿Y tu madre? ¿Siempre ha sido… así? ¿O solo cambió porque te casaste conmigo?

—Mi madre… —hizo una pausa, respirando hondo—. Era distinta entonces. Dulce y cariñosa. Cuando yo regresaba al anochecer cubierto de polvo del muelle, no me regañaba. Me bañaba, me acomodaba el cabello y me leía un cuento antes de dormir.

Clariss abrió los labios, sorprendida. Le costaba imaginar a una Elaine suave, maternal y tierna.

—Ella amaba a mi padre —añadió Marco con un tono más grave —. Mucho más de lo que te imaginas.

Clariss desvió la mirada hacia la plantación que se extendía bajo la colina y sintió un pequeño nudo en el pecho. ¿Había juzgado de más a su suegra? Marco, ajeno a sus pensamientos, continuó:

—Él quería que yo fuera mejor que él. Y a veces… no sé si lo logré.

Clariss tomó su mano suavemente.

—Sí lo hiciste —aseguró ella con una pequeña sonrisa—. Tuviste un buen padre que te guió bien. Yo no puedo decir lo mismo. Mi padre no fue cruel conmigo, pero tampoco estuvo presente en mi crecimiento. Mis hermanas fueron las que cuidaron de mí, y los sirvientes, por supuesto.

Marco la miró fijamente, tentado de decirle que él sabía perfectamente quién era su padre.

—¿Entonces no conocías lo que hacía tu padre? —preguntó.

—No. Mis hermanas y yo no nos metíamos en sus asuntos; él era muy controlador a pesar de no comportarse como un verdadero padre. Nosotras creíamos que era normal… en Londres muchas cosas son diferentes —Clariss se encogió de hombros—. Pero supimos que era peligroso cuando se casó con Jayne. Intentó raptarnos y alejarnos de Londres. Fui testigo de su maldad… y de cómo terminó en prisión. Después… se suicidó.

Marco apretó los puños, molesto. Él hubiera dado cualquier cosa por ser quien acabara con la maldita existencia de Jacob Straton, por darle un final lento y doloroso, por hacerle pagar cada pecado cometido desde el día en que nació.

—Por cierto, necesito la ayuda del Marco contrabandista —dijo ella de pronto.

Marco arqueó una ceja; la ira se disipó, dando paso a cierta diversión por cómo lo había llamado.

—¿Para qué lo necesitas?

—Quiero ayudar a una amiga. Sus padres la casaron con un hombre horrible. Le prometí que la sacaría de ese matrimonio — explicó.

—Tormentita, debes aprender que en el matrimonio nadie puede intervenir. Es la ley —dijo Marco, mirando cómo el cielo comenzaba a oscurecer. Ya debían volver a la casa.

—Pero él la trata muy mal. Y con tu poder en Nueva Orleans, estoy seguro de que puedes hacer algo por ella. Por favor… es mi amiga —suplicó ella, mirándolo directo a los ojos.

Marco respiró hondo y finalmente asintió.

—Está bien. Cuando regresemos a Nueva Orleans veré qué puedo hacer —aceptó.

Clariss chilló de emoción y lo abrazó por el cuello, repartiendo besos por todo su rostro.

—Ya casi está oscuro, regresemos —murmuró él, divertido.

Clariss asintió y Marco la ayudó a levantarse del pasto. Con un último beso, ambos emprendieron el regreso hacia la casa principal.

# Capítulo 20

Era la segunda vez que Cecilia bajaba del carruaje oculta bajo su capa frente al mismo lugar. La primera vez había ido porque aquel hombre la había ayudado; ahora lo hacía porque lo necesitaba, pero de una manera diferente.

Apenas eran las nueve de la noche. Julia Street estaba tranquila, iluminada por los faroles, y solo unas pocas personas caminaban por allí. Cecilia ajustó su capa y bajó la cabeza.

—Espérame un poco más adelante —ordenó al cochero, que de inmediato puso el vehículo en movimiento.

Cuando estuvo sola, respiró hondo y entró en el edificio de tres pisos. Estaba algo oscuro, pero aún recordaba cómo llegar a su destino. Subió las escaleras hasta el tercer nivel, caminó unos metros y se detuvo frente a la puerta entreabierta. Sin tocar, la abrió y se adentró. Una vez fuera de cualquier mirada pública, bajó la capucha y descubrió su rostro.

Miró alrededor buscándolo, pero no lo vio. Todo estaba ordenado; la casa era simple, pero sorprendentemente acogedora. Un ruido proveniente de la habitación del fondo captó su atención. Sin pensarlo, se dirigió hacia allí en silencio, esquivando una pequeña mesa y dos sillas. Sonrió apenas al verlo: estaba frente a un espejo, afeitándose la barba con un cuchillo filoso.

Cecilia lo observó varios segundos, recorriéndolo con la mirada. Su torso estaba descubierto, y la tensión en sus brazos mientras se afeitaba hizo que sintiera una oleada de deseo.

—No deberías estar aquí, Cecilia —la voz grave y seria de Roux la sobresaltó.

Había aprovechado la ausencia de Marco y Clariss para visitarlo. Hacía bastante tiempo que no estaban a solas, y esa noche ella quería mucho más que un intercambio de palabras. La primera vez que había estado allí fue cuando intentó huir de Fairfax House tras enterarse de que su hermano la entregaría en matrimonio. Roux la encontró a punto de ser forzada por tres hombres en un callejón; ella estaba aterrada. Siempre había vivido resguardada tras los

muros de la mansión, sin conocer el peligro real del mundo que existía más allá de aquella fortaleza.

Roux la había salvado y llevado a su hogar, que estaba cerca. La había calmado con suavidad y respeto. Cecilia recordaba lo sorprendida que estuvo al ver cómo ese mismo hombre, que había matado a sangre fría a sus agresores sin pestañear, podía tratarla a ella con tanta delicadeza. Aquella noche fue la primera vez que hablaron, y la conexión entre ellos fue inmediata. Los días siguientes se encontraron solo para conversar; luego llegaron los primeros besos, las confesiones de deseo… hasta que ella aceptó casarse con Pierce por decisión de Marco.

Desde entonces, Roux dejó de acudir a sus encuentros. Cecilia creyó que era lo mejor, pero pronto descubrió que lo extrañaba… y que lo quería.

Roux dejó el cuchillo a un lado, se lavó el rostro en una jofaina con agua y se secó antes de girarse para enfrentarla.

—Lo sé, pero debía aprovechar la ausencia de Marco. Es una oportunidad que quizá no vuelva a repetirse —explicó ella, dando un paso hacia él.

—Pero no debe repetirse —respondió él, cruzándose de brazos, lo que lo hacía parecer aún más imponente.

La mirada de Cecilia se perdió en los tatuajes de su cuerpo. Tenía uno en el cuello, otro en el brazo derecho, uno en el pecho, otro en la costilla y uno más en la espalda. Ella nunca le había preguntado por ellos, pero intuía que se los había hecho hacía mucho, antes de convertirse en el hombre de confianza de Marco.

—No creo que sea eso lo que quieres, Roux —musitó con las mejillas encendidas. Nunca había sido tan atrevida. Jamás habría imaginado que daría un paso como ir a su encuentro para hablarle así. Pero, extrañamente, desde que se había acercado a Clariss y visto su determinación, se había sentido impulsada a dejar de ser la Cecilia sumisa que complacía siempre a todos.

—Lo es desde que decidiste aceptar casarte con Dankworth —aseveró él, sin moverse.

Cecilia frunció el ceño.

—Sabes que no tenía elección. Además, si realmente hubieras querido alejarme, ni siquiera me mirarías. Pero nuestra complicidad es evidente —respondió ella, recordando cómo Clariss había notado la tensión entre ambos.

Roux levantó una ceja.

—Como sea, no podemos estar juntos. Lo dejaste claro una vez.

—Pero podríamos intentar…

—No, Cecilia. Marco es tu hermano y es mi jefe. Nunca aceptará esto —la interrumpió, caminando hacia el pequeño balcón para encender un cigarrillo.

—Roux, por favor… —suplicó ella acercándose, sin atreverse a salir al exterior por miedo a ser vista.

Él soltó una risa amarga mientras daba una calada.

—Quieres que te acepte, pero te da vergüenza que nos vean juntos.

Cecilia negó rápidamente.

—No es vergüenza, es miedo. Todos en esta ciudad conocen a Marco. Cualquiera podría vernos y eso te costaría todo lo que has conseguido. Pero si damos el paso y se lo dijéramos nosotros mismos, él podría entender y...

—Basta. No arriesgaré mi puesto por ti, Cecilia —declaró Roux, apagando el cigarro y acercándose a ella.

Cecilia tragó el nudo que se formó en su garganta.

—¿Tu trabajo es más importante que yo? —preguntó con la voz entrecortada.

Roux la observó unos segundos antes de apartar la mirada y asentir.

—Sí. No te conozco lo suficiente para arriesgarlo todo por ti —replicó con voz firme.

Cecilia asintió sin poder responder. Selló los labios y contuvo las lágrimas. ¿Cómo podía decir que no la conocía? Él conocía secretos que nadie más sospechaba, incluso que ella no era la verdadera hija de Elaine y Fergus. Había sido él quien la apoyó cuando quiso buscar a sus verdaderos padres, aun cuando eso significaba traicionar la confianza de los Fairfax.

—Entiendo. Imagino que a partir de ahora no somos más que dos desconocidos —musitó.

—Exacto. Para mí tú eres la hermana de mi jefe, la señorita Fairfax. Y yo solo soy Roux, el hombre de confianza del señor Fairfax —afirmó él.

Cecilia volvió a asentir y salió casi corriendo del lugar. Cuando subió al carruaje, finalmente sollozó, dejando que las emociones la envolvieran. En ese instante, no sabía si haber sido encontrada por los Fairfax había sido suerte o desgracia. Había tenido una buena vida gracias a ellos, ¿pero a qué costo? Debía ser sumisa, aceptar matrimonios no deseados y ahora perdía la oportunidad de amar y ser amada.

∞∞∞

Los planes de pasar más días en Baton Rouge se vieron frustrados por una misiva importante que Marco había recibido. Él no había querido decirle cuál era la urgencia, pero después de insistir, Clariss descubrió que habían intentado sabotear la naviera.

Clariss se preocupó sobremanera. Alguien quería asesinar a Marco y, además, destruir sus negocios. Aquello también la afectaba a ella como su esposa, y se sentía inútil por no saber cómo ayudarlo. A pesar de todo, Marco le había pedido que no se preocupara, que se mantuviera tranquila por el bebé. Incluso le había sugerido visitar a sus hermanas para distraerse un poco.

Haciéndole caso, salió escoltada por cuatro lacayos hacia la floristería de Brianna. Hacía días que no la veía; el pensamiento la hizo sentir un poco culpable. Se había olvidado de sus hermanas por estar con Marco siendo feliz.

—Soy una mala hermana —musitó, mordiéndose la mejilla interna.

El carruaje se detuvo frente a *The Lily's Garden*. Clariss bajó y se dirigió a la entrada. Al cruzar, una campanilla sonó anunciando su llegada.

—Bienvenida al Jardín de los Lirios. ¿Busca algo en especial? —preguntó una joven detrás del mostrador.

Clariss intuyó que debía ser la ayudante que Brianna había contratado.

—Busco a Brianna —respondió con una sonrisa—. Soy Clariss, su hermana.

La joven abrió los ojos, sorprendida y apenada.

—¡Oh, disculpe! No la reconocí —se excusó rápidamente, saliendo de detrás del mostrador—. La señora Brianna está arriba, dándole el desayuno a Aurora.

Clariss asintió, aprovechando para mirar cómo su hermana había reorganizado todos los estantes. Todo estaba más lleno que la última vez: más flores, más frascos de vidrio y un olor más intenso a plantas frescas. Luego miró a la joven, que aún mostraba una sonrisa avergonzada. Era pelinegra, de ojos color ámbar, figura algo voluptuosa y estatura media. Tenía un rostro delicado y la piel ligeramente aceitunada.

—Clariss —llamó ella al escuchar a su hermana, que entraba por una puerta con Aurora en brazos.

—¡Tía Clariss! —chilló la niña, arrojándose hacia ella. Clariss la abrazó sonriente; luego miró a Brianna con una expresión de disculpa mientras su hermana se cruzaba de brazos, arqueando una ceja.

—Sí, lo sé, soy una hermana horrible —admitió Clariss acercándose—. Perdóname.

Brianna puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Ven aquí —dijo, abriendo los brazos. Clariss se lanzó enseguida a su abrazo—. De verdad lo siento… yo…

—Descuida, Clariss. Ahora estás casada y estás construyendo una vida. No siempre podemos estar juntas —respondió Brianna separándose de ella—. Lo importante es que estamos cerca; si nos necesitamos, sabemos a quién acudir.

Clariss asintió, aliviada.

—Mira, ella es Bridget, mi asistente —presentó Brianna, señalando a la pelinegra que había vuelto al mostrador.

—Me alegra que me hayas hecho caso —comentó Clariss.

—Lo sé. Ahora tengo un poco más de tiempo y he hecho algunos arreglos aquí. Incluso convertí el piso superior en una habitación.

Clariss se sorprendió por todo lo que su hermana había logrado.

—¿Entonces ya no estás viviendo en Sainte-Marie?

Brianna negó con la cabeza.

—Bridget me dio la idea —explicó señalándola—. Vio que era un buen espacio para una habitación. Arriba tenemos las camas, el guardarropas y algunas cosas que ustedes dejaron. Al fondo están la cocina y la despensa. Es perfecto, me ahorro el alquiler y puedo invertir más en la floristería.

—Me alegra que te hayas adaptado sin nosotras. De verdad me alegra muchísimo. De las tres, eres la única que ha podido salir adelante sin la ayuda de un hombre —expresó Clariss, algo divertida, pero sincera.

Amelia y ella habían salido de la pobreza gracias a Pierce y a Marco, pero Brianna… ella había insistido en no depender de nadie y había logrado prosperar por méritos propios. Clariss estaba orgullosa.

—Pero fue Pierce quien me prestó el dinero, Clariss. Sin su ayuda no habría podido comenzar —recordó Brianna.

Clariss hizo un gesto restándole importancia.

—Tú misma acabas de decir que fue prestado. No te quites mérito. Ahora ven, te invito a un café… y un dulce para Aurora.

—No puedo dejar sola a Bridget.

—No te preocupe, Brianna, puedo arreglármelas sola un rato —intervino Bridget.

—¿Ves? Vamos, salgamos un rato —pidió Clariss, tomándola del brazo.

—Está bien, déjame buscar un abrigo para Aurora y mi sombrero —aceptó Brianna.

Después de tomar los accesorios y dar un par de instrucciones a Bridget, las hermanas salieron con la niña y subieron al carruaje. Antes de subir, Brianna miró a su alrededor, sintiendo como si alguien la estuviera observando, pero no vio nada sospechoso.

—¿Brianna? —la llamó Clariss desde la ventanilla, frunciendo el ceño—. ¿Buscas algo?

Brianna negó y subió al carruaje, que enseguida se puso en marcha.

—¿Pasa algo? —preguntó Clariss—. Te vi preocupada hace unos segundos.

—No sé… hace unos días siento como si alguien me vigilara. No he visto nada extraño, pero es una sensación que persiste —explicó Brianna.

Clariss frunció el entrecejo.

—Le pediré a Marco que ponga a algunos de sus hombres frente a la floristería.

—No es necesario, Clariss. Seguro es paranoia mía —respondió Brianna, quitándole importancia.

—No debemos descartarlo así. ¿Y si realmente te están vigilando? No podemos correr riesgos.

Brianna no respondió, aunque en el fondo sí temía por ella y por su hija.

—¿Por qué tantos lacayos contigo? —preguntó, cambiando el tema.

—Marco quiere protegerme. Dice que hay personas que podrían hacerle daño a través de mí.

—Me parece correcto. ¿Y sobre el bebé? Amelia me comentó que decidiste dejar el plan inicial —dijo Brianna.

—Así es. No quiero engañarlo. Decidí decirle la verdad, pero… —Clariss miró hacia la calle a través de la ventanilla. Brianna esperó—. Las cosas se complicaron. Me desmayé frente a todos y Marco terminó enterándose de que estoy encinta. No me quedó más opción que mentir. Ahora cree que espero a su hijo.

Clariss miró a Brianna, quien no mostró sorpresa.

—¿No estás sorprendida?

—Ya lo sabía. Amelia me lo contó también —respondió Brianna.

Clariss frunció el ceño.

—¿Cómo lo supo Amelia? No la veo desde el día de las carreras. Desde entonces todo se ha complicado y han pasado tantas cosas…

—Tu esposo le dijo a Pierce, y él a Amelia. Y bueno… ya sabes —dijo Brianna encogiéndose de hombros—. Amelia fue a visitarte hace un par de días, pero tu suegra no le permitió la entrada. Luego Pierce le dijo que Marco te había llevado a Baton Rouge.

—¡Elaine no permitió que Amelia entrara! —exclamó Clariss, indignada—. Y pensar que sentí pena por ella…

—No hagas nada que te perjudique. Ella es la madre de tu esposo; puede inventar algo que haga que él te lastime.

—Marco no me hará nada —aseguró Clariss con una sonrisa.

—¿Cómo estás tan segura? Que lo quieras no significa que él...

—Él no me hará nada porque me ama —interrumpió ella, sonriendo, mientras Brianna fruncía el ceño—. Me lo confesó hace unos días.

—¿En serio?

Clariss asintió.

—Por eso no he tenido el valor de decirle la verdad. No quiero hacerlo sufrir… ni que deje de amarme.

—No creo que deje de amarte por eso. Si te ama de verdad, aceptará al niño. Después de todo, no lo engañaste, te casaste estando embarazada.

—Lo sé… pero han pasado casi tres meses y no se lo he dicho. Siento que sí lo he engañado —suspiró Clariss.

—A estas alturas, creo que deberías quedarte callada. No arriesgues lo que tienes —aconsejó Brianna—. Muchas veces, por querer hacer lo correcto, todo se arruina.

Clariss frunció el ceño, notando que su hermana hablaba también de sí misma. Pero antes de que pudiera preguntar, el carruaje se detuvo anunciando la llegada a *La Pastelería Magnolia's*, un local muy concurrido del Barrio Francés.

Tras pasar toda la mañana con su hermana y su sobrina, Clariss regresó a Fairfax House con algo de sueño. Habían paseado por Gallier Street y entrado en varias tiendas; ella le había comprado juguetes y accesorios a Aurora. Brianna había aceptado algunas cosas que, según decía, eran las que realmente necesitaban.

Apenas puso un pie en la casa, fue interceptada por Cecilia, que tenía los ojos rojos y el rostro angustiado.

—Cecilia, ¿qué pasa? —preguntó al verla así.

—Marco… ha fijado una fecha para mi boda con Alonso —exclamó Cecilia sollozando.

Clariss frunció el ceño.

—¿Por qué lo hizo? Pensé que rompería el compromiso —dijo Clariss, sin saber qué más decir. La desesperación en el rostro de Cecilia era evidente.

—No quiero casarme con ese hombre, Clariss. Marco dijo que ya había dado su palabra y que no pensaba romperla.

Clariss se mordió el labio, pensando qué podía hacer para ayudar; no se le ocurría nada. El único que podía detener aquello era Marco.

—Por favor, habla con él —suplicó Cecilia, tomando sus manos.

Clariss no estaba segura de poder lograr algo, pero no perdería nada intentándolo.

—Sí. Hablaré ahora mismo con él —aseguró, ofreciéndole una sonrisa débil—. Espérame en tu habitación.

Cecilia asintió y, después de limpiarse la nariz, se retiró. Clariss respiró hondo, pensando cómo iniciar la conversación sin que terminara en discusión. Aunque la situación era distinta ahora, eso no significaba que entre ellos no hubiera aún algunas diferencias.

Sabiendo lo que debía hacer, se dirigió a la cocina. Al llegar, los sirvientes estaban ocupados preparando la cena.

—¿Necesita algo, señora Fairfax? —preguntó la nueva ama de llaves, una mujer de mediana edad de rostro amable.

Si era sincera, a Clariss le gustaban más los nuevos sirvientes que los anteriores, aunque no se sentía del todo cómoda sabiendo que por su causa habían sido despedidos.

—Solo haré unas galletas. No se preocupen por mí; pueden continuar con su trabajo —respondió Clariss con una sonrisa.

—El chef puede hacerlo por usted —respondió la mujer, algo nerviosa.

—Prefiero hacerlo yo. Sé lo que hago —aseguró ella con suavidad para aliviar la tensión.

—Como desee. Si necesita ayuda, no dude en pedirla —contestó el ama de llaves, y ella asintió.

Clariss miró la cocina buscando todo lo que necesitaría: calderos, fogones, hornos; todo dispuesto. La cocina era un caos organizado; a pesar del bullicio para preparar el almuerzo, todo estaba en su sitio y era fácil de encontrar.

Se dirigió a la despensa y escogió los ingredientes: harina, mantequilla, azúcar, dos huevos, vainilla, una pizca de sal, una cucharadita de levadura y una pizca de canela. También tomó un poco de limón para la ralladura y unas nueces picadas que guardaría para coronar algunas galletas.

Preparó la masa mezclando la mantequilla con el azúcar hasta obtener una crema, añadió los huevos uno a uno, la vainilla y la ralladura de limón; luego incorporó la harina con la levadura, la canela y la sal. Amasó todo hasta lograr una textura homogénea, formó pequeñas bolitas y las acomodó en bandejas engrasadas. Las glaseó ligeramente con un poco de huevo batido y esparció las nueces por encima antes de llevarlas al horno caliente.

Mientras las galletas se horneaban, Clariss se sentó en la mesa donde los sirvientes solían comer. Se sentía a gusto entre ellos; eran amables y la habían ayudado incontables veces. Incluso le habían ofrecido algún dulce cuando insinuó que tenía hambre.

Cuando las galletas estuvieron listas, las dispuso en una bandeja junto a una tetera humeante de té y salió directa al despacho de Marco. Al llegar, no tocó la puerta; solo entró con una sonrisa.

—Te traje algo —anunció, dejando la bandeja sobre la mesa—. Las he horneado yo misma.

Marco la miró y ladeó el rostro hacia las galletas.

—No tenías que molestarte en acercarte a la cocina, tormentita —expresó él, haciendo espacio para que ella se sentara sobre sus piernas.

—Pero quería hacerlo —respondió ella, encogiéndose de hombros antes de besarlo—. Me gusta la repostería. Pruébalas.

Marco tomó una galleta y la probó; Clariss lo observó, esperando su reacción.

—¿Y?

—Están deliciosas, como todo lo que haces —respondió él, tomando otra.

Clariss frunció el ceño, comprendiendo lo que quería decir.

—¿Has comido otras cosas que he hecho? —preguntó. Él asintió, todavía masticando—. Las comprabas en la panadería de Ruth, ¿cierto?

Marco sonrió, sin rastro de culpa.

—No puedo creer que me espiaras hasta ese punto, Marco —acusó ella, aunque en el fondo no le molestaba. Le agradaba que, desde el principio, él la considerara suya.

Marco solo se encogió de hombros y le dio un beso suave; luego hizo que mordiera una galleta tomada de su mano.

—¿Estuvo bien el paseo con tu hermana? —preguntó.

—Sí. Creo que te llegarán algunas facturas pronto —avisó ella con una sonrisa de disculpa.

—Está bien —respondió él, sin mostrar molestia por sus gastos.

Clariss tomó otra galleta y observó las docenas de papeles esparcidos por la mesa: libros abiertos, varias plumas a medio uso... Todo un desorden.

—¿Cómo logras trabajar así? Solo terminarás con dolor de cabeza —comentó, dejando la galleta y levantándose del regazo de Marco para ordenar algunos documentos—. Estoy segura de que estos no los necesitarás ahora.

—No —contestó Marco, mirándola organizar el caos—. Son muchas cosas y termino juntándolo todo.

—Pero así es más difícil. Puedo ayudarte a organizarte. Sé clasificar documentos; lo hacía en la biblioteca de mi residencia en Londres.

—Está bien —aceptó Marco, tomando una pluma y volviendo a escribir en uno de los documentos.

Al cabo de unos minutos de silencio, en los que Clariss se concentró en clasificar los papeles —todos relativos a la naviera y a un cargamento de algodón y tabaco rumbo a Inglaterra—, pensó que sería un buen momento para hablar de Cecilia.

—Marco —comenzó ella sin dejar de trabajar—. Cuando llegué, encontré a Cecilia en un estado lamentable.

Marco desvió la mirada y frunció el ceño; intuía hacia dónde iría la conversación.

—Me dijo que has fijado una fecha para su boda con ese hombre despreciable —continuó Clariss—. Creo que deberías pensarlo. Es tu hermana y está desesperada. Al menos si fuera con alguien más joven… pero ese hombre es… horrible.

Clariss hizo una mueca de disgusto.

—Ya di mi palabra, tormentita. Simplemente no puedo retractarme —explicó Marco con suavidad, aunque algo molesto por la intromisión—. Mi nombre quedaría brulado.

—No creo que tu reputación sufra por romper un compromiso, Marco. Es solo la arrogancia que ustedes, los hombres, se imponen. Tampoco creo que sea una afrenta que deba importarte tanto.

Marco la miró con una ceja levantada y soltó una leve risa.

—¿Qué propones que haga? —preguntó.

A Clariss le brillaron los ojos; si él preguntaba, era porque estaba dispuesto a escucharla.

—Podrías hablar con Cecilia. Pregúntale sinceramente qué quiere, con quién desea casarse. Luego podrías alegar que apareció un mejor partido y romper el compromiso sin escándalo. Después de todo, estamos en Nueva Orleans, pero en Londres muchas familias lo hacen y el cotilleo dura poco si luego se celebra una gran boda.

—Bien, lo pensaré cuando regrese de Boston —dijo Marco.

Clariss dejó los documentos sobre la mesa y lo miró con confusión.

—¿Cómo que te vas a Boston?

—Me reuniré con unos socios; serán solo unos días —respondió él.

—Pero acabamos de venir de Baton Rouge por la urgencia en la naviera.

—Ya la resolví. Ahora necesito reunirme con mis socios en Boston.

—Es por la amenaza, ¿verdad? —insistió ella, preocupada.

Marco asintió.

—Eres muy lista, tormentita —la elogió, sonriendo.

—Puedo ir contigo —propuso ella, dejando de lado el halago. Pero Marco negó con la cabeza—. Ya estuve contigo en Boston; allí nos casamos. No habría diferencia.

—Sí la habría. Esta vez me reuniré con gente peligrosa. Necesito saber que estarás a salvo aquí —se acercó y la abrazó—. No tardaré más de una semana; lo prometo.

—Está bien. Promete que regresarás a salvo —pidió ella, aferrándose a él.

—Lo prometo, tormentita. Siempre regresaré a ti.

# Capítulo 21

**Charleston, 5 de noviembre de 1828.**

Marco miró a través de la ventanilla del carruaje hacia Ravenshire House, la mansión que se alzaba a unos metros, apenas alumbrada por algunos faroles. A simple vista parecía una casa abandonada o descuidada, sin nadie viviendo dentro. La fachada estaba sucia, los muros de ladrillo que la rodeaban estaban manchados por el tiempo y las rejas de hierro de la entrada estaban casi oxidadas.

—Faltan cinco minutos para que pueda entrar, señor —avisó Roux.

Marco apartó la mirada de la casa y asintió. Ya habían entrado dos miembros de la *Ordo Rubri*; él sería el tercero cuando se cumplieran los quince minutos de intervalo obligatorios. Era una de las reglas del consejo: no llamar la atención. Y aunque Tradd Street estaba tranquila esa noche, no podían arriesgarse.

—Cuando entre, haz que el carruaje se estacione en el callejón de la siguiente intersección —ordenó Marco mirando a su hombre de confianza.

Roux era el único que sabía dónde estaría realmente. Marco le había dicho a Clariss que estaría en Boston, no porque desconfiara de ella, sino porque conocía bien la naturaleza de las conversaciones entre mujeres. Además, si quería evitarle preocupaciones, debía ocultarle que esa reunión exigía absoluto silencio. Su tormentita debía creer que solo sería un viaje de negocios.

—Bien —asintió Roux.

Marco volvió a mirar por la ventanilla y vio a dos hombres posicionarse para abrir la reja de hierro, dándole la señal de que podía avanzar. Con un golpe seco en el techo del carruaje, este se puso en marcha, entrando por el camino de piedra que conducía a la mansión. El sendero estaba igual de descuidado que el resto de la propiedad, y la fuente que una vez debió manar agua estaba seca, cubierta de moho y musgo verde.

Marco le dio un último asentimiento a Roux en forma de despedida. Luego bajó del carruaje alisando su abrigo, protegiéndose del aire frío y la suave llovizna. Sin detenerse, avanzó

hacia las escaleras de mármol, cubiertas de hojas secas, que daban directo a la puerta principal, entreabierta. Al entrar, encontró el interior cálido y alumbrado.

—Bienvenido, Lobo Negro. —El mayordomo lo recibió con una ligera reverencia y la capa roja que solían usar para las reuniones—. El Tigre y el Toro lo esperan en el salón principal de Ravenshire.

Marco se quitó el abrigo y el sombrero, y tomó la capa roja que el hombre de mediana edad le ofrecía.

—¿Desea tomar algo en específico? —preguntó el mayordomo.

—Coñac, estará bien —respondió Marco, ajustándose la prenda sobre los hombros.

—Enseguida.

Marco se alejó del vestíbulo y avanzó por el pasillo que conducía al salón principal. Por dentro, la casa estaba en perfectas condiciones y bien atendida, lo que contrastaba profundamente con el exterior. Ravenshire House pertenecía a Kingsley Hemingway, conocido como el Tigre, Gang Leader de Charleston y miembro del Consejo de la *Ordo Rubri*. Otra de las reglas era que no podían llamarse por sus nombres reales dentro de las casas sedes mientras hubiera una reunión; para eso estaban los alias.

Marco entró en el salón, iluminado solo lo suficiente para distinguir los rostros. El espacio estaba preparado para reuniones de emergencia: una enorme mesa ocupaba el centro, con siete sillas alrededor, cada una marcada con el símbolo animal de su respectivo miembro: el Lobo, el Tigre, el Toro, el Zorro, el Halcón y la Serpiente. La última silla estaba reservada para el Arconte, líder absoluto de la *Ordo Rubri*. Tres candelabros con velas encendidas iluminaban la mesa, y en cada esquina del salón había faroles altos que reforzaban la iluminación del lugar.

—Llegaste —habló uno de los presentes al ver entrar a Marco.

Marco observó a los dos miembros que ya estaban sentados en sus lugares, cada uno con una copa de licor.

—Ahora debemos esperar al resto —respondió él tomando su asiento frente al del Tigre; a un metro, en otra silla, estaba el Toro.

Ambos eran hombres con edades similares a la de Marco, pero cada uno tenía su propia característica. El Tigre era un hombre alto,

de complexión ancha y un poco robusta, con el cabello castaño oscuro y unos ojos grises casi plateados. Llevaba una barba espesa y perfectamente delineada que enmarcaba una mandíbula fuerte. La túnica roja dejaba ver su camisa negra entreabierta y un colgante metálico con un anillo como dije reposando sobre su pecho. Sus manos, descubiertas —una apoyada sobre la mesa y la otra sosteniendo su bebida— mostraban con claridad el tatuaje que llevaba en el dorso.

Y el Toro, tal como su alias, realmente parecía un salvaje animal, salvo porque vestía con una elegancia impecable. El Gang Leader de Filadelfia era un hombre alto, de hombros anchos y complexión poderosa, imposible de pasar por alto. Su cabello oscuro, largo hasta los hombros y un poco ondulado, enmarcaba un rostro masculino y duro, marcado por una cicatriz que cruzaba su ceja y parte del párpado izquierdo. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos: un ámbar intenso, casi dorado; un color inusual que le daba un aire peligroso y a la vez irresistible.

—No deben tardar, solo hay que respetar los intervalos —dijo el Toro en tono relajado antes de beber un sorbo.

—¿Saben si el Arconte se presentará? —preguntó Marco acomodándose.

—No lo sabemos, pero lo más probable es que sí. Es una emergencia —respondió el Tigre con su habitual voz firme y apagada.

Marco solo asintió. En ese espacio nadie podía preguntar nada que no estuviera relacionado con el motivo de la reunión. Al cabo de unos minutos, el mayordomo entró con una bandeja y una copa de coñac, la cual colocó frente a Marco, quien bebió un sorbo enseguida. El silencio no tardó en romperse nuevamente con la entrada de otro miembro: el Zorro, Gang Leader de Nueva York. Los presentes lo miraron con las cejas arqueadas al ver la sonrisa ladina en el rostro del hombre.

—Esto parece un funeral —comentó él sin perder la sonrisa.

El Zorro contrastaba por completo con el resto de los presentes. Era un hombre de porte aristocrático, de piel clara y rasgos finos, casi esculpidos. Su cabello rubio oscuro estaba peinado hacia atrás

con perfección, y sus ojos, de un gris azulado, resultaban tan atrayentes como engañosos. Vestía la túnica roja sobre un traje negro ajustado a su cuerpo alto, de complexión delgada pero firme. Para Marco, era uno de los miembros más astutos y estratégicos del consejo. Su rostro amable engañaba a cualquiera que no lo conociera realmente, pues detrás de esa fachada se ocultaba el hombre más peligroso.

—Solo siéntate y guarda silencio, Zorro —ordenó Marco, pero el rubio negó.

—Solo estamos nosotros. Mientras llega el resto, podemos ponernos al día —comentó el Zorro tomando su lugar cerca de Marco.

—Conoces las reglas —le recordó el Tigre con casi un gruñido.

El Zorro hizo un chasquido con la lengua.

—Veo que están de mal humor… aunque eso es natural en ti, Tigre —respondió con una ceja alzada y un tono burlón.

Marco rodó los ojos ante el comentario. Era un bufón insoportable y arrogante, pero también el mejor para su puesto.

—Zorro —advirtió el Toro con un tono más duro y firme.

Marco revisó su reloj de bolsillo. Eran las ocho y media de la noche. Solo faltaban el Halcón y la Serpiente para completar el consejo, y por último el Arconte. Esperaba que no tardaran demasiado. Dependiendo de las decisiones que se tomaran esa noche, pretendía volver a Nueva Orleans a primera hora de la mañana.

Al cabo de quince minutos apareció otro miembro: la Serpiente, Gang Leader de Baltimore. Y minutos después, el Arconte.

Los miembros se levantaron ante la presencia del líder, que tomó su lugar en la cabecera de la mesa.

La Serpiente era, sin duda, el miembro más enigmático del consejo. Su apariencia resaltaba incluso entre hombres tan distintos como el Lobo, el Tigre o el Toro. Tenía la misma elegancia que el Zorro, pero con un toque mucho más oscuro e inquietante. Era de hombros rectos, postura firme y cuerpo esbelto pero fuerte; imponía sin necesidad de fuerza bruta. Su cabello dorado claro caía en ondas suaves enmarcando un rostro simétrico y afilado, de labios finos y

expresión impenetrable. Era un hombre atractivo, demasiado atractivo, pero no inspiraba admiración porque sus ojos eran distintos: uno azul pálido y el otro ámbar oscuro.

—Comencemos —ordenó el Arconte, un hombre de unos cuarenta años y ojos negros. No era un anciano, pero su madurez solo lo hacía más imponente y respetable. Alto, de complexión firme y hombros anchos, su rostro masculino estaba enmarcado por una barba perfectamente recortada con mechones plateados que se mezclaban con el negro de su cabello.

—Falta un miembro —señaló Marco.

—El Halcón no estará presente; está de camino a Inglaterra —explicó el Arconte.

Ninguno preguntó más. No era el tema de la reunión.

—Hace unos días, el Lobo Negro convocó una reunión de urgencia —comenzó el Arconte con voz firme, mirando a Marco, quien se mantenía con el rostro neutro, esperando su momento—. ¿Por qué motivo?

—Traición —respondió Marco con seriedad. Esa sola palabra bastó para que todos comprendieran la gravedad del asunto—. Invoco los códigos uno y cuatro.

Los miembros se miraron entre sí con ceños marcados. Los códigos eran leyes forjadas desde generaciones pasadas, desde la creación de la *Ordo Rubri*.

El código uno protegía a las familias de los miembros cuando estaban bajo amenaza o en peligro: *La sangre se protege*. Y el código cuatro dictaminaba el destino de los traidores: *Los traidores deben ser ejecutados frente al consejo*. Nadie podía actuar por su cuenta; debían proceder en unidad y según el código.

—¿Estás insinuando que un miembro del consejo es el traidor? —preguntó el Arconte, midiendo su tono.

—Debo decir que estás equivocado, Lobo —habló la Serpiente, mirándolo con esos ojos bicolores—. Te elegimos como Gang Leader porque eres el indicado para el puesto. ¿Por qué te traicionaríamos?

—Exacto —continuó el Toro—. Nosotros respetamos el código, y te respetamos a ti.

Marco se sorprendió, aunque no lo demostró. Nunca esperó que el consejo lo apreciara de tal forma.

—Hablo de mi sociedad en Nueva Orleans —respondió, entrelazando sus manos sobre la mesa—. Desde que me eligieron Gang Leader, ha comenzado una serie de atentados en mi contra. Intentos de asesinato. Hice todo para encontrar al traidor, pero se esconde muy bien, lo que me hace pensar que recibe ayuda externa, fuera de Nueva Orleans. ¿Quizás alguien de sus redes?

—Es una posibilidad —comentó la Serpiente—. Pero si recibe ayuda externa, será más difícil detectarlo sin cooperación.

—Por eso los reuní —dijo Marco con firmeza, mirando a cada uno de los presentes—. No me preocupa tanto mi seguridad. Me preocupa que intenten alcanzarme a través de mi esposa. Si eso ocurre, no habrá límites de mi parte.

Nadie habló. Todos lo observaron con rostros neutros, aunque la tensión era evidente.

—¿Crees que apunten a ellos? —preguntó el Toro. Marco sostuvo su mirada.

—Si yo fuera el traidor, lo haría.

El Tigre lo miró con fijeza. Marco sabía que seguramente estaba recordando cómo había perdido a su esposa.

—Si es así, hiciste bien en reunirnos. Es una amenaza que debemos cortar de raíz. Esto podría crecer y convertirse en un enemigo mayor —habló el Arconte mirando alrededor—. ¿Todos estamos de acuerdo?

Los miembros asintieron.

—Entonces cada uno comenzará una investigación en sus ciudades. Busquen movimientos sospechosos en sus redes, rastreen si alguno de sus hombres viajó recientemente a Nueva Orleans. Toda información será útil para encontrar al traidor. En la *Ordo Rubri* no deben existir traidores —ordenó el Arconte.

Los presentes aceptaron sin objeción. El Arconte era un hombre que sabía lo que hacía. Aunque cada miembro del consejo poseía su propia astucia y un sentido estratégico, él siempre lograba mantener el equilibrio perfecto dentro de la *Ordo Rubri*. Sabía cuándo

presionar, ceder y dictar órdenes de acuerdo con la situación. Por eso todos lo seguían sin dudar.

—Propongo enviar un grupo de Centinelas a Nueva Orleans —expresó el Tigre. Todos lo miraron—. El Lobo invocó el código uno. No podemos permitir que dañen a su familia. Y los Centinelas son lo mejor que tenemos.

Marco asintió. Los Centinelas eran miembros altamente entrenados que actuaban como espías, protectores y cazadores.

—Concedido —aceptó el Arconte, aprobándolo con un leve movimiento de cabeza—. Su presencia será secreta. Ningún miembro de sus redes debe saberlo. Es un recurso que el traidor no verá venir, ni podrá prepararse para enfrentar. —Luego miró a Marco con seriedad—. Lobo. —Marco lo miró—. Te damos total libertad para anular el código cuatro. No cuestionaremos tus métodos.

La sala quedó en absoluto silencio. Marco inclinó la cabeza, aceptando la sentencia y agradeciendo sin palabras. Ahora tenía libertad para actuar sin restricciones ni consecuencias.

Pensó en Clariss y en su hijo. Y supo que, por ellos, quemaría Nueva Orleans si fuera necesario.

# Capítulo 22

El clima de Nueva Orleans era mucho más cálido que el de Londres, lo que permitía que Clariss y Amelia pasearan por Lafayette Square sin pensar en el frío. El día no era caluroso como en verano; la brisa era fresca, pero, aun así, jamás habría podido pasear por Hyde Park en noviembre si estuviera en Londres.

Las hermanas estaban sentadas en uno de los bancos dispuestos en el parque, mientras los niños jugaban bajo la supervisión de las niñeras. De vez en cuando, Amelia lanzaba miradas para asegurarse de que estuvieran bien.

—Creo que Brianna tiene razón, Clariss —expresó Amelia.

Clariss le había contado la conversación que había tenido con su hermana días atrás, cuando Brianna le dijo que lo mejor sería quedarse callada respecto a quién era el padre del niño.

—No sé si sea lo mejor… no quiero engañarlo de esa forma, Amelia —murmuró Clariss, dejando caer los hombros.

Ya habían pasado cinco días desde que Marco se había ido a Boston y lo extrañaba. Desde que se habían casado, no habían estado tan lejos el uno del otro. La soledad de sus noches le había dado demasiado tiempo para pensar en lo que debía hacer, pero seguía sintiendo miedo. No quería perder a Marco si le decía la verdad.

Sus hermanas solo querían protegerla y asegurarle una vida cómoda, con un futuro estable. Pero para Clariss era más que eso; también estaría mintiéndole a su hijo. Las mentiras no duran para siempre: tarde o temprano salen a la luz. Y temía que, si dejaba pasar los años en silencio, las consecuencias fueran aún peores.

—Creo que Brianna oculta cosas que pasaron con Ian —mencionó, dejando de lado el tema del bebé. Sabía que con Amelia no obtendría las respuestas que necesitaba.

Amelia asintió con suavidad.

—Lo sé. Pero ella prefiere callarlo y debemos respetarlo. Ha sufrido mucho… y aún lo hace.

—Me siento mal por eso. Celebrar mi felicidad con ella me hace sentir como una hermana horrible —confesó Clariss. Amelia sonrió un poco.

—No te sientas así. Estoy segura de que pronto Brianna encontrará un poco de felicidad. Solo debe soltar su pasado con Ian.

—Es difícil, Amelia. Ella tiene a Aurora… y la niña le recuerda constantemente a su esposo. Tú tampoco pudiste olvidar a Alex.

—Es diferente, Clariss. Yo no sabía qué había pasado con él. En cambio, Ian llevó a su amante a vivir bajo el mismo techo que Brianna. Él nunca la quiso.

Clariss ladeó la cabeza, aceptando esa cruda verdad.

—¿Deberíamos presentarle a alguien? —propuso con una sonrisa.

Amelia arqueó una ceja.

—No debemos presionarla —respondió—. Por cierto, supe que tu esposo mandó lejos a Teresa Castañeda.

Clariss sonrió abiertamente mientras asentía.

—Lo hizo. Y me trata tan bien, Amelia… —suspiró, totalmente enamorada—. Nunca pensé que podría estar viviendo algo como esto.

Amelia sonrió con auténtica felicidad por ella.

—Me alegro mucho por ti. La verdad, de las tres, tú eras la que más me preocupaba —admitió—. Y más después de lo que pasó aquella noche.

—Mejor no hablemos de eso —pidió Clariss. No quería recordar cómo se había entregado a aquel desconocido.

—Pero creo que Brianna es la que más necesita ayuda —continuó Amelia—. Aun así, me alegro por ti y de que, al final, Marco sí te ame. ¿No has intentado hablar con él sobre vivir solos? Sin la presencia de su madre. Supe que Cecilia se casará.

—Cecilia no quiere casarse. Estoy intentando que Marco olvide esa idea. Y sobre Elaine… —Clariss suspiró—. Es una bruja, pero al menos no ha tratado de matarme aún.

Omitió la discusión que habían tenido días atrás, cuando confrontó a Elaine por no permitir que Amelia la visitara. La disputa había sido acalorada, llena de gritos; ni los sirvientes ni Cecilia se habían atrevido a intervenir. Y por supuesto, el incidente de la almendra.

—Tal vez, cuando nazca mi bebé, considere la idea —añadió.

*«Si aún me sigue amando»*, pensó con el corazón apretado. En el fondo, sabía que debía ser sincera.

—¡Clariss! —Ambas levantaron la vista hacia la voz que la llamaba con tanta euforia. Era Jeanne, que se acercaba apresuradamente—. ¡Oh, señora Dankworth! No la había reconocido.

—No se preocupe —expresó Amelia con una sonrisa.

—Justo pretendía hacerles una visita. Hace días que no nos reunimos —comentó Jeanne con una tímida sonrisa.

—Si quieres, puedes unirte —ofreció Clariss—. Sé que todos deben saberlo, pero Amelia es mi hermana.

—Sí —asintió Jeanne—. Aunque no lo crean, ustedes han sido el tema de conversación por semanas, las hermanas que conquistaron a los hombres más deseados de la ciudad.

Clariss y Amelia se miraron entre sí. Clariss sonrió con coquetería. No le desagradaba que hablaran de ella, mucho menos si era para decir que era la señora Fairfax.

—No… lo sabíamos —respondió Amelia mirando a la castaña.

—Deberían leer las revistas. Ahí publican los chismes más recientes de la ciudad —recomendó Jeanne—. Incluso hay algunas que hablan de Londres, por si les interesa.

—¡Por supuesto! —respondieron las hermanas al unísono.

Clariss nunca había comprado esas revistas de chismes; para ella, Nueva Orleans no era tan escandalosa como Londres. Pero empezaba a darse cuenta de que, en la alta sociedad, sin importar dónde estuvieras, siempre habría algo de lo que hablar.

—Imagino que deben ser sus hijos —comentó Jeanne, señalando a los niños que corrían de un lado a otro, volviendo loca a la niñera.

—Lo son —afirmó Amelia con una sonrisa, observándolos.

En ese momento, Daphne cayó al suelo y comenzó a llorar. Amelia se levantó enseguida para consolarla, dejando a Clariss a solas con Jeanne.

—Escuché que tu esposo está fuera de Nueva Orleans —comentó Jeanne—. Gaspard me lo comentó. Imagino que lo extrañas; cuando mi esposo debe viajar, me pongo muy ansiosa.

Clariss sonrió, comprendiendo perfectamente el sentimiento de Jeanne.

—Creo que así somos las mujeres enamoradas —expresó.

—Pero seguro ya estará de regreso. No debes preocuparte por pasar más días separados.

—Eso espero.

—¿Y viajó muy lejos? —preguntó Jeanne, ladeando la cabeza con curiosidad.

—Sí, a Boston —respondió Clariss, encogiéndose de hombros.

—Entonces creo que tardará un poco. Boston no está precisamente cerca de Nueva Orleans.

—Mientras regrese a salvo, no importa la distancia.

Jeanne sonrió y asintió.

Una hora más tarde, Clariss estaba en su habitación leyendo una de las revistas de chismes que había comprado. Había elegido las últimas publicaciones de Nueva Orleans y de Londres; aunque las londinenses eran de septiembre, imaginaba que, por la distancia, era normal que no llegaran a tiempo. Aun así, estaba emocionada por saber lo que ocurría allá.

Para su sorpresa, dentro de la revista había un apartado sobre Lady Kennt. Nunca imaginó que volvería a leer sobre esa mujer; había esperado que ya hubieran descubierto su identidad.

—Al parecer sigues provocando escándalos, Lady Kennt… —susurró mientras continuaba leyendo.

De pronto, escuchó golpes en la puerta de su habitación y dejó la revista a un lado.

—Adelante —ordenó.

Cecilia se asomó y sonrió al verla sentada en el diván junto a la ventana que daba al jardín.

—Te estaba buscando, pero me dijeron que habías salido —dijo mientras entraba y cerraba la puerta.

—Estaba con Amelia —respondió Clariss.

—Oh… —fue lo único que dijo Cecilia con un ligero asentimiento. A pesar de que Marco había prometido pensar en el compromiso, el rostro de Cecilia seguía viéndose triste y apagado.

—¿Pasa algo? —preguntó Clariss, señalando uno de los sillones cercanos—. Puedes decirme.

Sabía que Cecilia necesitada hablar; estaba aprendiendo a conocerla y sabía que no solía expresarse demasiado si no se sentía en confianza.

—Hace una semana, cuando tú y Marco fueron a Baton Rouge… visité a Roux —confesó.

—¡Cecilia! —regañó Clariss, sorprendida.

—Descuida, nadie me vio. Supe ser cuidadosa —intentó tranquilizarla, aunque su voz sonaba apagada.

—¿Y qué sucedió? Imagino que no fue un encuentro… ¿romántico?

Cecilia negó con la cabeza.

—Quise decirle que podríamos ser sinceros con Marco, que tal vez él entendería que nos queríamos… pero descubrí que él no siente lo mismo por mí. Me equivoqué con las señales —confesó con tristeza.

Clariss abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato al no encontrar las palabras adecuadas.

—¿Y estás muy enamorada de él? —preguntó al fin.

Cecilia asintió, bajando la mirada.

—Pensé que me entendía… que teníamos una conexión para un bonito matrimonio.

*¿Bonito matrimonio?* ¿Eso lo decía alguien realmente enamorado? Clariss frunció el ceño. Ella misma había pensado cosas así cuando aún no estaba completamente entregada a Marco. Esa frase solo la decía alguien conformista; alguien que deseaba una vida tranquila, pero sin pasión, sin emoción y sin el amor que hiciera de esa unión algo más que simplemente *bonita*.

—Creo que deberías darte un tiempo y pensar en lo que realmente quieres, Cecilia —aconsejó Clariss.

La castaña levantó la mirada.

—¿Lo que quiero?

Clariss asintió.

—Roux me gusta. Siento que lo quiero —insistió ella.

—Bien, si estás segura de tus sentimientos…

—Lo estoy —se apresuró a decir—. Pero él dijo que no arriesgaría su posición al lado de Marco por mí.

—Es comprensible, Cecilia. Tu hermano no es precisamente un hombre que se tome las cosas con calma. Imagina su reacción si le dices que estás enamorada de su hombre de confianza; podría sentirse traicionado.

Cecilia jadeó y llevó una mano a su pecho, negando con la cabeza.

—No quiero eso —musitó, bajando la mirada. Luego se encogió de hombros—. De todas formas, debo resignarme. Tal vez deba aceptar mi destino casándome con Alonso.

—Por Dios, no digas eso. Ese hombre está más muerto que vivo, y es horrible —Clariss hizo una mueca de asco.

Cecilia rió un poco.

—Bueno, así podré heredar toda su fortuna.

—¿No tiene hijos? —inquirió Clariss.

—Que yo sepa, no —respondió Cecilia con una sonrisa—. ¿Te imaginas? Yo, la señora de Villalba, rica y joven…

La expresión de Cecilia se tornó pensativa. Clariss la miró con el ceño fruncido.

—No lo estarás considerando realmente… ¿cierto?

—Solo así podré ser libre. Las viudas pueden hacer lo que quieran; nadie las juzga en la cara ni las señala —respondió Cecilia.

—Solo si son discretas. Pero ese no es el caso. Si te casas con ese hombre y no muere rápido, tendrás que pasar a su lado cinco o diez años más… tal vez darle hijos y… —rebatió Clariss.

—No creo que ese hombre vaya a vivir tanto, Clariss —rio Cecilia. Ahora su semblante era más relajado, como si realmente estuviera considerando casarse con Alonso de Villalba solo para obtener libertad.

—Solo piensa en las consecuencias de unirte a ese vejestorio —pidió Clariss.

Cecilia asintió, sonriendo. En ese momento, Clariss sintió que las náuseas subían, pero logró controlarlas con respiraciones profundas.

—Es lindo tener un bebé, pero el proceso es complicado —comentó Cecilia al verla inhalar y exhalar despacio.

—Yo lo estoy llevando de maravilla. Deberías haber visto a Brianna; ella sí lo pasó mal —respondió Clariss, pasando las manos por su vientre ligeramente abultado. Aún no era muy notorio; quizá, si fuera tan esbelta como sus hermanas, se vería más.

—Espero que se parezca a ti. Si se parece a Marco estaremos perdidas… ya suficiente tenemos con uno —bromeó Cecilia.

Pero Clariss no sonrió. El comentario hizo que pensara en que Marco esperaría que su hijo se pareciera a él en algo, en cualquier rasgo. Y cuando no fuera así…

*«Dios mío… mi mentira saldrá a la luz más pronto de lo que imagino»*, pensó, mordiéndose el labio con nerviosismo.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal? —preguntó Cecilia, alarmada—. Llamaré al doctor.

—No… No es nada que tenga que ver con el bebé.

—¿Estás segura?

Clariss asintió, viendo la preocupación sincera en el rostro de Cecilia.

*«¿Podría confiar en ella y decirle la verdad? Ella confió en mí»*, pensó ante la posibilidad de ser sincera.

—Sí —declaró finalmente.

—Puedes confiar en mí —dijo la castaña con una sonrisa suave.

Clariss la miró, con el entrecejo arrugado por la duda y el miedo.

—Antes de casarme con Marco… yo… me había entregado a alguien más —confesó, haciendo que Cecilia frunciera el ceño—. ¿Recuerdas la mascarada en *Dankworth House*? —Cecilia asintió—. Conocí a un hombre y cometí la estupidez más grande al entregarme a él sin siquiera saber quién era.

Cecilia abrió los ojos ampliamente, sorprendida.

—Este bebé no es de Marco —añadió Clariss con voz temblorosa —. Me casé con él estando ya embarazada. Pero te juro que no lo sabía; lo supe después. Además… —respiró hondo—… nuestro matrimonio era un acuerdo. Después de dos años nos separaríamos. Pero todo se complicó y llegamos a esto. No sé cómo decirle que no es su hijo realmente.

Miró a Cecilia, quien seguía con la expresión congelada por la sorpresa.

—Di algo, por favor —suplicó Clariss.

—Es que… ¿en serio no estás encinta de mi hermano? —preguntó finalmente. Clariss negó con la cabeza—. ¿Y no sabes quién es el padre?

—No —respondió Clariss, avergonzada—. Era de noche y llevaba una máscara que le cubría casi todo el rostro.

—¿Y su nombre? ¿Algo para identificarlo? No digo que quiera que lo encuentres, sería desastroso para Marco. Él realmente te ama, pero el bebé… —Cecilia miró su vientre—. Creo que él necesitará saber quién es su verdadero padre, con el tiempo. Querrá entender por qué no estuvo presente; tal vez piense que lo abandonaron y…

—Cecilia, cálmate —pidió Clariss al verla tan agitada.

—Lo siento. No juzgo lo que hayas hecho; después de todo, no estabas casada y… si el comienzo del matrimonio es como dices… —Se encogió de hombros y luego frunció el ceño—. ¿Y no has pensado que ese hombre sí podría ser Marco?

Clariss negó inmediatamente.

—Imposible.

—Piénsalo, Marco no asistió a la mascarada esa noche. Tal vez porque estaba contigo. Yo tampoco te vi.

—Lo pensé una vez… pero aquel hombre tenía el cabello rubio. Marco tiene el cabello negro —razonó Clariss—. Qué más quisiera yo que mi bebé sí fuera de Marco.

—Entonces háblalo con él. Estoy segura de que lo entenderá.

—No lo creo…

—Marco te ama, Clariss. Si se lo explicas como a mí, lo comprenderá. Estoy segura de que aceptará al bebé. Y después podrán tener los suyos propios —aconsejó Cecilia.

Clariss sonrió con una chispa de esperanza; ese era el consejo que necesitaba.

—Lo haré… en cuanto regrese de Boston —prometió—. Gracias por no juzgarme.

—Tú nunca me has juzgado a mí —respondió Cecilia—. Para mí, eres mi única amiga.

Mientras Clariss y Cecilia seguían hablando, afuera de la habitación se encontraba una sonriente Elaine, quien por fin había

encontrado la manera perfecta de deshacerse de la esposa de su hijo.

# Capítulo 23

Hemingway House no era tan diferente de Fairfax House; ambas eran mansiones inmensas que dominaban todo a su alrededor. Marco se había quedado allí por invitación de Kingsley, para pasar la noche después de la reunión de la noche anterior.

Kingsley Hemingway era un amigo cercano; habían pasado gran parte de su niñez juntos, habían asistido a al mismo internado y sus padres habían sido grandes amigos, a pesar de vivir en ciudades distintas.

El padre de Kingsley había muerto antes que Fergus, y quien se había hecho cargo de él hasta que tuvo la edad adecuada para asumir sus responsabilidades como heredero fue su tío, Bladimir Hemingway.

Al igual que Marco, Kingsley había seguido los pasos de su padre, convirtiéndose en Gang Leader de la *Sociedad del Loto Blanco*. Era un hombre brutal y sin compasión en los negocios, un requisito indispensable para formar parte del consejo de la *Ordo Rubri*.

—Pensé que te quedarías unos días en Charleston para averiguar quién podría ser el traidor —comentó Kingsley, mirándolo desde su lugar tras el escritorio de su despacho.

—Debo regresar a Nueva Orleans. No puedo ausentarme muchos días. Confío en que tú y los otros miembros puedan ayudarme con esa información —respondió Marco, sentado frente a él, al otro lado del escritorio.

Ambos tenían sus copas de whisky a medio terminar**,** a pesar de ser apenas las ocho de la mañana.

—Por supuesto —asintió Kingsley.

Además de que necesitaba hacer notar su presencia en Nueva Orleans, extrañaba a su tormentita. Habían pasado siete días desde que la vio por última vez, y faltarían cinco más para volver a verla si salía esa misma mañana hacia Nueva Orleans. El viaje tomaba cinco días con buen clima; si había tormenta, podía retrasarse hasta diez. Esperaba que el tiempo estuviera de su lado. Por eso había

convocado la reunión en Charleston, la ciudad más cercana. Si hubiera viajado a Boston, el trayecto habría tomado mucho más.

—¿Tienes a algún sospechoso en mente? —preguntó Kingsley.

—Dubois fue el primer sospechoso. Luego apareció McKnely, otro miembro de la *Sociedad de las Sombras*. Pero ambos tienen coartadas relacionadas con sus negocios. No puedo señalarlos sin pruebas de su traición. Por eso estoy seguro de que el traidor recibe ayuda externa; ayuda que cubre sus rastros.

Kingsley asintió con los ojos entrecerrados.

—Haré lo posible por descubrir si algún miembro de la *Sociedad del Loto Blanco* está involucrado. Al igual que tú, no tolero a los traidores.

—Debemos cortar cualquier intento de rebelión de raíz. El Arconte tiene razón en que podrían convertirse en enemigos mayores, incluso en una sociedad que quiera hundirnos.

—Desde hace tiempo vengo diciendo que deberíamos dejar de reclutar hombres sin investigar a fondo su pasado. Esos hombres podrían estar sirviendo como espías. Pero el Arconte no me escuchó. La *Ordo Rubri* siempre ha sido considerada la organización más temida de América; los europeos nos respetan lo suficiente como para no querer enfrentarse a nosotros. Pero noto que se ha debilitado.

Marco escuchó atentamente a su amigo sin comentar. Él había entrado a la *Ordo Rubri* hacía apenas pocos meses; en cambio, Kingsley había sido miembro desde que estuvo listo para ocupar su puesto.

—¿Crees que el Arconte se está debilitando? —preguntó Marco.

—El Arconte siempre ha sido el líder que la *Ordo Rubri* merecía. Durante años la mantuvo unida y sin rastros de traidores. Pero ahora… ¿será porque está envejeciendo? —comentó Kingsley.

Marco dio un sorbo a su bebida.

—Apenas tiene cuarenta; no creo que esa sea la razón, King —respondió.

Kingsley resopló. Marco comprendía el sentido de lealtad que su amigo tenía hacia la organización; él también lo tenía. Además, si la *Ordo Rubri* se debilitaba, ellos como Gang Leaders también.

—Como sea, debemos confiar en él —dijo Kingsley.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió. Kingsley levantó la mirada, pero Marco no se giró; simplemente esperó en silencio.

—Papá… —La voz de un niño resonó en la habitación, quebrada en un sollozo.

Kingsley se levantó de inmediato para alcanzar al pequeño. Marco giró apenas el rostro para observar la escena. Su amigo llevaba en brazos a un niño de no más de tres años vestido con ropa de dormir, mientras el pequeño lo abrazaba con fuerza, escondiendo su rostro en su cuello. El rostro de Kingsley estaba contraído por la impotencia mientras intentaba calmar al niño.

—¿Qué ha pasado, pequeño? —preguntó con una voz tan suave que sorprendió a Marco.

*«¿Acaso yo sueno así cuando hablo con mi tormentita? ¿Tan ridículo?»*, pensó desconcertado.

—Quiero a mamá… —sollozó el niño.

La mandíbula de Kingsley se tensó.

—Sabes que mamá no está —respondió con suavidad, acariciando la espalda del pequeño—. Pero papá sí. Cálmate, pequeño.

Lo arrulló un momento y volvió a sentarse frente al escritorio, con su hijo en brazos. Marco observó la escena y, por un instante, se preguntó cómo se vería él mismo siendo padre. Pero a diferencia de Kingsley, él sí tendría a su esposa a su lado.

—¿No tienes niñera? —preguntó Marco en voz baja, evitando distraer al niño que ya comenzaba a quedarse dormido.

—No. Dean no se acostumbra a ninguna. Después de la muerte de su madre, he intentado con varias, pero nada funciona —explicó Kingsley, con el rostro endurecido.

Hacía seis meses que Kingsley había perdido a su esposa en un accidente. Desde entonces, se había convertido en la sombra del hombre que solía ser. La *Ordo Rubri* no lo había reemplazado porque, en lo referente a los negocios, se había vuelto aún más fuerte y brutal; descargaba su ira y tristeza en ellos.

En aquel tiempo, Marco no había entendido el dolor de perder a la mujer amada. Pero ahora… solo imaginar la vida sin Clariss lo

enloquecía. Podía comprender, aunque fuera un poco, el sufrimiento que aún cargaba su amigo.

—Es un niño. Para él, la falta de su madre pesa el doble —comentó Marco, frunciendo el ceño al ver al pequeño casi dormido en los brazos de su padre.

—Para los dos —corrigió Kingsley con una voz apagada—. A pesar del tiempo, aún no logro superar que Bridget ya no esté con nosotros.

Marco no respondió. Solo observó cómo Kingsley se levantaba, disculpándose, para llevar de vuelta al niño a su habitación. Era difícil ver que un hombre como Kingsley se derrumbara. En otro momento, hasta lo hubiera juzgado por caer en el abismo por una mujer muerta, pero ahora lo comprendía y se compadecía de él.

Una vez solo, Marco alzó la mirada hacia el cuadro colgado detrás del escritorio. Era un retrato de una mujer: la esposa de Kingsley. Había sido una mujer hermosa. Marco solo la había visto una vez, así que no la conocía realmente, pero ahora entendía por qué su amigo seguía roto.

Mientras esperaba, revisó su reloj de bolsillo. Ya debía partir; su barco saldría hacia Nueva Orleans en una hora. La ventaja de tener su propia naviera era que no tendría que compartir el espacio con desconocidos. Solo esperaría a Kingsley para despedirse y agradecerle por hospedarlo.

Minutos después, Kingsley regresó con el rostro sereno.

—Ya es hora de partir —avisó Marco, poniéndose de pie. Ambos tenían la misma estatura.

—Me debes un combate de boxeo —recordó Kingsley con una media sonrisa.

—Por supuesto —respondió Marco. Siempre que se veían, se enfrentaban en el ring por deporte.

Al llegar al vestíbulo, se encontraron con Bladimir, el tío de Kingsley. Un hombre de unos cincuenta años, algo gordo, con una gran panza apenas contenida por la camisa y el chaleco ajustados.

—Marco, me alegra encontrarte aún aquí —dijo Bladimir, quitándose el sombrero y sacudiendo las gotas de lluvia—. Quería

invitarte a que nos acompañaras al club *Gilded Fang* esta noche. King lo ha ampliado.

—Esta vez tendré que rechazar la oferta, Bladimir. Estoy saliendo hacia Nueva Orleans —respondió Marco con una ligera sonrisa.

—Una pena. Hace mucho que no conversamos como se debe. Pero me alegra saber que sigues los pasos de Fergus —dijo Bladimir con una sonrisa amplia, pero con un toque de nostalgia—. Te pareces mucho a él… mi buen amigo Fergus.

Marco bajó la mirada por unos segundos, recordando a su padre, y luego la alzó de nuevo.

—Gracias —fue lo único que dijo. El pecho se le llenó de orgullo, como siempre que mencionaban su parecido con su padre.

Tras las despedidas, Marco subió al carruaje donde Roux ya lo esperaba.

—¿Investigaste lo que te pedí? —preguntó apenas tomó asiento, mientras el carruaje arrancaba.

—Sí. Gaspard Petit visitó la ciudad hace unos días —informó Roux.

Mientras pasaba el tiempo con Kingsley, Marco le había ordenado a Roux investigar en los puertos y hoteles si algún miembro de la *Sociedad de las Sombras* había estado en Charleston. Cualquiera de las ciudades sede podría ser el origen de un complot, pero ya que estaba allí, no iba a desaprovechar la oportunidad.

—¿Pudiste averiguar qué hizo?

—Solo estuvo tres días. Acompañó a su esposa a la boda de su hermano —explicó Roux.

Marco asintió, recordando que la esposa de Petit era de Charleston y que su familia pertenecía a la *Sociedad del Loto Blanco*.

—Bien —fue lo único que dijo mientras sentía el traqueteo del carruaje que avanzaba por las calles de Charleston, rumbo al muelle donde lo esperaba el barco que lo llevaría de regreso a Nueva Orleans… y a su tormentita.

∞∞∞

Quince días habían pasado desde que Marco partió hacia Boston, y aún no tenía noticias: ni de que hubiera llegado a su destino ni de

cuándo pensaba regresar.

—Idiota… dijiste que serían solo unos días, no dos semanas —murmuró Clariss para sí misma mientras observaba la lluvia caer tras la ventana.

Sabía que Boston estaba a días de distancia de Nueva Orleans, pero aun así se sentía desesperada por la ausencia de su esposo. El día había amanecido más frío de lo habitual y la lluvia no había dado tregua ni un segundo. Clariss había pasado todo el tiempo en su habitación, sin siquiera quitarse el camisón. Había ordenado que todo se le sirviera allí; pues no tenía intención alguna de cruzarse con su suegra.

Cecilia le había hecho compañía por unas horas, hablando de trivialidades. Incluso habían planeado viajar juntas a Londres cuando el bebé naciera, pues Cecilia deseaba conocer algo más allá de Nueva Orleans. Pero su mente volvía una y otra vez a Marco y a cuánto lo extrañaba. Aquel día lluvioso habría sido perfecto para haberlo pasado juntos, encerrados en la habitación, conversando, haciendo el amor, disfrutándose sin interrupciones, como en Baton Rouge.

El recuerdo le arrancó una sonrisa. A pesar de que el viaje a la plantación se acortó, había sido un paso de confianza hacia su matrimonio. Le había confesado que lo amaba, pero también había descubierto el profundo temor a perderlo.

Acarició su vientre con suavidad, sin apartar la vista del cielo gris.

—Él te aceptará… estoy segura —musitó.

Estaba decidida a contarle a Marco la verdad sobre el bebé: cómo había ocurrido todo, que no sabía quién era el hombre con el que había estado esa noche, y preguntarle si estaba dispuesto a aceptar al niño, a ser su padre. Curiosamente, desde su conversación con Cecilia, el miedo ya no la atormentaba tanto. Sentía que Marco sí los aceptaría, que lo haría porque la amaba.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

—Adelante —respondió.

Su doncella entró y cerró tras de sí.

—Señora, un hombre solicita hablar con usted —informó, provocando que Clariss frunciera el ceño.

—¿Un hombre? —susurró, tratando de recordar quién podría ser. No conocía a casi nadie en Nueva Orleans… y menos a algún hombre que fuera a visitarla.

—Ayúdame a cambiarme. No puedo recibirlo así —dijo, señalando su camisón.

La doncella la ayudó a ponerse un vestido lila sencillo y a recoger su cabello. Luego, salió de su habitación con la curiosidad desbordada en su interior. Deseaba saber quién era ese hombre.

Al llegar al vestíbulo, Clariss buscó con la mirada al supuesto visitante, encontrándolo de espaldas, mirando por los ventanales. Sin hacerse notar todavía, lo observó: era alto, de hombros anchos, vestido con elegancia con un abrigo negro largo. A simple vista, no lo reconocía.

—Buenas tardes —saludó con educación.

El hombre giró apenas el rostro y luego se volvió por completo. Clariss ladeó la cabeza, aún sin reconocerlo. Pero él parecía conocerla, porque la sonrisa que le dedicó fue la de alguien realmente complacido de verla.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó sin saber qué más decir. Miró de reojo a su doncella, que esperaba a unos metros.

—¿Clariss? ¿No me reconoces?

El hombre se acercó con cautela, sin borrar la sonrisa de los labios. Clariss lo recorrió con la mirada ahora que estaba más cerca. Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza al observar su cabello rubio impregnado de gotas de lluvia, su rostro varonil cubierto por una barba apenas visible… y luego miró sus ojos verdes. Su ceño se frunció aún más al recordar algo. O a alguien.

Dio un paso atrás al reconocerlo.

—Tú… —musitó, con un ligero temblor en la voz.

El hombre sonrió aún más al percatarse de que ella finalmente lo había reconocido.

—Te busqué todo este tiempo, y al no saber tu nombre, se me hizo más difícil —habló él, acercándose y acortando la distancia.

Clariss solo negaba con la cabeza, sin poder creer que el hombre al que se había entregado la noche de la mascarada estuviera frente a ella. El padre de su hijo… «*¡Dios mío!*».

—¿Qué haces aquí? —fue lo único que se le ocurrió preguntar, mientras miraba a su doncella y luego hacia la entrada del vestíbulo.

Su corazón palpitaba como un tambor dentro de su pecho. Estaba aterrada, nerviosa; docenas de emociones la invadían al mismo tiempo. Pero antes de que el hombre pudiera hablar, Clariss alzó una mano para detenerlo y miró a su doncella.

—Tráele un café a… la visita —ordenó, esforzándose por sonar firme.

La mujer salió del vestíbulo, dejándolos solos por fin.

—Ahora sí… ¿qué haces aquí?

—Vine a buscarte —respondió él, mirándola intensamente.

—Estoy casada —le dijo, mirándolo fijamente, aún con el corazón retumbándole en el pecho—. Lo mejor es que olvides lo que pasó esa noche. Ni siquiera conozco tu nombre.

—Mi nombre es Iver McPherson. Y no puedo olvidar la mejor noche de mi vida —expresó él, acortando aún más la distancia—. Además, aquella noche… pudo haber consecuencias.

Clariss observó cómo bajaba la mirada hacia su vientre. Por instinto lo cubrió con las manos, pero enseguida se regañó mentalmente al darse cuenta de que con ese gesto solo se delataba.

—¿Estás encinta, cierto? ¿Por eso te casaste? Entonces, si me buscaste también, y…

—¡Para! —exclamó Clariss, deteniendo sus teorías. Respiró hondo para que su voz saliera firme y lo miró con el rostro endurecido—. No te busqué. ¿Por qué lo haría después de que te fueras y me dejaras solo una nota diciendo que todo ya estaba pagado? Ni siquiera tu nombre, ni una dirección para encontrarte. Si realmente hubieras querido que algo más pasara entre nosotros, ni siquiera te habrías ido.

—Clariss, yo…

—¿Y apareces ahora que mi vida es perfecta? —lo interrumpió ella antes de que intentara justificarse.

Por el enojo y el miedo, Clariss no notó la sorpresa que cruzó su rostro cuando mencionó la nota. En vez de eso, se alejó y le dio la espalda, abrazándose a sí misma mientras pensaba en qué haría ahora que el padre de su hijo había aparecido y sabía su nombre.

Era mucho más fácil afirmar que no sabía quién era él. Su conciencia estaría limpia cuando su hijo creciera y preguntara. Pero ahora… todo se complicaba.

—Quiero que te vayas —pidió ella en voz baja.

—No puedo irme ahora que te encontré y, más sabiendo que estás encinta —respondió él. Estaba más cerca; Clariss podía sentir su presencia detrás de ella.

—Es de mi esposo. —La mentira fluyó como agua.

—¿Cómo estás tan segura? Podría ser mío. Si lo es, estoy dispuesto a reconocerlo.

Clariss se giró y lo observó con horror.

—¿¡Estás loco!? ¿Acaso sabes quién es mi esposo? Reconocer a mi hijo mientras estoy casada es declarar al mundo que soy una adúltera… o una cazafortunas. No estoy dispuesta a eso —negó con la cabeza, más nerviosa aún.

—Entonces sí es mío —aseguró él.

Clariss levantó la mirada unos segundos antes de apartarla. No podía verlo a los ojos mientras tragaba con esfuerzo el nudo que se le formaba en la garganta.

—N… no —titubeó, sin la misma firmeza de antes.

—Clariss, mi amor…

—No me digas así —exigió ella, odiando escucharlo decir algo que solo aceptaba de Marco—. Me arrepiento de lo que hice esa noche.

Un destello de dolor cruzó la mirada verdosa de Iver.

—No digas eso… por favor —suplicó, tomándola por los brazos y acercándola un poco a él.

El contacto la estremeció, aunque no de la misma forma en que lo hacía Marco. Era diferente; frío, confuso... culposo. Justo cuando pretendía soltarse, la voz de su esposo retumbó en el vestíbulo.

—Si no quieres perder tus manos, suelta a mi mujer.

Clariss miró a Marco sin ser capaz de moverse, y con un único pensamiento que la desgarró:

«*Me va a odiar y a repudiar. Voy a perderlo*».

# Capítulo 24

Lo primero que Marco hizo en cuanto puso un pie en el puerto de Nueva Orleans fue dirigirse a Fairfax House. El viaje se había demorado dos días de más por las lluvias y las altas olas, algo que lo incomodó sobremanera; sin embargo, en esas cuestiones no tenía poder alguno.

Lo que nunca esperó al cruzar las puertas de su casa —con las ropas casi empapadas por la lluvia— fue encontrarse a un hombre en medio de su vestíbulo tocando a su mujer. La ira que sintió al verlos tan juntos le recorrió todo el cuerpo, nublándole la visión.

—Si no quieres perder tus manos, suelta a mi mujer —gruñó con ira contenida, apretando los puños.

Iver tardó medio segundo en reaccionar. Marco atravesó el vestíbulo en pocos y largos pasos y sin permitirle respirar, lo alejó de Clariss con un fuerte puñetazo que lo envió contra el suelo. Clariss jadeó como si el golpe hubiera sido para ella.

—Tienes cinco segundos para decirme quién eres y por qué demonios la tocabas —escupió Marco, mirándolo con desdén y odio.

—Marco… por favor… —balbuceó Clariss con un nudo en la garganta, pero sin atreverse a acercarse. Estaba dividida entre la culpa y el miedo.

Iver, sin embargo, solo sonró con burla mientras se limpiaba el ligero rastro de sangre de su labio.

—¿Tu mujer? —se burló.

*«¿Acaso no sabe quién es Marco Fairfax?»,* pensó Clariss con desconcierto.

Marco sintió que veía en tonos rojos por la burla del hombre. Sin pensarlo, sacó su arma y la apoyó en la sien de Iver con precisión y sin temblor.

—Sí —replicó, con una calma que no sentía—. Es. Mi. Mujer.

La sonrisa de Iver murió al instante cuando escuchó el clic del arma al cargarse. Clariss abrió los ojos y reaccionó, dando un paso adelante con el corazón retumbándole en el pecho.

—¡Marco, no! —suplicó con un hilo de voz—. ¡No puedes matarlo!

—Dame una buena razón para no manchar el suelo de mi casa con su asquerosa sangre —ordenó Marco sin mirarla y sin apartar la pistola de la cabeza del hombre.

Clariss tragó saliva y apretó los puños, nerviosa. Sintió las lágrimas acumularse al saber que debía decir la verdad… y en el peor momento.

—Porque él es el padre de mi hijo —expresó casi en un susurro que, aun así, se escuchó perfectamente.

Por primera vez desde que había entrado en Fairfax House, Marco la miró de verdad. Sus ojos verdes, oscurecidos por la furia, se clavaron en los de ella con incredulidad.

—Marco, yo… antes de casarme contigo, en la mascarada en Dankworth House… —se apresuró a explicar, debía aprovechar que tenía su atención—... lo conocí y... me dejé llevar. Fue una estupidez, lo sé. Pero luego no supe nada más de él. Y después nos casamos; en ese momento aún no sabía que estaba embarazada. No te engañé, te lo juro. Cuando lo supe tuve miedo de que cancelaras nuestro contrato y me echaras a la calle sin nada. Hasta pensé en hacerlo pasar por tuyo, pero… —tragó saliva mientras algunas lágrimas caían—... empecé a sentir algo por ti, y decidí esperar para decirte la verdad hasta que me desmayé y todo salió a la luz. No tuve el valor de ser sincera; y cuando me di cuenta, ya era muy tarde… te amaba, y tuve miedo. Miedo de que me rechazaras, de que me expulsaras de tu vida. Miedo de perderte.

Marco no dijo nada. Solo la miró.

—Lo siento, de verdad… pero no pienses que te engañé o que no te amo, por favor —suplicó, limpiándose las lágrimas, esperando al menos una reacción.

Pero él solo se acercó hasta quedar frente a ella; entonces sonrió, negando con la cabeza.

—Este pobre idiota —murmuró sin mirar a Iver— no es nada. Mucho menos el padre de ese bebé.

Clariss lo miró confundida.

—Marco… él sí lo es. Yo estuve con él. Yo…

—No —la interrumpió sin elevar la voz.

—¿Por qué niegas la verdad?

Marco bajó el arma lentamente sin apartar los ojos de ella. Se acercó aún más, su respiración rozando la de Clariss.

—Porque el hombre con el que estuviste esa noche… —susurró, con una voz tan baja que solo ella pudo escuchar—… fui yo.

Clariss sintió que el mundo se detenía y su corazón dejó de latir por un segundo.

—Ese niño es mío, tormentita —añadió con suavidad antes de volver la mirada a Iver, que tenía los ojos abiertos por lo que acababa de escuchar—. Y tú —espetó alzando de nuevo el arma hacia él—, vas a decirme quién te envió.

Iver tragó saliva mientras negaba con la cabeza.

—No… no puedo —balbuceó; Marco arqueó una ceja.

—Entonces te presentaré a unos amigos que estarán encantados de conocerte —replicó, tomándolo por el cuello de la camisa para levantarlo del suelo. Luego, apuntándole con el arma, lo empujó—. ¡Camina!

Iver obedeció, avanzando con lentitud mientras Marco lo guiaba con la pistola en la cabeza. Clariss, por su parte, estaba tan conmocionada que se quedó paralizada en el mismo lugar, viendo cómo Marco se alejaba llevándose a Iver.

«*¡Lo va a matar!*», le gritó la vocecita en su cabeza, haciéndola reaccionar. Pero aun así… su mente solo podía repetir una y otra vez la confesión de Marco. Le había dicho mirándola a los ojos que él era aquel hombre con el que estuvo aquella noche… y que era el padre de su hijo.

—Dios mío —musitó llevándose una mano al pecho y la otra a la cabeza, pasándose los dedos por el cabello—. ¿Cómo pude ser tan ciega y estúpida?

Ahora que lo pensaba con claridad y atando todos los hechos… las señales eran claras, siempre lo fueron: no le molestó que no fuera virgen; al contrario, afirmó saber que no había habido ningún otro hombre antes que él. Sus ojos, su voz… siempre le parecieron iguales, y es que lo eran.

—¿Pero su cabello? —susurró recordando el detalle que siempre le afirmaba que no podía ser él.

«*Existen las pelucas*», pensó.

Clariss se dio una bofetada mental por no haber pensado en eso antes. Por supuesto que Marco debió usar una peluca aquella noche, y al ocultar casi todo el rostro le impidió reconocerlo. Pero sí era él. Ahora lo entendía. Siempre fue él. Su forma de hacerle el amor también era la misma, pero creyó que el acto en sí no tenía diferencia y nunca le tomó importancia.

Recordó cada detalle de aquella noche, intentando saber si hubo algo que, en su momento, simplemente decidió ignorar. Entonces recordó la nota que él le había dejado a la mañana siguiente, recordó la caligrafía, que no era la misma que había visto en los documentos que ordenaba para él en su escritorio. Necesitaba saber más. Necesitaba saber por qué se lo ocultó todo ese tiempo.

Sin esperar más, salió del vestíbulo caminando sin rumbo, buscando encontrarlo, hasta que chocó con una de las sirvientas.

—¿Dónde está mi esposo? —preguntó con urgencia.

—Vi que salía hacia los establos, señora —respondió la mujer con un ligero temblor en la voz. Al parecer no había pasado por alto cómo apuntaba a aquel hombre a la cabeza mientras lo llevaba consigo.

Clariss asintió y salió casi corriendo hacia los establos, esperando no llegar demasiado tarde para evitar que Marco hiciera algo terrible. Al salir, la suave llovizna y el aire frío le golpearon el rostro, pero no la detuvieron. Siguió hacia los establos sin encontrar rastro de ellos. Preguntó a uno de los mozos, quien le indicó un sendero que continuaba detrás de estos.

Clariss lo siguió, frunciendo el ceño al darse cuenta de que la propiedad era muchísimo más grande de lo que había imaginado. Nunca había ido más allá de los jardines. Caminó por el sendero mientras la lluvia la empapaba, haciendo que su cabello se pegara a su rostro y el vestido quedara adherido a su piel.

Entonces los vio. Iver, arrodillado frente a Marco, con el arma todavía levantada. Estaban cerca de lo que parecía ser una casucha o almacén.

—¡Marco! —gritó ella corriendo hacia él, desesperada por evitar una locura.

Marco giró el rostro para observarla. Su cabello estaba completamente mojado; las gotas resbalaban por su cara enmarcando sus facciones duras. Clariss se odió en ese instante por pensar lo guapo y varonil que se veía aún en ese estado.

—Por favor, déjalo ir —imploró.

—¿Por qué lo defiendes? —inquirió Marco con un gruñido y la mandíbula tensa—. Acabo de decirte que fui yo quien estuvo contigo esa noche. Esta escoria solo te mintió y se aprovechó tocándote.

Clariss respiraba con dificultad, mirando al hombre que temblaba por su vida.

—Lo sé... Por eso no tiene sentido que le hagas nada —dijo con suavidad, dando un paso más cerca.

—Merece recibir un castigo solo por atreverse a tocarte —replicó Marco con dureza. Clariss abrió la boca para responder, pero él no se lo permitió—. No me importa que haya sido solo un roce, tormentita. Lo va a pagar.

—P-por favor —suplicó Iver desde el suelo, con la voz rota. Clariss lo miró y sintió una punzada de pena—. Ya dije todo lo que quería saber —sollozó Iver—. Déjeme ir… le prometo que desapareceré de Nueva Orleans.

—Igual vas a desaparecer —amenazó Marco, sacando una llave de su bolsillo—. Vuelve adentro, Clariss. Te alcanzaré en cuanto termine aquí.

Detrás de la puerta de la casucha se escucharon gruñidos, hecho que le erizó la piel a Clariss.

—¿Qué tienes ahí dentro? —preguntó, alarmada.

—Vuelve adentro —repitió Marco, esta vez con tono de advertencia. No pensaba decirle que dentro había tres lobos hambrientos esperando ser alimentados.

—¡No! —replicó ella con firmeza, aunque su corazón parecía querer salirse del pecho—. Deja a este hombre, por favor. No quiero que lo asesines… tú no eres así.

—Sabes que sí lo soy, tormentita —respondió él mirándola a los ojos con un tono mucho más suave.

Clariss se mordió el labio mientras una lágrima bajaba por su mejilla.

«*Sí, lo sabía... y lo más retorcido era que no la asustaba*». «*Pero detenerlo era lo correcto; salvar una vida era lo correcto*».

—Por favor… —suplicó de nuevo.

Marco sintió cómo esa voz quebrada lo atravesaba. Apretó la llave con fuerza, luego soltó un largo resoplido.

—Bien —concedió, mirándola. El alivio que inundó el rostro de ella lo golpeó directo al pecho; esa sonrisa lo valía todo para él. Luego miró al hombre inmóvil en el suelo—. Agradécele a mi mujer. Hoy vivirás.

Iver asintió varias veces, dejando caer una lágrima.

—Pero… —Marco se giró un poco, arrastrando a Clariss con él para colocarla de espaldas a Iver, pegándola a su pecho. Luego disparó el arma—… éste será un suficiente recordatorio para que pienses todos los días con quién te metiste.

Clariss se tensó de inmediato al escuchar el grito de Iver. Intentó girarse, pero Marco no se lo permitió. La mantuvo contra él y comenzó a guiarla lejos de la escena.

—Marco, él...

—Mis hombres vendrán por él. Estará bien —aseguró sin detenerse, llevándola de regreso a la casa, pasando junto a algunos sirvientes que se apartaron rápidamente—. Preparen un baño caliente en mi habitación —ordenó a las sirvientas. Ambos estaban empapados por la lluvia.

Las sirvientas asintieron con rapidez. Marco continuó su camino junto a Clariss y, justo cuando iban a subir las escaleras, se encontraron con Elaine, quien los miraba con una rabia contenida que casi podía palparse en el aire. Marco se detuvo justo al lado de su madre, en medio de las escaleras. Clariss los observó sin decir una palabra.

—Ya hablaremos de lo que trataste de hacer, madre —advirtió Marco con un tono tan frío y duro que cualquiera se habría encogido en su lugar. Pero Elaine solo lo miró de soslayo y, sin responder, siguió su camino escaleras abajo.

Clariss no entendió qué había pasado exactamente, solo vio cómo Elaine les daba la espalda sin detenerse ni un segundo.

—Vamos —dijo Marco suavizando el tono, atrayendo su atención.

Una vez dentro de la habitación, Clariss sintió que tenía mil preguntas y que ninguna sabía por dónde salir. Marco, en cambio, se acercó directamente a ella para quitarle el vestido.

—No —exclamó ella, retrocediendo—. Debemos hablar.

—Vas a enfermar, déjame quitarte el vestido —dijo Marco con firmeza. Clariss bajó la mirada a su vestido completamente empapado.

—Primero responde por qué me ocultaste todo este tiempo que eras tú el hombre de aquella noche —exigió.

—Nunca preguntaste.

—No tenía que preguntar, Marco —replicó ella con indignación—. ¡Debiste decirme quién eras! Todo este tiempo pensé que me había entregado a un desconocido que luego huyó.

—No huí —replicó Marco con seriedad.

—Lo hiciste —insistió ella—. Me dejaste solo una nota diciendo que todo estaba pagado, haciéndome ver como una estúpida. Y luego me amenazaste para casarme contigo, y aun así nunca dijiste nada. ¿Por qué?

Marco la miró con el ceño ligeramente fruncido y el rostro tenso.

—No lo sé, Clariss —admitió, con una incómoda sinceridad—. Esa noche nunca debí tocarte, pero te deseaba. Desde que te vi por primera vez lo hice… y simplemente no pude contenerme.

Clariss contuvo el aliento al escucharlo.

—Eso no responde mi pregunta, Marco —insistió ella en casi un susurro quebrado.

Lo sabía. Hasta él mismo estaba buscando una respuesta que tuviera sentido.

*La habitación estaba en penumbras. No había encendido ni una sola vela, y había apagado la chimenea con disimulo, esperando que la mujer que dormía sobre su pecho no se percatara. Cada instante cuidó que su rostro no fuera visible para ella.*

*Pero dudaba que lo hubiera visto. Se había encargado de darle suficiente vino para despistarla un poco, pero no tanto como para que olvidara lo que había ocurrido entre ellos hacía apenas unas*

*horas. Marco suspiró con pesadez, apretando los puños, molesto consigo mismo por el poco autocontrol que había tenido esa noche.*

*No debió acostarse con Clariss Straton. Ella era la hija del asesino de su padre, pero… entrar en Dankworth House y verla ataviada con aquel hermoso vestido carmesí hizo que toda lógica abandonara su cuerpo. La observó todo el tiempo desde las sombras y, cuando tuvo la oportunidad, la siguió fuera del salón de baile, provocando un choque entre ellos.*

*Al principio no tenía intención de ocultarle su identidad, pero al verla tan confiada y despreocupada, terminó siguiendo el juego, convirtiéndose en un hombre ridículo que decía cosas que jamás había dicho.*

*—Yo me declararé un hombre con suerte. Chocar con una hermosa dama no es algo muy común.*

*Había sido estúpido, pero había funcionado. Y cuando la noche avanzó, la idea de tenerla se intensificó aún más, su deseo creció, y dejó de encontrar razones para detenerse. Lo que no esperó fue que ella hubiera sido virgen. Que él hubiera sido el primer hombre en tenerla y disfrutar de su cuerpo. Eso encendió un sentimiento de posesividad que no debía sentir.*

*Había supuesto que era una mujer común, alguien que podría haberse deshonrado con cualquier hombre; después de todo, era una lavandera. Pero el pensamiento de que otro la hubiera tocado lo llenó de una ira inmensa que solo se despejó cuando recordó que había sido él quien la tuvo… y no otro.*

*Bajó el rostro y aspiró su cabello, embriagándose del aroma a rosas. El deseo floreció una vez más en su interior, haciendo que su miembro se endureciera, rogando volver a hundirse en ella, aun habiéndolo hecho varias veces.*

*«Debo alejarme», pensó mientras acariciaba su espalda desnuda. No podía olvidar que todas las veces que la había tomado, había terminado dentro de ella, aumentando el riesgo de dejarla embarazada. La idea lo estremeció, pero de forma grata; como si dejarla embarazada fuera la excusa perfecta para tenerla sin remordimientos.*

*«¡No! No puedo», negó con la cabeza.*

*Sin pensarlo más —porque si lo hacía, se quedaría—, se levantó con cuidado de no despertarla. Se vistió en silencio y, dejando un suave beso sobre los labios que había adorado besar esa noche, salió de la habitación sintiendo que el corazón dejaba de latir con cada paso que se alejaba de ella.*

*Al llegar al vestíbulo del hotel al que la había llevado —único lugar donde podía llevarla sin levantar sospechas—, se acercó al mostrador y habló con el joven que estaba detrás.*

*—¿Sabes escribir? —preguntó con tono duro. El joven asintió—. Entonces escribe lo siguiente.*

*Le dictó lo que quería dejar en la nota: «Puedes quedarte el día si quieres. Está pagado». Era una despedida más para él que para ella. Así sellaría la noche. Ella no sabría jamás quién era él, y él nunca volvería a tocarla, aunque por dentro ardiera por hacerlo.*

*—Déjala en la habitación trece. Preferiblemente que sea una mujer. Si llego a enterarme de que un hombre entró… haré que este lugar arda —amenazó en un tono bajo, pero firme, que resultaba aún más peligroso.*

*—S-sí, señor —balbuceó el empleado.*

*Marco asintió y, después de pagar todo, abandonó el hotel dejando a Roux vigilando que se cumpliera su orden y, por supuesto, observando cuándo y cómo Clariss abandonaba el lugar.*

*Esa había sido su mejor… y su peor noche.*

—Me fui antes de que despertaras porque muy en el fondo supe que había sido un error —habló después de recordar lo que había pasado esa noche—. Por eso solo dejé esa nota. Salí de esa habitación con la certeza de que no volvería a verte, que lo evitaría. Pero luego tuve la oportunidad de tenerte cuando Pierce tuvo el plan de deshacerse de ti y tus hermanas, y... creo que no quería que te enamoraras del hombre que te mostré esa noche. Quería que te enamoraras del hombre que realmente soy.

Clariss tragó saliva.

—Todo esto es… —comentó, pero no sabía exactamente qué decir —. Me has acechado desde mucho antes de lo que imaginaba, te

acercaste a mí fingiendo ser alguien que no eres. No sé si deba temerte o…

—No me temas, por favor —pidió él, interrumpiéndola y rompiendo la distancia que ella había mantenido desde que se alejó —. No tienes por qué tenerme miedo. Nunca te lastimaría.

La tomó del rostro con suavidad, mirándola a los ojos con devoción absoluta.

—Eres mi corazón, mi obsesión y mi debilidad, Clariss Fairfax — susurró, tan cerca que su aliento rozó sus labios; Clariss entreabrió la boca sin notarlo—. Y lo mejor que hice en mi vida fue haberte hecho mía esa noche, porque aunque lo niegue, fue cuando realmente supe que te quería.

—Marco… —musitó Clariss con el corazón desbocado. Todo a su alrededor dejó de existir. Solo lo veía a él.

Marco selló sus labios en un beso suave que, a los pocos segundos, se volvió necesitado, profundo y lleno de lujuria.

—Todos estos días lejos de ti fueron una verdadera tortura — murmuró él entre besos, apretándola contra su cuerpo con un deseo casi desesperado.

—Yo también te extrañé —jadeó ella, dejándose llevar, sabiendo que después volvería a reflexionar sobre todo, pero en ese instante él había logrado adormecer su mente.

Sin detenerse, se quitaron la ropa húmeda, dejándola caer al suelo. Quedaron completamente desnudos y se tendieron en la cama. Marco se inclinó sobre ella y besó su vientre, justo donde su hijo crecía.

A Clariss se le humedecieron los ojos por el gesto. Luego ascendió lentamente, adorando cada centímetro de su piel hasta que sus labios se encontraron otra vez. Cuando el beso terminó, volvió a descender hacia sus pechos mientras sus dedos acariciaban los pliegues húmedos entre sus piernas.

Los gemidos no tardaron en llenar la habitación. Clariss ofreció su cuerpo y se entregó a él como la primera vez, como cada vez que hacían el amor.

—No te imaginas cómo me sentí al saber que fui el primer hombre en tu vida… y el único —musitó Marco recorriendo el espacio entre

sus senos, subiendo con un reguero de besos por su pecho, cuello, mandíbula y finalmente su boca.

Clariss, necesitada de sentirlo, tomó su miembro erecto y lo guio a su entrada húmeda.

—Porque eres, y siempre serás mía —sentenció él hundiéndose en su interior cálido y apretado.

—Ahh… —gimió Clariss, echando la cabeza hacia atrás al sentirse llena. Sus palabras, sus embestidas… todo la hacía arder.

Cualquier otra mujer podría haberse asustado o molestado con lo que él decía, pero ella… «*¡Dios!*», le encantaba. Amaba sentirlo tan posesivo, tan enamorado, tan suyo. Tanto, que ya no le importaba que le hubiera ocultado ser aquel hombre; siempre había sido él quien la tuvo entre sus brazos.

Marco embestía con una lentitud torturante, pero deliciosa, extendiendo el clímax entre ellos, entregando no solo sus cuerpos, sino también sus corazones, mientras sus nombres y gemidos se mezclaban en el aire. El orgasmo los envolvió con intensidad mientras se besaban suavemente.

—Te amo —susurró él, todavía enterrado dentro de ella—. Nunca lo olvides.

Clariss sonrió, acariciando su rostro.

—Entonces no me dejes olvidarlo.

# Capítulo 25

***Dos días antes.***

*El carruaje esperaba en un callejón detrás del viejo teatro de Nueva Orleans. La noche era fría y una llovizna suave y persistente caía sin descanso.*

*A pesar de eso, Elaine aguardó pacientemente al hombre que la ayudaría a deshacerse de Clariss Straton de una vez por todas. Ella misma se lo había puesto demasiado fácil al confesar que ese bastardo que esperaba no era de Marco. Escucharlo no le sorprendió; si no lo había deducido antes fue porque su hijo había sido lo bastante estúpido como para acostarse con ella. Pero ahora nada le impedía deshacerse de esa mujer. Aprovecharía la ausencia de Marco para cumplir su objetivo.*

*Otro tema que la inquietaba era esa repentina amistad entre Cecilia y Clariss. No entendía cómo su hija había osado desobedecerla y comenzar a relacionarse con su enemiga. Pero decidió callar; si se oponía, Cecilia haría preguntas y Elaine no estaba dispuesta a decirle nada. No arruinaría la inocencia de su pequeña. Estaba segura de que, una vez Clariss desapareciera de sus vidas, todo volvería a ser como antes.*

*La puerta del carruaje se abrió, dejando ver al lacayo que hacía de escolta y, al otro lado, un hombre con sombrero y abrigo oscuro que lo protegía del frío y la lluvia.*

*—Entra —ordenó Elaine con la cabeza erguida.*

*El hombre subió al carruaje y la puerta se cerró, dejándolos solos frente a frente. La pobre iluminación de la pequeña lámpara era suficiente para distinguir sus rostros.*

*—¿Busca mis servicios, madame? —preguntó el hombre con un marcado acento francés; Elaine arqueó una ceja, algo sorprendida.*

*—Me dijeron que era el mejor para lo que busco —respondió Elaine, recorriéndolo con la mirada.*

*Era guapo: cabello rubio, ojos verdes, facciones finas pero varoniles. Sí, era perfecto. Después de todo, la estúpida de Clariss ni siquiera conocía el rostro del padre de su hijo.*

*—Lo soy —replicó el hombre, esta vez con un acento inglés perfectamente natural—. Dígame qué quiere que haga.*

*El hombre era un artista —un actor, como él mismo se definía— capaz de interpretar cualquier papel que le asignaran. Elaine pensó que sería perfecto presentarlo ante Clariss como el padre de su hijo para que ella creyera en esa mentira y, una vez estuviera convencida, él debía persuadirla de irse con él. Por supuesto, no iría muy lejos. Pero para Marco sería el escenario perfecto: su querida esposa lo habría abandonado por el supuesto padre de su hijo.*

*—Deberá hacerse pasar por un hombre enamorado y desesperado, que ha estado buscando a la mujer que ama —comenzó Elaine—. Debe ser convincente. Cada gesto debe estar calculado para convencerla, que no haya dudas de que usted es ese hombre.*

*—Umm, una historia de amor —comentó él con tono dramático, volviendo a usar el acento francés—. Dígame, madame, ¿es necesario que utilice este tentador acento? A las mujeres americanas e inglesas suele causarles... cierto placer.*

*—No. Así que deje ese tonto acento para otras tontas mujeres. Hable normal. Si puede incluir un toque más masculino, sería perfecto.*

*—Como usted ordene —asintió el hombre sin inmutarse por sus palabras. Luego sonrió—. Antes de pasar a los detalles, ¿está dispuesta a pagar lo que pido por mis servicios?*

*Elaine sonrió de lado.*

*—Si logra que esa mujer salga de mi casa, la recompensa que recibirá le bastará para vivir toda su vida sin preocupaciones.*

*—Me parece perfecto —respondió el hombre con una amplia sonrisa que prometía cumplir con creces más de lo que Elaine esperaba.*

∞∞∞

Tras haber tomado un baño junto a su esposa, Marco salió de la habitación totalmente vestido con ropa seca y limpia. Clariss se había quedado recostada en la cama, esperando que él regresara. No podía esperar más para reprender a su madre por lo que había intentado hacer.

Su despacho estaba organizado, tal como Clariss lo había dejado la noche antes de que él partiera hacia Charleston. Se sirvió un trago de whisky y esperó sentado en la silla de su escritorio a que su madre acudiera a su llamado.

Esperó alrededor de quince minutos; no le molestó su retraso. Utilizó el tiempo para pensar y esclarecer lo que tenía que hacer con ella. No podía permitir que su madre y Clariss vivieran bajo el mismo techo. Elaine había dejado claro que nunca la aceptaría, y él ya no estaba dispuesto a poner en riesgo a su mujer.

—Te tomaste tu tiempo —comentó Marco al verla entrar, con rostro neutro, y sentarse frente a él.

—No le demos vueltas al asunto, hijo —habló Elaine, mirándolo fijamente.

Marco asintió.

—Tienes razón. Sé que tampoco vas a negar que fuiste responsable de que ese hombre quisiera engañar a Clariss.

Elaine no lo negó.

—Debo admitir que, aunque mi odio por ella nunca disminuyó, me aparté por el bebé que espera… hasta que escuché de sus propios labios que era un bastardo.

—No te atrevas a llamar así a mi hijo. Podría olvidar que eres mi madre —amenazó Marco, entrecerrando los ojos.

Elaine no pareció sorprendida por la amenaza.

—¿Acaso piensas reconocerlo?

—Es mi hijo. Ese hombre del que la escuchaste hablar era yo —afirmó Marco sin titubear—. Estuve con ella mucho antes de hacerla mi esposa, solo que ella no lo sabía.

Elaine lo miró con desconcierto.

—¿Qué viste en esa mujer para caer tan bajo? —inquirió con los labios apretados.

Marco sonrió de lado, a pesar de la tensión. Solo con recordar a su tormentita, cómo la había seguido durante días, cómo la había descubierto, era suficiente para apaciguar toda su ira.

Clariss no era una mujer cualquiera. A pesar de vivir en la pobreza, siempre la veía sonreír, dispuesta a enfrentar cada día. La observaba entrar a librerías y pasar hasta una hora dentro para salir sin un solo libro; imaginaba que aprovechaba el tiempo para leer algunas páginas en los estantes. A veces la seguía hasta las dulcerías, donde se quedaba mirando los mostradores llenos de bombones que no podía comprar. La veía jugar con sus sobrinos como si fuera una niña más. Ayudaba a los demás sin importarle que ella también necesitara ayuda.

Esa era la mujer que lo había enamorado sin siquiera saberlo. Una mujer que le recordaba que la vida no se trataba solo de poder, lujos y dinero. Ella le había dado un sentido real a su vida.

—No lo entenderías, madre —respondió al fin—. Pero dado que no estás dispuesta a aceptar que ella es la mujer que amo y la madre de mi hijo en camino, me veo en la obligación de enviarte a Baton Rouge.

—¡Qué! —exclamó Elaine, poniéndose de pie como un torbellino —. No puedes hacerme esto. ¡Soy tu madre!

—Y precisamente por eso te estoy enviando allí. Estoy seguro de que el aire del campo te refrescará los sentidos y te hará ver que Clariss no es culpable de que mi padre haya muerto.

—¡Tu padre fue asesinado! ¡Asesinado por el padre de Clariss! —gritó Elaine fuera de sí, dejando salir toda la ira acumulada—. Tú, como su hijo, debiste hacer la justicia que Fergus merecía. La misma que te pidió en su lecho de muerte.

—La justicia ya había sido hecha; Jacob Straton está muerto —replicó Marco.

—¡Ese miserable no pagó lo que debía! ¡Debió sufrir como sufrimos nosotros! Y como no lo hizo, para eso estaban sus hijas.

Marco negó con la cabeza. Su madre nunca entendería que ellas también eran víctimas.

—Para eso te casaste con Clariss, para hacerla pagar, para cumplir tu venganza —insistió Elaine, respirando con irregularidad.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió. El corazón de Marco dio un vuelco al ver a Clariss, parada en el umbral con los ojos llenos de lágrimas. Claramente los había escuchado.

Elaine, en cambio, sonrió.

—Tormentita… —musitó Marco, apresurándose a llegar a ella, pero Clariss se apartó, retrocediendo hasta chocar con la pared mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

—N… no me toques —susurró ella, negando con la cabeza.

Marco sintió un puñal clavarse en su pecho al ver el miedo y la decepción en sus ojos azules.

—Al fin alguno de tus malos modales hicieron algo bueno —escupió Elaine, sonriendo mientras miraba a Clariss—. Era hora de que supieras que tu matrimonio con mi hijo era pura venganza por lo que tu padre nos hizo.

Clariss la miró, su rostro contraído en desconcierto.

—¿Mi… padre? —preguntó con la voz quebrada.

—Sí.

—Madre, vete —ordenó Marco sin apartar la mirada de Clariss.

—No —pidió Clariss, mirando a Elaine mientras se limpiaba las lágrimas—. ¿Qué hizo mi padre?

—Tormentita, por favor…

—¡No me llames así! —gritó Clariss, explotando mientras dos gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas al mirarlo a los ojos—. Me mentiste… ¿solo querías vengarte? ¿Todo este tiempo fingiste que me amabas solo para hacerme daño?

Marco negó con la cabeza, desesperado.

—¿Y qué creías? ¿Que un hombre como Marco realmente se fijaría en ti? —soltó Elaine con tono burlón.

Marco apretó los puños antes de tomar a su madre por el antebrazo y arrastrarla hacia afuera.

—Empaca todas tus cosas. Te vas esta misma noche —sentenció para luego cerrarle la puerta en la cara. Se giró y encontró a Clariss aún inmóvil. Cuando intentó acercarse, ella retrocedió más, con miedo.

—Por favor… solo escúchame.

—¿Y qué vas a decirme? —preguntó ella sorbiéndose la nariz—. Escuché perfectamente la verdadera razón por la que te casaste conmigo. Supongo que es la misma razón por la que me espiabas… O por la que tomaste mi virtud aquella noche.

—No, nada de eso tiene que ver con lo que escuchaste —Marco se pasó una mano por el cabello, desordenándoselo con desesperación —. Es cierto que mi intención había sido vengarme, pero nunca lo hice, tormen… Clariss. Jamás te lastimé, y nunca lo haría. Lo que te dije antes en la habitación es cierto. Te amo.

Clariss apretó sus labios temblorosos, conteniendo los sollozos.

—Y yo a ti —admitió en un susurro—. Pero ya no te creo. Me has ocultado demasiadas cosas durante todo este tiempo… incluso tus verdaderas intenciones conmigo —negó con la cabeza, llevándose una mano al pecho—. ¿Acaso esperabas que diera a luz para quitarme a mi hijo? ¿Ese sería mi castigo?

Marco negó con fuerza, conteniéndose para no acortar la distancia entre ellos.

—Por supuesto que no. Mi plan es formar una familia contigo… tú, nuestros hijos y yo —respondió Marco—. Debes creerme, nunca te hice daño.

—Pero ahora es como si me hubieras arrancado el corazón —susurró ella, incapaz de mirarlo a los ojos—. Primero me ocultaste que eras tú aquel hombre… y ahora me entero de que tu intención siempre fue vengarte. Y ni siquiera sé la razón.

—Las razones no importan, ahora…

—¡Sí importan! —lo interrumpió ella—. Al menos dime qué hizo mi padre para que yo tuviera que pagar.

—Él… asesinó a mi padre.

Clariss llevó ambas manos a su boca al tiempo que bajaba la cabeza, ahogando un jadeo. Más lágrimas rodaron por sus mejillas. Respiró hondo y trató de limpiarse el rostro, aunque las lágrimas seguían saliendo.

—Entiendo tu… rencor —dijo con voz rota—. Pero yo no soy la culpable.

—Lo sé, lo sé —asintió él, dando un paso hacia ella. Nunca había estado tan desesperado—. Sé que tú no eres culpable de nada, mi

amor. Nunca te culpé…

—Pero querías que alguien pagara por la muerte de tu padre, y el asesino estaba muerto… pero sus hijas no —terminó Clariss por él.

—No… lo que dijo mi madre no es lo que siento —intentó él, con la voz tensa—. Sé que ahora solo verás lo negativo de mí y de nuestro matrimonio. Lo mejor es que vuelvas a la habitación y descanses un poco. Luego hablaremos con más calma.

Clariss frunció el ceño.

—¿Piensas que me quedaré aquí después de saber toda la verdad?

Los ojos verdes de Marco se ensombrecieron.

—No pienso dejarte ir a ningún lado —sentenció él.

—No eres mi dueño.

—Soy tu esposo. Tu deber es estar a mi lado, y es mi última palabra.

Clariss dejó escapar una risa amarga.

—¿Acaso quieres hacerme sufrir?

—No, jamás. Solo quiero que te calmes y hablemos más tarde.

—No confío en ti para quedarme, Marco. En este momento solo puedo pensar que si doy la espalda me apuñalarán o me dispararán.

Marco sintió una punzada desgarradora atravesarle el pecho al escucharla decir aquello.

—Si quieres hablar, hablaremos… pero por el momento solo quiero alejarme. ¿Puedes entenderme?

Marco bajó la mirada ante la suya, llena de dolor… y un rastro de odio. Asintió lenta y resignadamente.

«*Si intento retenerla, solo confirmaré sus temores. Si la dejo ir, aunque me destroce, le demostraré que no quiero dañarla. Que la amo con devoción absoluta*».

—Haré que preparen un carruaje para que vayas a Dankworth House y…

—No. No iré con Amelia.

Marco la miró con el ceño fruncido.

—Me iré… pero no sabrás dónde estaré. Necesito estar segura de que me darás el espacio que necesito para pensar. Cuando esté lista, te enviaré una nota para reunirnos.

Marco apretó los puños, luchando contra su impulso de negarse rotundamente… pero respiró hondo y relajó las manos. Cedería a todas sus condiciones, solo para que ella pudiera ver la verdad: que él la amaba incondicionalmente.

# Capítulo 26

Tras abandonar Fairfax House, Clariss no había parado de llorar. Estaba completamente destrozada. Nunca esperó que su burbuja, llena de felicidad, terminara rompiéndose, y haciéndola caer tan duramente.

El aire que entraba por la ventanilla —que ella misma se había empeñado en abrir para refrescarse el rostro— no estaba sirviendo de nada. Ni siquiera el frío lograba hacerla temblar tanto como la impotencia que sentía en esos momentos.

Su corazón latía, pero en su pecho había un vacío insoportable, justo donde antes latía con frenesí siempre que se encontraba junto a Marco. Oleadas de recuerdos de ellos juntos la asaltaron, oprimiéndole aún más el pecho. Y la última vez que habían estado juntos... había sido apenas unas horas atrás. Ella estaba feliz, tranquila, sabiendo que él sí era el padre de su hijo, convencida de que formarían una hermosa familia.

Él le había dicho que la esperara en la habitación. Ahora se arrepentía enormemente de haberlo seguido hasta el despacho. Si se hubiera quedado allí, cómodamente recostada en la cama esperándolo, tal vez no habría escuchado nada y, en esos momentos, estarían abrazados.

Esa idea era mucho mejor que estar sufriendo. Prefería seguir dentro de esa burbuja que él había creado para ella, porque a decir verdad el dolor que sentía ahora no era una opción que pudiera soportar. Pero debía afrontar la realidad, y esta dictaba que tarde o temprano todo habría terminado de la misma forma.

Clariss apoyó la frente contra el cristal frío de la ventanilla, cerrando los ojos con fuerza mientras un nuevo sollozo escapaba de su pecho. Había creído ciegamente en el amor que Marco decía sentir por ella. Había creído en cada una de sus palabras llenas de promesas y romance, cuando en realidad su intención desde el inicio había sido vengarse por algo que ella no había hecho.

«*Él... asesinó a mi padre*».

El recuerdo de esas palabras la hizo sentirse aún peor, porque entendía el rencor de Marco... y también el de Elaine. Si ella estuviera en su lugar, también habría querido vengarse de la persona que les arrebató a su padre y a su esposo.

Por más que le doliera, no podía negar que Marco tenía una justificación válida para odiarla. Tal vez, si el motivo hubiera sido algo estúpido, podría estar enojada e incluso desear hacerlos pagar... pero ¿cómo hacerlo cuando ellos eran quienes habían sufrido las consecuencias de lo que su padre hizo?

«*Hasta muerto te las arreglaste para destruirnos la vida, padre*», pensó Clariss, limpiándose las lágrimas.

Marco había amado profundamente a su padre. Se lo había contado cuando estaban en Baton Rouge. Le había hablado del hombre que lo formó, que lo guió, que lo curtió para ser fuerte ante el mundo cruel.

Luego estaba Elaine; ahora entendía el odio hacia ella. No era solo descontento por ser la esposa de su hijo.

—Seguramente, cada vez que me miraba, veía en mí el reflejo del hombre que le arrebató a su esposo —musitó, mirando un punto fijo, perdida en sus propias divagaciones.

Si alguien le hubiera arrebatado a Marco... al hombre que amaba, sabía que también se volvería amarga. Que el rencor se instalaría en el pecho e ansiaría su muerte de la peor forma. Los comprendía a ambos, pero eso no hacía que la mentira doliera menos.

Clariss sabía que el futuro entre ellos ya no sería posible. Siempre estaría marcado por lo que había hecho su padre y ella siempre viviría con el temor de que el odio de Marco creciera. Miedo de que, en un descuido, su vida —o la de su bebé— terminara de la misma forma en que acabó la de Fergus Fairfax.

Sabía que tendría que enfrentar a Marco en algún momento. No podía huir para siempre. Tendría que darle la cara e incluso pedirle perdón por las acciones de su padre, aunque no fueran suyas. Tendrían que hablar y decidir qué harían con su matrimonio. El solo pensamiento de saber que terminaría hizo que su pecho se contrajera y que las lágrimas volvieran a brotar con más fuerza.

Porque, a pesar de todo, lo amaba.

El carruaje se detuvo. Clariss miró por la ventanilla y vio que había llegado frente a la floristería de Brianna. Era el único lugar en el que había pensado que podría refugiarse y alejarse de Marco.

Si se hubiera ido con Amelia, sabía que Marco estaría rondándola hasta obligarla a hablar, y ella no quería sentir esa presión respirándole en la nuca. Al menos él no sabía que estaría en *The Lily's Garden*. Había viajado solo con algunas pertenencias en un carruaje de alquiler; si hubiera usado uno de Marco, sabía que también estaría vigilada por él.

Cuando bajó del carruaje, ajustó su capa para cubrirse de la lluvia, le pagó al cochero y luego avanzó con su pequeño baúl hasta la puerta cerrada de la floristería. Estaba oscuro; el cielo gris, que se tornaba negro, anunciaba la noche.

Antes de tocar, dejó el baúl en el suelo y se limpió las lágrimas. Aun así, no lograría ocultar que había estado llorando; sus ojos rojos y el rostro hinchado la delataban. Tocó la puerta y miró a través del cristal. Todo estaba oscuro. Volvió a tocar, esta vez con más fuerza, esperando ser escuchada. Pasaron unos segundos hasta que vio a Brianna acercarse con un candelabro en las manos.

—Anna, soy yo —dijo con la voz apagada.

La puerta se abrió enseguida, mostrando a su hermana en camisón y bata de dormir.

—¡Clariss! ¿Qué pasó? —preguntó Brianna, con evidente preocupación—. Entra, hace frío.

Clariss tomó su pequeño baúl y entró. Brianna cerró la puerta y colocó el candelabro sobre el mostrador de la tienda. La iluminación era tenue, apenas suficiente para alumbrarlas a ambas.

—¿Pasó algo? ¿Por qué estabas llorando? —preguntó Brianna de nuevo, acercándose a ella.

Clariss no respondió; simplemente la abrazó y rompió en llanto. Brianna la rodeó con los brazos, consolándola en silencio mientras le acariciaba el cabello. Tras varios minutos, Clariss logró calmarse un poco, aunque aún hipaba.

—Dime, cariño… ¿qué ha pasado para que estés así?

—Marco… él…

—¿Te hizo algo? —interrumpió Brianna, revisándola con desesperación, buscando alguna herida.

—No físicamente, pero… —respiró hondo para tomar fuerzas—. Se casó conmigo con la intención de lastimarme.

Brianna abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué? ¿Pero por qué?

—Nuestro padre… —Brianna frunció el ceño—. Él asesinó al de Marco. No sé cuándo ni cómo, recién ahora supe que nuestro padre fue el responsable.

—¿Quieres decir que Marco quería hacerte pagar por algo que hizo nuestro padre? —Clariss asintió, tragando el nudo en la garganta—. ¡Pero es una estupidez! ¿Cómo puede pensar que haciéndote daño a ti solucionaría algo que pasó hace Dios sabe cuánto tiempo? ¡Y tú ni siquiera lo hiciste!

—Eso no es todo —añadió Clariss—. Él también es el verdadero padre de mi hijo. Me confesó que él era el desconocido de esa noche.

Brianna pasó las manos por su rostro, desconcertada por todo lo que escuchaba.

—Definitivamente Marco resultó ser peor de lo que imaginé —musitó.

Clariss mantenía la cabeza gacha; su tristeza era evidente. Brianna suspiró y la abrazó de nuevo.

—Hiciste bien en salir de esa casa. ¿Tuviste que huir?

Clariss negó con la cabeza.

—Él me dejó ir, pero no sabe que estoy aquí. Alquilé un carruaje para que no pudiera saber hacia dónde venía. Le pedí espacio y me lo dio, pero sé que si supiera que estoy aquí, ese espacio no duraría mucho.

—¿Y aun así quiere que te quedes a su lado después de todo lo que hizo?

Clariss se encogió de hombros.

—No lo sé… estaba empeñado en que debíamos hablar —suspiró y miró a su hermana—. No lo culpo, Anna. Nuestro padre cometió un crimen atroz al asesinar al suyo. En cierta forma, siento que debería al menos disculparme por eso.

—Pero tú no lo hiciste —replicó Brianna.

—Lo sé, pero siento que debo hacerlo… todas nosotras.

—Yo no pienso disculparme con él por nada.

Clariss no discutió; no obligaría a sus hermanas a hacer algo que no quisieran.

—Ven, vamos arriba. Debes descansar —ofreció Brianna—. ¿Has comido algo?

—No tengo hambre —respondió Clariss, siguiéndola por las escaleras que llevaban al segundo piso.

—Pero debes comer algo, por el bebé —insistió Brianna.

Al llegar al segundo piso, Clariss se sorprendió de lo pequeño que era… y de que no estuvieran solas. La asistente de Brianna jugaba con Aurora; al verla, le dedicó un gesto de saludo y una sonrisa amable. Clariss miró a su hermana, preguntando con la mirada.

—Bridget no tenía dónde dormir cuando la contraté —susurró Brianna—. Solo necesitaba un techo y comida. Ven, siéntate aquí.

Señaló una pequeña mesa con tres sillas, demasiado cerca de la entrada, justo donde comenzaban las escaleras. La habitación tenía dos camas individuales, un pequeño guardarropa, una estantería con libros viejos y la mesa que hacía de tocador. En la puerta del guardarropa había un espejo partido a la mitad, y sobre la mesa se veían artículos personales: cepillos para el cabello, frascos de crema y aceites perfumados.

—Brianna… no quiero incomodarte. Puedo ir con Amelia —musitó Clariss, apenada.

El espacio sería perfecto solo para Brianna y Aurora, pero con dos mujeres más, el ambiente se volvería sofocante.

—No te preocupes por el espacio —respondió Brianna—. Vivimos tres años en uno parecido. Lo mejor es que te refugies aquí hasta que decidas hablar con Marco. Luego sabrás qué hacer.

Clariss se mordió la mejilla interna, pensativa. Quería esconderse de Marco, pero no quería incomodar a nadie.

—Bridget —llamó Brianna. La pelinegra dejó a Aurora y se acercó. Llevaba un camisón que Clariss reconoció como suyo.

Seguramente Brianna le había dado la ropa que Clariss había dejado en su antigua casa de Faubourg Sainte-Marie. No le

molestaba; al contrario, le alegraba que alguien apreciara sus viejas prendas. Además, Bridget y ella tenían la misma talla.

—Mi hermana se quedará unos días con nosotras —le informó Brianna.

—Oh, por supuesto —asintió Bridget con una sonrisa—. ¿Quiere que le prepare un espacio para dormir?

Brianna asintió y Bridget enseguida comenzó a moverse por la habitación. Entre ella y Brianna empujaron las dos camas individuales hasta unirlas, ajustando los colchones para que quedaran lo más juntos posible, aunque quedaba un leve desnivel en el centro y el espacio resultaba estrecho; pero al menos no dormirían en el suelo. Brianna acomodó las mantas y Bridget añadió una almohada extra, procurando que Clariss estuviera lo más cómoda posible.

—Así estaremos cómodas —dijo Brianna con una sonrisa.

Clariss asintió sin decir nada. En ese momento no necesitaba comodidad, solo quería cerrar los ojos y dormirse para dejar de pensar.

Deseaba que al despertar todo hubiera sido una pesadilla. Pero como sabía que no lo era, al menos esperaba despertar con la energía suficiente para enfrentar un nuevo día... y su nueva realidad.

# Capítulo 27

Habían sido los peores cuatro días de su vida; y Marco había tenido días malos, pero aquellos en los que el tiempo parecía detenerse y no encontraba sentido alguno a nada, eran los peores.

Su tormentita lo había dejado hacía cuatro días, después de escuchar la verdad que, aunque quisiera, no podía negar. La intención de una venganza siempre estuvo presente, pero quería explicarle y hacerle ver que nunca la llevó a cabo, que jamás pudo hacer nada que pudiera lastimarla, porque aunque al principio lo negara, siempre había estado enamorado de ella.

La soledad de su despacho nunca había sido tan asfixiante como en ese momento. El whisky no adormecía las emociones, ni tampoco el deseo contenido de ir tras su tormentita y traerla de vuelta, algo que habría hecho sin ningún problema, pero no quería obligarla. Ella le había pedido espacio y tiempo, y él se los estaba dando, a pesar de la dolorosa distancia.

—Señor Fairfax —escuchó a su mayordomo tras la puerta.

—¿Qué? —respondió con desgano.

—El señor Castañeda y el señor Dubois lo esperan en el vestíbulo —informó el hombre.

Marco resopló. No deseaba ver a nadie, no tenía cabeza para lidiar con más problemas en esos momentos. Pero debía recibirlos; ya había rechazado su visita en dos ocasiones a lo largo de esos días. No podía evitarlos por demasiado tiempo.

—Hágalos pasar —ordenó Marco.

—Enseguida.

No se molestó en arreglar su aspecto, que consistía únicamente en una camisa arrugada, con las mangas subidas hasta los codos y los primeros botones abiertos. Su cabello estaba revuelto, evidencia clara de su frustración.

Segundos después, la puerta se abrió, revelando a los hombres que insistían en verlo. Marco no se levantó de su asiento, como habría hecho en otras ocasiones; simplemente los miró, esperando que dijeran lo que querían y se marcharan, dejándolo ahogarse en el

whisky hasta que su mujer decidiera ser misericordiosa con él y quisiera hablarle.

—Marco, ¿qué pasa? Hace una semana que debíamos haber tenido la reunión mensual —comenzó Castañeda, quien se había recuperado de las heridas de bala que había recibido. Aunque no lo expresó, eso alegró a Marco.

—Los otros miembros están preocupados y comentando —añadió Dubois, con el ceño fruncido.

Marco tomó una honda bocanada de aire. Sabía que la reunión debía haberse realizado, pero ni siquiera podía pensar con claridad como para enfrentarse a los problemas que surgirían en ella.

—No hay razón para comentarios ni preocupación —respondió—. La reunión solo se ha retrasado.

—Los miembros quieren saber la razón —demandó Dubois, con un tono que parecía olvidar que ya no era el líder.

Marco entrecerró los ojos al mirarlo.

—Los problemas personales no son un tema que deba importarles —replicó con frialdad—. Lo que sí debe importarles es que la reunión se hará en los próximos días.

Castañeda lo miró con un dejo de preocupación, como si intuyera que algo no estaba bien, pero no hizo ningún comentario frente a Dubois.

—Si solo era eso, los invito a marcharse —añadió Marco, señalando la mesa cubierta de documentos que ni siquiera había revisado, desordenados y ocupando espacio innecesario, junto a la botella de whisky—. Como ven, estoy ocupado.

Ambos hombres se retiraron sin decir nada más, dejando a Marco nuevamente solo. Miró su reloj: eran las nueve de la mañana. Y como en los últimos cuatro días, se levantó y fue a su habitación para ponerse algo más presentable. Arregló su cabello y luego salió, subiendo al carruaje que ya lo esperaba.

No tuvo que decir a dónde iba. El cochero sabía perfectamente dónde debía llevarlo y estacionarse con discreción. El trayecto había sido, como cada mañana, tranquilo. Al llegar frente a *The Lily's Garden*, Marco miró por la ventanilla hacia la pequeña tienda de flores y hierbas, esperando verla.

Desde la noche en que Clariss había salido de Fairfax House, cinco noches atrás, él había ordenado seguirla. Ella no aceptó que uno de sus carruajes la llevara al lugar donde pensaba pasar esos días, pero eso no significaba que él simplemente lo aceptara. Le había dado su espacio, sí, pero no la mantendría fuera de su vista. Eso jamás lo aceptaría.

Esa misma noche supo que había ido con su otra hermana, Brianna, y allí había estado todos esos días. Él la había vigilado cada segundo.

Sabía que solía dejarse ver después de las nueve de la mañana, cuando tomaba algo que su hermana le ofrecía —debía ser té, ya que Clariss no tomaba café—. Luego ayudaba en lo que podía dentro de la tienda. Otras veces salía con Brianna o con Amelia, quien las había estado visitando constantemente esos días. Marco las seguía también, ya fuera cuando paseaban por las calles o almorzaban en algún *Dining Room*. Muchas veces pasaban tiempo en la panadería donde ella trabajaba antes, Y él mandaba a comprar pan o dulces que habían sido hechos por ellas.

Después regresaban y se quedaban en la floristería hasta la hora de cerrar. No veía salir a Clariss en ningún otro momento, ni siquiera para ir a la librería que estaba al lado.

No le pasaba por alto que cada vez que la veía, su rostro expresaba tristeza. No desprendía ese brillo natural que la envolvía; siempre parecía más callada, cuando de las tres hermanas era la más habladora. Eso le dolía. Y lo atormentaba. No soportaba verla en ese estado. No cuando él daría todo por ver, siempre, una sonrisa iluminando ese hermoso rostro.

Marco esperó a que llegara la noche para asegurarse de que cerraran bien y todo dentro de la tienda quedara a oscuras. Luego volvería a Fairfax House mientras dejaba a dos lacayos vigilando que nada pasara. Eso lo dejaba tranquilo. Saber que su mujer estaría a salvo le daba un mínimo de calma, aunque lo atormentaba no saber si estaba cómoda o si había comido bien.

Esperó cinco minutos, atento, hasta que las luces se apagaron por completo. Justo cuando todo se volvió oscuro, un carruaje se detuvo frente a la floristería.

Marco entrecerró los ojos al reconocer el mismo carruaje de las últimas dos noches. Pero, a diferencia de aquellas ocasiones —cuando se detenía un poco más adelante, esperaba unos quince minutos y luego se marchaba—, esta vez se estacionó justo frente a la tienda. Vio cómo la puerta se abría y descendía un hombre.

Marco se tensó de inmediato y sacó su arma, listo para atacar ante cualquier movimiento sospechoso. Cargó el arma sin apartar la vista del hombre. Era alto, de hombros anchos, cubierto por un abrigo largo y un sombrero de copa. Desde su posición no podía verle el rostro ni reconocerlo, aun así mantuvo el arma firme, apuntándolo.

Observó cómo el hombre se acercaba a la puerta de la floristería y pegaba el rostro al cristal, intentando ver el interior sumido en la oscuridad. Luego lo vio intentar forzar la puerta, y esa fue la señal. Marco bajó del carruaje y se acercó con sigilo. Alzó el arma, apuntándole con precisión.

—Aléjate de ahí. Y si das un paso en falso no pensaré dos veces en ponerte una bala en la cabeza —amenazó Marco con la voz ronca.

El hombre lo miró de soslayo, girando el rostro solo lo justo para verlo. Marco entrecerró los ojos, sin bajar el arma. El desconocido se giró con lentitud, alzando la cabeza, sin mostrar el menor temor por el arma apuntándole. Al estar oscuro, Marco no pudo reconocer del todo su rostro.

—Deberías bajar esa arma —comentó el hombre, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo, relajado, como si no tuviera una pistola apuntándole a la cabeza.

—¿Por qué debería hacerlo cuando estás intentando invadir un lugar donde hay tres mujeres solas? —replicó Marco.

—No tengo que darte explicaciones.

—Creo que sí —respondió Marco con frialdad—, más cuando una de esas mujeres es mi esposa.

Marco vio cómo el hombre entrecerraba los ojos.

—Bueno… —dijo al fin—. También una de esas mujeres es mi esposa.

Marco lo miró fijamente, sin comprender.

«*¿Quién era su esposa? ¿Brianna o la otra pelinegra que estaba con ellas?*», pensó. Apenas había reparado en la tercera mujer; no le había importado lo suficiente como para fijarse en ella.

—¿Quién eres? —preguntó Marco, sin bajar el arma.

—Lord Ian Dunmond, conde de Warwick —respondió el hombre.

Marco frunció el ceño al reconocer el nombre; luego bajó el arma y la guardó. El hombre no era peligroso.

—¿Ian? —habló Marco, esta vez con un tono más relajado y cansado.

Ian también entrecerró los ojos, recorriendo el rostro de Marco. Luego de unos segundos, sonrió de medio lado al reconocerlo.

—Marco Fairfax —dijo Ian, arqueando una ceja.

—¿Qué haces en Nueva Orleans? —preguntó Marco.

—Vine a buscar a mi fugitiva esposa —respondió Ian, señalando la tienda—. Espero que no sea ella la esposa que dices.

Marco sonrió, divertido, mientras negaba con la cabeza.

—Por supuesto que no, aunque intuyo que lo de fugitiva debe ser cosa de familia —se burló Marco, aunque en su interior sintió una punzada al pensar en lo que pasaría si Clariss decidiera huir aún más lejos de él.

«*El mundo ardería*».

—Entonces imagino que debe ser una de las hermanas —musitó Ian, más para sí que para Marco.

—¿Así que ahora eres el conde de Warwick? —añadió Marco, odiando tener que pronunciar ese título.

—Sí —respondió Ian con tono neutro—. Dio la casualidad de que el bastardo de mi padre tenía parentesco con el difunto conde. El hombre murió y no había nadie más que reclamara el título. Solo yo estaba disponible.

—Tuviste suerte —comentó Marco—. Imagino que heredar el título elevó tus negocios.

—No lo voy a negar.

Marco había conocido a Ian hacía cuatro años, cuando viajó a Escocia para aliarse con él y con su destilería de whisky. El whisky escocés era el más prestigioso del mundo, y decidió que debía formar parte de ese negocio.

Después de la alianza, la comunicación entre ellos había sido a través de terceros y cartas, nunca más se habían vuelto a ver.

—Si quieres ver a tu esposa, lo mejor es que regreses mañana, a una mejor hora —recomendó Marco.

Ian miró la puerta de la tienda y asintió.

No sabía qué había pasado entre él y su esposa —la cual debía ser Brianna— para que ella huyera. Si era sincero, jamás había investigado por qué las hermanas Straton huyeron de Londres.

Marco entrecerró los ojos hacia Ian, imaginando que él debía ser el principal responsable de eso, lo averiguaría. Era algo que debió haber hecho hacía mucho tiempo.

∞∞∞

Clariss terminó de empaquetar el pedido en una caja de regalos forrada con papel de color crema y adornada con una cinta de tela de color malva, atada en un lazo sencillo.

Dentro había colocado un pequeño frasco de crema corporal de manteca de karité y rosas. Luego, el aceite de almendras dulces con lavanda, protegido en la tapa con un trozo de tela para evitar derrames. A un costado acomodó el jabón artesanal de lavanda y, junto a él, un bálsamo multiuso en un frasco diminuto, hecho con cera de abejas y aceite de coco, uno de los productos más solicitados de la tienda, según había podido notar en los últimos días.

—Aquí tiene —dijo Clariss, empujando la caja hacia el hombre, que esperaba pacientemente—. Serían dos dólares, señor.

El hombre, que parecía tener unos treinta y cinco años, dejó las monedas sobre el mostrador y tomó la caja con delicadeza.

—Muchas gracias, señoritas —agradeció con una sonrisa que dejaba claro lo satisfecho que estaba con su compra.

Clariss le devolvió la sonrisa, pero en cuanto quedó sola nuevamente, esta se borró. Solo lo hacía por cortesía, porque sabía que una sonrisa daba confianza al cliente. Pero la verdad era que no tenía motivos para sonreír.

Mientras esperaba que Brianna y Bridget regresaran del puesto médico al que habían ido a entregar un pedido de láudano; ella se había quedado cuidando la tienda y atendiendo a los clientes. *The Lily's Garden* era, sin duda, un éxito. Brianna había sabido administrarlo en tan poco tiempo; ya tenía muchos clientes que acudían semanalmente en busca de remedios o productos de higiene.

Miró hacia afuera, observando cómo pasaban algunos carruajes o personas caminando frente a la tienda; ataviados en sus abrigos. El día estaba nublado y algo frío. Aun así, no miraba realmente; estaba sumida en sus propios pensamientos, tal como le había ocurrido durante los últimos días. Solo podía pensar en Marco.

Ya estaba más calmada y había reflexionado con mayor claridad sobre todo lo que había pasado con él. Aquella noche había salido de Fairfax House dolida, con la certeza de que Marco la había engañado y utilizado. Pero después de pensarlo con más calma, se dio cuenta de que, si en algún momento él pensó en hacerle daño, nunca lo llevó a cabo; al menos no físicamente. Porque debía recordar que, al principio, él le había hecho creer que amaba a Teresa, aunque después dijo lo contrario; pero, mientras lo pensaba, había sufrido un poco.

«*¿Y qué creías? ¿Que un hombre como Marco realmente se fijaría en ti?*»

Las palabras de Elaine se mezclaron en sus pensamientos. Pero tampoco podía creerle a ella, no cuando Marco le había demostrado que la amaba. No podía olvidar que siempre la trató de manera distinta, que siempre le hablaba con suavidad, que nunca fue grosero ni cruel con ella. Eso demostraba mucho más que lo que Elaine había dicho.

Aunque esperaba que todo hubiera sido real y no solo una actuación. Las miradas, los gestos, la devoción que él mostraba... no podían ser fingidos. Era demasiado real para que al final todo hubiera sido una mentira.

Ahora solo debía esperar la respuesta de Marco, ya que el día anterior le había enviado la misiva, que le había prometido. Quería hablar, resolver las cosas y saber qué pasaría con ellos. Estaba más

dispuesta a escucharlo y a enfrentar las diferencias que el ser hija de Jacob Straton les imponía. Pero eran más de las tres de la tarde y aún no había recibido ninguna respuesta, ni siquiera su visita, a pesar de que también le había revelado dónde se estaba quedando.

Eso, aunque no lo demostraba, la tenía nerviosa y con pensamientos demasiado negativos.

«*¿Y si al final decidió dejarme? ¿Y si no quiere verme y pensó que lo mejor que hice fue irme por mi propia voluntad?*»

Esos pensamientos se le metían en la cabeza cada cierto tiempo, alejando aquellos que la mantenían decidida y confiada en el amor de Marco. Bajó la cabeza y frotó la mano sobre su vientre, apenas abultado.

—Él vendrá por nosotros —susurró, aferrándose a esa esperanza.

Si no fuera porque no deseaba ver a Elaine, ya habría ido ella misma a Fairfax House; aunque también se sentía nerviosa y avergonzada por aparecer sin que Marco le diera permiso. Eran demasiadas emociones encontradas y, por eso, lo mejor para ella era quedarse quieta y esperar a que Marco respondiera su misiva.

Para despejar la mente, se dispuso a organizar algunos frascos de las estanterías que estaban fuera de lugar. Los clientes los tomaban y los dejaban donde no correspondía. En ese momento, la campanilla que anunciaba un nuevo cliente sonó.

Clariss respiró hondo, preparó su mejor sonrisa fingida y se giró; pero esta fue muriendo poco a poco al ver a Teresa Castañeda frente a ella.

# Capítulo 28

***24 de octubre de 1828.***

*La ira que Teresa sentía era inmensa. Había recibido una bofetada de la lavandera de Clariss y, para empeorar las cosas, Marco la había obligado a arrodillarse para pedirle perdón a la gorda de su esposa. Aquella humillación no la olvidaría jamás; tarde o temprano haría que Clariss la pagara.*

*Y como si la noche no pudiera ser peor, acababa de ver salir a Marco junto a esa mujer, ataviada con un hermoso vestido y joyas que debían ser para ella. No sabía a dónde irían, pero algo importante debía ser si estaban tan elegantes. Aún no podía creer que Marco la hubiera desechado por una lavandera gorda.*

*¡Era inaceptable!*

*Se negaba a creerlo. En el fondo sabía que Marco solo se estaba vengando por haberlo cambiado por Lionel hacía años atrás. ¿Pero acaso no le había bastado con que ella se entregara a él como amante y se deshiciera de su esposo para convertirse, finalmente, en la señora Fairfax?*

*Después de la muerte repentina de su esposo —o eso fue lo que todos creyeron gracias a la gran suma de dinero que pagó a un médico—, Teresa esperó que Marco por fin le pidiera ser su esposa. Lo esperó durante un año entero, solo para que al final terminara casándose con otra.*

*—¿Qué debo hacer para que te des cuenta de que estoy arrepentida y de que te quiero, Marco? —musitó para sí misma, sentándose en el borde de la cama de la habitación que le habían asignado en Fairfax House.*

*Cuando Elaine sugirió que podían pasar algunos días allí, debido a lo ocurrido con su padre, Teresa vio la oportunidad perfecta para hacer que Marco la deseara una vez más. Pero él ni siquiera le daba ocasión de acercarse. Se recostó boca arriba sobre la cama, pensando, hasta llegar a la conclusión de que la lavandera era la culpable de que Marco la hubiera apartado. Si hacía cuentas, solo*

*habían pasado cuatro meses desde que Marco terminó sus encuentros con ella. Y justo después anunció que se había casado.*

*Teresa se incorporó de golpe y salió de la habitación. Caminó por los pasillos hasta la cocina, agradeciendo no haberse cruzado con nadie. Al llegar, vio a algunos sirvientes. Los observó con detenimiento y luego entrecerró los ojos.*

*—Deseo un vaso de leche tibia con galletas de mantequilla. Llévenlo a mi habitación —ordenó antes de marcharse.*

*Esperó la leche pacientemente, organizando su plan en la mente. Cuando llamaron a la puerta, enseguida fue y la abrió personalmente. Quien llevaba la bandeja era una sirvienta joven; muy joven, menuda y de piel pálida.*

*«Perfecta», pensó Teresa, apartándose para dejarla entrar.*

*—¿Necesita algo más, señorita? —preguntó la joven. En su voz se notaba el cansancio.*

*—¿Hacia dónde se dirigieron los señores Fairfax? —preguntó Teresa.*

*—Lo siento, pero no puedo dar información sobre los señores —se disculpó la sirvienta.*

*Teresa adoptó su mejor expresión amable y le sonrió.*

*—Oh, eres muy fiel, eso me agrada —la elogió. ¿Quieres una galleta?*

*La joven miró la bandeja y pasó la lengua por sus labios.*

*—No creo que sea correcto.*

*—Descuida —respondió Teresa—. Puedes tomar algunas.*

*La muchacha dudó unos segundos, hasta que aceptó y tomó dos galletas. Teresa observó cómo las comía con evidente deseo, pero ni siquiera eso despertó compasión en ella.*

*—Puedes sentarte y descansar un poco —ofreció, señalando uno de los divanes—. Imagino que debes estar cansada. ¿Tienes hijos?*

*La sirvienta pensó menos de lo que debería y se sentó, asintiendo.*

*—Sí. Una niña de dos años. Mi madre la cuida mientras trabajo.*

*—Es una pena que no puedas pasar más tiempo con ella por estar todo el día aquí —comentó Teresa, ofreciéndole más galletas—. Solo para conseguir un poco de pan y leche.*

*La joven bajó la cabeza y asintió con pesar.*

*—Es difícil —sollozó, limpiándose la nariz.*

*—¿Qué edad tienes? —preguntó Teresa, ahora con curiosidad.*

*—Diecisiete años.*

*Teresa la observó por unos segundos. Durante un breve instante se planteó si debía continuar, pero luego se encogió de hombros. Solo importaba ella, no una insignificante sirvienta.*

*—¿Qué estarías dispuesta a hacer para darle una mejor vida a tu hija… o a ti? —preguntó, mirándola fijamente.*

*—El trabajo es todo lo que puedo hacer. No pienso convertirme en cortesana —respondió la joven, frunciendo el ceño.*

*—Oh, no hablo de eso —aclaró Teresa—. Pero si me das cierta información… podrías ganar un sueldo extra, suficiente para que tú y tu pequeña familia no pasen hambre durante mucho tiempo.*

*La joven abrió la boca, luego la cerró. Bajó la mirada y, tras unos segundos, volvió a mirarla.*

*—¿Qué clase de información?*

*—Por ejemplo… ¿a dónde fueron los señores Fairfax?*

*La joven se mordió el labio inferior.*

*—Al teatro —respondió al fin.*

*Teresa apretó los puños con rabia.*

*«¿La llevaba al teatro? ¿A la lavandera? A mí siempre me mantuvo escondida en una habitación».*

*Respiró hondo y volvió a fijarse en la joven.*

*—Información como esa. Y, sobre todo, todo lo que tenga que ver con la lava... —se corrigió—, la señora Fairfax.*

*—¿Solo eso?*

*—Sí. Por cada información te daré un dólar.*

*—¿¡En serio!?*

*—Por supuesto. Y, para que veas que cumplo mi palabra... —Teresa se levantó y fue hasta el tocador. Sacó una moneda de su ridículo. —Aquí tienes el pago. Podrás ganar más si me dices siempre lo que escuches sobre los señores Fairfax.*

*—Está bien —aceptó la joven.*

*Teresa sonrió.*

*—No debes decirle a nadie. Esto es un secreto entre nosotras.*

*La sirvienta asintió.*

*Y desde esa noche, todo lo que ocurría en Fairfax House Teresa lo sabía. Incluida la repentina ida de Clariss. Y con ello, también interceptaron la misiva que iba dirigida a Marco, aquella en la que Clariss le pedía verse y le decía dónde estaba.*

*—No creo que vuelvas a poner un pie en esa casa, lavandera —musitó Teresa con una sonrisa cargada de veneno mientras guardaba el sobre.*

∞∞∞

Clariss miró fijamente a Teresa, quien le sonreía con diversión y cinismo. Llevaba un abrigo largo de lana oscura y debajo un vestido azul oscuro. Su cabello rojizo estaba perfectamente peinado hacia atrás y sujeto en un moño pulcro con rizos sueltos, dejando ver un rostro pálido y afilado.

—¿Vienes a comprar algo? —preguntó Clariss con un tono que no dejaba dudas de que su presencia no era de su agrado.

—Sabes que no. Una mujer de mi posición jamás se rebajaría a adquirir nada en un establecimiento de clase media —respondió Teresa, recorriendo el lugar con la mirada y torciendo los labios en una mueca de desprecio.

Clariss sintió cómo la ira le ascendía por el pecho. Nada le impedía abalanzarse contra la pelirroja y darle su merecido.

«*Estás encinta*», le recordó una voz en su cabeza.

Solo por eso respiró hondo, intentando disipar, al menos un poco, la furia que la consumía.

—Entonces márchate de inmediato, antes de que sea yo quien te eche de aquí a patadas —amenazó Clariss, mirándola con ira contenida.

Teresa soltó una carcajada.

—No creo que a Marco le agrade que me trates así —expresó, inflando las mejillas como una niña ofendida.

—A Marco no le importas —replicó Clariss sin titubear.

—¿Eso crees? —Teresa sonrió con maldad—. Me temo que la insignificante eres tú. Fue fácil para él reemplazarte en cuanto saliste de Fairfax House hace cinco noches.

Clariss frunció el ceño. ¿Cómo podía Teresa saber algo así?

—Ni siquiera esperó un día para buscarme —continuó Teresa—. ¿Adivina con quién ha pasado todas estas noches?

Clariss negó con la cabeza.

—Marco no lo haría —replicó, aunque la firmeza en su voz se quebraba poco a poco.

—Deberías creerlo —prosiguió Teresa—. Soy mujer, e imagino lo doloroso y vergonzoso que es descubrir que un esposo solo se casa por venganza... y que, una vez satisfecha, desecha a su esposa por aquella a la que siempre amó. Solo te aviso que deberías irte, ese bastar...

—No te atrevas a llamar así a mi hijo —la interrumpió Clariss con frialdad—. ¿O deseas recibir otra bofetada?

Teresa sonrió.

—¡Inténtalo! —la retó.

Clariss apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas. Quería abalanzarse sobre ella, pero no lo haría. No le daría ese placer. Además, Teresa no era una tonta; si la provocaba así, era porque algo tramaba.

—Eso pensé —continuó Teresa—. Como decía... deberías irte de Nueva Orleans. Hay miles de lugares donde puedes empezar de nuevo, con la dignidad y el orgullo restaurados.

—¿De verdad esperas que crea una sola palabra de lo que dices? —se burló Clariss, con el corazón latiéndole como un tambor—. No seas patética, Teresa. Marco tarde o temprano vendrá a buscarme porque yo soy…

—No lo hará —la interrumpió Teresa sin perder la sonrisa—. No te he mentido, pequeña lavandera. El propio Marco me dijo que jamás te buscaría.

—Mentirosa, él...

La voz de Clariss murió cuando Teresa sacó un pequeño sobre de entre los pliegues de su abrigo. Era la misiva que ella le había enviado a Marco. La misma que había creído, con ingenuidad, que él respondería.

Sintió cómo su corazón se quebraba ante la prueba de que todo lo que Teresa había dicho era cierto. De que todos sus temores y

pensamientos negativos, al final... se habían vuelto realidad. Tragó con fuerza el nudo que tenía en la garganta y parpadeó varias veces para contener las lágrimas. No permitiría que Teresa la viera llorar.

—Eres más inteligente de lo que pensé —dijo Teresa mientras guardaba el sobre con lentitud—. Con esto ya lo entiendes todo. Eso era lo único que venía a decirte. Reflexiona sobre la feliz posibilidad de abandonar Nueva Orleans y comenzar una nueva vida, pequeña lavandera.

Dicho eso, Teresa dio media vuelta y abrió la puerta, haciendo sonar la campanilla y dejando entrar una ráfaga de viento helado. Pero Clariss no se quedó quieta. Con el corazón latiéndole frenéticamente, se lanzó hacia Teresa, la tomó del cabello con fuerza y la echó hacia atrás, acercando su oreja a sus labios.

—No me iré a ningún lado —susurró con furia—. Mi orgullo no se romperá por un divorcio y mucho menos por un hombre. Si tanto lo deseas, quédatelo. Me reconforta saber que tu final no será tan distinto del mío. Y si vuelves a cruzar esta puerta, no me resistiré a darte lo que mereces. No te tengo miedo, Teresa Castañeda.

Sin más, la empujó fuera de la tienda con tanta fuerza que Teresa estuvo a punto de caer al suelo. Clariss cerró la puerta y pasó los cerrojos con rapidez. Desde el otro lado del cristal, Teresa la observó con furia mientras intentaba recomponer su peinado deshecho.

Al menos, verla así le dio a Clariss cierta satisfacción. Pero en cuanto dio la espalda y se refugió detrás del mostrador, se derrumbó. Las lágrimas comenzaron a caer acompañadas de sollozos. Estaba sola. Podía permitirse deshacerse en llanto. No quería creer las palabras venenosas de Teresa, pero... ella tenía la misiva. La que había enviado a Marco. Si él no se la había dado, ¿cómo había llegado a sus manos?

La respuesta era clara, aunque se negaba a pensar en ellos dos juntos.

—Me... mintió... nada fue real —balbuceó Clariss, llevándose las manos al rostro. Ahora ni siquiera sabía qué hacer. Entonces recordó algo. Su hijo.

—Dios... ¿y si me lo quita cuando nazca? —musitó—. No... no puedo permitirlo. Tengo que salir de aquí.

No permitiría que Marco le arrebatara todo. Ya le había robado el corazón y lo había pisoteado sin piedad. Pero su hijo... eso, Marco nunca lo obtendría.

∞∞∞

—Si mi esposa te ve aquí, no te salvarás de una buena reprimenda, Marco Fairfax —expresó Pierce con diversión mientras cerraba la puerta del despacho.

—Si eso pasa, hazla callar. No estoy de humor para aguantar sermones de nadie —gruñó Marco con el rostro serio.

—Entonces, ¿a qué se debe tu presencia? —inquirió Pierce, esta vez con mayor seriedad, colocando frente a él una copa de whisky—. Todos estamos molestos contigo por lo que le hiciste a Clariss, incluido yo.

Marco arqueó una ceja.

—Nunca le hice daño alguno a Clariss, solo la amé. ¿Desde cuándo amar se ha convertido en un crimen? —replicó.

—¿Y qué hay de esa supuesta intención de venganza? —insistió Pierce, sin apartar la mirada.

—Es cierto. Cuando te propuse que me la entregaras, esa era mi intención —admitió Marco—, pero nunca la llevé a cabo, Pierce. Amo a Clariss más que a nada en este mundo. Jamás le hice daño, ni sería capaz de hacerlo.

Pierce lo observó con cierto asombro.

—Jamás imaginé oír algo así de Marco Fairfax, el Lobo Negro —dijo con una media sonrisa—. Es increíble lo que puede hacer una mujer en un hombre.

—No te burles, Pierce —replicó Marco—. Te recuerdo que tú caíste primero.

Marco bebió de su whisky, sintiendo el líquido deslizarse por su garganta. Ya ni siquiera percibía el ardor; tenía la garganta adormecida por la cantidad de licor consumido durante esos días.

—¿Qué piensas hacer para que Clariss te perdone? —preguntó Pierce tras unos segundos de silencio.

—Decirle la verdad que ella ya sabe, que la amo y que nunca le haría daño —respondió Marco—. Solo estoy esperando a que decida darme la oportunidad de hablar. Ella me pidió tiempo y espacio. Se lo estoy dando… pero no sé cuánto más podré resistirme a mirarla solo desde lejos.

Pierce lo miró con algo de compasión.

—Te entiendo. Ese lapso en el que ellas deciden si perdonarte o no es el más agonizante.

Marco asintió. Cinco días y seis noches habían pasado sin que Clariss aceptara verlo. Esperaría solo un día más. Después iría a buscarla. Poco le importaba que se sintiera traicionada al descubrir que jamás dejó de vigilarla; debía entender que ya era momento de hablar y afrontar la verdad.

—Por cierto —añadió Marco tras unos segundos—, ¿por qué las hermanas huyeron de Londres? Eran hijas de un conde.

—Amelia me contó que, tras la muerte del conde, apareció un primo segundo al que le otorgaron el título, junto con una esposa, que debía ser una de las hermanas. Brianna fue la elegida —explicó Pierce—. Pero el hombre resultó ser más idiota y cruel que el difunto conde y ellas se vieron obligadas a huir.

Marco apretó los puños, deseando tener a Ian frente a él para hacerlo pagar. Aunque, por otro lado, no podía evitar pensar que, de no haber sido por eso, jamás habría conocido a su tormentita.

—¿Y qué exactamente hizo el nuevo conde? —insistió Marco.

—Llevó a su amante a vivir bajo el mismo techo que su esposa. En ese momento Amelia ya estaba envuelta en el escándalo que provocamos al intentar huir; además, estaba encinta —Marco notó cómo Pierce se tensaba al decirlo—. El hombre pretendía recluirlas a ella y a Brianna en el campo.

—¿Y a Clariss? —preguntó Marco, con el tono ensombrecido.

—Bueno… —Pierce midió sus palabras— Amelia me dijo que planeaba entregarla en un matrimonio conveniente. Después de todo, era la más joven y la única libre de escándalos.

Marco se levantó con furia y golpeó la mesa.

—Voy a matar a Ian.

Pierce frunció el ceño.

—¿Conoces al conde de Warwick?

—Sí. Invertí algo en su destilería hace unos años. Y ahora resulta que está en Nueva Orleans. Él mismo se entregó al lobo.

—Espera —Pierce lo detuvo—. ¿Dices que Warwick está en Nueva Orleans?

—Así es.

Pierce se pasó las manos por el rostro.

—Dios… Amelia me va a matar —murmuró Pierce, aunque Marco lo escuchó—. Fui yo quien le envió la ubicación de Brianna.

Marco frunció el ceño.

—¿Recuerdas cuando creí que Amelia había sido quien nos vendió? —continuó Pierce—. Para hacerla hablar, te entregué a Clariss y le envié al conde una carta diciéndole dónde estaba su esposa con su hija.

Marco recordó aquel momento. En su obsesión por Clariss no había prestado atención a lo que Pierce había hecho con las otras hermanas. Y ahora no era distinto.

«*Si Ian cree que puede llegar e influir en la vida de Clariss como su tutor, le demostraré lo equivocado que está*».

Tras salir de Dankworth House, Marco pasó por Fairfax House con la esperanza de encontrar alguna nota de Clariss. La decepción lo golpeó al no tener nada, pero aun así volvería a subir al carruaje e iría a la floristería para hacer lo mismo que había hecho los últimos días: observarla desde las sombras y el silencio. Pero antes de salir, su hermana lo interceptó.

—Cecilia, si pretendes hacerme cambiar de opinión respecto a la boda, ya hemos hablado de ello. No romperé mi palabra —advirtió Marco.

—No quiero hablar de la boda —respondió ella, negando con la cabeza—. Ya la he aceptado. Además, no podemos cancelar algo que tendrá lugar en dos días.

Marco entrecerró los ojos.

—No estarás pensando en huir, ¿verdad?

—Por supuesto que no, hermano. No avergonzaría así nuestro apellido —aseguró—. Solo quería saber de Clariss. ¿Aún se rehúsa a hablar contigo?

Marco dejó caer los hombros. Por primera vez permitió que su tristeza fuera visible ante alguien.

—Sí. Aún se niega a verme —respondió. Luego pensó en algo—. Podrías ir a verla.

—Pero no sé dónde está.

—Está con su otra hermana —respondió Marco, como si fuese evidente.

—Oh…

—Irás a verla y hablarás con ella —ordenó—. Le dirás que debe asistir a la boda como mi esposa.

—Pero la estarías obligando.

—No. Es hacer lo necesario para que regrese a mí —respondió con firmeza—. Y créeme, Cecilia, por Clariss estoy dispuesto incluso a cruzar el océano nadando si es necesario.

# Capítulo 29

La campanilla de la panadería de Ruth tintineó suavemente cuando Clariss empujó la puerta, seguida de Brianna, Bridget y la pequeña Aurora, que caminaba entre las dos mujeres. Brianna había decidido cerrar la floristería antes de lo habitual; quería visitar a Ruth y comprar algo de pan para la cena de esa noche.

—Mmm, qué delicia —saboreó Brianna al percibir el aroma del pan recién horneado que flotaba en el aire.

En otro momento, aquel olor habría abierto el apetito de Clariss, pero incluso su estómago parecía haberse cerrado, negándose a aceptar cualquier tipo de alimento. Comía solo por su bebé. A pesar de mantener un semblante sereno, por dentro estaba devastada. Sus pensamientos seguían atrapados en la espiral que había provocado la visita de Teresa aquella mañana. Sus palabras y la prueba de que todo lo que había dicho era verdad, aún la desmoronaban. Por eso no había dicho nada a su hermana; no quería hablar de ello. No quería volver a sentir la humillación ni la rabia, ni a repetir las palabras que Teresa le había restregado en el rostro.

—Mis niñas, llegan en el momento perfecto —dijo Ruth, sacando a Clariss de sus pensamientos.

Clariss miró a la mujer, que parecía nerviosa y preocupada. Segundos después, Cole salió de la habitación donde almacenaban los productos, con el rostro pálido y la expresión cargada de tensión.

—¿Qué pasa? —preguntó Brianna, dando un paso al frente.

Aurora se quedó junto a Bridget, que observaba todo en silencio, manteniéndose al margen.

—Es Astrid —respondió Cole con voz tensa. Clariss se tensó al instante y lo miró con atención. —Su esposo murió y ella… —continuó Cole, frunciendo el entrecejo mientras apretaba los puños— …ha huido.

—¿Qué? —inquirió Brianna, sorprendida—. ¿Pero por qué ha huido?

—Dejó esta carta explicando brevemente sus razones —intervino Ruth, mostrando la carta abierta que tenía entre las manos—. La encontré en el suelo, frente a la puerta. Al parecer, la deslizó por debajo.

—¿Y qué dice? —insistió Brianna.

—Confiesa que Morel murió por su culpa, que ella lo… asesinó —respondió Ruth en voz baja, temiendo que alguien más escuchara—. Y que no puede entregarse porque está… —Ruth guardó silencio y miró a su hijo, que bajó la cabeza— …está encinta.

Clariss llevó ambas manos a la boca, ahogando un gemido de sorpresa. La culpa la invadió de inmediato al pensar que no había presionado lo suficiente a Marco —cuando aún podía— para que hiciera algo por su amiga.

—Pero… debe haber alguna razón para que Astrid hiciera algo así —dijo Brianna, igual de sorprendida—. Ella nunca asesinaría a alguien porque sí.

—Morel era un cerdo, mi niña. Esa es toda la razón —respondió Ruth con pesar—. No juzgo a Astrid por haber sucumbido a la ira y llegar a ese extremo, pero…

—No debió huir —interrumpió Cole, con la voz cargada de impotencia—. Debió haberme buscado. Yo la habría ayudado, sobornando y creando una muerte accidental para ese cobarde. A las autoridades de Nueva Orleans no les importan los casos cuando se trata de personas sin poder, dinero o conexiones.

Clariss lo miró con furia. ¿Ahora sí quería ayudarla? Sin contenerse, volcó todas sus emociones —las buenas y las malas— y se acercó al joven.

—¿La habrías ayudado como ayudaste a que se zafara de ese matrimonio? —acusó Clariss, señalándolo con un dedo—. Porque te recuerdo, Cole, que te negaste a ayudarla. No sé qué tipo de relación tenían aparte de esa supuesta amistad, pero Astrid te quería. Te pidió ayuda y tú simplemente le diste la espalda cuando más te necesitaba. Eres un hipócrita por decir ahora que debió buscarte.

—Clariss… —musitó Brianna, avergonzada por el tono de su hermana.

—No, ella tiene razón —admitió Cole, con los hombros caídos y la mirada fija en el suelo—. Fui un idiota cobarde al darle la espalda. Más cuando se lo debía por…

—¿Por qué? —exigió Clariss, fulminándolo con la mirada.

—El hijo que espera es mío —confesó Cole—. Lo deja escrito en la carta.

—¿Entonces le diste la espalda después de utilizarla? —inquirió Clariss, incrédula y dolida al pensar hasta dónde podía llegar la maldad de los hombres hacia las mujeres.

—Le dije que nos casaríamos, pero era mentira —admitió Cole sin alzar la vista—. Y cuando me pidió casarnos y evitar el matrimonio con Morel… la rechacé. Mi padre me había reconocido y por fin estaba entrando en la alta sociedad de Nueva Orleans. No podía casarme con Astrid.

Clariss miró a Ruth, que tenía los ojos llenos de lágrimas y el rostro marcado por la decepción ante la confesión de su hijo.

—Pero pienso buscarla —prometió Cole alzando por fin la cabeza —. La encontraré y enmendaré mi error.

Clariss lo miró con desprecio.

—Si eso calma tu conciencia, adelante —sentenció—. Pero espero, por el bien y la felicidad de Astrid y de ese niño, que nunca la encuentres.

Dicho esto, le dio la espalda y salió de la panadería. Respiró hondo, intentando calmar el torbellino de emociones que la desbordaba. Una lágrima resbaló por su mejilla y ahogó un sollozo.

«*¿Por qué los hombres hacían miserables a las mujeres?*»

Se creían seres superiores, con derecho a usarlas y a desecharlas a su antojo; a herirlas y a vengarse sin razón; a mentirles y a hacerles creer en falsos amores que solo terminaban destruyéndolas poco a poco.

—¿Por qué? —sollozó, dejando caer gruesas lágrimas.

Sintió unos brazos rodearla y, al reconocer a su hermana, se aferró a ella, llorando y desahogándose del dolor, la frustración, el abandono, la mentira de Marco, las palabras de Teresa… todo.

∞∞∞

Marco entró en el club *La Sirena Roja* y se dirigió directamente al salón donde se reunía la *Sociedad de las Sombras*. Eran las nueve de la noche y sentía la ira recorrerle el cuerpo. Ese día no había podido ver a Clariss debido a algunos asuntos urgentes que habían surgido en la naviera; además, se había reunido con don Alonso de Villalba, el futuro esposo de Cecilia, y había terminado de ultimar los detalles de la boda y los beneficios que cada uno obtendría de aquella unión.

Marco sabía que ese matrimonio, al final, duraría pocos meses. El viejo Villalba estaba enfermo, aunque se negara a admitirlo. Al menos no tenía hijos y, según los contratos firmados, él podría administrar sus negocios mientras Cecilia se quedaba con toda su fortuna.

Pero la verdadera ira se debía a la incompetencia de los hombres que había dejado vigilando a Clariss, quienes no la habían seguido cuando les informaron que había salido con su hermana y la tercera mujer que vivía con ellas. Marco tuvo un impulso feroz de clavarles una bala en la cabeza por su falta de razonamiento.

Ahora debía presentarse ante los miembros de la *Sociedad de las Sombras* sin verdadera concentración, pues su mente solo estaría ocupada pensando en dónde se encontraba su tormentita. Al cruzar la puerta, ignorando el bullicio de los hombres y las cortesanas bebiendo y riendo, encontró a todos los miembros sentados en sus lugares, esperándolo. Las siete sillas estaban ocupadas; solo faltaba la suya.

—Buenas noches —saludó Marco con firmeza mientras tomaba asiento detrás de la pintura del lobo. La estancia estaba iluminada por candelabros y una lámpara de araña que colgaba en el centro—. Comencemos.

—Han surgido varios problemas con las autoridades en nuestros negocios —inició el señor McKnely, un irlandés dedicado al contrabando de whisky.

—Un detective inglés se ha metido en nuestros asuntos —continuó el señor Beauregard, un hombre de unos cuarenta y cinco años—.

Nos tiene bastante cansados, y sabes que no nos gusta que husmeen en nuestros territorios.

—Imagino que hablan del detective Vance —dijo Marco, entrelazando los dedos sobre la mesa y observando a los miembros con detenimiento.

—Sí —respondieron algunos; otros solo asintieron.

—Él tiene mi permiso para hacer exactamente lo que está haciendo —informó Marco con voz dura, viendo cómo los miembros se miraban entre sí—. Alguien ha robado armas inglesas muy valiosas. Se cree que están ocultas en Nueva Orleans y, por ende, también el ladrón.

—¿Piensan que somos algunos de nosotros? —preguntó Dubois, frunciendo el ceño.

Marco lo miró con atención.

—No puedo afirmarlo, pero tampoco negarlo. Por eso le he dado permiso a Vance para hacer las averiguaciones necesarias y descartarlos como sospechosos. No deben preocuparse por sus ilegalidades; es un trato que hice con él. Solo está buscando sus armas —explicó Marco, observando cuidadosamente la reacción de cada uno.

—Debiste habernos avisado —atacó el señor Petit, mirándolo fijamente—. También nos debes una explicación por el retraso de esta reunión.

Marco entrecerró los ojos. Los demás miembros miraron a Petit con sorpresa; claramente había cometido un error al dirigirse de ese modo al Gang Leader.

—Gaspard, no —advirtió Dubois, con el ceño fruncido y un rastro de preocupación.

Marco se acomodó en su silla, apoyando la espalda en el respaldo y cruzando las piernas con una postura dominante.

—No tengo por qué informarles de nada que no represente un peligro para la sociedad. En cambio, ustedes me deben toda la información estipulada en las reglas; y si permití el registro en cada uno de sus negocios es porque supongo que no tienen nada que esconder. ¿O deseas agregar algo que debamos saber, Gaspard?

El silencio se apoderó de la sala ante el tono firme y amenazante de Marco. Era consciente de que el miedo no era lealtad, pero a veces era necesario imponerlo para acallar a hombres como Gaspard Petit.

—No tengo nada que decir —respondió Gaspard—. Pero… —miró a los demás miembros— todos estamos de acuerdo en que has estado ausente en tu puesto como Gang Leader desde que te casaste.

Marco sintió cómo la vista se le nublaba de ira ante la mención de su matrimonio con Clariss.

—Incluso has olvidado convocar a esta reunión en tiempo y forma —continuó Gaspard—. Has descuidado tus deberes como Gang Leader y la sociedad no puede permitirse un líder distraído por asuntos personales.

Los miembros miraron a Marco esperando su reacción. Pero él no respondió de inmediato. Se limitó a observar a Gaspard con una calma que no sentía.

—¿He olvidado mis deberes? —repitió, con voz baja y amenazante.

—Eso parece —respondió Gaspard, sosteniéndole la mirada—. Has cambiado prioridades sin consultar al consejo.

Marco sonrió sin humor.

—Los líderes no consultamos cada decisión que tomamos. No pedimos permiso y tampoco preguntamos qué es lo correcto o no. Lo hacemos porque sabemos exactamente lo que estamos haciendo —replicó observando los rostros tensos de los hombres—. No he olvidado nada —continuó—. Solo he decidido cambiar ciertas cosas que no funcionaban.

Gaspard frunció el ceño sin comprender de qué hablaba Marco.

—Reducir la exposición innecesaria ante las autoridades —enumeró—. Cortar tratos con intermediarios que solo generan filtraciones. Y, sobre todo, dejar de actuar como si fuéramos intocables. Ese exceso de confianza es lo que acaba con las organizaciones.

La mayoría de los miembros asintieron con aprobación hacia Marco. Pero Gaspard apretó los puños al darse cuenta de que el

apoyo que esperaba de los miembros no llegó.

—¿Deseas seguir cuestionando mi liderazgo, Gaspard? —preguntó Marco, mirándolo fijamente.

—No… no era mi intención faltar al respeto —murmuró el francés.

—¡Que no se repita! —sentenció Marco con la voz endurecida, demostrando ya su ira—. Yo no olvido quién soy, ni qué cargo ocupo. Y menos aún quién me debe lealtad.

La reunión continuó con la tensión en el aire; Gaspard no volvió a abrir la boca y ningún otro miembro volvió a cuestionar a Marco.

Cuando finalmente abandonaron el salón, Marco salió del club y caminó unos pasos hasta detenerse justo al lado de Roux. Encendió un cigarro, sin apartar la mirada de la calle, y le dio una calada.

—Sigue a Gaspard Petit —ordenó—. Quiero saber con quién se reúne y qué ha hecho en los últimos días. Todo.

Roux asintió.

—¿Sospecha de traición?

Marco exhaló el humo con lentitud.

—Ha querido rebelarse —respondió sin más detalles.

Y si resultaba ser Gaspard Petit el traidor, él mismo se había entregado al lobo.

∞∞∞

El día había amanecido un poco mejor que los anteriores. El sol se había dejado ver, aunque no lograba combatir del todo el frío de noviembre.

El pensamiento de que debía alejarse por su hijo la atormentaba; no quería huir del lugar que ahora consideraba su hogar, no de nuevo. Pero debía afrontar la realidad, y ésta dictaba que Marco tenía poder... y podía hacer lo que quisiera.

El otro pensamiento era aún más doloroso. Por más que intentó concentrarse en otra cosa, la imagen de Marco junto a Teresa no la abandonaba. Se torturó imaginándolo besándola de la misma forma en que la besaba a ella, o tocándola con la misma devoción. Aquello le apretaba el pecho hasta dejarla sin aliento. Sabía que debía

detener esos pensamientos. Debía pensar en cómo establecer su vida y sobrevivir al dolor de la traición.

—Creo que ya está —musitó Bridget a su lado.

Clariss alzó la vista y luego miró el mortero frente a ellas. Las semillas de caléndula ya estaban totalmente maceradas para ser convertidas en aceite.

—Oh… —se disculpó con la mirada, esbozando una débil sonrisa.

—No te preocupes —expresó la pelinegra, mirándola con algo de pena—. Imagino que lo debes estar pasando mal.

Clariss bajó la mirada, pero no respondió. En ese momento, la campanilla que anunciaba a un cliente sonó. Bridget y ella miraron hacia la entrada y vieron que Brianna se adelantaba a atenderlo; era un hombre joven y alto, de cabello castaño claro y ojos cafés. Traía un ramo de flores entre las manos. Clariss notó cómo Bridget se contenía para no sonreír mientras volvía a su labor de separar las semillas.

—¿Qué pasa? —preguntó Clariss.

—Es uno de los compradores mayoristas de la tienda —explicó Bridget con una sonrisa—. Pero al parecer se ha fijado en Brianna más de lo normal.

Clariss frunció el ceño y observó a su hermana, que hablaba algo incómoda con el hombre, quien le tendía el ramo de flores.

—No puedo aceptarlo —escuchó decir a Brianna.

—Por favor, me ha rechazado los dos últimos regalos. Al menos acepte las flores; sé que le gustan —pidió el hombre, mirándola con cierta ternura.

—Yo… —Clariss notó cómo Brianna apretaba los puños detrás de su espalda—. Está bien, pero por favor, no siga.

—Mis intenciones no son agobiarla. Solo deseo una oportunidad… ¿una cita, tal vez? —expresó el hombre con una amplia sonrisa.

Clariss ladeó la cabeza. El hombre parecía amable y genuinamente interesado en Brianna.

—Tal vez para la próxima —aseguró Brianna, aunque Clariss sabía que eso significaba nunca—. Ahora, ¿desea algo de la tienda o algún encargo?

El hombre dejó caer los hombros, derrotado.

—No, pero mañana le enviaré el número del pedido que necesito —respondió antes de despedirse y salir de la tienda.

Clariss se acercó enseguida a Brianna.

—¿Por qué no aceptaste? —inquirió, mirándola sin entender—. Se ve muy interesado.

—No te pongas igual que Amelia, Clariss —advirtió Brianna, dejando el ramo sobre el mostrador.

—¿No has pensado que tal vez Amelia tiene razón? Necesitas recomenzar tu vida, permitirte amar y ser amada.

—No puedo, Clariss —sentenció Brianna con el ceño fruncido—. Debo cuidar de Aurora y hacer que la floristería crezca. No tengo tiempo para el romance. Además, sigo casada legalmente con Ian. Si recomenzara mi vida, no podría volver a casarme a menos que lo buscara para pedir el divorcio, y eso no está en mis planes. No quiero volver a verlo nunca.

Y con eso, Brianna salió de la tienda dando un portazo que hizo sonar la campanilla con fuerza. Clariss miró a Bridget, quien se encogió de hombros sin saber qué decir.

—Es demasiado terca —musitó Clariss con un resoplido.

Justo en ese momento, la campanilla volvió a sonar. Clariss se giró y vio a Cecilia entrar, ataviada con un vestido amarillo pastel y un abrigo de lana blanco.

Clariss abrió los ojos con asombro al verla allí.

—Buenos días —sonrió Cecilia—. Acabo de ver a Brianna… parecía molesta.

—Sí, lo está —respondió Clariss—. ¿Qué haces aquí, Cecilia? Quiero decir, me alegra verte, pero...

—Sigues siendo mi amiga, a pesar de lo que haya pasado entre tú y Marco —respondió Cecilia—. Pensé que sería una gran traición que también me apartaras de tu vida.

Clariss sonrió levemente al escuchar el tono burlón y dramático de Cecilia. Al parecer, había logrado contagiarla un poco y suavizar su carácter reservado.

—Lo siento —se disculpó Clariss—. Es solo que no quería ver a tu hermano.

—Lo entiendo. Por eso he venido yo.

—¿Y cómo supiste que estaba aquí? —preguntó Clariss.

Cecilia se mordió el labio.

—Marco me lo dijo.

Clariss sintió cómo el puñal se hundía más profundo en la herida.

«*Marco sabe dónde estoy, ha leído la nota… y no le ha importado*».

—Comprendo —musitó Clariss, respirando hondo para contener nuevas lágrimas.

—Mañana me caso —anunció Cecilia. Clariss la miró de inmediato —. Quisiera que estuvieras presente.

—¿¡Te vas a casar con el vejestorio?! —chilló Clariss, provocando la risa de Cecilia, que asintió.

—Sí, ya lo he decidido. No lucharé más contra el destino —respondió la castaña—. ¿Irás?

—No creo que deba ir… tu hermano…

—No te preocupes por él, estará ocupado —la interrumpió Cecilia.

Clariss estuvo a punto de preguntar si Teresa también asistiría, pero se contuvo. No se rebajaría a eso.

—Deberías ir —intervino Bridget, acercándose—. Si no vas, demostrarías que estás devastada. Pero si vas… demostrarás lo contrario ante tu esposo y ante el mundo.

Cecilia sonrió y asintió.

—Tiene razón. Puedo enviarte uno de tus vestidos, el más bonito —propuso.

—¿Todavía están en Fairfax House? —preguntó Clariss, incrédula —. A esas alturas había pensado que Marco habría ordenado deshacerse de todo.

—Por supuesto.

Asistir a la boda significaba demostrar que aquella situación no la había destruido; que estaba de pie... y que podía enfrentarse a Marco si era necesario.

—Está bien —aceptó Clariss—. Envíame el vestido y algunos accesorios. Pero que Marco no lo sepa.

—¡Perfecto! —asintió Cecilia, uniendo las manos con alegría—. Te haré llegar las invitaciones junto al vestido. Las espero mañana, porque todas están invitadas.

Bridget se señaló a sí misma, confundida, y Cecilia asintió; luego se giró para marcharse, pero Clariss la detuvo.

—¡Espera! —Cecilia se volvió—. ¿De verdad aceptarás casarte con ese hombre?

La castaña se encogió de hombros.

—Tal vez no sea tan malo después de todo. Una vez me pediste que pensara qué era lo que realmente quería. Ya lo sé, gracias a ti.

Clariss sonrió y asintió.

—Me alegra saberlo.

Cuando Cecilia abandonó la tienda, caminó unos metros hasta subir al carruaje donde Marco la esperaba con impaciencia.

—¿Entonces? —preguntó ansioso—. ¿Irá?

—Ha aceptado —respondió Cecilia, divertida por la desesperación de su hermano—. ¿Tienes el vestido listo?

—Sí —asintió Marco, señalando la caja a su lado.

—Perfecto. Pero ella me pidió que no supieras nada —añadió Cecilia.

—Lo importante es que irá —replicó Marco—. Lo demás… me encargo yo.

Por fin la vería de frente. Y esta vez… no la dejaría ir.

# Capítulo 30

El aire frío logró apaciguar un poco su furia, haciéndola arrepentirse de no haber tomado su abrigo antes de salir. Pero Brianna estaba demasiado molesta como para pensar en algo más en ese momento.

Sus hermanas parecían empeñadas en que debía aceptar ser cortejada por alguien, como si aquello fuera tan sencillo.

Nadie la aceptaría una vez supiera que tenía una hija de tres años y que aún estaba casada. Y ella misma tampoco se rebajaría a exponerse de ese modo. No lo hacía por Ian; ese desgraciado podía morirse y no le importaría. Si se había mantenido sola hasta entonces, era por ella misma y por su hija. La sociedad no tardaría en juzgarla si llegara a saber que seguía casada y, aun así, pretendía tener un amante.

Paró en seco cuando se dio cuenta de que, llevada por la ira, se había alejado más de lo que pretendía de la floristería. Estaba en una intersección, entre un callejón estrecho y la calle que conducía al muelle.

—Lo mejor es regresar —musitó pasándose las manos por sus delgados brazos descubiertos. El aire frío comenzaba a hacerse notar, y ella siempre era propensa a resfriarse en esa época del año.

Cuando se dispuso a regresar, sintió la rara sensación de que alguien la seguía. Era la misma sensación que había experimentado semanas atrás, antes de que el esposo de Clariss dispusiera que la vigilaran.

Miró hacia atrás y luego a ambos lados, pero solo vio a algunas personas caminando absortas en sus asuntos y uno que otro carruaje que pasaba sin detenerse. Retomó su camino; para acortar la distancia y escapar del frío que ya la hacía tiritar, decidió cruzar la calle estrecha que parecía más un callejón que una vía transitada. Las puertas traseras de los establecimientos estaban cerradas; había cajas de madera apiladas y pequeños contenedores de basura que despedían un olor desagradable.

Avanzó apenas unos pasos más cuando un carruaje apareció desde la calle principal y se detuvo justo frente a la salida del callejón, bloqueándole el paso por completo. El corazón comenzó a latirle con fuerza y el aire frío ya no importaba, solo podía pensar en lo estúpida que fue al creer que nada pasaría si tomaba ese camino. Pero en su defensa, la estrecha calle parecía segura y sin nadie alrededor.

Retrocedió un paso, instintivamente, pero entonces la puerta del carruaje se abrió y un hombre descendió con calma. Vestía un abrigo oscuro y llevaba el sombrero bien colocado, ocultándole parcialmente el rostro. Brianna contuvo el aliento, preparada para correr si era necesario.

Entonces él alzó el rostro haciendo que ella se tensara.

—No… —susurró Brianna, sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—¿No sabes que mujeres indefensas como tú no deberían caminar solas por estas calles? —la voz grave y serena de Ian Dunmond, su esposo, le heló aún más la sangre que el propio frío.

Brianna retrocedió dos pasos al mismo tiempo que Ian avanzaba hacia ella.

—No —repitió, esta vez con más firmeza para que la escuchara—. No te acerques.

—¿Y por qué habría de obedecerte? —replicó él con frialdad—. Y más después de tenerme tres años buscándote, querida esposa.

Brianna tragó grueso al oír cómo pronunciaba la palabra esposa, cargada de desprecio, como si le resultara amarga.

—Si me fui fue precisamente para que no me buscaras —respondió, esforzándose por mantener la voz firme—. No quería volver a verte.

Aun así, no podía apartar la mirada de él. Necesitaba cerciorarse de que realmente era Ian quien estaba frente a ella. Y lo era. La misma postura altiva, los mismos ojos ámbar, casi amarillos, que siempre la habían observado con frialdad, haciéndola sentir inferior. Su cabello oscuro estaba ahora más corto; el abrigo largo y bien cortado realzaba su figura alta y robusta. Sus facciones seguían siendo duras y arrogantes.

—Te habría dejado ir sin problemas si no me hubieras dicho que estabas encinta —dijo con crudeza—. Créeme, nos habrías hecho un favor a ambos.

Brianna sintió como si le hubieran dado una bofetada.

—Veo que no has cambiado demasiado —añadió él, recorriéndola de arriba abajo—. Excepto tu cabello.

Brianna resistió el impulso de tocarlo. Al llevarlo corto, apenas por encima de los hombros, solía dejarlo suelto o recogido con un pañuelo, pero en ese momento el viento lo había desordenado, dejándolo caer libremente alrededor de su rostro.

—¿Qué quieres? —preguntó Brianna, mirándolo fijamente, sin bajar la mirada.

Él le provocaba las mismas sensaciones que antes: atracción, lujuria, pero también temor. Había esperado que, después de tanto tiempo, su cuerpo no reaccionara a él. Sin embargo, lo que sí había cambiado en ella era el control sobre sí misma, y pensaba usarlo para no demostrarle que le temía ni que su regreso le provocaba algo.

—Por ahora, solo dejaré que mi regreso se asiente en tu mente —respondió él, girándose un poco—. Pronto sabrás lo que quiero, Brianna. Y espero que no intentes huir otra vez. Estaré vigilándote.

La amenaza le llegó con total claridad. Brianna apretó los puños con impotencia mientras contenía las lágrimas. Había vivido esos tres años y medio con el temor constante de ser encontrada por Ian, pero la realidad superaba todos los escenarios que había podido imaginar.

Albergaba la esperanza de que, si su esposo la encontraba, le pediría perdón e intentaría enmendar, al menos en parte, sus errores. Pero se había equivocado. Y la prueba era clara: ya estaba imponiendo sus reglas, su presencia y su tiempo.

Brianna solo observó cómo Ian subía una vez más al carruaje, dejándola sola, otra vez, en aquel callejón helado.

∞∞∞

Clariss sentía una mezcla de nerviosismo y anticipación. Iban de camino a la iglesia donde Cecilia y el vejestorio de su futuro esposo se casarían. Se había preparado especialmente para demostrar lo poco que le importaba la indiferencia de Marco. El conjunto que Cecilia le había enviado era precioso, aunque no recordaba haberlo comprado.

Se trataba de un vestido rosa pastel, con un escote redondeado y discreto que realzaba la zona del cuello, y un talle ceñido bajo el busto del que caía una falda fluida adornada con bordados florales. Sobre los hombros descansaba un abrigo de lana clara, cerrado con un broche en forma de flor. Su cabello dorado estaba recogido a medias, con ondas suaves cayendo sobre los hombros, sujeto con una peineta sencilla. Como únicos adornos, llevaba pendientes pequeños y un collar fino con una piedra rosada.

Se sentía y se veía hermosa. Sólo esperaba que su determinación y firmeza no se quebraran cuando viera a Marco junto a Teresa, porque estaba segura de que estarían juntos. El solo pensamiento hizo que apretara los puños, pero los relajó enseguida. Debía tranquilizarse.

Miró a su hermana y a Bridget, que estaban frente a ella en el carruaje. Aurora estaba con los hijos de Amelia, al cuidado de la niñera. Desde que Brianna vio a Ian, había estado callada y pensativa. Clariss la entendía: su esposo había regresado y no había dicho qué quería. Eso tenía a Brianna más nerviosa de lo que había admitido.

Cecilia también les había llevado vestidos hermosos a Brianna y a Bridget, para que no hubiera excusa de rechazar la invitación. Brianna llevaba un vestido color crema, con detalles dorados y el cabello en ondas a los lados del rostro; Bridget, en cambio, vestía de celeste y llevaba el cabello oscuro recogido en un moño alto, con rizos cayendo en suaves ondas.

Cuando el carruaje se detuvo, Clariss miró por la ventanilla y vio cómo los invitados entraban en la iglesia. Respiró hondo, intentando alejar las emociones que amenazaban con sobrepasarla al pensar en ver a Marco. Siete días sin verlo. Siete días sin aspirar su aroma, sin

sentir sus brazos fuertes rodeándola. Cerró los ojos Y empujó esos pensamientos lejos. Lo último que quería era desearlo.

—Deberíamos bajar —comentó Bridget, mirando también hacia afuera.

Clariss asintió y miró a su hermana, que permanecía inmóvil.

—¿Brianna? —la llamó.

—Sí, bajemos —respondió ella.

Las tres descendieron con la ayuda del lacayo que las esperaba afuera. Una ráfaga de viento helado le erizó la piel a Clariss. Al entrar en la iglesia, observó el interior: altos muros de piedra adornados con arreglos florales Y los bancos de madera oscura estaban casi todos ya ocupados.

—Señora Fairfax —Clariss se giró al escuchar a un lacayo perfectamente vestido—. Su lugar es por aquí.

Frunció el ceño, pero lo siguió, acompañada de Brianna y Bridget. Se sorprendió cuando las guiaron hasta los asientos delanteros.

—Creo que hay un error —comenzó Clariss—. Estos asientos son para los familiares y yo...

—Y tú eres mi esposa.

Clariss se tensó al escuchar la voz de Marco detrás de ella. Tragó grueso y respiró hondo antes de girarse para enfrentarlo. Se había preparado mentalmente para verlo después de tantos días, pero le fue imposible controlar el frenesí de su corazón al tenerlo tan cerca.

—Aquí es tu lugar —añadió él.

Marco sintió que el corazón le daba un vuelco al verla de nuevo. Había pensado que ese día nunca llegaría; ni siquiera había podido dormir por la anticipación. Pero verla superó todo lo que había imaginado. Su mirada se detuvo unos segundos de más en sus labios, delineados en un rojo suave que hizo que toda su sangre se concentrara en un solo lugar.

—Qué conveniente que recuerdes que ahora soy tu esposa —replicó Clariss, mirándolo con odio.

Marco se acercó lo justo, sin llamar la atención.

—Solo siéntate. Después tú y yo hablaremos —dijo en voz baja.

«*¿Ahora quiere hablar?*», pensó Clariss, entrecerrando los ojos. Pero otro pensamiento la hirió de inmediato. «*¿Y si es para pedirme*

*el divorcio?*»

Tomó asiento junto a Brianna Y Bridget con ese pensamiento clavado en el pecho. En ese momento comenzó la marcha nupcial, y Clariss se levantó junto al resto de los presentes.

Cecilia estaba hermosa. Era una lástima que el hombre que sería su esposo fuera un vejestorio.

Marco avanzó junto a Cecilia por el pasillo central de la iglesia. El murmullo de los invitados se apagó y solo se escuchó la música solemne del órgano. Al llegar al altar, Marco se detuvo frente a don Alonso de Villalba. El anciano aguardaba apoyado en su bastón, con una sonrisa satisfecha que a Clariss le revolvió el estómago. Inconscientemente, buscó a Elaine, que se encontraba a unos metros, observando a su hija con atención.

Después de entregar a Cecilia, Marco dio un paso atrás y regresó por el pasillo lateral hasta el primer banco, donde estaba Clariss. En cuanto se sentó a su lado, Marco tomó su mano sin siquiera pedir permiso. Clariss se tensó de inmediato y trató de apartarla con disimulo, cuidando de no llamar la atención. Pero Marco no la dejó, al contrario, sus dedos se cerraron alrededor de los de ella con firmeza, sujetándola sin hacerle daño, pero dejando claro que no pensaba soltarla.

Clariss apretó la mandíbula, fulminándolo con la mirada; y, justo cuando iba a exigir que la soltara, el vicario carraspeó y comenzó la ceremonia. Ella apenas escuchaba; su atención estaba dividida entre las palabras del vicario y el calor de la mano de Marco, que no la soltaba.

Cuando la ceremonia terminó, Cecilia ya era oficialmente la esposa de Alonso Villalba. Ellos fueron los primeros en salir y, poco a poco, los invitados comenzaron a seguirlos. Clariss quiso acercarse a Amelia junto a Brianna, pero Marco se lo impidió.

—No te irás de aquí sin antes hablar conmigo —advirtió él.

—¿De qué quieres hablar, Marco? —preguntó Clariss, mirándolo fijamente—. ¿No fue suficiente con enviar a Teresa?

Marco frunció el ceño y luego entrecerró los ojos.

—¿Teresa te buscó?

—No hagas como si no lo supieras —replicó ella, desviando la mirada, ya que no quería revivir esa conversación.

Marco, en cambio, aprovechó que los invitados estaban distraídos felicitando a los recién casados y saliendo de la iglesia para tomar a Clariss del brazo y llevarla hacia un lugar más tranquilo y apartado.

—¡Suéltame! —exigió Clariss, pero Marco no la soltó hasta que llegaron a un pasillo silencioso—. Si lo que quieres es el divorcio, podemos…

—No digas esa palabra —la interrumpió Marco con voz tensa—. No pienso firmar un maldito papel que nos separe.

—¿Entonces…? No lo entiendo, Marco —la ira de Clariss fue cediendo, sustituida por la confusión—. Hace siete días salí de Fairfax House y no te importó.

—Que me dejaras esa noche fue como si me hubieran arrancado el corazón, tormentita —respondió él, avanzando un paso hacia ella —. Y si no fui antes a buscarte fue porque te estaba dando el espacio que me pediste. Esperé la señal para acercarme. Pero siempre supe dónde estabas. Te vigilaba día y noche, y no sabes cuánto tuve que contenerme para no ir por ti y sacarte de ese maldito lugar.

Clariss entreabrió los labios.

—No te creo —balbuceó, consciente de la cercanía entre ambos—. Yo te envié una carta.

Marco se detuvo en seco y frunció el ceño.

—¿Me enviaste una carta? —preguntó, incrédulo.

Clariss asintió.

—Sí. Al tercer día. Te dije dónde estaba y que estaba lista para hablar, para arreglar las cosas —respondió con la voz cargada de amargura—. Esperé… esperé una respuesta, una visita, cualquier cosa. Pero no llegó nada.

—Yo no recibí ninguna carta —replicó Marco al fin, con el ceño aún fruncido—. Si la hubiera recibido, habría ido por ti en ese mismo momento.

Clariss soltó una risa breve, pero sin humor alguno.

—Claro… —murmuró—. Eso mismo pensé al principio.

Marco la miró fijamente.

—Mencionaste que Teresa te visitó. ¿Qué te dijo? —preguntó él, con la voz endurecida.

—Me dijo que habías pasado todas las noches con ella —respondió Clariss, con los dientes apretados al tener que repetir esas palabras —. Que la habías buscado en cuanto salí de Fairfax House. Que solo querías verme para firmar el divorcio.

Marco apretó los puños.

—Eso es mentira.

—Eso mismo dije, sabes, —continuó ella, sonriendo con amargura —. Hasta que me mostró la carta. Mi carta, Marco. La que yo te envié, y la tenía ella.

Marco pasó una mano por su rostro, respirando hondo, intentando contener la furia que amenazaba con desbordarlo.

—Esa mujer no tenía ningún derecho… —murmuró, más para sí que para ella. Luego miró a Clariss—. ¿Y le creíste, tormentita?

—Yo…

—Sé que no debí ocultarte quién era aquella noche de la mascarada, ni tampoco el pasado de nuestros padres —continuó él —, pero te amo y siempre te lo demostré. Y me mata saber lo fácil que dudas de mi amor por ti.

Clariss se sintió culpable al ver la ráfaga de dolor que atravesó los hermosos ojos verdes de Marco.

—Marco… lo sé. Sé que solo me has demostrado amor y devoción. Y me siento estúpida por creer tan fácilmente en las palabras de tu madre y las de Teresa, cuando a quien debía escuchar era a ti. Lo siento… no merezco que me ames de esa forma.

Marco negó con la cabeza y acortó la distancia entre ambos. Con delicadeza levantó el mentón femenino, obligándola a mirarlo.

—No digas eso, tormentita. Te amo, y en parte fue mi culpa que dudaras. Pero te prometo que a partir de ahora no habrá más secretos, nada que puedan usar para distanciarnos.

Una lágrima rodó por la mejilla de Clariss y Marco la limpió con suavidad usando el pulgar.

—Dime que volverás a mí, que dejarás de torturarme con esta distancia —pidió él, muy cerca de sus labios.

Clariss asintió.

—Yo también me sentí torturada sin ti. Te amo, Marco, y no sabes cuánto me arrepiento de no habértelo dicho muchas más veces antes.

Él sonrió.

—Puedes decirlo de ahora en adelante. Me encanta escucharte decir que me amas.

Clariss rio suavemente y asintió.

—Ahora quiero besarte —murmuró, rozando sus labios—. Me has vuelto loco al pintarlos de rojo. Quiero saborearte para recuperar tu sabor perdido durante todos estos días... pero también quiero devorarte como deseé hacerlo mientras te observaba a la distancia.

—No podemos hacerlo aquí, estamos en una iglesia —susurró ella entre risas, aunque su cuerpo decía lo contrario.

—Dios entenderá la urgencia de besar a mi esposa —replicó él antes de sellar sus labios con los de ella, acabando con la distancia y la tortura.

Un beso que demostraba cuánto se habían extrañado y cuánto se deseaban.

—Marco... —jadeó Clariss cuando él descendió por su cuello.

La besó con mayor necesidad al acorralarla suavemente contra la pared, cubriéndola con su cuerpo.

—Debemos volver con Cecilia —musitó ella entre gemidos, dándole espacio para continuar.

—No podré hacer eso —respondió él con voz cargada de deseo—. Te deseo demasiado. Mejor vamos a casa.

Clariss le devolvió el beso, sintiendo cómo el calor se concentraba en su vientre. Ella también lo deseaba.

—Sí —asintió—. Vamos.

Durante el trayecto a Fairfax House no pudieron apartar las manos el uno del otro. Se contuvieron apenas lo necesario hasta que, ya en la intimidad de la habitación, se entregaron sin reservas al deseo y la lujuria acumulados. Gimieron al unirse, cuerpo contra cuerpo.

—Hogar —susurró Marco contra el cuello de Clariss, moviéndose en su interior—. Por fin estoy en casa.

Clariss asintió, tomó su rostro y lo besó mientras él entraba y salía de ella.

—Dios... qué bien se siente —suspiró ella, arqueando la espalda.

Marco la tomó con fuerza, llenándola de placer. Su mano subió hasta su cuello.

—Mía —gruñó—. Toda mía.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Clariss. Enredó las piernas en la cintura masculina, provocando que su pelvis rozara ese punto que la hizo perder el aliento. Marco volvió a besarla, su mano aún firme en su cuello, mientras los gemidos se intensificaban con cada embestida cargada de posesión y desesperación.

El clímax los golpeó con fuerza. Clariss enterró las uñas en su espalda mientras él se aferraba a ella, sacudido por espasmos profundos.

—¿Qué haremos con Teresa? —preguntó Clariss cuando el calor comenzó a disiparse. Estaba recostada sobre su pecho, delineando las líneas de su tatuaje—. No creo que entienda que ya no la quieres. Al parecer es algo... burra.

Marco rio ante la ofensa, aunque la ira volvió a arder al recordar a la pelirroja.

—Teresa Castañeda aprenderá que yo no advierto en vano —respondió con firmeza.

Clariss sonrió de medio lado. No lo detendría. Teresa merecía pagar por la humillación y la mentira.

—¿Y cómo obtuvo la carta? —preguntó en voz alta.

—Estoy seguro de que alguno de mis sirvientes está involucrado —respondió Marco.

Clariss se giró para mirarlo.

—No piensas despedirlos a todos por el error de uno, ¿verdad? No sería justo, Marco. Esas personas necesitan comer y sobrevivir. Lo digo porque sé lo que es trabajar sin descanso y ser acusada injustamente.

Marco apretó los puños; no le gustaba pensar en Clariss siendo explotada, trabajando y arruinando sus manos lavando para personas insignificantes.

—Descuida, ya no pienses en eso. Ahora me tienes a mí —dijo, besando su cabeza.

—¿Y los sirvientes? —insistió ella.

—Averiguaré quién fue y solo él o ella recibirá el castigo —aseguró.

Clariss sonrió.

—Gracias. En cuanto a Teresa... me gustaría tener un intercambio de palabras con ella antes de que le des el castigo que merece —pidió con un tono más oscuro.

Marco arqueó una ceja, divertido.

«*¿Cómo puede ser tan buena y tan peligrosa al mismo tiempo?*», pensó, adorándola aún más.

—¿Solo quieres hablar? —preguntó.

Ella asintió.

—Sí. Unas cuantas verdades.

Verdades que dejarían moretones más oscuros que su cabello porque, más que hablar, Clariss quería vengarse por la humillación y la mentira que Teresa le había hecho vivir.

# Capítulo 31

Marco descendió del carruaje y, sin detenerse, golpeó la puerta de la mansión de los Castañeda.

Lo primero que había hecho esa mañana, además de hacerle el amor a su esposa, fue salir a ajustar cuentas con Teresa. No le tendría piedad, ni siquiera por ser hija de Rafael Castañeda. Pagaría por haberse metido con su esposa.

—Quiero ver a Rafael —ordenó Marco apenas el mayordomo lo dejó entrar.

—Enseguida, señor Fairfax.

Marco solo esperó unos pocos minutos antes de que Rafael apareciera frente a él.

—Marco, ¿qué te trae por aquí tan temprano? —preguntó Rafael con tono ligero.

—Su hija, Teresa —replicó Marco con un tono que dejaba clara su molestia.

—¿Teresa? ¿Por qué quieres ver a mi hija? —inquirió Rafael, frunciendo el ceño.

—Me temo que ha intervenido en mi matrimonio con falsedades y mentiras y, además, de hurtar mi correspondencia —explicó Marco con frialdad—. Como comprenderás, Rafael, es un comportamiento que no puedo dejar pasar por alto.

El hombre bajó la cabeza, visiblemente decepcionado.

—Comprendo —expresó con pesar—. No entiendo por qué Teresa se ha comportado así. Y como su padre, sé que merece un castigo. Debe aprender.

Marco asintió, complacido.

—Lewis —llamó Rafael a su mayordomo, quien enseguida se presentó—. Busca a mi hija.

El mayordomo asintió y salió del vestíbulo.

—Siento mucho que tengas que pasar por esto, Rafael —dijo Marco—. Eres un hombre respetable, pero si Teresa continúa con ese comportamiento sin que nadie la frene, temo que terminará arruinando el buen apellido Castañeda.

—Lo sé —respondió Rafael con un suspiro—. Siempre le dije a mi esposa que debíamos ser más duros con ella, como lo fuimos con Diana, pero nunca me hizo caso. Estas son las consecuencias.

Las consecuencias eran claras: Teresa no aceptaba una negativa.

—Señor —el mayordomo regresó al vestíbulo, pero sin Teresa—. La habitación de su hija está vacía. Al parecer, no ha dormido aquí.

—¿¡Cómo es posible!? —exclamó Rafael, notablemente molesto—. Ella regresó con nosotros ayer después de la boda.

El mayordomo bajó la cabeza, sin saber qué decir.

—No… no sé dónde puede estar —balbuceó.

Marco frunció el ceño.

—Creo que debería movilizar a sus hombres y buscarla —aconsejó Marco—. Puede que esté bien, pero también podría estar en peligro.

—Eso haré.

—Cualquier información, házmela llegar de inmediato —ordenó Marco.

—Por supuesto. Gracias —respondió Rafael.

Marco abandonó la mansión de los Castañeda igual de furioso. A Teresa no le había pasado nada; simplemente estaba huyendo de él, ya que sabía perfectamente a quién había retado al acercarse a Clariss, cuando él le había advertido con la claridad de que no volviera a hacerlo.

Al volver a Fairfax House, se encontró con la sorpresa de ver a Ian; y lo mejor fue escuchar cómo su tormentita lo enfrentaba.

—Debió quedarse en Londres. Ya tiene el título y toda la fortuna que nos pertenecía como hijas del anterior conde —escuchó decir a Clariss—. ¿Qué quiere?

—No es asunto suyo —respondió Ian con frialdad—. Mi problema es con su fugitiva hermana.

—¿Fugitiva? —acusó Clariss—. Es usted un sinvergüenza.

Marco se quedó escuchando unos segundos más; le encantaba verla poner a la gente en su lugar sin miedo alguno.

—Usted no pretendía cuidarnos, y mucho menos darle su lugar de condesa a mi hermana. ¿Y aún se atreve a culparla por querer escapar de su lado?

—Si lo hubiera hecho de manera adecuada, no la habría buscado —replicó Ian—. La corte inglesa me ha exigido su regreso y de un heredero.

Clariss abrió los ojos, sorprendida.

—Brianna no aceptará regresar a Inglaterra.

—No me interesa si quiere o no. Lo hará, y punto.

—Atrévase —desafió Clariss—. Brianna no está sola. Nos tiene a Amelia y a mí. Y ambas tenemos esposos muy peligrosos.

Marco arqueó una ceja ante la amenaza de su esposa, algo que no pareció inmutar a Ian ni hacerlo retroceder.

—No me diga —replicó él con calma.

Marco notó cómo las mejillas de su tormentita comenzaban a encenderse por la ira.

«*Es tiempo de intervenir*», pensó, entrando en la sala de té e impuso su presencia. Se colocó junto a Clariss, rodeándole la cintura y la atrajo hacia él.

—Ian, qué grata visita —habló, mirándolo fijamente.

Clariss lo miró con el ceño fruncido y luego volvió la vista hacia Ian.

—¿Se conocen? —preguntó con un tono cargado de indignación.

—Un poco —respondió Marco—. ¿Por qué no vas a tu habitación? El conde y yo tenemos algunos asuntos pendientes.

Clariss lo miró con una ceja arqueada; pero al final terminó asintiendo y saliendo de la sala.

—Vamos a mi despacho —indicó Marco e Ian lo siguió—. Espero que no hayas venido por Clariss; ella ya no es tu problema. Todos tus derechos como tutor son inválidos.

—No vine por ella —aclaró Ian, tomando asiento frente al escritorio mientras Marco ocupaba su lugar al otro extremo—. Linda pintura —señaló, refiriéndose a la del lobo.

—Gracias. Sé directo, Ian —pidió Marco, mirándolo fijamente.

El conde le tendió una carpeta llena de documentos sobre el escritorio. Marco la miró, pero no la tomó; en cambio, volvió a clavar la mirada en Ian.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Antiguos documentos del difunto conde, Jacob Straton —Marco se tensó al escuchar ese nombre—. Desde que tomé el título, he ido descubriendo poco a poco los negocios a los que se dedicaba Jacob. Uno de ellos es una plantación de algodón aquí en Luisiana, Whiteshore Fields. Lo sorprendente es que tu apellido también figura en esos documentos.

Marco no dijo nada. Era cierto. Y ahora, estando casado con Clariss, podía reclamar esas tierras como herencia.

—Mi padre y Jacob hicieron ese negocio. Ahora las tierras me pertenecen. Verás, Clariss es hija de Jacob Straton y yo soy hijo de Fergus Fairfax. ¿Me comprendes? —preguntó Marco con una mirada de advertencia.

Ian sonrió de medio lado.

—Bueno, si revisas los documentos, verás que tu padre y Jacob estaban haciendo negocios juntos sobre esas tierras. Al parecer, Jacob quería dejarle toda la plantación a tu padre, pero murió. No sé por qué Jacob no te buscó para terminar los trámites, pero hay un documento que menciona que esa plantación es tuya. Sólo falta tu firma.

Marco frunció el ceño, confundido. Los negocios que su padre había hecho con Jacob le fueron desconocidos hasta que encontró una carpeta olvidada llena de esos documentos. Ni siquiera sabía que la plantación había sido adquirida por ambos; siempre vio a su padre solo, preocupado por esas tierras, y sobre Jacob tampoco sabía nada. Fue al encontrar esa carpeta cuando unió los hilos y comprendió quién era Jacob y por qué su padre lo había nombrado justo antes de morir. Para cuando logró averiguar más, Jacob ya estaba muerto.

Y lo que Ian decía contrastaba mucho con lo que creía saber hasta ese momento, así que decidió abrir la carpeta.

—Y hay algunas cartas que te interesará leer —informó Ian.

Marco lo miró y luego bajó la vista a los papeles frente a él. Los revisó uno por uno, comprobando que Ian tenía razón. Había documentos inconclusos sobre la propiedad total de Whiteshore Fields, y finalmente uno en el que Jacob le cedía su parte de las tierras. Estaban la firma y el sello de Jacob; sólo faltaba la suya.

Marco no comprendía del todo. Aun así, siguió leyendo los documentos más importantes hasta llegar a las cartas. Había un total de cinco, enviadas en el transcurso de un año. Marco abrió la primera y de inmediato reconoció la letra de su padre.

***Nueva Orleans, 11 de abril de 1821***

*Estimado Jacob,*

*Las tierras de Whiteshore Fields comienzan, por fin, a responder como esperábamos. He supervisado personalmente la siembra y la organización de los hombres. Y si el clima nos acompaña, esta será una de las mejores cosechas que hayamos tenido.*

*¿Cuándo piensas venir a Nueva Orleans? Hace tiempo que no nos vemos y hay asuntos que preferiría tratar cara a cara. Además, sería grato compartir una copa y hablar como en los viejos tiempos. Liderar una organización como La Sociedad De Las Sombras exige una vigilancia constante. A veces el peso de la responsabilidad me deja sin fuerzas para liderar con mi vida personal.*

*Mi hijo Marco, continúa sorprendiéndome. Se ha convertido en un hombre firme, decidido, y con un instinto natural para el mando. No siempre se lo digo, pero estoy orgulloso de él.*

*Fergus Fairfax.*

Un nudo áspero se formó en la garganta de Marco al leer aquellas líneas. Su padre nunca le había exactamente esas palabras, pero saber que pensaba así de él lo llenó de alivio, nostalgia y dolor.

Él hubiera dado todo por tenerlo a su lado, escuchar sus consejos, y presentarle a Clariss. Estaba seguro al principio ella lo hubiera exasperado, pero también se hubiera ganado su cariño.

Parpadeó con rapidez, obligándose a apartar la humedad de sus ojos antes de tomar la siguiente carta, esa era de Jacob a Fergus.

***Londres, 28 de mayo de 1821***

*Querido Fergus,*

*Me alegra saber que la plantación prospera bajo tu supervisión. Honestamente, a veces pienso que no deberías compartirla conmigo, ha sido tu esfuerzo el que ha convertido esas tierras desoladas en algo productivo.*

*Por ahora me es imposible abandonar Londres. Mis hijas ya no son niñas y es mi deber supervisar personalmente su educación. He pensado, incluso, que en el futuro podría ser beneficioso unir a nuestras familias. Tu hijo con alguna de mis hijas, quizá Amelia, la mayor.*

*Cuídate, Fergus. Los hombres que lideran siempre atraen enemigos indeseados. Mantén los ojos abiertos y la espalda cubierta.*

*Con estima,*
*Jacob Straton.*

Marco arqueó una ceja, y no pudo evitar hacer una mueca breve al leer la mención de Amelia. Jamás se habría visto junto a la esposa de Pierce. Aquella sugerencia le resultaba casi absurda ahora que conocía el amor junto a su tormentita.

Pero lo que más le inquietó fue la advertencia final de Jacob. Eso solo hizo que reforzara la idea que Jacob era el asesino.

¿Pero por qué?

Siempre pensó que había sido por las tierras, o por algún conflicto que nunca llegó a comprender del todo.

Dejó escapar el aire que había contenido mientras leía la carta. Levantó la mirada y vio que Ian permanecía en silencio esperando por él.

—Puedes elegir y servirte cualquier licor —señaló Marco donde reposaban las botellas de los licores mas fino y caros que se podría tener.

No esperó a ver si Ian aceptaba o no su ofrecimiento, en cambio, tomó la tercera carta. De Fergus a Jacob.

***Nueva Orleans, 3 de agsto de 1821***

*Jacob,*

*He considerado lo que mencionas respecto a una posible unión entre nuestros hijos. Sin embargo, Marco ya ha entregado su corazón a alguien más. Por mucho que una alianza como esa pudiera reforzar nuestra amistad y nuestros negocios, no obligaré a mi hijo a unirse a una mujer que no ama. Prefiero verlo feliz con la mujer que él elija.*

*Las cosechas estarán listas para ser recogidas en un mes o dos. El algodón será enviado a Inglaterra en cuanto esté preparado. Te detallo en los documentos adjuntos lo que deberás gestionar una vez llegue al puerto.*

*¿Sabes? Debo confesarte algo que me inquieta... sospecho que hay un traidor dentro de la Sociedad de las Sombras. No sé quién es, pero intuyo que busca mi lugar. Temo que intente alcanzarme a través de mi esposa o de mis hijos, temo por ellos que no tienen la culpa de nada. Si tan solo supiera quien es el cobarde que intenta intimidarme con livianas amenazas... lo mataría. Pero el desgraciado se esconde muy bien.*

*Seguiré atento.*

*Fergus Fairfax.*

Un traidor. Su padre jamás le habló de esas sospechas en vida. Nunca. Y sin embargo, las había compartido con Jacob. ¿Lo consideraba tanto como para hablarle de esos asuntos?

***Londres, 19 de julio de 1821***

*Fergus,*

*Si hay un traidor, lo mejor es hacerle saber que sospechas de él. Puede que, si expones la duda, sea suficiente para que el culpable cometa un error. Debo decirte que me preocupas, Fergus, los enemigos muchas veces están cerca, y tú mi amigo, tienes a muchos de ellos demasiado cerca de ti y tu familia.*

*He decidido cederte mi parte de Whiteshore Fields. Más aún, considero justo que las tierras queden bajo tu nombre. Tú las has levantado solo cuando yo solo he mirado. La mereces. Prepararé los documentos necesarios para cerrar el negocio si aceptas. Quizá el próximo año pueda visitarte.*

*Cuídate.*

*Jacob Straton.*

Marco respiraba con dificultad. ¿Jacob...? ¿Acaso él estimaba a su padre realmente? Se negaba a creerlo, él era su asesino.

—Esto es imposible —musitó él, aceptando el trago que Ian le ofreció al verlo tan ofuscado y bebió un sorbo largo antes de continuar la última carta. Era de su padre a Jacob.

***Nueva Orleans, 2 de septiembre de 1821***

*Jacob,*

*Acepto las tierras, pero prefiero que queden a nombre de mi hijo, Marco Fairfax. Algún días serán suyas, y le he enseñado bien como administrarlas y hacerlas prosperar más de lo que yo he logrado hacerlas florecer. Confío en él.*

*He seguido tu consejo. He informado que sé de la existencia de un traidor. Sin embargo, el cobarde no ha dado la cara. Al contrario, los ataques se han intensificado y aún sigo sin dar con su identidad. Sospecho de una traición más grande de lo que imaginaba.*

*Dentro de los otros sobres, están las últimas cartas que hemos compartido, eres el único al que le he expresado mis sospechas. Si Marco llega a buscarte, será porque ya no estoy. Te ruego que le entregues toda la correspondencia que te he enviado, junto con los documentos adjuntos. No confío en dejarlos en Nueva Orleans.*

*Espero, sinceramente, que nada me suceda. Pero si la tragedia llega a mi vida, fue un placer haberte conocido.*

*Fergus Fairfax.*

# Capítulo 32

Marco dejó la carta y se pasó las manos por el rostro. Luego apoyó la espalda contra el respaldo y cerró los ojos, intentando ordenar sus pensamientos.

Jacob no era el asesino. Durante todos esos años siempre había creído que lo era. Recordó el día en que su padre murió y cómo había pronunciado el nombre de Jacob con tanto énfasis, pero nunca terminó de decirle nada. Él simplemente lo supuso, cuando en realidad su padre quería que lo buscara porque... era él quien tenía las respuestas.

—¡Demonios! —Marco dio un fuerte golpe sobre la superficie de la mesa, tan violento que la copa con whisky se volcó, derramando el contenido.

—Veo que el contenido de las cartas no ha sido bien recibido —comentó Ian con calma—. Me tomé el atrevimiento de leerlas porque no sabía qué significaban. Aún sigo sin comprenderlo todo, pero intuyo que tu padre fue asesinado por el traidor que mencionan.

—Sí —respondió Marco—. Pero todo este tiempo creí que había sido Jacob. Lo culpé, lo odié e hice que mi madre también lo odiara.

—Bueno, ahora sabes la verdad.

Marco rio con amargura. Si fuera tan fácil, no estaría tan molesto ni dolido, ni sentiría culpa. Culpa por Clariss y por lo que pudo haberle hecho si no se hubiera enamorado de ella.

«*La habrías matado*», le susurró esa vocecita en su cabeza.

—Hay otro documento —señaló Ian—. Lo firmó tu padre.

Marco lo buscó con desesperación hasta encontrarlo. Estaba sellado aún, y era para él. Tragó grueso el nudo que tenía en la garganta, pero le resultaba imposible respirar con normalidad.

—Solo vine a entregarte esto —indicó Ian, señalando la carpeta—, porque es tuyo, al igual que Whiteshore Fields —dijo, levantándose de la silla—. Estaré en Nueva Orleans unos meses. Creo que tendremos más tiempo para hablar de nuestros propios negocios.

—Bien —asintió Marco—. Gracias.

Ian asintió, tomó su sombrero que había dejado sobre la mesa y se marchó, dejándolo solo.

La carta que su padre le había dejado estaba en sus manos. Había esperado siete años para ser abierta. Sin esperar más, Marco rompió el sello con manos temblorosas.

*Marco, hijo mío. Si estás leyendo esto, es porque ya no estoy contigo, y no sabes cuánto me apena. Seré breve. Sé que no te lo he dicho, pero estoy orgulloso de ti, orgulloso del hombre en el que te has convertido y del que sé que llegarás a ser. No me arrepiento de nada de lo que hice en mi vida, porque hacerlo sería negarte a ti y a Elaine, y ustedes son mi mayor orgullo y lo que más amo. Aunque no esté a tu lado, no olvides lo que te enseñé. Ahora debes aprender a valerte por ti mismo. No confíes en nadie: el poder no da amigos; da aliados y enemigos, y en este mundo tenemos más enemigos que aliados.*

*Nunca te hablé de mi buen amigo Jacob Straton. Fue uno de los pocos hombres a los que pude llamar amigo. No era un buen hombre, como yo tampoco lo fui, pero sí un buen amigo y un protector de la familia. Puedes confiar en él. Como despedida, no olvides que te amo, hijo. Para mí fue un honor y un placer ser tu padre.*

*Busca a Eleanor Whitmore, en Chartres Street, cerca de los muelles. Dile que vienes a buscar lo que te pertenece. Ella sabrá qué hacer.*

Cuando Marco terminó de leer la carta, tenía los ojos humedecidos y un nudo en la garganta. No pudo contenerse y dejó caer la primera lágrima. Su padre lo amó hasta el último momento, y esa carta era la prueba. Sabía que podía morir y aun así lo guió; no lo dejó solo jamás. Las lágrimas cayeron sin que pudiera detenerlas, en silencio.

En ese momento, la puerta se abrió, dejando ver a Clariss.

—Marco, ¿por qué no me dijiste que...? —su voz de fingida molestia se fue apagando al ver el rostro y los ojos llorosos de él—.

Mi amor, ¿qué te pasa?

Clariss corrió hacia él con preocupación. Marco solo la tomó, la sentó en su regazo y hundió el rostro en la curvatura de su cuello y hombros. Ella se quedó paralizada; nunca lo había visto derrumbarse de esa manera. Sintió sus lágrimas caer sobre su piel. Respiró hondo y lo abrazó, consolándolo como a un niño pequeño, mientras él se aferraba a ella, rodeándola por la cintura, con el rostro oculto en su cuello.

Clariss vio la carta abierta sobre la mesa y decidió leerla, comprendiendo por fin qué había derribado los muros de su esposo. Al terminar, sonrió con una mezcla de ternura y tristeza. Fergus se había despedido de su hijo con amor.

Era doloroso… pero también reconfortante saber que su padre murió orgulloso de él, amándolo por encima de todo.

Y por otro lado, estaba sorprendida de saber que, al final, su padre y Fergus habían sido amigos.

«*¿Entonces por qué lo asesinó?*», se preguntó Clariss.

Pero esa respuesta quedaría en el aire. Ambos estaban muertos y, con ellos, se habían llevado sus secretos.

Luego de algunos minutos, Marco logró calmarse. Clariss tomó su rostro y lo besó suavemente, sonriéndole.

—Siempre que me necesites, estaré aquí —musitó ella, mirándolo a los ojos enrojecidos.

Él asintió y la abrazó. Permanecieron en silencio más tiempo del imaginado, pero era un silencio cómodo, uno en el que se fortalecían el uno al otro.

—¿Ya estás mejor? —inquirió ella al cabo de un momento.

—Sí —respondió él con la voz ronca—. Eres mi refugio, tormentita. Aunque me parezca ridículo que me veas llorar, no confiaría mi vulnerabilidad a nadie más que a ti.

Clariss sonrió, sintiendo cómo su corazón se calentaba de amor.

—Puedo ser tu muralla si lo necesitas —respondió ella.

Marco respiró hondo y miró los documentos sobre la mesa.

—Hay algo que debo decirte a ti y a mi madre —expresó, esta vez con mayor seriedad.

—¿Quieres que la mande a buscar? —preguntó Clariss, no muy segura de querer ver a Elaine.

Desde que había regresado a Fairfax House el día anterior, no la había visto y tampoco había avisado a sus hermanas dónde estaba, aunque sabía que ellas supondrían con quién y dónde se encontraba.

Se habían pasado todo el día en la cama, recuperando cada segundo de separación. Esa mañana, Marco había pedido que les sirvieran el desayuno en la habitación y luego la dejó allí, hasta que ella decidió levantarse para ir a ver a sus hermanas y explicarles su desaparición. Fue entonces cuando se encontró con Ian Dunmond.

—Sí, por favor —asintió Marco.

Tras mandar a llamar a Elaine, Clariss y Marco esperaron en el despacho, en la misma posición: ella sentada sobre su regazo y él aferrándola por la cintura, hasta que Elaine interrumpió. Al ver a Clariss, su mueca de desagrado no pasó desapercibida para nadie.

—Si quieres que regrese a Baton Rouge, me niego. No interferiré en sus vidas, veo que nada sirve para separarlos. Pero Cecilia me necesita. La casaste con un hombre que podría ser su padre; estos días para ella serán un infierno —recriminó Elaine.

—Cecilia aceptó casarse, madre —respondió Marco, sin ánimos de discutir.

—No creo que haya sido por voluntad propia —continuó Elaine.

Clariss apretó los puños, molesta por la actitud de Elaine, que parecía no notar lo decaído que estaba su hijo. Se levantó del regazo de Marco y la enfrentó.

—Suficiente. ¿No te has puesto a pensar que si Cecilia aceptó fue para librarse de ti? —atacó Clariss—. Deja de buscar culpables para todo.

Elaine la miró, ofendida.

—Tú...

—¡Basta, madre! —la interrumpió Marco, poniéndose de pie—. Clariss tiene razón. Siempre quieres culpar a alguien por todo.

Elaine miró a su hijo, dolida. Marco no quiso seguir discutiendo; en cambio, les tendió las cartas a ambas.

—Jacob no es el asesino de mi padre —confesó.

Tanto Elaine como Clariss fruncieron el ceño y tomaron cartas distintas.

—¿Qué? Pero... —balbuceó Elaine, con las manos temblorosas mientras leía.

—Son correspondencias intercambiadas entre ellos. Eran amigos —explicó Marco.

Elaine tomó otra carta, dejando la anterior. Clariss hizo lo mismo hasta que ambas terminaron de leer. Sus rostros reflejaban confusión.

—Pero Fergus... él mencionó el nombre de Jacob antes de morir —susurró Elaine, con los ojos cristalizados.

—Sí, pero lo interpreté mal. Mi padre solo quería que lo buscara —explicó Marco con pesar, mirando a Clariss, que estaba conmocionada—. Le debemos una disculpa a Clariss, madre.

Elaine miró a su hijo y luego a Clariss.

—Yo... yo... —la respiración de Elaine se volvió errática—. Necesito aire.

Y sin más, salió del despacho casi corriendo. Marco hizo ademán de detenerla, pero Clariss lo frenó.

—No, Marco. Déjala. No es fácil para ella —dijo Clariss, colocando las manos sobre su pecho.

—Ella te debe una disculpa, más que eso... ¡Dios! Intentó matarte con almendras. Y yo también quise... quise hacerlo.

—Sí, pero no lo hiciste. Estoy segura de que habrá mucho tiempo para que repares tu error. Y tu madre... deja que se calme y piense. Sé por experiencia que en ese estado una no piensa con claridad.

Marco la miró a los ojos y terminó asintiendo.

—Y ahora que sabemos que mi padre es inocente, por primera vez —añadió ella en un susurro—, ¿quién es el asesino?

Marco inhaló hondo.

—El traidor. El mismo que ahora pretende hacer conmigo lo que hizo con mi padre. Pero la diferencia es que yo no soy mi padre.

Y por primera vez, Marco se sintió orgulloso de eso. Siempre se había torturado pensando que nunca sería como Fergus Fairfax, cuando justamente eso era lo que su padre había deseado: que no lo fuera.

# Capítulo 33

Dos días después, Fairfax House se encontraba en total tranquilidad. Para Clariss, todos los problemas parecían resueltos y creía que ya nada podría salir mal en su matrimonio con Marco. Estaban más unidos que nunca. Teresa no había dado la cara, a pesar de estar siendo buscada.

Y Elaine se había mantenido distante; aun sabiendo que ni Jacob ni Clariss eran los culpables de la muerte de Fergus, no se había acercado ni le había dirigido una sola palabra a Clariss. Marco había querido exigirle que lo hiciera, pero Clariss le había pedido que le diera más tiempo. Al menos la reconfortaba saber que era ella quien no debía nada.

En esos dos días había visitado a sus hermanas y les había explicado todo lo que había pasado, incluyendo que había regresado con Marco y que, al final, su padre no era el asesino. Tanto Amelia como Brianna no habían tomado muy bien el que regresara con Marco, pero respetaron su decisión y aceptaron darle una oportunidad a él; especialmente Amelia, quien no podía ni siquiera rechistar en contra de esa petición.

—Disculpe que la interrumpa —dijo el ama de llaves al entrar en la sala de música, donde Clariss se encontraba tocando el pianoforte.

—¿Sí?

—La señora Elaine la requiere en la sala de té —informó la mujer.

—Oh… —frunció el ceño, pero terminó asintiendo—. Enseguida voy.

La mujer asintió y se retiró. Clariss se quedó unos segundos pensando en qué podría querer Elaine, pero si la había mandado a llamar, seguramente ya estaba preparada para hablar y disculparse.

Clariss se levantó y salió de la sala de música. Esa mañana, después de desayunar junto a Marco, le habían entrado ganas de tocar el piano. No lo hacía desde que había abandonado Londres. No era amante de los instrumentos como sus hermanas, no después de que su padre las obligara a aprender con la excusa de que debían ser perfectas.

Marco había salido poco después; según lo que pudo entender, había surgido algo urgente en los muelles de la naviera. Cuando llegó a la sala de té, trató de no fruncir el ceño al escuchar que Elaine no estaba sola.

«*¿Entonces qué quiere?*», se preguntó.

—¿En serio quieres apoyarla, Elaine? —escuchó decir a una segunda mujer. Era la señora Dubois.

—Sí, aunque quisiera que no lo supiera. He… cometido algunos errores con ella sin razón alguna. Me gustaría al menos guiarla en esto —respondió Elaine con voz apagada, pero firme.

—Está bien, puedo intentarlo. Aunque debo confesar que esa muchacha no es nada obediente; he podido notar, con lo poco que hemos interactuado, que no puede quedarse callada.

Clariss arqueó una ceja. ¿Estaban hablando de ella o de alguien más?

—No. Clariss tiene un carácter fuerte —admitió Elaine, confirmando que, efectivamente, hablaban de ella—. Una cualidad que me desesperaba, si soy sincera. Pero creo que es la mujer perfecta para Marco.

Clariss abrió la boca, incapaz de creer lo que escuchaba. Si no lo hubiera oído por sí misma, jamás lo habría creído. Decidió recomponerse y entrar. Al hacerlo, ambas mujeres se giraron para observarla. Elaine retomó su postura rígida y la miró con altanería. Clariss reprimió una risa; ahora sabía que estaba fingiendo seguir odiándola.

—Buenos días.

La señora Dubois asintió a modo de saludo.

—¿Querías verme? —preguntó Clariss, mirando a Elaine.

—Margot es quien realmente quiere hablar contigo —informó Elaine, señalando a la mujer a su lado, que la miró con los ojos abiertos antes de ocultar rápidamente su reacción.

—Sí, claro. Quería invitarla a reunirse conmigo —continuó Margot —. Ya han pasado varios meses desde que se casó con el señor Fairfax y, como sabe, ahora usted es la Esposa Mayor.

Clariss las miró fijamente, siguiendo la dinámica y fingiendo ignorancia.

—Anteriormente yo ocupaba ese puesto, y es mi responsabilidad guiarla hasta que comprenda y aprenda lo que debe hacer —explicó Margot—. Cuando inicié, yo tampoco sabía qué hacer; fue Elaine quien me guió.

—¿Y por qué no lo haces tú, entonces? —preguntó Clariss, mirando a su suegra con una ceja arqueada.

Elaine la miró algo sorprendida, pero luego entrecerró los ojos.

—No tengo tiempo. Además, desde que dejé mi puesto de Esposa Mayor han pasado años y muchas cosas han cambiado; Margot sabrá guiarte mejor —respondió, alzando el mentón.

Clariss asintió, reprimiendo una sonrisa.

—De acuerdo. Me encantaría recibir su ayuda, señora Dubois —aceptó.

—Perfecto. Podemos empezar la próxima semana con una reunión entre todas las esposas. Antes te diré qué temas podrías tratar y cómo debes hacer las cosas —propuso Margot.

Justo cuando Clariss iba a preguntar algo, una conmoción afuera las hizo callar y ponerse en alerta.

—¿Qué estará pasando? —inquirió Elaine, levantándose de su asiento, seguida de Clariss y Margot.

La puerta de la sala de té se abrió con brusquedad, haciéndolas sobresaltar. Pero la tensión se apoderó de ellas cuando vieron a un hombre sosteniendo al ama de llaves y apuntándole a la cabeza con un arma.

—Lo siento, señora... —sollozó la mujer—. Ellos... entraron y pidieron que los llevara con la señora Fairfax...

El hombre presionó el arma contra su cabeza, haciéndola encogerse en su lugar. Clariss dio un paso al frente con las manos en la cintura.

—¿Qué quiere? —preguntó sin rastro de temblor—. Lárguese de aquí ahora mismo. Si no lo hace, tendrá que atenerse a las consecuencias cuando mi esposo regrese.

Lo dijo con seguridad absoluta. Porque sabía que Marco mataría por ella sin dudarlo.

El hombre no respondió. En cambio, más hombres entraron rodeándolas con armas en sus manos; Clariss sintió cómo el corazón

dio un vuelco al comprender que estaban siendo secuestradas.

—Han logrado burlar la seguridad de la casa —musitó hacia las otras dos mujeres.

—Pero... Fairfax House es una de las más seguras —expresó Margot con un ligero temblor en la voz.

—¿Qué es lo que quieren? —exigió Elaine, incorporándose al lado de Clariss.

Uno de los hombres alzó el arma apuntándola sin miramientos.

—Cállense si no quieren terminar muertas.

Margot palideció y Elaine apretó los labios. Clariss respiró hondo, tratando de mantener la calma; sabía que *el pánico no le serviría de nada*.

Entonces, un nuevo hombre entró en la sala; Clariss frunció el ceño al reconocerlo. Elaine fue la primera en reaccionar con alivio, avanzando un paso hacia él.

—Rafael… gracias a Dios. Ayúdenos. Por favor.

Clariss fulminó a Rafael Castañeda, comprendiendo la realidad de toda aquella situación. Antes de que él pudiera responder, Clariss se adelantó, colocándose junto a su suegra.

—No creo que vaya a ayudarnos —replicó Clariss con ira contenida, sin apartar la mirada de Rafael—. ¿Verdad?

Rafael sonrió despacio, con satisfacción.

—No es tan tonta como pensé.

—¿Qué...? —balbuceó Elaine, abriendo los ojos con horror, alternando la mirada de Clariss a Rafael.

—Él es el traidor.

∞∞∞

Marco llegó a la naviera esperando encontrar el desastre que algún sabotaje debió provocar. Sin embargo, todo funcionaba con normalidad. Los cargamentos entraban y salían, y los hombres trabajaban con eficiencia.

—¿Qué fue lo que ocurrió esta mañana? —preguntó a uno de los encargados con el ceño levemente fruncido.

—Nada fuera de lo habitual, señor Fairfax —respondió el hombre sin comprender la pregunta—. Todo está en orden.

Marco no quedó del todo satisfecho, así que realizó su recorrido semanal habitual. Revisó documentos, habló con supervisores, observó los muelles, los almacenes y las embarcaciones.

No encontró movimientos sospechosos. Realmente todo estaba en orden. Al salir de la naviera, decidió que ya debía buscar a Eleanor Whitmore, la mujer que su padre había pedido que buscara.

Había dejado pasar dos días a propósito. Necesitaba asimilarlo todo. Las cartas, los documentos, la verdad sobre su padre y sobre Jacob Straton. Había releído la correspondencia una y otra vez, luego revisó con cuidado cada papel de la carpeta que Ian le dejó y, en la de su padre, buscando lo que se le había escapado antes sobre Jacob.

Y la respuesta era simple. En aquel entonces solo quería un culpable, y tenía el nombre de Jacob. Era más fácil culparlo a él antes que realmente investigar y buscar a otros culpables. Algo de lo que ahora se arrepentía enormemente; y aún más porque era el mismo traidor que quería hacerlo caer ahora.

¿La razón? Quería el poder, seguramente. Muchos hombres quieren el poder de liderar sin saber exactamente lo que significa ser un líder.

Marco ordenó ir a Chartres Street. La calle era relativamente cercana al muelle, por lo que el trayecto no demoró mucho.

Al llegar, descendió frente a un edificio de fachada envejecida por el tiempo y la humedad del puerto. En la entrada había un letrero gastado que anunciaba el lugar sin pudor.

Era un club de cortesanas. Marco lo conocía de nombre, pero nunca había entrado ni intentado apoderarse del lugar a pesar de estar tan cerca de los muelles de su naviera. Después de todo, le daba negocio. Los piratas llegaban, se alcoholizaban y pasaban días enteros allí, lo que le permitía cobrarles impuestos más altos por ocupar sus muelles. Lo que no entendía era por qué su padre había tratado con alguna de esas mujeres.

Sin pensarlo más, se giró hacia Roux.

—Espérame aquí. Quiero entrar solo.

Roux asintió de inmediato.

—Lo estaré esperando, señor.

Marco cruzó la entrada del lugar viendo que el interior no era lujoso, pero tampoco tan decadente como había imaginado. Apenas había puesto un pie dentro cuando varias mujeres se le acercaron, rodeándolo con sonrisas insinuantes y coquetas.

—Cariño…

—Déjanos acompañarte…

Marco las apartó con brusquedad.

—No me toquen —ordenó con frialdad. Su expresión bastó para que retrocedieran, aunque algunas lo miraron con sorpresa y otras con molestia.

No le gustaba que otra mujer que no fuera su tormentita lo tocara.

—Busco a Eleanor Whitmore —dijo sin rodeos.

Las mujeres se apartaron casi de inmediato. Una de ellas le dedicó una mirada curiosa antes de asentir.

—Enseguida le avisamos a Eleanor.

Marco asintió sin decir nada. Permaneció de pie, con las manos relajadas a los costados durante algunos minutos, hasta que una mujer mayor avanzó entre las mesas con paso seguro.

Llevaba un vestido de mejor calidad que el del resto de las mujeres del lugar, ceñido y adornado con encajes oscuros. El exceso de maquillaje no lograba ocultar los años; debía tener al menos cincuenta, aunque parecía empeñada en aparentar menos, algo que resultaba imposible. Su peinado estaba perfectamente arreglado, y varias joyas brillaban en sus dedos y en su cuello. En una mano sostenía un cigarrillo, en la otra una copa de licor.

—Marco Fairfax... —expresó ella con una sonrisa ladina—. Pensé que nunca vendrías.

Eso bastó para que Marco frunciera el ceño.

—Entonces sabe a qué vine.

—Sí. Fergus dejó algo para ti —respondió con calma—. Pensé que si pasaba otro año sin que aparecieras, lo abriría yo misma y sacaría mi curiosidad por saber qué había en ese pequeño sobre.

Marco tragó grueso.

—Entréguemelo —ordenó sin rodeos.

La mujer lo miró durante unos segundos y, finalmente, asintió.

—Sígueme.

Marco dudó apenas un instante, pero terminó siguiéndola. Atravesaron una puerta lateral que daba a lo que parecía ser un despacho. El lugar estaba impregnado de un aroma intenso a perfume barato, tabaco y alcohol. La mujer abrió un cajón, sacó un sobre pequeño y luego se volvió hacia él.

—Recuerdo que tu padre me pidió que te lo entregara solo si eras tú quien venía —comenzó—. Y eso significaría que serías tú quien estaría a cargo y que él… bueno, ya estaría muerto.

Marco la escuchó con el entrecejo fruncido.

—Escuché hablar de ti todos estos años, muchacho —continuó ella —. De cómo te convertías en lo que eres hoy. Supuse que si no habías venido por este sobre era porque no habías encontrado las instrucciones de tu padre. Él se encargó personalmente de dejarlas para ti. Muy pocas personas sabían lo que tramaba.

—Veo que eras una de esas personas —replicó Marco con frialdad.

Eleanor soltó una breve risa nasal.

—Por supuesto que no. ¿Crees que tu padre le confiaría sus secretos a una cortesana? —negó con la cabeza—. No. Pero sabía que nadie de los que lo querían muerto buscaría algo aquí ni en alguien como yo. Solo me encargó darte este sobre.

Por fin se lo tendió y Marco no demoró en tomarlo. Miró a la mujer unos segundos sabiendo que debía marcharse. Ya tenía lo que había ido a buscar; sin embargo, la curiosidad pudo más.

—¿De qué se conocían mi padre y tú?

La mujer inhaló del cigarrillo antes de responder.

—Es una historia corta. Yo era joven y trabajaba en este club — comenzó—. Cometí errores… como meterme con el hombre equivocado. Tu padre me encontró casi muerta en los muelles. Me ayudó y me salvó la vida. Y lo más sorprendente… no me pidió nada a cambio. Ni que me acostara con él, ni que fuera su amante. Simplemente me dejó libre.

Marco la escuchaba en silencio.

—No tenía a dónde ir, así que volví aquí —continuó—. A veces salía y lo veía de lejos. Sabía que él también me veía, pero nunca se acercó. Hasta ese día. Me dijo que necesitaba que guardara ese sobre. Me dio claramente la instrucción de a quién debía entregárselo. Acepté sin pensarlo. Después de todo, él me había salvado la vida. Luego me ofreció este club y me convirtió en su dueña. Yo no quería aceptarlo, pero insistió. Dijo que si iba a guardar algo importante, necesitaba poder para que nadie se atreviera a tocarlo.

Marco asintió lentamente. Ese era su padre. Y nunca se había sentido tan orgulloso de ser su hijo.

—Gracias por decírmelo —dijo al fin—. Y por guardar esto —añadió, señalando el sobre—. A partir de ahora tendrás mi protección.

Eleanor asintió, agradecida.

—Te pareces mucho a él… a tu padre —expresó con un dejo de nostalgia, como si hubiera sentido algo más que simple gratitud por Fergus Fairfax.

Marco no respondió. Dio media vuelta y salió del local. Roux seguía exactamente donde lo había dejado. El aire frío de la calle le golpeó el rostro y Marco respiró hondo. Entonces miró el sobre y lo abrió. Dentro solo había un nombre. La furia lo atravesó al leerlo.

—Ese maldito —siseó entre dientes.

Había tenido al traidor cerca todo ese tiempo. Muy cerca. Creyéndolo fiel y leal, cuando en realidad era todo lo contrario.

Pero entonces cayó en la cuenta de algo. La supuesta misiva de esa mañana avisando de problemas en la naviera, y que al final todo estuviera perfectamente en orden, solo significaba una cosa: lo querían fuera de Fairfax House.

Marco subió al carruaje con el corazón golpeándole el pecho y un único pensamiento.

«*Su tormentita estaba en peligro*».

# Capítulo 34

***17 de octubre de 1821.***

*Esa noche sería definitiva, y sólo existían dos posibles finales: o Fergus Fairfax acababa de una vez por todas con el traidor, o Rafael Castañeda terminaba con él.*

*Fergus sabía que no viviría para siempre, pero no planeaba morir esa noche, aunque la vida siempre daba sorpresas inesperadas.*

*La reunión mensual de la Sociedad de las Sombras se celebraría esa noche en su club, La Sirena Roja. Como siempre, su hijo Marco lo acompañaba. Fergus lo había llevado consigo desde que tuvo la edad suficiente para participar y, sobre todo, para comprender el mundo que lo rodeaba y que algún día gobernaría.*

*Durante el trayecto en carruaje, Fergus observó a su hijo frente a él. Marco era joven, pero poseía una fuerza interior que demostraba que sería mucho mejor que él. Se había encargado de criarlo así; y, a pesar de que le dio amor y protección como su padre, jamás permitió que eso lo volviera débil. Al contrario, Marco había demostrado desde hacía tiempo que podía valerse por sí mismo. Eso lo llenaba de orgullo.*

*Le dolía pensar que, si esa noche no salía con vida, no vería el progreso de su hijo. No lo vería convertirse en el líder que llevaba dentro por naturaleza. No lo vería casarse, ni formar su propia familia. Lo mismo ocurría con Cecilia; aunque no compartían la sangre, la quería como a una hija.*

*Y Elaine… Pensar en ella le quebraba el corazón. La amaba más que a nada, y sabía cuánto sufriría si él moría. Por eso no estaba dispuesto a dejarse matar con facilidad. Todo estaba preparado. Había dejado cada asunto en orden por si algo salía mal. No pensaba dejar a Marco desprotegido ni ignorante de la verdad. Pero por ahora necesitaba que creyera que todo marchaba con normalidad.*

*Al llegar al club, antes de entrar, Fergus se separó de su hijo por unos instantes y se acercó a sus hombres.*

*—Cuando Rafael Castañeda salga —ordenó—, lo toman sin previo aviso y lo llevan al sótano. No le den tiempo a reaccionar.*

*Los hombres asintieron sin dudar. Fergus regresó junto a Marco y ambos ingresaron al club, dirigiéndose al espacio reservado para las reuniones de la Sociedad. La habitación era pequeña, pensada únicamente para una mesa y ocho sillas: las suficientes para los hombres que representaban a las familias del contrabando en la ciudad.*

*La reunión dio inicio comenzando por discutir la necesidad de discreción, algunos de ellos estaban dedicándose a dejar rastros que podrían ser fácilmente encontrados por la guardia o detectives.*

*—Entonces queda claro —indicó Fergus—. Durante un tiempo, mantendremos los barcos anclados en la bahía norte. La guardia portuaria anda husmeando más de la cuenta.*

*Mientras hablaba, sus ojos recorrieron la mesa con calma.*

*—Mejor perder unas semanas de ganancia que atraer la atención de los federales —comentó Gaspard Petit.*

*—Exacto —respondió Fergus.*

*La decisión estaba tomada. Fergus levantó su vaso y los demás lo imitaron sin dudar.*

*—Por el orden —expresó.*

*—Y por el poder —repitieron los hombres al unísono.*

*Fergus bebió, pero no apartó la mirada de Castañeda. Lo había observado durante toda la reunión. Los miembros del Consejo de las Sombras comenzaron a despedirse uno a uno, abandonando el club con discreción. Fergus intercambió unas palabras con Emerson Dankworth sobre sus negocios en la naviera cuando Rafael intervino.*

*—¿Has pensado en mi oferta, Fairfax?*

*Fergus lo observó sin expresión alguna, aunque por dentro sentía una inevitable ira contra él. Le había hablado de una alianza entre sus hijos; en un primer momento incluso la había considerado, pero después de saber que era el traidor, el mismo que lo estaba saboteando constantemente, descartó la idea sin dudar.*

*Rafael no era más que un hipócrita sediento de poder, pero Fergus sabía que había algo más detrás de todo lo que le había hecho en*

*esos meses. Podía tener poder sin ser Gang Leader, pero cada sabotaje en su contra tenía algo que resultaba demasiado personal.*

*Luego desvió la mirada hacia su hijo. Notó su tensión y el ceño fruncido ante la idea del matrimonio, pero Fergus sabía que él sentía algo por la hija mayor del traidor.*

*—Muy poco —respondió Fergus con frialdad.*

*—La alianza que te propongo es buena —insistió Rafael, y Fergus estuvo a punto de bufar con ironía, pero se contuvo—. Mi hija sería una excelente esposa para tu hijo.*

*«Ya imagino lo buenas esposas que serían las hijas de un traidor», pensó Fergus.*

*—Mi aceptación solo sería por su hija mayor —dijo al fin, con firmeza.*

*Su hijo lo miró y asintió. Fergus supo que Marco le estaba agradeciendo en silencio. Pero, por mucho que su hijo quisiera a Teresa como esposa, él no estaba dispuesto a aceptar esa unión.*

*—Pero... —balbuceó Rafael antes de recomponerse—. Teresa ya está comprometida.*

*Por supuesto que Fergus conocía esa información y, justamente por eso, había dicho lo que dijo. Era una señal clara de que no habría tal unión.*

*—Entonces olvida la alianza. No casaré a mi hijo con una niña que apenas sabe comer sola —refutó Fergus.*

*Rafael asintió despacio. Fergus observó cada reacción, apretando los puños al darse cuenta de lo bien que fingía el maldito. Ni una sola mueca que delatara molestia o descontento ante sus órdenes y exigencias. Actuaba como un lacayo leal.*

*—Muy bien... le entregaré a mi hija mayor —concedió al fin.*

*Fergus le dedicó una media sonrisa de aprobación, aunque en el fondo deseaba saber hasta dónde llegaba la falsedad de Rafael Castañeda.*

*—Perfecto. Cancela el compromiso de tu hija y, enseguida, anunciaré nuestra unión —ordenó Fergus, demandante.*

*Rafael sólo asintió, aceptando la orden.*

*«Desgraciado», pensó Fergus.*

*Cuando Emerson y Rafael abandonaron la pequeña estancia, bebió su whisky de un solo trago. Sabía que en pocos minutos sus hombres le avisarían que habían capturado a Rafael y lo mantenían bajo custodia en el sótano. Mientras tanto, disfrutó de un momento a solas con su hijo, aconsejándolo sobre su futuro matrimonio con la mujer que él escogiera para formar su familia.*

*Justo cuando pensaba decirle lo orgulloso que estaba de él, llamaron a la puerta. Sabía quién era, pero mantuvo la calma. Uno de sus hombres se acercó y le susurró al oído:*

*—Hicimos lo que ordenó, pero todo se ha complicado, señor. Castañeda tiene a sus hombres con él protegiéndolo y, ahora... exige hablar con usted afuera.*

*Fergus se tensó. Ya veía que Rafael no era tan idiota como pretendía hacer creer a los demás. Miró a su hijo, que lo observaba con una mezcla de curiosidad y alerta.*

*—Quédate aquí, Marco. No salgas hasta que regrese —indicó Fergus, levantándose de su silla.*

*Marco se levantó también.*

*—Iré contigo, padre —replicó con determinación, mirándolo a los ojos; los mismos ojos verdes que había heredado de él.*

*«Sí, será un buen líder», pensó Fergus.*

*—Quédate aquí. Es una orden, Marco.*

*No quería ponerlo en más peligro del que ya estaba.*

*—Al menos dime quién es.*

*«Ahora no».*

*Con una última mirada a su hijo, salió de la estancia y atravesó el club, comprobando que su arma estuviera lo suficientemente cargada. Fergus salió del club y avanzó unos pasos más allá, encontrándose con sus hombres, colocándose en medio de ellos. Al frente estaba Rafael, con una sonrisa ladeada y rodeado de más hombres.*

*—¿Pensaste que estaría desprotegido? —se burló Rafael.*

*Fergus apretó su arma.*

*—Lo que no pensé es que fueras un maldito traidor miserable —gruñó Fergus, mirándolo fijamente—. ¿Por qué?*

*—¿Por qué? —repitió Rafael—. Bueno, Fergus, digamos que me has jodido un poco la vida.*

*Fergus no se inmutó ante esas palabras. Había destruido la vida de mucha gente, pero quería saber qué tan profundo era el motivo para que Rafael actuara como traidor.*

*—¿Ah, sí? —fue su turno de burlarse—. Ilumíname.*

*Rafael lo miró con odio.*

*—Fuiste el culpable de que Mariana se suicidara —comenzó Rafael.*

*Fergus se sorprendió ante la acusación. Mariana era la hermana menor de Rafael. La había conocido, incluso habían intentado un compromiso, pero Fergus nunca estuvo verdaderamente interesado. Luego conoció a Elaine y fue inevitable no enamorarse de ella; así que la hizo su esposa, dejando atrás a Mariana.*

*—La verdad es que Mariana tenía problemas mentales —respondió Fergus con frialdad—. No era mi obligación casarme con ella si nunca pasó nada entre nosotras. Ella se ilusionó.*

*—¡Maldito! —replicó Rafael, dando un paso al frente.*

*—Digamos que tienes razón. Eso pasó hace más de quince años, Rafael. No creo que resulte válido que vengas ahora a querer hacer justicia por tu hermana; es ridículo —bufó Fergus.*

*—No mereces el puesto de líder, Fergus —dijo Rafael. Fergus arqueó una ceja—. Yo tenía más posibilidades. Mi padre era el Gang Leader y a mí me correspondía serlo.*

*—Tal vez no te consideraron lo suficientemente digno —replicó Fergus—. Y dudo que lo hagan cuando sepan que eres un traidor. Precisamente porque tu padre fue el antiguo Gang Leader, conoces el código perfectamente. Los traidores no tienen segundas oportunidades —advirtió.*

*—¿Y qué te hace pensar que la Ordo Rubri lo sabrá? —inquirió Rafael con una sonrisa ladeada.*

*Fergus entrecerró los ojos.*

*—Yo se los diré.*

*—¿En serio piensas que te dejaré vivir lo suficiente para que eso ocurra? No seas iluso. Te creí más inteligente que esto, Fergus.*

*—Puedes intentar matarme, pero nunca te saldrás con la tuya —advirtió Fergus.*

*—¿Lo dices por tu hijo? —sonrió Rafael—. No te preocupes, nunca sabrá nada. Pienso hacerlo parte de mi familia, ¿recuerdas? Pero creo que Elaine correrá la misma suerte que mi hermana.*

*La ira cegó a Fergus ante la mención de su esposa. Sin pensarlo más, comenzó a disparar, decidido a matar al maldito de Rafael. Pero no contó con la aparición de más hombres, todos del lado de Rafael Castañeda. En ese momento, Fergus estaba en clara desventaja; contaba sólo con seis hombres; Rafael tenía el doble.*

*Las balas comenzaron a volar. Fergus corrió a refugiarse detrás de una pared mientras sus hombres caían. Eso era inevitable. Justo cuando alzó el arma para disparar contra Rafael, sintió cómo una bala lo alcanzó en el costado derecho. Gruñó de dolor mientras intentaba tapar la herida, pero era inútil. La bala había penetrado profundamente, rozando el hueso de la costilla. La sangre brotaba como un manantial y el dolor era tan intenso que le debilitó las piernas, obligándolo a caer de rodillas.*

*—¡Paren! —gritó Rafael.*

*Fergus lo vio acercarse, sonriendo.*

*—Al parecer te morirás mucho más rápido de lo que planeé.*

*Fergus le devolvió una sonrisa torcida, mezclada con dolor, mientras intentaba detener el sangrado.*

*—Ya te lo advertí... no te saldrás con la tuya.*

*—Ya lo veremos. Lástima que no lo verás —respondió Rafael, deleitándose con su sufrimiento. Levantó el arma y disparó directo al pecho, haciendo que Fergus cayera completamente al suelo.*

*Ese no era el final que había planeado para esa noche. Por supuesto que no. Pero siempre supo que era el final más probable.*

# Capítulo 35

Las tres mujeres llevaban más de media hora recluidas en una de las habitaciones destinadas a los sirvientes, bajo la constante vigilancia de dos hombres armados.

Clariss miraba a su alrededor en busca de alguna forma de escape o de algo con lo que pudiera distraer a los hombres, pero la habitación era demasiado pequeña y no había nada con lo que pudiera defenderse.

Las habían llevado casi a rastras, forzándolas y apuntándolas con armas. Rafael tenía toda la casa llena de sus mugrosos hombres; incluso los sirvientes estaban arrinconados y amenazados.

Por mucho que quisiera actuar, Clariss sabía que no podía hacerlo. Cualquier intento imprudente pondría en riesgo su vida... y la de su hijo.

—Marco ya debió haberse dado cuenta —susurró, solo para Elaine y Margot.

Elaine estaba absorta en sus propios pensamientos. No había dicho una sola palabra desde que supo que el traidor y culpable de todo era Rafael Castañeda. Clariss podía imaginar lo difícil que debía ser para ella asimilar aquella verdad. Ella apenas conocía a Rafael, pero Marco y Elaine lo habían tenido cerca durante años. Saber que el asesino de Fergus había estado tan próximo todo ese tiempo era un golpe cruel.

—Espero que Marco no tenga compasión alguna con ese miserable traidor —murmuró Margot—. Por algo a mi esposo nunca le agradó del todo.

Aun así, Elaine permaneció en silencio, con la mirada fija en un punto inexistente.

—¿Y qué puedo decir yo? —farfulló Clariss con amargura—. Su hija es otra maldita miserable.

De solo pensar que, seguramente, Teresa había estado escondida por su padre, que nunca había estado huyendo.

En ese momento, la puerta se abrió. Clariss alzó el rostro y vio a Rafael observándolas con los ojos entrecerrados. Levantó el mentón,

dejando claro que no le temía.

—Guarda tus garras para cuando sea tu turno —advirtió él con voz cargada de desprecio—. Estoy seguro de que a mi hija le encantará tratar contigo.

Clariss le dedicó una sonrisa irónica.

—Ya veremos quién trata a quién —replicó mientras él se acercaba —. Porque he llegado a comprender que su hija no es más que una cobarde débil que...

La bofetada fue tan fuerte que la obligó a callar y girar el rostro hacia un lado. El ardor le quemó la mejilla, pero no llevó la mano a su cara. En su lugar, miró a Rafael con una ira pura y contenida. Lo que no esperó fue que Elaine se abalanzara sobre él.

—¿Cómo te atreves? ¿Acaso no ves que está encinta de mi nieto, maldito? —gritó.

Clariss parpadeó, sorprendida. Nunca habría imaginado que Elaine la defendería. Pero su suegra no pudo hacer mucho. Rafael la apartó con violencia y le cerró la mano alrededor del cuello.

—Tú también pagarás algunas cosas, querida —amenazó, soltándola luego con un empujón—. Cuando Marco llegue, no encontrará más que cenizas.

—Cuando Marco llegue —replicó Elaine, llevándose una mano a la garganta y mirándolo con odio—, solo suplicarás por tu muerte.

Rafael rio abiertamente, como si Elaine hubiera dicho algo gracioso, y luego la miró con desprecio.

—Terminaré con Marco del mismo modo en que terminé con Fergus. Ambos se creen fuertes, inteligentes y superiores. Y no alcanzan a imaginar lo sencillo que fue atravesar el pecho de Fergus con una bala —se mofó Rafael con voz cargada de soberbia.

Clariss miró a Elaine, cuyos ojos brillaban por las lágrimas. Incluso a ella se le estrujó el pecho al escucharlo hablar con tanta frialdad de cómo había puesto fin a la vida de Fergus. Sólo de pensar que podría hacerle lo mismo a Marco...

«*¡Dios, no!*», pensó, angustiada, mientras recorría la estancia con la mirada, buscando desesperadamente algo con lo que pudiera defenderse y sacarlas de allí.

—Eres un maldito —musitó Elaine con los dientes apretados, mirándolo con odio, la respiración entrecortada—. Yo misma acabaré contigo.

Elaine se abalanzó una vez más sobre Rafael. Uno de los hombres se acercó con el arma en la mano para apartarla.

Clariss vio entonces, en el suelo, al lado de una de las camas, un tarro de barro. Miró a Margot, que tenía las manos sobre la boca, horrorizada. Sin perder tiempo, Clariss se agachó, tomó el tarro y golpeó al hombre por detrás con toda su fuerza. El impacto lo hizo caer inconsciente. El arma resbaló y quedó a sus pies; Clariss la recogió sin pensarlo.

Rafael empujó a Elaine y se llevó la mano a la mejilla ensangrentada; ella había logrado arañarlo con las uñas. Con el arma en las manos, Clariss la sujetó con firmeza y apuntó a Rafael, que detuvo sus movimientos y la observó con cautela.

—Suéltala —ordenó—. No sabes usarla.

—¿En serio eso crees? —se burló Clariss, demostrando seguridad. Nunca había tocado un arma, pero había visto suficientes veces cómo se usaban para saber dónde apuntar—. Pruébame —advirtió con un tono oscuro y firme que dejó a Elaine y a Margot sorprendidas. —¡Pónganse detrás de mí!

Elaine y Margot obedecieron sin vacilar, mientras Clariss seguía apuntando a Rafael y vigilando al otro hombre, que también la tenía en la mira.

—Sabes que con una sola palabra él dispararía, ¿cierto?

—Y tú caerías antes —respondió Clariss—. No me obligues a apretar el gatillo. Aunque, pensándolo bien, quizá te haría un favor... estás viejo y desagradable. No comprendo cómo Marisa te tolera.

Sonrió internamente al ver la furia encenderse en el rostro de Rafael.

—¿Quieres que te muestre cómo le gusta? —amenazó Rafael, dando un paso al frente.

Clariss cargó el arma con un chasquido seco, lo que provocó que Rafael se detuviera de inmediato.

—No des un paso más —advirtió—. Si alguno de los dos se atreve a acercarse, no dudaré en disparar.

—No me tragaré ese cuento —replicó Rafael avanzando.

Dominada por el temor de perder la única ventaja que tenían, Clariss apuntó al suelo y apretó el gatillo con más fuerza de la que esperaba. El disparo resonó con fuerza dentro de la habitación, lo que provocó que Margot soltara un jadeo ahogado. Clariss sintió el cuerpo entumecerse y, de no haber sido porque Elaine la sostuvo, habría caído al suelo.

—¡Maldita seas! —rugió Rafael, retrocediendo.

—El próximo será en tu cabeza si vuelves a dar un paso. ¡Ahora apártate! —ordenó Clariss con firmeza, aunque por dentro temblaba.

Luego miró al hombre que aún la apuntaba, sin disparar.

—Hazte a un lado tú también, idiota.

El hombre buscó la aprobación de Rafael con la mirada.

—Déjalas pasar —ordenó finalmente—. No llegarán lejos.

—Elaine, en cuanto salgamos, cierra la puerta con llave —indicó Clariss. Elaine asintió.

Las tres retrocedieron sin darles la espalda. El tercero, a quien Clariss había dejado inconsciente, ya comenzaba a moverse. Debían darse prisa.

Cuando llegaron a la puerta, hicieron exactamente lo que se les había indicado. Elaine cerró la puerta y lanzó la llave lejos.

—Subamos —propuso Clariss.

—No —intervino Elaine, tomándola del brazo—. Vamos afuera. Marco tiene algo que podría darnos tiempo... y mucha sangre que limpiar.

—¿Qué cosa? —preguntó Clariss, mientras escuchaba cómo intentaban forzar la puerta.

—Lobos —respondió Elaine, dejando a Clariss boquiabierta.

—¿L… lobos? ¿Lobos de verdad?

—Sí.

—Entonces era cierto —murmuró Margot, igual de sorprendida.

—Por supuesto que es cierto —afirmó Elaine, guiándolas por el pasillo que llevaba a la cocina.

—Seguramente hay más hombres afuera.

—Déjame ir adelante, tengo el arma —ofreció Clariss.

Elaine estuvo a punto de reír, pero no era el momento.

—Mejor dámela a mí. Sé disparar.

—¿En serio? —preguntaron Clariss y Margot al mismo tiempo.

—Fergus me enseñó —respondió Elaine simplemente.

Clariss le entregó el arma, aliviada de soltarla.

«*Debo pedirle a Marco que me enseñe también*», pensó Clariss mientras seguía a Elaine.

—Clariss —la llamó Elaine en un susurro—. No vuelvas a ponerte en peligro.

Clariss no supo si tomar aquello como un reproche o como protección. Caminaron hasta el final del pasillo. Al doblar estaría la cocina. Elaine se asomó con cuidado y vio a tres hombres relajados y comiendo.

—Están distraídos —murmuró, casi por señas—. Saldré yo primero. Si atacan, les disparo.

Clariss y Margot asintieron. Elaine salió apuntándoles con el arma.

—No se muevan —ordenó.

Les hizo señas para que salieran, pero uno de los hombres tomó su arma y, cuando intentó disparar, Elaine fue más rápida. El segundo disparo retumbó en la cocina; los otros hombres miraron la escena, paralizados por la sorpresa.

—Dije que no se muevan. Lancen las armas hacia nosotras por el suelo. ¡Ahora! —ordenó Elaine.

Clariss la miró sorprendida por la precisión del disparo: la bala había alcanzado al hombre en la pierna, lo que le obligó a caer de rodillas con un grito ahogado. Los hombres dudaron unos segundos, pero finalmente lanzaron las tres armas al suelo. Clariss y Margot las recogieron y les apuntaron de inmediato.

—No se atrevan a seguirnos —advirtió Clariss.

Las tres salieron de la casa por la puerta de la cocina y, al mirar hacia el jardín, vieron que más hombres se acercaban desde el frente.

—¡Corran! —ordenó Elaine.

Echaron a correr en dirección al establo, conscientes de que eran perseguidas por más hombres.

—¡Vamos, Clariss! —insistió Elaine, sujetándola del brazo.

—¡Estoy cargando un niño; no puedo correr más rápido! —replicó ella, jadeando por la falta de aire.

Elaine intentó disparar para frenar a algunos, pero desde esa distancia no tenía precisión suficiente para acertar.

—Demonios —farfulló.

—¡Debimos haber salido de la casa! —chilló Margot sin detenerse.

—No iba a abandonar mi casa —replicó Elaine con firmeza.

Clariss tropezó con una piedra y estuvo a punto de caer, pero Elaine la sostuvo a tiempo. Entonces comprendió hacia dónde se dirigían: la casucha donde Marco había llevado al hombre que intentó hacerse pasar por el padre de su hijo, Iver.

«*¿Entonces ahí están los lobos?*», pensó Clariss, exhausta.

Al llegar frente a la casucha, Clariss respiraba con dificultad.

—¿Dónde... donde están los... lobos? —preguntó entre grandes bocanadas de aire.

—Aquí dentro —respondió Elaine, igual de agitada, señalando la puerta cerrada. Desde el interior se escucharon varios gruñidos—. Pero no tengo la llave. No pensé en eso.

—¡¿En serio, Elaine?! —chilló Margot, viendo cómo los hombres se acercaban.

Las tres se agruparon y levantaron las armas cuando los hombres estuvieron frente a ellas. Rafael estaba entre ellos.

—Ustedes mismas se acorralaron —se burló Rafael; y, para empeorar la situación, tenía razón.

«*Marco, aparece, por favor*», suplicó Clariss en silencio.

—Si ya jugaron a correr y a hacerse las fuertes, es hora de que aprendan quién manda aquí. Tráiganme a la esposa de Marco —ordenó Rafael a uno de sus hombres.

—No te acerques a mí —advirtió Clariss. La fortaleza comenzaba a flaquearle, pero debía mantenerse firme. Por ella, por su bebé y por Marco.

—¡Tráemela! Sé cuánto sufrirá Marco con su pérdida —se burló Rafael.

—Atrévete a tocarla y tú y tu hija sufrirán un destino peor del que ya les espera.

La voz dura y cargada de ira de Marco resonó detrás de la hilera de hombres. El alivio recorrió el cuerpo de Clariss al escucharlo.

Los hombres se giraron junto a Rafael, que palideció al ver a Marco sujetando a Teresa del cuello mientras le apuntaba con un arma a la cabeza. Los ojos de Teresa estaban inundados de lágrimas y una mordaza le impedía hablar o gritar.

—Suéltala —exigió Rafael.

Marco sonrió, sin rastro de humor.

—No creo que la suelte con vida. Alguien debe pagar por todo lo que has hecho, maldito cobarde —replicó con furia—. Asesinaste a mi padre y, durante años, me hablaste como si no hubieras hecho nada.

—Veo que ya lo sabes —respondió él—. Pero ¿qué puedo decirte? Ustedes, los Fairfax, no se cansan de arruinar vidas y seguir con las suyas como si nada. Que yo hiciera lo mismo no marca ninguna diferencia.

Marco apretó aún más el agarre alrededor del cuello de Teresa. Ella cerró los ojos con fuerza, sollozando tras la mordaza.

—Suelta a mi hija. Ya tu padre me quitó a mi hermana, no hagas lo mismo con ella —suplicó Rafael.

—¡Y tú me quitaste a mi padre! —rugió Marco, fuera de sí.

En ese momento llegaron más hombres, acompañados por Pierce y Dubois. Ahora superaban ampliamente en número a los de Rafael.

—Y créeme, Rafael Castañeda —continuó Marco con una calma cargada de malicia—, el castigo que tengo preparado para ti y para tu hija no es nada agradable. Vas a pagar por todo lo que hiciste.

Marco hizo una señal y sus hombres avanzaron de inmediato, neutralizando a los seis de Rafael, incluido él mismo, que miraba a Marco con odio puro.

—Yo te odio más —replicó Marco, lanzando a Teresa al suelo. Clariss vio que, además de amordazada, tenía las manos atadas.

Una vez que los hombres estuvieron reducidos, Marco corrió hacia Clariss, y ella hizo lo mismo. Se encontraron a mitad del camino y se abrazaron con fuerza, como si el mundo hubiera dejado de existir por un instante.

—Tormentita —musitó Marco, besando su cabeza mientras la rodeaba con los brazos, sintiéndose más ligero al tenerla cerca. Luego la apartó apenas para revisarla, y su visión volvió a teñirse de rojo al ver su mejilla enrojecida.

—Le daré una muerte lenta y dolorosa.

—Lo importante es que estamos bien —dijo ella, sonriéndole—. Déjame contarte todo lo que hicimos. Somos mujeres fuertes —luego susurró solo para él—. Por cierto, tu madre es increíble. Sabe disparar.

Marco sonrió y miró a Elaine, que los observaba a cierta distancia. Le dedicó una leve sonrisa antes de volver a abrazar a su esposa. Dubois hizo lo mismo con Margot.

—¿Qué harás con Rafael? —preguntó Pierce.

—Tengo libertad para hacer lo que quiera y como quiera —respondió Marco—. Llévenlo al sótano.

—Deberíamos convocar una reunión —propuso Dubois—. Los demás miembros deben saber de la traición.

—Por supuesto —asintió Marco—. Rafael servirá de ejemplo para que conozcan lo que les sucede a los traidores.

Los Dubois abandonaron Fairfax House poco después. Pierce hizo lo mismo, asegurándole a Clariss que avisaría a Amelia, quien se había quedado muy preocupada.

Cuando Marco intuyó que Rafael había logrado sacarlo de Fairfax House con mentiras, envió a Roux con Pierce para que se dirigieran allí con todos los hombres disponibles. Hizo lo mismo con Dubois, el otro miembro más cercano a su casa; él, en cambio, se dirigió a la mansión Castañeda, donde sabía que estaría Teresa.

Y no se equivocó. Teresa estaba allí, plácidamente instalada. La ira lo inundó tanto que la tomó y la amordazó cuando comenzó a suplicar. No le importó que su madre y hermana rogaran que la soltara. Teresa pagaría las consecuencias.

—¿Qué quieres hacer con ella? —preguntó Marco, señalando a Teresa, que aún permanecía en el suelo, aunque ya no lloraba.

Clariss la observó y ladeó la cabeza.

—Haz tú lo que quieras. No quiero tener pesadillas ni cargar con culpas —respondió—. Soy una buena persona, y disparar un arma

hoy fue suficiente para asegurarme malos sueños por al menos una semana.

Marco arqueó una ceja, divertido por el dramatismo de su esposa, pero asintió.

—Le daré un castigo para que jamás olvide lo que hizo —prometió.

Teresa negó con la cabeza, implorando con la mirada.

—Confío en eso —asintió Clariss, apartando la vista de la pelirroja y fijándola en los hermosos ojos verdes de su esposo—. Quiero aprender a disparar.

—Acabas de decir que...

—Sé lo que dije —lo interrumpió—, pero en situaciones como ésta es bueno saber defenderse. Tu madre lo hizo muy bien —añadió—. Creo que le agrado más de lo que quiere admitir.

—¿Te pidió perdón?

Clariss negó.

—Pero hizo algo más —le contó entonces lo que había escuchado que planeaba con Margot antes de que toda aquella tragedia ocurriera y, también, cómo la había protegido y cuidado después.

Marco escuchó en silencio y asintió, sin comentar nada. En su interior albergaba la ligera esperanza de que su madre volviera a ser la mujer que había sido antes. Sabía que nunca sería igual del todo —la muerte de su padre la había cambiado—, pero tal vez, al saber que el asesino también pagaría, su mente y su corazón encontrarían algo de paz.

Ahora lo importante era que había arrancado de raíz todo lo que le impedía ser feliz. Ya no tendría que lidiar con un traidor miserable, que además resultó ser el asesino de su padre.

Tenía a su esposa, que lo amaba y le daría un hijo. Y a su madre, que quizá comenzaría a ver la vida desde otra perspectiva.

—Quiero ver a los lobos —pidió Clariss, dejando a Marco sorprendido—. Tu madre también los mencionó. Quiso liberarlos, pero no tenía la llave.

—Solo yo la tengo.

—Entonces quiero verlos.

—No abriré esa puerta, tormentita —respondió Marco con firmeza —. Son tres lobos grandes y solo reconocen mi olor. El resto, para ellos, es comida. No me arriesgaré.

Clariss torció los labios.

—Bien. Por ahora aceptaré.

Marco respiró hondo, sabiendo que su tormentita no se rendiría hasta que, tarde o temprano, él le mostrara a los lobos.

# Capítulo Final

Clariss abrió la puerta del despacho de Marco con una sonrisa y una bandeja llena de galletas de mantequilla. Bajo su brazo llevaba un libro.

—Esposo mío —llamó ella coquetamente—. ¿Sabes lo que acabo de descubrir?

Marco alzó la mirada, observando a su esposa lucir radiante con su vestido crema adornado con detalles naranjas.

—¿Qué descubriste? —preguntó, mientras ella dejaba la bandeja sobre la mesa.

—Puedes mostrarme a los lobos si vamos todos los días hasta que reconozcan mi olor junto al tuyo —contó ella con una sonrisa amplia e ilusionada.

Marco suspiró. Desde que Clariss había descubierto la existencia de los lobos, no había parado de investigar cómo acercarse y verlos, y ya habían pasado dos semanas desde entonces.

—Tormentita...

—¡Lo prometiste! —chilló ella, dejando caer los hombros.

Sí, lo había prometido. Pero lo hizo esperando que todo quedara ahí. Ahora sabía que Clariss nunca dejaba las cosas a medias.

—Está bien. Empezaremos después del invierno —cedió él.

—Eso demoraría mucho.

—Mi amor, debes tener paciencia. Los lobos estarán ahí, no irán a ningún lado —dijo Marco, tendiéndole la mano. Ella la tomó y él la atrajo hasta sentarla en su regazo. Pasó la mano por el vientre abultado, justo donde crecía su hijo, que ya comenzaba a notarse.

A pesar de haber terminado con la vida de Rafael, Marco no estaba completamente tranquilo. Sabía que podrían existir otros como él, hombres dispuestos a matarlo o a hacerle daño. Pero no podía vivir dominado por ese miedo.

Marco se aseguró de que el final de Rafael Castañeda no fuera rápido ni misericordioso. Lo encerró y lo sometió durante días a todos los métodos de tortura que conocía. Cada día, Rafael suplicaba que lo mataran, pero Marco se limitaba a alargar su sufrimiento,

recordándole que los traidores como él no merecían finales piadosos. Al quinto día, no resistió más y murió, sabiendo que Marco había entregado a su preciada hija Teresa a los piratas, para que la usaran a voluntad y, cuando se cansaran de ella, la arrojaran al mar.

En cuanto a la esposa y a la otra hija de Rafael, Marco las mantenía vigiladas hasta decidir qué haría con ellas. Por el momento, permanecían confinadas en su propia casa. Había considerado casar a la menor de las Castañeda y recluir a Marisa en el campo, sin acceso al dinero.

—Está bien —aceptó Clariss, pasando las manos por la incipiente barba de él. Luego se inclinó y lo besó despacio—. Recuerda que no siempre tendrás excusas.

Marco sonrió.

—Contigo se me agotan los recursos.

Clariss soltó una sonora carcajada y Marco se deleitó mirándola ser feliz. Eso era lo único que deseaba: que ella fuera feliz para poder serlo él también.

Después de algunos minutos en los que estuvieron riendo y besándose, Clariss se levantó del regazo de Marco y tomó una galleta.

—Debo irme o llegaré tarde —comentó, mordiendo la galleta y deleitándose con el sabor.

—Ve y demuéstrales que eres la esposa del Lobo Negro —expresó Marco con orgullo. Ella le sonrió y asintió.

Estaba orgulloso de su mujer, siempre lo había estado, pero ahora, después de saber cómo se defendió contra Rafael y sus hombres, lo estaba aún más. La deseaba más que nunca. Clariss había demostrado una fortaleza inquebrantable y, lo mejor de todo, no lo rechazaba ni le temía por ser quien era. Incluso deseaba conocer a los lobos con los que él amenazaba la vida de otros. Aquello confirmaba que ella era perfecta para él, su alma gemela.

—Verás que pronto me conocerán más a mí que a ti. ¿Te imaginas que me digan... la Loba Blanca? —dijo, haciendo el gesto de un letrero imaginario con la mano, algo que divirtió a Marco.

Estaba claro que sus días junto a su tormentita serían todo menos aburridos.

—Mientras no te olvides de que soy tu Lobo Negro, por mí está perfecto que seas mi Loba Blanca —respondió él, sin perder la sonrisa.

Clariss se acercó una vez más y se inclinó hasta quedar a la altura de sus labios.

—Podría olvidar todo menos a ti —musitó contra ellos antes de besarlo.

Marco no perdió tiempo y la tomó para sentarla una vez más sobre él, profundizando el beso. Nunca podría cansarse de ella; cada día la amaba y la deseaba más.

—Basta —murmuró ella, alejándose un poco—. Llegaré tarde a mi propia reunión.

—Puedes llegar tarde, nadie se atreverá a decir una sola palabra —respondió él, dejando un reguero de besos en su cuello.

—Por cierto, ¿hablaste con el idiota de Ian? —preguntó Clariss, apoyando las manos sobre el pecho de Marco.

—Le envié una misiva para reunirnos; aún no la ha aceptado. Creo que intuye el tema del que quiero hablarle.

Clariss exhaló con fuerza y dejó caer los hombros.

—Brianna está preocupada y nerviosa por el regreso de Ian. Ni siquiera sabe cuáles son sus verdaderas intenciones y teme que realmente la obligue a regresar a Londres —explicó.

—Intentaré hablar con él, pero recuerda que no puedo hacer mucho. Es su esposo y es quien toma las decisiones.

Clariss se mordió la mejilla interna. Sabía lo injusto que era que el esposo decidiera todo sobre la mujer, pero tristemente esa era la sociedad en la que vivían.

—Está bien —aceptó.

Tras despedirse de Marco, Clariss salió del despacho. Llegó a la sala de té, donde se celebraría la reunión.

Por fuera parecía serena, pero por dentro sentía el pulso acelerado ante lo que estaba por venir. Sería la primera vez que se presentaría ante las esposas de los miembros como la Esposa Mayor. Deseaba el puesto y estaba dispuesta a darlo todo; pero, aun así, esperaba ser bien aceptada por todas.

La estancia estaba preparada con esmero para recibir a las mujeres: la chimenea encendida combatía el frío del exterior y una mesa alargada aguardaba con teteras humeantes y bocadillos.

Durante esas dos semanas se había reunido en varias ocasiones con Margot, quien le explicó con claridad todo lo que el título implicaba. Clariss había descubierto que, pese a su experiencia, Margot no era una mujer altiva ni autosuficiente. Aquello le había dado más confianza de la que estaba dispuesta a admitir.

La puerta se abrió. Clariss giró el rostro y vio a Elaine entrar en la estancia. Su suegra se detuvo apenas cruzó el umbral, observando la sala con atención.

—¿Aún no ha llegado nadie? —preguntó Elaine.

—No —respondió Clariss—. Aún no.

En los últimos días habían compartido el mismo espacio sin tensión alguna. Clariss sabía que Elaine ya no sentía el mismo odio que antes, aunque tampoco le había ofrecido una disculpa. Había llegado a la conclusión de que su suegra era demasiado orgullosa para admitir en voz alta sus errores. Mientras no intentara separarla de Marco, Clariss estaba dispuesta a esperar, aunque intuía que no esperaría mucho.

Elaine avanzó unos pasos más y volvió a recorrer la habitación con la mirada. Pasaron unos minutos en silencio. Clariss ladeó ligeramente la cabeza, aguardando lo que sabía que debía decir. Finalmente, su suegra suspiró.

—Después de Navidad regresaré a Baton Rouge —anunció con la voz más baja de lo habitual.

Clariss torció los labios con suavidad ante la noticia, pero no dijo nada.

—Y no quería irme sin antes... hacer las paces contigo, con mi hijo —continuó Elaine, entrelazando las manos—. Y conmigo misma.

Elaine se giró por completo para mirarla a los ojos.

—Durante años me encerré y me aferré a la venganza. Me obsesioné con destruir a quien me arrebató a Fergus. Cometí el error de culparte a ti y a tus hermanas por algo que jamás hicieron, creyendo que así impartía mi propia justicia. Me disculpo por todo

ello —añadió, tragando saliva—. Me arrepiento... y doy gracias a Dios por no haber logrado algunas de esas atrocidades.

Elaine bajó la cabeza. Clariss permaneció en silencio, dándole el espacio que necesitaba para desahogarse.

—Y ahora que por fin se ha hecho justicia con el verdadero asesino, me doy cuenta de que nada cambió —continuó Elaine con amargura—. Fergus sigue muerto... y yo sigo sola. Eso demuestra que guardar rencor en el corazón no resuelve nada. ¿Podrás... perdonarme algún día?

Elaine la miró a los ojos, con un dejo de súplica en ellos. Clariss sintió un nudo en el pecho y, sin pensarlo demasiado, se acercó.

—No guardo rencor —comenzó con la voz serena y una leve sonrisa tranquilizadora—. Prefiero vivir sabiendo que no le debo nada a nadie... y que tampoco he negado el perdón a quien lo pide de corazón. Si yo hubiera estado en tu lugar, quizá habría actuado igual. Perder al amor de tu vida no es algo de lo que una se recupere ilesa.

Elaine alzó el rostro, sorprendida. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Marco no pudo elegir mejor compañera —admitió en voz baja.

Antes de que Clariss respondiera, la puerta volvió a abrirse. Las esposas comenzaron a llegar, una a una, hasta completar las siete. Jeanne se acercó primero, saludándola con más cercanía que las demás.

—Me alegra verte —sonrió Clariss—. A partir de ahora, formas parte de mi círculo más cercano.

Jeanne sonrió, visiblemente complacida por la noticia. Cuando todas estuvieron presentes, Margot dio un paso al frente, con Clariss a su lado. Era el momento del ritual correspondiente: como antigua Esposa Mayor, presentaría oficialmente a la nueva, otorgándole su respeto y lealtad.

—Señoras —anunció—. Hoy presento oficialmente a la nueva Esposa Mayor de la *Sociedad de las Sombra*s, la señora Clariss Fairfax.

La forma en que pronunció su nombre llevaba una mezcla de respeto y aceptación. Clariss sabía que gran parte de aquello se

debía a la influencia de Elaine, pero también a que Margot había sido testigo de su fortaleza y capacidad para liderar y enfrentarse a situaciones extremas, como la vivida semanas atrás en el atentado de Rafael Castañeda.

Las miradas se posaron en ella. El nerviosismo intentó traicionar su postura firme y decidida ante las mujeres; pero Clariss se mantuvo erguida, sosteniendo cada mirada sin titubeos. Ninguna la observaba con desagrado ni rechazo, como la primera vez. Ahora era distinto, como si todas supieran de lo que era capaz.

Y, en ese instante, se dio cuenta de que tenía todo e incluso más de lo que alguna vez imaginó para sí misma. Tenía el respeto de aquellas mujeres, la redención de Elaine y, por sobre todo, *la devoción del lobo.*

# Epílogo

Como cada mañana, Brianna estaba de pie frente a la ventana de cristal de *The Lily's Garden*, observando la calle y los pocos carruajes que pasaban por ella. Apenas eran las siete de la mañana, pero ya sostenía entre sus manos una taza de té humeante que la mantendría caliente por algunas horas. Las nubes grises anunciaban que el día sería lluvioso, lo que implicaba pocos clientes.

Mirar por la ventana no era un pasatiempo que le encantara, aunque resultaba relajante. Más bien lo hacía esperando algo... o mejor dicho, a alguien.

Lo esperaba a él, a Ian Dunmond, su esposo.

Desde que se había presentado ante ella en aquel callejón, no lo había vuelto a ver. Lo había esperado cada día, con la esperanza de que la librara de la incertidumbre que le carcomía por dentro.

Su amenaza había sido clara en cuanto a que no debía huir, pero Brianna no quería hacerlo. Más bien deseaba reunirse con él, hablar como personas civilizadas y, entonces, plantearle su decisión: el divorcio.

La idea se le presentó una semana después de haberlo visto. Sabía que el divorcio, para una mujer, era una gran humillación, pero a ella no le importaba. No estaba en Londres para sufrir el escándalo y solo quería librarse del matrimonio que la encadenaba y la alejaba de la posibilidad de ser feliz, de formar una familia con alguien más.

Pero ¿a quién quería engañar? ¿Con quién formaría una familia? Además, ya tenía a su pequeña. Aurora sería suficiente para ella. Y aun así, vivía con el temor constante de que Ian quisiera hacerla sufrir más, negándole el divorcio y obligándolas a regresar a Londres.

Pero intentaba ser positiva; estaba segura de que Ian aceptaría librarse de ella para, seguramente, convertir a su amante en su esposa. No le importaba el título ni las riquezas que perdería; después de todo, nunca las había disfrutado.

«*Ni siquiera le ha importado conocer a su hija*», pensó mientras daba un sorbo a su taza.

Pocas veces Aurora le había preguntado por su padre, pero después de ver que Louis y Daphne tenían uno, había comenzado a hacerlo con mayor frecuencia, deseando también tenerlo. Aquello la ponía tremendamente nerviosa y avergonzada.

Y justo ahora, Ian había regresado. Y para empeorar las cosas, ni siquiera mostraba interés en conocerla. Pero ¿qué podía esperar de un hombre que, apenas supo de la existencia de Aurora —aun siendo solo una semilla en su interior—, quiso deshacerse de ella?

El recuerdo la estremeció, recordándole por qué había huido y por qué era mejor mantener a Ian Dunmond fuera de sus vidas.

—Comenzaste el día temprano —dijo Bridget, colocándose a su lado con una taza de té.

—No te gusta el té —respondió Brianna.

Bridget se encogió de hombros.

—Hace frío y, al menos esta cosa me mantiene caliente —respondió la pelinegra tras dar un sorbo y sacar la lengua con asco —. No sé cómo ustedes los ingleses pueden ser adictos a esto; sabe a hierbas.

Brianna sonrió y negó con la cabeza.

—Bueno, básicamente es hierba, pero medicinal. El té es bueno para muchas cosas. Y… sí, nosotros los ingleses amamos el té.

—Agradezco no serlo —murmuró Bridget. Luego se acercó al mostrador y sacó una pequeña tarjeta—. Un hombre vino ayer buscándote, pero habías salido con Amelia y Clariss.

Brianna tomó la tarjeta con el ceño fruncido.

—Dijo que se llamaba Ian Dunmond y que debías presentarte en esa dirección —añadió Bridget—. La verdad, no me agradó su actitud. Parecía muy arrogante.

—Lo es —musitó Brianna mientras leía la tarjeta. Al parecer, había conseguido una casa en Nueva Orleans.

—No deberías presentarte sola ante él. ¿Y si intenta forzarte? —comentó Bridget, horrorizada ante la idea.

—Créeme, ese hombre hará cualquier cosa… menos forzarme.

—Aun así, sigo creyendo que no deberías ir sola. O mejor aún, no vayas —sentenció Bridget, encogiéndose de hombros.

Por mucho que Brianna quisiera ignorarlo, no podía. Había esperado todo un mes alguna visita, alguna señal de que él quisiera hablar por fin con ella y ahora había recibido la invitación. Solo faltaba saber qué era lo que realmente quería Ian Dunmond, conde de Warwick, de ella.

∞∞∞

***Un año después.***

Camille Fairfax había llegado al mundo un ocho de mayo, dándoles aún más alegría a sus padres.

—No puedo creer que ya cumpla un año —expresó Clariss, contemplando a su pequeña con su vestido blanco que contrastaba con su cabello oscuro, heredado de su padre; de ella había heredado los ojos azules y la piel cremosa. La niña parecía una hermosa muñeca de porcelana—. Apenas hace poco la di a luz.

—El tiempo suele pasar rápido cuando llegan los niños —comentó Elaine, que sostenía a su nieta mientras intentaba dar algunos pasos hacia Marco.

—Pero no creo que tan rápido. Clariss tiene razón. Mi hija apenas nació y ya quiere caminar —gruñó Marco, tendiendo las manos hacia la pequeña, que intentó apresurarse para llegar a su padre, pero terminó cayendo al suelo—. Más despacio, mi ángel —susurró al alzarla en sus fuertes brazos.

Clariss miraba la escena con una sonrisa satisfecha. No podía quejarse de su vida; no había de qué quejarse cuando todo era perfecto.

—No quiero verlos cuando Camille tenga edad de casarse y tenga que abandonarlos —comentó Elaine, tomando asiento en uno de los sillones.

Marco miró a su madre con el ceño fruncido.

—¿Quién ha dicho que dejaré que eso pase? —replicó. Luego volvió a mirar a su hija y le dio un beso en la mejilla, lo que hizo que ella riera y le devolviera otro.

Marco amó a su pequeña desde el primer momento en que la tomó en brazos tras su nacimiento. Su corazón se llenaba de orgullo,

amor y ternura al ver aquel ser tan perfecto que había creado junto a su tormentita.

—Elaine tiene razón, Marco. Camille crecerá y algún día formará su propia familia —concordó Clariss, acomodándose mejor en su silla mientras frotaba su vientre abultado de seis meses.

Marco no le había dado tiempo de recuperarse del parto de Camille y ya la había dejado embarazada una vez más. Su excusa fue que quería una familia numerosa, de al menos cinco hijos.

—Tormentita —advirtió Marco, aunque una leve sonrisa se asomó en sus labios—. No voy a preocuparme por esas tonterías. Mi pequeña solo tiene un año, aún faltan unos treinta para que eso suceda.

—¡Marco! —reprendieron Clariss y Elaine al mismo tiempo.

—No dejaré que mi hija sea una solterona —sentenció Clariss.

—Está bien, pero no te exaltes —dijo Marco, dejando a su hija en el suelo y ayudándola a caminar ahora hacia su madre—. ¿No quieres descansar un poco antes de que lleguen los invitados?

Clariss asintió. Como ese día celebrarían el primer año de Camille, Marco había decidido organizar una pequeña reunión. No era una fiesta, sino una celebración íntima con amigos y familiares cercanos.

—Déjame a Camille, yo la cuido mientras descansan —ofreció Elaine, sonriendo y tendiendo los brazos hacia su nieta, que se aferró a ella sin dudar, dejando a Marco y a Clariss solos.

Elaine había cambiado por completo, y más aún después del nacimiento de Camille.

—No puedo creer que seas tan posesivo con tu hija —reprendió Clariss, levantándose del sillón. Marco se acercó de inmediato para ayudarla, pero ella ya estaba de pie.

—Ven aquí, tormentita —pidió él, y ella obedeció—. ¿Qué te dijo el doctor sobre tu salud?

—Que no me enojara —respondió haciendo un mohín—. Pero no estoy molesta.

Marco dejó un casto beso en los labios de su esposa.

—Pero puedes hacer otras cosas para evitar que me enoje —dijo Clariss con tono picaresco, desabrochando algunos botones de la camisa de su esposo.

Marco arqueó una ceja, divertido.

—¿Un masaje? —bromeó, llevándola hacia la mesa del escritorio y sentándola sobre la superficie mientras ella reía.

—Suena relajante, perfecto para hacerme descansar por unas horas —canturreó ella de forma seductora, separando ligeramente las piernas—. ¿Pero dónde sería el masaje?

Marco sonrió de medio lado y, con movimientos seguros, comenzó a levantar el vestido, dejando suaves caricias por sus piernas a medida que ascendía hasta encontrar su intimidad.

—¿Qué tal aquí? —murmuró contra sus labios, mordiéndolos con suavidad.

Clariss dejó escapar un gemido al sentirlo tocarla.

—Sí —asintió, echando la cabeza hacia atrás.

Marco recorrió su cuello con besos sin detener las caricias hasta llevarla al clímax. Clariss lo besó con puro deseo, un deseo que no se apagaba, sino que crecía más con el paso del tiempo, y esperaba que continuara así por el resto de sus vidas.

—Agradezco cada día de mi vida poder tenerte a ti y a Camille —confesó Clariss con suavidad mientras pasaba sus manos por el pecho masculino—. Agradezco todo el amor que rebosa en mi corazón cuando están a mi lado, y que ese amor sea correspondido. Te amo, Marco Fairfax.

—Y yo te amo a ti, tormentita —respondió él con total sinceridad —. Eres lo más hermoso que me ha sucedido.

Marco apoyó su frente contra la de ella y ambos respiraron al unísono, saboreando la paz y el amor del momento.

Marco no sabría vivir sin ella. Por eso estaba dispuesto a todo para protegerla, incluso a dar su vida si fuese necesario, porque no se veía existiendo en un mundo donde su tormentita no estuviera.

Sin decir nada más, la besó una vez más con dulzura... una dulzura que no tardó en transformarse en un beso apasionado, tan intenso y profundo como lo era su amor por ella.

**FIN.**

# Agradecimientos.

Mi querido lector:

Gracias por llegar hasta aquí.

Gracias por leer, por acompañar a estos personajes, por adentrarte en una historia donde el romance histórico se entrelaza con el dark romance.

Muy pronto podrás conocer la historia de Brianna e Ian, porque este mundo no termina aquí, se vienen más historias, más personajes que ya han sido mencionados y que pronto tendrán su propia historia, porque aún queda mucho por contar.

También quiero pedir disculpas, sé que muchos esperaban un cierre más amplio para personajes secundarios como Cecilia y Astrid o respuestas sobre el detective Lucian Vance y Bladimir Hemingway, el hombre que ayudó al traidor Rafael Castañeda. No se preocupen, nada quedó al azar. Todos ellos tendrán su momento.

Si te ha gustado esta historia te invito que dejes una breve reseña diciéndome cuanto has disfrutado la historia de Clariss y Marco. Si quieres saber más sobre la trilogía Hermanas Straton y la saga Amores Encadenados, te invito a seguirme en mi Instagram como: ejblack20.

Gracias, de verdad, por leerme y sentir junto a mis personajes.

Les deseo un muy feliz Año Nuevo.

---

[1] En los primeros años del siglo XIX, los tatuajes eran algo marginal, asociados principalmente con: Marineros y piratas. Soldados y criminales. La máquina eléctrica de tatuar no fue patentada hasta 1891, pero en 1828, el proceso era totalmente manual con agujas de coser o clavos finos. Aquí quise representar los tatuajes para distinguir a las bandas o familias del Consejo (Totalmente ficticio).

[2] En las mansiones y salones de baile, solía haber una o dos habitaciones llamadas "retiring rooms" o "salones de retiro". Eran pequeños cuartos adyacentes al salón principal

donde las damas podían retirarse a descansar, arreglarse o recomponerse. Había sofás, tocadores, espejos, jarras de agua y toallas finas.

*[3]* Ordo Rubri es la sociedad encargada de eligir los Gang Leader de las ciudades en Estados Unidos, integrados por los mismos Gang Leaders. Ya conocerán de ellos más adelante.

[4] En libro, El Precio del Amor, la historia de Anthony Ross, duque de Beaufort, menciono que él tiene una plantación de algodón en el sur de los Estados Unidos: Bueno, es esta plantación.

[5] Virginia y Maryland eran los líderes mundiales de tabaco desde el siglo XVIII. Cada vez que tenían una cosecha abundante, inundaban muchos puertos, incluyendo el de Liverpool. Eso hacia que el precio del tabaco bajara. En términos económicos: Cuando hay exceso de oferta, el importador compra menos.

[6] Luisiana producía algodón: más suave, más blanco, de mayor calidad. Manchester competía contra Francia y la India. Los franceses querían el mismo algodón. Por eso Liverpool presionaba para conseguirlo primero.